

Spring 2015

# Sancho Panza: Su conducta y sus motivos

Wilson J. Melon  
*Purdue University*

Follow this and additional works at: [https://docs.lib.purdue.edu/open\\_access\\_dissertations](https://docs.lib.purdue.edu/open_access_dissertations)



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

---

## Recommended Citation

Melon, Wilson J., "Sancho Panza: Su conducta y sus motivos" (2015). *Open Access Dissertations*. 517.  
[https://docs.lib.purdue.edu/open\\_access\\_dissertations/517](https://docs.lib.purdue.edu/open_access_dissertations/517)

This document has been made available through Purdue e-Pubs, a service of the Purdue University Libraries. Please contact [epubs@purdue.edu](mailto:epubs@purdue.edu) for additional information.

**PURDUE UNIVERSITY  
GRADUATE SCHOOL  
Thesis/Dissertation Acceptance**

This is to certify that the thesis/dissertation prepared

By Wilson Judd Melón

Entitled

SANCHO PANZA: SU CONDUCTA Y SUS MOTIVOS

For the degree of Doctor of Philosophy

Is approved by the final examining committee:

Howard Mancing

Chair

Íñigo Sánchez-Llama

Paul Dixon

Patricia Hart

To the best of my knowledge and as understood by the student in the Thesis/Dissertation Agreement, Publication Delay, and Certification Disclaimer (Graduate School Form 32), this thesis/dissertation adheres to the provisions of Purdue University's "Policy of Integrity in Research" and the use of copyright material.

Approved by Major Professor(s): Howard Mancing

Approved by: Madeleine Henry

4/7/2015

Head of the Departmental Graduate Program

Date



SANCHO PANZA: SU CONDUCTA Y SUS MOTIVOS

A Dissertation

Submitted to the Faculty

of

Purdue University

by

Wilson J. Melón

In Partial Fulfillment of the

Requirements for the Degree

of

Doctor of Philosophy

May 2015

Purdue University

West Lafayette, Indiana

With my love, Laverne, and our Tera.  
And with encouragement from my father.

–De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma y un cierto susurro llega a mis oídos, que me dice: ‘Pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue y va atendido a las vanas promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo...’

Miguel de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*

## AGRADECIMIENTOS

Le doy las gracias a mi consejero, el eminente cervantista, Dr. Howard Mancing. Yo agradezco sinceramente sus recomendaciones tan bien informadas acerca de mi tesis doctoral y mis investigaciones del Siglo de Oro. También agradezco el tiempo que el Dr. Paul Dixon y la Dra. Patricia Hart pasaron en la lectura de mi monografía y las ideas que ambos ofrecieron durante la defensa de la tesis. Asimismo, quiero reconocer las contribuciones de algunos otros profesores que me inspiraron y me aconsejaron durante etapas importantes de mi carrera académica: Dr. Valentín Ferdinán, Dr. Miguel Fernández, Dra. Susan Carvalho y Dra. Sarah Beckjord. Por último, agradezco la participación del Dr. Íñigo Sánchez-Llama en los comités para mi examen preliminar y mi defensa, además de los consejos profesionales y los conocimientos académicos que compartió conmigo.

## ÍNDICE

	Page
ABSTRACT .....	vi
CAPÍTULO 1. JUSTIFICACIÓN DEL ESTUDIO DE LA MOTIVACIÓN DE PERSONAJES.....	1
CAPÍTULO 2. ANÁLISIS DE LA CONDUCTA Y LOS MOTIVOS DE SANCHO PANZA EN <i>EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA</i> .....	14
CAPÍTULO 3. ANÁLISIS DE LA CONDUCTA Y LOS MOTIVOS DE SANCHO PANZA EN LA <i>SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA</i> .....	123
CAPÍTULO 4. CONCLUSIONES .....	323
OBRAS CITADAS.....	335
VITA.....	343

## ABSTRACT

Melón, Wilson J. Ph.D., Purdue University, May 2015. Sancho Panza: su conducta y sus motivos. Major Professor: Howard Mancing.

This dissertation meticulously traces and analyzes the behavior and motivations of Sancho Panza throughout *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* and *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. To date, seemingly all criticism of Sancho has studied him on the basis of aspects of a particular episode or of a selection of episodes. In contrast, the contribution of the current monograph is its sustained and methodical approach to analyzing him and his development by means of scrutinizing every motive that he reveals and every action that he performs. I assert and demonstrate that the co-protagonist, a product of the mind of Cervantes, comports himself in a way that responds to discernible psychological forces that provide a detailed and complex characterization of Sancho. Employing critical premises of Lisa Zunshine, Mikhail Bakhtin and Leon Festinger, the present investigation endeavors to examine Sancho's motives and behavior as an individual interacting with his world. In consequence, it elucidates the motivations and other forces underpinning the behavior of don Quixote's companion, thus providing a nuanced and dynamic portrait. Indeed, it exposes that as a consequence of his increasing knowledge and experience, Sancho's behavior evolves over the two parts of the novel and his motivations do so as well.

## CAPÍTULO 1. JUSTIFICACIÓN DEL ESTUDIO DE LA MOTIVACIÓN DE PERSONAJES

### Introducción

¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso?

Lo vivo es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos.

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*

La aproximación al estudio de un texto puede manifestar diversas vertientes. Con frecuencia, los críticos ambicionan investigar las posibles intenciones del autor a la luz de las fuerzas personales, literarias, culturales e históricas que podrían haber contribuido a la producción artística. Dicho de otro modo, el propósito de aquellas investigaciones suele ser la exploración y la exposición de los factores condicionantes del autor y su obra, y, por extensión, la revelación de los supuestos significados del texto según las probables intenciones conscientes y subconscientes del autor. Otra importante vertiente crítica interpreta un texto sin preocuparse por lo personal, literario, cultural e histórico que podría haber influenciado el proceso creativo. En cambio, esos críticos perciben el texto como una entidad que contiene valores y significados independientes del autor y de su

contexto. Esos valores y significados frecuentemente radican en la habilidad del texto de sacudir la percepción, el estado emocional y los conocimientos del lector. Claro está, estas dos aproximaciones críticas no circunscriben los límites de la hermenéutica.

Verbigracia, entre otras posibilidades, es posible descubrir en un texto verdades que trascienden los límites espacio-temporales. Tales verdades revelan aspectos de la experiencia humana que no podemos apreciar plenamente sin considerar tanto el contexto pasado del autor, que se extiende hacia el pasado finito de la humanidad, como el presente del lector moderno, que se estira hacia un futuro potencialmente sin término.

Tanto *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* como *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha* llevan las fuertes huellas de su autor y de su época y, por ende, pueden interpretarse en el contexto restringido de la tapiz histórico-cultural de Cervantes y sus propósitos. Igualmente, los dos tomos del *Quijote* continúan provocando en muchos de sus lectores fuertes reacciones emocionales e intelectuales al nivel personal que confirman el valor de la obra sobre el plano de la experiencia individual. Sin embargo, creo que el persistente interés, tanto público como académico, en la obra maestra de Cervantes se debe en gran parte a las verdades transcendentales que el texto encierra entre sus dos cubiertas. En el umbral del cuarto centenario de la segunda parte del *Quijote*, es más evidente que nunca que el mundo literario creado por Cervantes ofrece, por un lado, una ventana por la que podemos ver tanto hacia el pasado como hacia el futuro de la experiencia humana. Por otro lado, también nos otorga un espejo en el que podemos vernos reflejados en el presente. Los personajes que habitan ese mundo novelesco no son sencillas caricaturas de los seres de carne y hueso del mundo real. El elenco cervantino, detalladamente elaborado, está compuesto de una diversidad de

personalidades con una consiguiente variedad de motivaciones, así constituyendo un microcosmos de la sociedad.

De todos los personajes, los dos más tratados y desarrollados son claramente don Quijote y Sancho Panza. Igualmente, ambos presentan las mayores dificultades si intentamos dilucidar las intenciones tras sus palabras y su conducta. En parte, estos retos pueden atribuirse simplemente a la extraordinaria cantidad de datos que el autor nos proporciona sobre los dos, la cual complica el reto de construir una explicación coherente de sus acciones y sus personalidades a lo largo de la narración. También, el confuso planteamiento de los inestables niveles narrativos complica el proyecto. Asimismo, el persistente cuestionamiento en las dos partes de *Quijote* de las capacidades mentales de los protagonistas –tanto por parte de los varios intermedios narrativos como por los personajes– complica cualquier intento de aclarar los propósitos que subyacen tras su comportamiento o de esclarecer la sinceridad o la mendacidad de sus palabras.

A pesar de las ya evocadas similitudes entre la caracterización de los dos personajes, opino que el supuesto trastorno mental de don Quijote, e incluso la aparente recuperación de cordura, resulta menos radical e interesante que la transformación por la que pasa Sancho. Por ende, la presente indagación principalmente se dedicará al estudio del segundo de los coprotagonistas. En particular, se centrará en trazar y analizar la conducta y los motivos de Sancho en vez de las caracterizaciones que otros personajes proporcionan acerca de él. Concordamos con el juicio de Antonio Barbagallo de que demasiados críticos:

...intentan definir a Sancho, o sea declarar cómo es cómo no es, aportando supuestas pruebas, sin que sus autores se percaten, en la mayoría de los casos, de

que los datos y pruebas recogidos no son más que opiniones subjetivas de otros personajes, o incluso del mismo autor, que, en muchas ocasiones, no coinciden con lo que demuestra Sancho acerca de su propia actuación, de su evolución y de su devenir. (46)

Asimismo, para interpretar la conducta y las creencias del villano, tomaremos en cuenta su contexto. Notablemente, por no haber gozado previamente de la formación literaria de su amo, el escudero vacila durante su aprendizaje entre una visión prosaica de la realidad y otra más imaginativa. En varios casos, la ostensible o la declarada perspectiva de Sancho discrepa con su comportamiento, lo cual revela, en algunas circunstancias, que él intenta engañar a los otros personajes e incluso a sí mismo. El escudero hace esto a fin de avanzar sus propios intereses. El presente estudio propone, pues, analizar las palabras y acciones de Sancho, a lo largo de la narración, con vistas a revelar los motivos que subyacen tras su conducta.

### La teoría mental y la metarepresentación

...Cide Hamete...decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable cuyo fruto no redundaba en el de su autor...

Miguel de Cervantes, *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*

Como cualquier indagación, la presente se vale de algunas premisas que el lector ha de confrontar. Una de ellas es la adscripción de pensamientos y motivos a los

personajes en tanto que individuos, a pesar de ser todos ellos productos de un solo autor. Es decir, si bien la misma sangre ficticia de los personajes emana del auténtico tintero de Cervantes, el mundo literario que ellos habitan adhiere a una invención coherente. Según ella, los personajes están dotados de voluntades y pensamientos independientes y gozan de la posibilidad de participar en complicadas relaciones interpersonales definidas por la habilidad de los participantes de interpretar (e intentar adivinar) las reflexiones, las palabras y las acciones de los demás.<sup>1</sup> Con respecto a la aceptación del lector de esta premisa, Lisa Zunshine, autora de *Why We Read Fiction*, afirma: “The very process of making sense of what we read appears to be grounded in our ability to invest the flimsy verbal constructions that we generously call ‘characters’ with a potential for a variety of thoughts, feelings, and desires then to look for the ‘cues’ that would allow us to guess at their feelings and thus predict their actions” (10). Este proceso interpretativo que aprovecha los indicios de los demás para especular sobre sus pensamientos y móviles se denomina la “teoría mental” (*Theory of Mind*). Es esencial reconocer que, tanto en las simuladas interacciones literarias como en las que ocurren en la vida real, es imprescindible cuestionar e interpretar los datos asequibles para construir opiniones sobre las causas de las acciones y palabras de otros y para decidir nuestras reacciones.

---

<sup>1</sup> Aunque esta premisa nos puede parecer natural en el contexto de los personajes del *Quijote*, Oscar Mandel es quizá el crítico más conocido que la rechaza con respecto a Sancho. En “The Function of the Norm in *Don Quijote*”, él sostiene que “Sancho alternates between credulity and incredulity, loyalty and disloyalty, not according to a psychological imperative, but as the comedy demands” (158). En cambio, en “Sancho Panza’s Theory of Mind”, Howard Mancing sostiene: “If one does not read *Don Quixote* as a constantly evolving, ever more intricate series of scenes involving thoughtful fictional minds interacting with each other in the widest possible variety of ways, both theorizing about how other minds work and simulating the feelings of other minds, the novel simply cannot be understood” (125-6).

Zunshine elabora que este proceso de interpretación es una negociación de la información que nos llega de diversas fuentes: “...we engage in our own constant construction of the possible states of mind of the people we encounter—negotiating among their own reports of how they feel, others’ guesses of what they might feel, and our own intuitions of what a smile, a turn, a pause, a rise may mean in a given context...” (24). Una cuidadosa interpretación de las interacciones sociales exige nuestra deliberación sobre las múltiples posibles explicaciones para cada palabra, gesto o acción y que no aceptemos la información que recibimos sin cuestionar la veracidad de lo indicado y la fiabilidad de su fuente.

La integración de datos e interpretaciones a nuestra mente tiene un carácter que podemos concebir como bipartito y que se denomina la “metarepresentación”. Zunshine resume: “...a metarepresentation consists of two parts. The first part specifies a source of representation...The second provides the content of representation...” (47). Dicho de otro modo, la información que importamos a nuestra memoria suele estar acompañada de una asociación con la fuente que nos la proporciona. Es importante notar también que, al archivar la información, también podemos incluir contexto más allá de su mera fuente. Como ejemplo de la metarepresentación, podemos evocar que Sancho aprende la mayoría de su cultura caballeresca a través de don Quijote, a quien confiesa su analfabetismo e ignorancia de la tradición. Antes de iniciar la expedición con el hidalgo, el labrador asimila la posibilidad de obtener una ínsula y atribuye esa información a su fuente, don Quijote. Asimismo, al considerar la viabilidad de adquirir la prometida ínsula, Sancho seguramente considera, favorablemente, la autoridad del hidalgo que emana de su rica cultura literaria y su pertenencia a un estrato social superior.

El ejemplo anterior ilustra dos detalles importantes con respecto a la metarepresentación. El contenido (las verdades, las mentiras y las opiniones) que adquirimos tiene un evidente valor de por sí. Además, el origen inmediato de la información también es importante, particularmente en la medida en que nos permite cuestionar la veracidad de lo declarado mediante la contemplación de los motivos y otros factores que podrían causar su fuente a mentir o a equivocarse. La información que interpretamos y nuestras opiniones sobre las fuentes que nos la proporcionan pueden ser evaluadas en el momento en que integramos nuevos datos y pueden ser reconsideradas luego. Es decir, podemos aprovechar nuestra experiencia previa o futura con esa y otras fuentes para (re)evaluar si lo asimilado es veraz. A modo de ejemplo, podemos señalar que esto ocurre con Sancho cuando él cuestiona las lecciones de don Quijote a la luz de la declaración del cura de que los libros de caballerías no contienen historias verdaderas.

Inconcusamente, por varias razones, nuestra teoría mental y nuestra metarepresentación son imperfectas. Nuestra habilidad falible de metarepresentar información nos puede conducir a engañarnos, tanto sobre qué hemos aprendido como sobre a qué fuente atribuirlo. Igualmente, es posible olvidar la información y/o la fuente. Esta falibilidad de nuestra capacidad de interpretar la conducta, las palabras y los motivos de los demás también es lo que permite que decepcionemos a otras personas y que ellos nos decepcionen a nosotros. Como advertiremos en la presente indagación, a veces, los intentos de engañar a otras personas revelan más información sobre el perpetrador que las interacciones honestas.

## Préstamos de Mijaíl Bajtín

...quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras.

Miguel de Cervantes, *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*

Además de utilizar las susodichas premisas de Zunshine, este estudio aprovechará varias del teórico Mijaíl Bajtín. Dada la extensión e idiosincrasia de la obra de Bajtín, no emplearemos todas sus ideas principales de forma sistemática sino que solamente usaremos algunas para complementar las lagunas teóricas a las cuales, hasta ahora, no responde Zunshine. Sin embargo, antes de armar una estructura teórica basada principalmente en las ideas de estos dos críticos, es necesario comprobar si son compatibles sus conceptos centrales. De hecho, es evidente que Bajtín también se percata de cómo las interacciones interpersonales son definidas por lo que hoy denominamos la teoría mental. En *Toward a Philosophy of the Act*, el filósofo describe:

The ongoing event can be clear and distinct, in all its constituent moments, to a participant in the act or deed he himself performs. Does this mean that he understands it logically? That is, that what is clear to him are only the universal moments and relations transcribed in the form of concepts? Not at all: he sees clearly *these* individual, unique persons...He intuits their inner lives as well as desires; he understands both the actual and ought-to-be sense of the interrelationship between himself and these persons and objects... (30)

En este extracto, Bajtín destaca la importancia de la unicidad del individuo y cada acto suyo. Es decir, cada individuo es excepcional en términos de su ser (su experiencia, sus pensamientos, su libre albedrío, etcétera). Asimismo, cada individuo interactúa con el mundo de una forma irrepetible ya que las situaciones en que se encuentra evolucionan constantemente al igual que los factores y las características que definen a la persona. Por ende, cada experiencia presenta un nuevo reto para la teoría mental del individuo.

Además de lo referido, el teórico ruso también alude al deber del individuo de tomar responsabilidad por su existencia y por sus consiguientes acciones. Según Bajtín, es casi imposible zafarse de esta doble responsabilidad. Él prosigue en su explicación, declarando que:

An answerable act or deed is precisely that act which is performed on the basis of an acknowledgement of my obligative (ought-to-be) uniqueness. It is the affirmation of my non-alibi in Being that constitutes the basis for my life being actually and compellingly given *as well as* its being actually and compellingly projected as as something-yet-to-be-achieved. (42)

Como sugiere esta cita, el filósofo sostiene que las acciones que comete y las palabras que enuncia un individuo definen a esa persona.

Bajtín también recalca que la conducta de alguien nunca es neutra sino que siempre conlleva una carga emocional e intencional: “The active experiencing of an experience, the active thinking of a thought, means not being absolutely indifferent to it in an emotional-volitional manner...It is precisely the emotional-volitional tone that *orients* within once-occurrent Being –orients and actually affirms the content/sense within once-occurrent Being” (34). Es decir, las intenciones y las emociones de alguien

definen, en un grado mayor o menor, el significado de sus acciones. Al construir un método para interpretar la moralidad de la conducta de las personas, Bajtín declara que es indebido juzgar las acciones de un individuo sin considerar el contexto:

The world in which a performed act orients itself on the basis of its once-occurrent participation in Being— that is the specific subject of moral philosophy. Yet the act or deed does not know that world as an entity of determinate content; the performed act has to do only with one single person and one single object, where, moreover, this person and this object are given to it in individual emotional-volitional tones. (53)

Para mejor comprender el significado del comportamiento de alguien, hemos de tomar en cuenta las características que definen la unicidad del individuo, sus emociones y sus intenciones con respecto al hecho realizado y las demás circunstancias determinantes.

Uno de los factores que más condiciona las acciones del individuo es su perspectiva. A la vez que podemos declarar la responsabilidad del individuo por sus acciones, hemos de reconocer que nadie es omnisciente. Por lo tanto, lo que el individuo aprende es mediado por la orientación de sus sentidos y, en consecuencia, por los límites de su experiencia. Es decir, cada persona tiene una percepción circunscrita y es incapaz de aprovechar, de modo directo, las perspectivas de los demás. Con respecto a este fenómeno, Bajtín aclara:

For at each moment, regardless of the position and the proximity to me of this other human being whom I am contemplating, I shall always see and know something that he, from his place outside and over against me, cannot see himself: parts of his body that are inaccessible to his own gaze (his head, his face and its

expression), the world behind his back, and a whole series of objects and relations, which in any of our mutual relations are accessible to me but not to him. (22-3)

Bajtín denomina este fenómeno el exceso visual (*excess of seeing*). Claro está, si bien es imposible superar nuestra unicidad, es posible reorientarnos a fin de ampliar nuestra experiencia sensorial y, por extensión, nuestra posibilidad de acceder a nueva información. Curiosamente, uno de los tipos de información al cual es más difícil de acceder es cómo otras personas perciben nuestras acciones. Aun en los casos en que podemos ver nuestras acciones desde una perspectiva que ofrece una visión externa (como en un reflejo o en una grabación) tenemos que intentar reprimir el conocimiento de nuestras intenciones a fin de mejor penetrar en las interpretaciones de los que nos observan.

#### La disonancia cognitiva

...señor Caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira...

Miguel de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*

Por último, combinaremos los conceptos anteriores con algunos otros que origina Leon Festinger en su texto fundacional *A Theory of Cognitive Dissonance*. En tal obra, el

autor indaga en los procesos mentales que subyacen tras la toma de decisiones de las personas. Sus teorías son de particular interés para nuestro análisis de las acciones de Sancho Panza ya que pretenden explicar, de un modo general, cómo un individuo elige entre diversas opciones y luego responde a las consecuencias. A lo largo de los dos tomos del *Quijote*, uno de los más misteriosos aspectos del texto es por qué Sancho, con una frágil promesa de recompensa, comparte desventuras con un hidalgo aparentemente trastornado cuyo éxito caballeresco es casi imposible. En *Cognitive Dissonance: Progress on a Pivotal Theory in Social Psychology*, Eddie Harmon-Jones y Judson Mills resumen lo esencial de la teoría de Festinger acerca de la disonancia cognitiva:

According to this theory, the amount of dissonance that exists after a decision has been made is a direct function of the number of things the person knows that are inconsistent with that particular decision. It is clear from this, then, that the greater the conflict before the decision, the greater the dissonance afterward. Hence the more difficulty the person had in making the decision, the greater would be his tendency to justify that decision (reduce the dissonance) afterward. The decision can be justified by increasing the attractiveness of the chosen alternative and decreasing the attractiveness of the rejected alternative, and one would expect a post-decision cognitive process to occur that accomplishes this spreading apart of the attractiveness of the alternatives. (5-6)

Es decir, tomar una decisión con repercusiones significativas generalmente nos induce a contrastar los factores a favor y en contra de las diversas opciones disponibles. Asimismo, en situaciones en las que las posibles elecciones se excluyen mutuamente, un individuo ha de confrontar las consecuencias que desencadena su decisión además del hecho de que

otra opción podría haber tenido mejores resultados. A fin de resolver o mitigar los consiguientes sentimientos de arrepentimiento o duda después de una decisión, una persona puede recalcar las ventajas de su elección y minimizar las de las otras posibilidades. Dicho de otro modo, tanto antes como después de una elección, un individuo puede reprimir o enfatizar aspectos de las diversas opciones con el propósito de estimar más favorablemente una de ellas, incluso si la decisión que el individuo favorece o toma conlleva facetas indeseadas o inesperadas.

#### Recapitulación de las premisas teóricas

En resumen, la presente indagación aprovechará algunas premisas de Zunshine, Bajtín y Festinger con el propósito de analizar las acciones y los motivos de Sancho Panza a lo largo de ambos tomos de *Don Quijote*. En particular, la legitimidad del presente estudio explícitamente se respalda con los recursos teóricos ya mencionados: la teoría mental, la metarepresentación, la unicidad del individuo y su responsabilidad, las cargas intencionales y emocionales de las acciones, el exceso visual y la disonancia cognitiva. Sin embargo, hemos detallado en esta sección estas ideas que justifican nuestra aproximación a la novela a fin de poder concentrarnos, en los capítulos subsiguientes, en el análisis. Por lo tanto, en el texto que sigue, principalmente recurriremos a estas premisas que subyacen tras nuestro estudio sin señalarlas. A continuación, trazamos e interpretamos las acciones y las aparentes y las declaradas intenciones de Sancho a la luz de la conducta de otros personajes y los otros factores condicionantes que influyen al villano.

CAPÍTULO 2. ANÁLISIS DE LA CONDUCTA Y LOS MOTIVOS DE SANCHO  
PANZA EN *EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría...Pero, con todo eso, es linda cosas esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo un maravedí.

Miguel de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*

Capítulos 3 y 7

Cuatro capítulos antes del que alude a la conversación en que don Quijote recluta a Sancho, el primer ventero presagia la aparición de un escudero. Al describir a los caballeros andantes, el ventero ofrece varias posibles soluciones para las necesidades pragmáticas de don Quijote:

...no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire, en alguna nube, alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que, en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno

hubiesen tenido. Mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse... (I, 3, 112-3)

Es notable que don Quijote, al hacerle caso al ventero, recluta al labrador para el puesto de escudero así optando por la solución más prosaica. Además, el narrador aclara:

“Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado...” (I, 7, 142). Es decir, don Quijote no busca a un encantador como aliado sino que tácitamente reconoce la imposibilidad de una solución fantástica. Sin embargo, cuando el hidalgo intenta convencerle al villano a acompañarle, sus promesas desbordan los límites de la verosimilitud:

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero a su vecino. (I, 7, 142)

Javier Salazar Rincón arguye que la adopción del villano de su nueva profesión es lógica ya que él inicialmente no es consciente de la locura de su amo ni tampoco sabe que su puesto no adherirá a las normas escuderiles vigentes. Él sostiene que la humilde situación socioeconómica de Sancho hace que:

...el lector comprenda y justifique las motivaciones íntimas de Sancho, y, en concreto, por qué un hombre de bien con mujer e hijos, sensato aparentemente, es capaz de abandonar su hogar, siguiendo a un hidalgo loco, para engolfarse junto a él en las aventuras más disparatadas...conviene recordar que don Quijote ha contratado a Sancho como escudero, lo cual, dentro de los cortos horizontes de promoción social que al labriego se le ofrecen, representa un cierto ascenso en la escala estamental, ya que en aquel momento el escudero no es el joven noble que sigue al caballero en la guerra, como ocurrió en la Edad Media, sino el hidalgo pobre que sirve de acompañante, o de correveidile y consejero, en casa de algún caballero rico o señor de título. (210-1)

Por su parte, Antonio Barbagallo explica que: “El haber salido con don Quijote se puede explicar no por la simpleza o credulidad necia de Sancho, sino por el respeto que seguramente sentía por su vecino, el hidalgo, por la pobreza en que vivía, y por no tener nada que perder y todo por ganar, y por su ignorancia del mundo exterior, ignorancia que no significa estupidez” (51). Notablemente, el narrador indica que ni Sancho ni don Quijote revelaron sus planes a sus más allegados antes de su partida: “...sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen” (I, 7, 142-3). Si bien no se explicita por qué Sancho no se despide de su mujer y sus hijos, se insinúa que él no quiere que ellos lo hallen. La explicación más lógica para esta actitud es que el labrador teme que le impidan en su proyecto escuderil. Si esta interpretación es acertada, revela que Sancho es consciente de que las promesas de don Quijote no les convencerían de que

la probable recompensa justifique el tiempo del paterfamilias y el peligro al cual se expondrá. De este modo, la primera acción del escudero nos ofrece indicios de que, desde el comienzo de su colaboración, él padece de dudas acerca de la viabilidad de alcanzar lo prometido.

Poco después de salir, Sancho le recuerda a su amo la promesa de la ínsula y éste procura alimentar sus esperanzas y mitigar sus dudas. Esta reacción del hidalgo señala que él también sospecha la incertidumbre de Sancho. A la vez que el hidalgo le advierte al labrador que ellos corren peligro mortal, él intenta seducirle con la posibilidad de ganar rápidamente dones superiores a los que regalan los caballeros de antaño. “...pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros adherentes a él, que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas a mucho...que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo” (I, 7, 143). A pesar de la legitimidad de la profesión del escudero, John Moore pone en contexto el insólito tamaño de la ambición del villano: “The idea of changing one’s lot by his own effort and daring did not occur to the peasant when he was left largely to his own thoughts. The vision of stepping rapidly over class boundaries seemed unreal and even filled with danger” (73). Curiosamente, a la vez que Sancho afirma su competencia para gobernar, él declara que su mujer –cualquiera que sea su nombre– no es apta para reina. De paso, indicamos que no indagaremos en la confusión acerca de los nombres de la esposa del escudero ya que suponemos, al igual que E. C. Riley, que esa discrepancia

probablemente no es intencional sino que ha de atribuirse a un descuido del autor.<sup>2</sup> El villano describe:a

–De esa manera –respondió Sancho–, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos, Juana Gutiérrez, mi oíslo, vendría a ser reina, y mis hijos infantes...–Yo lo dudo...porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. (I, 7, 143)

Al responder, don Quijote retoma la alusión a Dios para distanciarse de la responsabilidad de otorgar bienes y títulos a Sancho: “–Encomiéndalo tú a Dios, Sancho –respondió don Quijote–, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado” (I, 7, 143). La réplica de Sancho reitera su preocupación con recibir recompensa a la vez que enfatiza la responsabilidad directa del hidalgo de proveer mercedes: “–No haré, señor mío –respondió Sancho–, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar” (I, 7, 144). Aunque es imposible averiguar hasta qué punto Sancho realmente cree en la habilidad de don Quijote de regalarle el gobierno de una ínsula, en vez de algo más humilde, es manifiesto que, en parte, declara su confianza con vistas a fortalecer la relación entre amo y escudero y a fin

---

<sup>2</sup> “But what is one to say about the notorious case of Sancho’s wife?...it is difficult to find an artistic motive...Perhaps Cervantes was initially careless...” (117). A diferencia de Riley, Maurice Molho sostiene que las discrepancias son intencionales: “La tesis que defiende es que todas esas incoherencias y descuidos son deliberados, y forman parte de la literalidad textual” (653).

de maximizar la generosidad de don Quijote en el futuro. Igualmente, el escudero ambiciona recordarle al hidalgo que mediante él espera subir socio-económicamente.

## Capítulo 8

La aparición de los molinos de viento presenta la primera oportunidad para Sancho de observar la insensatez de las acciones de don Quijote. Esta experiencia merece un análisis detallado por ser un hito tan importante en la relación entre el caballero y el escudero. Don Quijote declara su interpretación de las circunstancias así:

–La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. (I, 8, 145)

En respuesta a la declaración de su amo, el escudero naturalmente plantea la pregunta: “¿Qué gigantes?” (I, 8, 145). Después de clarificar dónde su amo supuestamente los vislumbra, el villano procura demostrarle a don Quijote que éste está equivocado: “–Mire vuestra merced –respondió Sancho– que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino” (I, 8, 145). Con respecto a este momento en la narración, Howard Mancing observa que: “The knight’s chivalric fantasy must from now on attempt to withstand repeated assaults of reality from his squire” (*The Chivalric World* 49). Hemos de poner de relieve que el escudero no sencillamente rechaza la visión

propuesta por don Quijote sino que intenta, mediante una cuidadosa explicación del funcionamiento de los molinos, convencerle de su error. Sancho presencia que, a pesar del intento, no logra disuadirle de acometer los molinos.

Don Quijote arguye que la diferencia de opinión acerca de la naturaleza de los gigantes molinescos (o molinos gigantes) se debe a la falta de familiaridad que el escudero tiene con la tradición caballerescas. Además, le recomienda a Sancho distanciarse de la acción y lo acusa de sentir temor:

...no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que, sin duda alguna, eran molinos de viento... (I, 8, 145).

Al llegar al cuerpo tendido de don Quijote, el labrador expresa su frustración: “¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?” (I, 8, 145). En vez de reconocer su error, don Quijote le ofrece a su escudero una explicación aun más fantástica de lo ocurrido: “...aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; más al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada” (I, 8, 146). En reacción a estos disparates, Sancho simplemente responde: “—Dios lo haga como puede...” (I, 8, 146). Igualmente, cuando don Quijote narra una historia caballerescas, Sancho no se muestra interesado: “...yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado,

y debe ser del molimiento de la caída” (I, 8, 148). Además, cuando el hidalgo afirma que no les es lícito a los caballeros andantes quejarse de sus heridas, el escudero apenas participa en la conversación: “—Sí eso es así, no tengo yo que replicar...” (I, 8, 148). Es notable que, en todas estas tres situaciones posteriores al ataque del molino, Sancho hace poco caso de las palabras de su amo.

Sin irnos demasiado por las ramas, hemos de señalar brevemente que un comentario que el escudero hace de paso en esa última conversación produce la primera risa de don Quijote en la obra. A pesar de la seriedad con que el hidalgo emprende su proyecto, su compañero a veces logra hacerle reír de tanto sí mismo como de otras personas o de las circunstancias. Alan Trueblood observa: “Por extraño que parezca, el mismo don Quijote no es ajeno a la risa de alivio y alegría” (“La risa” 14). Notablemente, las palabras del compañero provocan la primera risa del caballero y esa reacción logra humanizar al hidalgo a la vez que anuncia uno de los roles humorísticos que desempeñará Sancho. Asimismo, en otros momentos, el escudero no será ni la causa ni el blanco del humor de su amo sino que sus propias carajadas recordarán al caballero la incredulidad con que otros contemplan la conducta de éste. Desarrollaremos esta idea más en el episodio de los batanes. Sin desviarnos más por el momento, retomemos el hilo principal de nuestro análisis: el esfuerzo de Sancho de superar sus dudas sobre su colaboración con don Quijote.

Los intentos del escudero de no prolongar el episodio del molino y de evitar una discusión sobre la caballería andantes son indicativos de su deseo de no permitir que las locuras de don Quijote destrocen su esperanza de gobernar una ínsula. En vez de proseguir en la conversación caballeresca, Sancho expresa que desea comer. Don Quijote

le responde que puede alimentarse según su gusto. El efecto del buen comer y beber es inmediato para Sancho:

...iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen. (I, 8, 148)

Como constataremos a lo largo de este estudio, Sancho aprovecha estas y otras tácticas a fin de no confrontar la improbabilidad de ascender socio-económicamente. Las pruebas de la insensatez de don Quijote irán acumulándose y el escudero luchará para creer que la salud mental de su amo no imposibilita la adquisición de riquezas o incluso el gobierno de una ínsula.

Al igual que en el buen comer y beber, Sancho se refugia en el acto de dormir. Mientras que don Quijote pasa esa noche velando: “No la pasó así Sancho Panza; que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no lo llamara) los rayos del sol, que le daban en el rostro...” (I, 8, 149). Lógicamente, al despertarse, Sancho evalúa sus abastecimientos: “Al levantarse dio un tientito a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar presto su falta” (I, 8, 149). Es notable que la preocupación del escudero ante la escasez de sus provisiones no solamente refleja su gusto por los placeres gastronómicos. Como observamos en las dos citas anteriores a esta última, el consumo de alcohol y otras provisiones también le

permite reprimir sus dudas acerca de sus ambiciones desmesuradas. Asimismo, al satisfacer su apetito y su sed, el villano descansa tranquilamente y así tolera mejor las desventuras.

De forma semejante a cuando acomete a los molinos, antes del ataque contra los dos frailes de la orden de San Benito, don Quijote le libera a su escudero de la obligación de participar en el conflicto. En este segundo caso, la excusa que el amo le ofrece no es el miedo sino que los villanos no han de luchar contra caballeros. El hidalgo afirma:

“...aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja...” (I, 8, 149). En respuesta, Sancho delinea las circunstancias según las cuales combatiría: “...yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle” (I, 8, 149). Esta réplica del escudero deja claro que su mayor preocupación en cuanto a las peleas es la defensa de su persona. Asimismo, él expresa su deseo de mantenerse al margen de los conflictos en cuanto sea posible.

Al igual que en el caso de los molinos de viento, Sancho y don Quijote articulan dos visiones diferentes de la caravana que encuentran por el camino. El caballero afirma: “—O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto; porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son, sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío” (I, 8, 150). La reacción de Sancho evoca su experiencia previa con los molinos de viento e ilustra la falta de confianza que el escudero tiene en la

interpretación de su amo: “—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe” (I, 8, 150). Como la primera vez, don Quijote rechaza la explicación que propone Sancho y lo atribuye a su poca familiaridad con la tradición caballeresca: “—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de achaque de aventuras; lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás” (I, 8, 150). Sin embargo, el hidalgo no presenta ninguna prueba a su escudero que confirme que su interpretación sea acertada. Al contrario, un fraile cae, indefenso, mientras que el otro huye del peligro en vez de defenderse como supuestamente haría un caballero.

Hay dos grandes diferencias entre este ataque y el anterior. El escudero presencia la previa conducta disparatada de su amo y reconoce que su interpretación de las circunstancias a veces no coincide con la realidad. También, el primer episodio no presenta ninguna posibilidad de ganancia mientras que el segundo sí. El villano es consciente de ambas diferencias y decide aprovechar la vulnerabilidad del fraile postrado para despojarle de su hábito. El gran reto para Sancho es que si bien el fraile es tan discapacitado como parece, los mozos que lo acompañan no son tan indiferentes hacia los dos compañeros como eran los molinos de viento:

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don

Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello... viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí...arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. (I, 8, 151)

A pesar de la frívola justificación que Sancho ofrece como una defensa de su comportamiento, sus declaraciones antes y después de la conversación con los mozos indican que él no comparte la interpretación de don Quijote de que el religioso sea un encantador malvado. La más lógica explicación de la tentativa del escudero de saquear al religioso es que percibe una oportunidad para ganar algo y opta por hacerlo aunque sea a costa del fraile. Esto es particularmente notable porque ilustra que Sancho está dispuesto a mentirles a los mozos en un intento de optimizar su posibilidad de sacar beneficio de la situación. Si bien el escudero no comparte la visión de su amo acerca del enemigo, es manifiesto que sí intenta aplicar un concepto caballeresco para apoderarse de los bienes ajenos después de la derrota del contrario.

Además, el hecho de que la mendacidad de Sancho fracasa ilustra la importancia de las diferencias de perspectiva y del exceso visual en las interacciones humanas. El intento del escudero de ofrecer una excusa claramente indica su esperanza de evitar un conflicto con los mozos y su deseo de quedarse con el hábito. Esta tentativa de Sancho no es irrazonable ya que podemos imaginar distintos subterfugios que podrían haber funcionado para lograr al menos uno de esos dos propósitos. Por ejemplo, Sancho podría haberles manipulado a creer que él desnudaba al fraile a fin de verificar si estaba herido de la caída. Sin embargo, el villano, incapaz de apreciar sus acciones desde fuera, ambiciona excusar su conducta al reivindicar el derecho de los caballeros vencedores de

saquear a los vencidos. El problema es que Sancho no se percató de los obstáculos que impiden el éxito del robo. La primera dificultad es que don Quijote no podrá llegar a tiempo para defenderle en caso de que los mozos no crean su mentira. Por el camino, él aprenderá a no contar siempre con la ayuda de su amo en los conflictos. Además, el vilano no considera que los mozos, a diferencia de él, no recibirían ningún beneficio por evocar la caballería andante y por lo tanto no son susceptibles de reconocerla como una justificación. Notablemente, aunque entiende que sus acciones en esta circunstancia no son justificadas, el escudero, si desea mantener su esperanza de obtener una recompensa, tiene que aceptar la validez de la tradición caballeresca, al menos a grandes rasgos. En cambio, los mozos simplemente reaccionan contra lo que presencian: un ataque violento contra el fraile y un intento de despojarle. Por lo tanto, la defensa que ofrece Sancho ilustra no solamente que está dispuesto a decepcionar a otros sino también que, al hacerlo, no anticipa bien cómo otras personas, que no comparten sus ambiciones, interpretarán sus acciones. Igualmente, el lector aprende que, a pesar de estar familiarizado con la distorsionada visión de su amo, Sancho aplica las reglas de la caballería andante cínicamente a fin de sacar provecho personal.

## Capítulo 10

La paliza que sufre Sancho y su consiguiente pérdida de conocimiento no impide que él recuerde la promesa de la ínsula. Al contrario, es la primera preocupación cuando el escudero recobra sus sentidos: “Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza, algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento a la batalla de su señor don Quijote, y rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle victoria y que ganase

alguna ínsula, de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido” (I, 10, 162). Curiosamente, en este episodio, Sancho no reprime la exagerada promesa de la ínsula como hace previamente al comer, beber y descansar. En cambio, el abuso físico le inspira a reivindicar la improbable recompensa. Este hecho revela que Sancho, si bien todavía reconoce la naturaleza disparatada de acciones de su amo y de sus propias, intenta convencerse de la viabilidad de gobernar una ínsula. Desde el punto de vista del escudero, su maltrato por los mozos y su colaboración con el caballero requiere grandes esperanzas para justificarlos. De lo contrario, el villano tendría que reconocer que su acompañamiento del hidalgo es un error. En términos de Festinger, Sancho intenta reducir su disonancia cognitiva, sus conflictos internos acerca de su decisión, al enfatizar su ambición y al reprimir la improbabilidad de lograrla mediante los esfuerzos ilógicos de su amo. Otra vez, don Quijote aprovecha su autoridad como conocedor de la tradición caballeresca para asegurarle a Sancho de que su ínsula llegará. El caballero le explica que la batalla es una aventura de encrucijadas y no de ínsulas. Antes de seguir el camino, Sancho acepta la excusa de su amo y le agradece de antemano por la oportunidad de convertirse en gobernador en el futuro.

A pesar de que el escudero temporalmente se persuade de la posibilidad de obtener la ínsula, es manifiesto que ahora él se percató de los peligros a los cuales se exponen los dos. Sancho le advierte a su amo: “—Paréceme, señor, que sería acertado irnos a retraer a alguna iglesia; que, según quedó maltrecho aquel con quien combatistes, no será mucho que den noticia del caso a la Santa Hermandad y nos prendan; y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo” (I, 10, 163). En respuesta, don Quijote declara que podrá defender a Sancho de los peligros, por

graves que sean. Además, él alaba sus propias hazañas y le pregunta a su escudero si ha visto o leído alguna aventura caballeresca que sea comparable. Sancho contesta: “–La verdad sea...que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir...quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vuestra merced es que se cure; que le va mucha sangre de esa oreja...” (I, 10, 163). De este modo Sancho explícitamente reconoce no solamente su falta de familiaridad con la tradición caballeresca sino también su inhabilidad de acceder directamente a la literatura y de contrastar su contenido con la conducta del hidalgo. Además, el consejo del villano de que los dos han de refugiarse para no ser prendidos manifiesta que él reconoce que los métodos de su amo no son legales. Por el momento, él logra reprimir sus dudas lo suficiente para no conectar la ilegitimidad de las técnicas del caballero con la improbabilidad de una ínsula.

El próximo tema de conversación entre el amo y el escudero recalca la dependencia de éste sobre aquél con respecto al conocimiento de la caballería. Don Quijote menciona que no habría necesidad de emplear hilas y ungüento para curarle la oreja si el bálsamo de Fierabrás estuviera a mano. El caballero prosigue en su explicación, aclarando que tal bálsamo tiene la habilidad de curar cualquier herida. Al escuchar esto, Sancho replica que él intercambiaría toda otra merced futura por la receta de la pócima:

–Sí eso hay –dijo Panza–, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor; que para mi tengo que valdrá la onza adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente. (I, 10, 164)

Es también notable que Sancho, a la vez que exagera su servicio con el propósito de persuadir a don Quijote que merece la receta, indica su deseo de abandonar su puesto escuderil. Por estas razones, podemos constatar que en este momento los motivos económicos de Sancho predominan y que todavía no establece ni un fuerte apego a la vida caballeresca ni una indisoluble relación con su amo.

Don Quijote, consciente de que Sancho lo abandonaría si él recibiese algún premio que saciase su apetito pecuniario, esquivo la petición y desplaza cualquier recompensa: “—Calla, amigo —respondió don Quijote—; que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte...” (I, 10, 164). Al igual que cuando el caballero le convence al labrador de aceptar el puesto, don Quijote le anima constantemente con premios futuros. Luego, don Quijote promete vivir de forma más austera hasta acometer nuevamente al vizcaíno contra quien lucha previamente durante el intento de Sancho de despojar al fraile. Sin embargo, el villano contesta que el enemigo “...no merece otra pena si no comete nuevo delito” (I, 10, 165). Por primera vez, el hidalgo acepta el consejo del escudero y, por ende, decide enmendar su juramento.

En particular, don Quijote promete imitar al marqués de Mantua hasta conseguir la celada de otro caballero. De nuevo, Sancho intenta disuadirle de emprender tales locuras que, según él, perjudican la salud y la conciencia:

¿Háse de cumplir...el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que usted quiere revalidar ahora?...Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros y carreteros, que no sólo no traen celadas, pero quizá no las han oído nombrar en todos los días de su vida. (I, 10, 165)

El comentario del escudero refleja que él no solamente observa la ausencia de otros caballeros andantes por ese lugar sino que además reconoce la locura que define el juramento de don Quijote. Su ambición improbable sigue coexistiendo con su evaluación prosaica de la mayoría de la situación. Cuando el caballero intenta asegurarle a Sancho que abundarán las oportunidades para acometer a caballeros y ganar ínsulas, el villano manifiesta su esperanza de obtener una lo antes posible. En este caso, es el hidalgo que pone fin a la discusión en vez de proseguir con la problemática conversación sobre el plazo de la deseada ínsula, proponiendo que coman y que busquen un lugar donde alojarse y preparar el bálsamo.

### Capítulo 11

Al encontrarse con unos cabreros, el hidalgo intenta aprovechar su audiencia para reafirmar su autoridad como caballero andante. En primer lugar, don Quijote hace gala de su supuesta magnanimidad al invitarle a Sancho a comer con él.

–Porque veas, Sancho, el bien que en si encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor... (I, 11, 168)

A pesar del énfasis que el hidalgo pone sobre su generosidad, es aparente que la oferta no es desinteresada. Al contrario, don Quijote pretende demostrarle a Sancho que su servicio le permitirá ascender las escalas sociales rápidamente. Además, hemos de recordar que en la escena anterior Sancho rechaza la autoridad de su amo cuando éste afirma la viabilidad

del proyecto de acometer a caballeros andantes por el campo. Por lo tanto, el ofrecimiento ha de interpretarse como un intento de reafirmar su autoridad frente a las recientes dudas de Sancho.

Es importante notar que don Quijote no logra su objetivo de impresionar favorablemente a Sancho ya que sobreestima el honor de brindarle al escudero su compañía. Al contrario de lo que espera el hidalgo, el villano no desea compartir manteles con su amo:

—¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas...Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante...convíértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho... (I, 11, 169)

Esta réplica, aunque relativamente respetuosa, pone de manifiesto que el escudero no se contentará con mercedes insustanciales.

Ya que don Quijote todavía no puede ofrecer una recompensa a la par de los deseos de Sancho, el caballero reafirma su poder frente a él, a la vez que revela que la supuesta oferta es, en realidad, una obligación: “—Con todo esto, te has de sentar; porque a quien se humilla, Dios le ensalza. Y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto dél se sentase.” (I, 11, 169). Al empezar a comer, el caballero presenta una arenga sobre la edad dorada. Otra vez, Sancho decide enmudecer y aprovechar la ocasión para satisfacer su hambre, su sed y, por extensión, su deseo de olvidar sus trabajos y las locuras de don Quijote: “Sancho asimesmo callaba y comía bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque...” (I, 11, 171). Asimismo, él no acepta más de una canción por parte del

cabrero. El narrador observa que: "...aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque más estaba para dormir que para oír canciones" (I, 11, 173). Notablemente, si bien el narrador atribuye la prohibición del escudero al deseo de éste de dormir, el sirviente no lo descubre a su amo. Al contrario, él únicamente cita la necesidad de los cabreros de descansar. Sin embargo, a la vez que el hidalgo acepta la prohibición de Sancho, él no desperdicia la oportunidad para hacerle notar al escudero que sabe la verdad y que es consciente de su intento de engañarle: "—Ya te entiendo Sancho —le respondió don Quijote—; que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música" (I, 11, 174). Luego, don Quijote afirma que velará, como han de hacer los de su profesión. De este modo, a pesar de la mendacidad del escudero, el caballero muestra simpatía con él y simultáneamente critica su consumo de tanto vino.

## Capítulo 12

Luego, un mozo de abastecimientos aparece y relata la historia del enamoramiento y fallecimiento de Grisóstomo. De nuevo, el escudero anuncia su deseo de descansar y su falta de interés en el tema de conversación. El narrador observa: "Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó, por su parte, que su amo se entrase a dormir...Sancho se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces" (I, 12, 180). Esta descripción ilustra que el caballero y el escudero siguen participando en las aventuras de manera distinta. El primero parece disfrutar plenamente de la experiencia y no dudar de la viabilidad de la caballería andante. En cambio, el segundo desea obtener la

máxima recompensa por la mínima participación y hasta alcanzarla desea disfrutar del buen comer, beber y dormir.

### Capítulo 13

Durante el camino al entierro de Grisóstomo, don Quijote les describe a los otros caminantes varios aspectos de la caballería andante. Entre otros detalles, el hidalgo afirma la universalidad del amor y la religiosidad de los caballeros y describe la belleza de Dulcinea. Asimismo, él menciona la leyenda de la metamorfosis del rey Arturo en un cuervo y los linajes de varios otros de los caballeros andantes más famosos. El narrador repara en que:

...los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás a su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso. (I, 13, 187)

Aunque es tentador opinar que la credulidad de Sancho es un indicio de idiotez o locura, es necesario recordar qué información le ofrece el hidalgo y cómo lo hace. Con la excepción de la existencia de la princesa Dulcinea, ningún otro detalle que presenta como veraz es inverosímil. Notablemente, el hidalgo le presenta el dato más increíble, la transformación del rey Arturo, sin afirmar su autenticidad. El caballero sencillamente declara que es una leyenda, no un hecho comprobado. Además, Sancho no tiene ningún modo de verificar directamente la información contenida en los textos caballerescos.

También hemos de notar que Sancho, como seguidor del dogma de la Iglesia católica, cree en los artículos de la fe y por lo tanto no necesariamente descartaría los detalles caballerescos que desbordan los límites de la experiencia cotidiana.<sup>3</sup> En cambio, el escudero sí cuestiona la existencia y naturaleza de Dulcinea, el único detalle que no compagina con sus conocimientos previos.

### Capítulo 15

La próxima aventura en que el narrador presenta al escudero involucrándose es en la de las jacas gallegas. Al igual que en las experiencias anteriores, don Quijote y Sancho reaccionan de forma distinta. Al observar a las jacas y sus dueños maltratar al caballo del hidalgo, éste declara: “—A lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea. Dígolo, porque bien me puedes ayudar a tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rocinante” (I, 15, 202). Esta afirmación es consistente con una discusión previa en que el hidalgo le indica al labrador que solamente puede socorrerle a su amo en conflictos que no sean con caballeros andantes. Asimismo, como en los episodios previos, a diferencia de su amo, Sancho ofrece una evaluación más prosaica de la realidad. Éste exclama: “—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar —respondió Sancho—, si éstos son más de veinte, y nosotros

---

<sup>3</sup> Dadas las similitudes entre los elementos fantásticos de los textos sagrados y los libros de caballerías, es interesante que ciertas autoridades católicas hayan intentado dificultar el acceso a éstos últimos. Con respecto a la actitud de los oponentes de los libros de caballerías durante esa época, Howard Mancing describe en *The Cervantes Encyclopedia*: “The self-righteous moralists of the time consistently criticized the genre for its lack of verisimilitude, structural unity, and clear moral lesson, as well as for its supposed licentiousness and power to corrupt the morals of readers...The romances of chivalry were banned in the Spanish colonies in America...” (626).

no más de dos, y aun quizá nosotros uno y medio?” (I, 15, 202). En vez de debatir el asunto, el hidalgo acomete a los contrarios después de afirmar su aptitud para vencerlos. A pesar de su protesta inicial, el escudero emula al caballero “...incitado y movido por el ejemplo...” (I, 15, 202). Esta decisión de Sancho marca un hito importante en su participación en el proyecto de don Quijote. Este episodio es el primero en que ataca Sancho al enemigo con un arma. En contraste con los frailes y los mozos, la veintena de hombres con estacas vengando a sus yeguas presenta un mayor peligro para el hidalgo. Es probablemente por este motivo que, a pesar de su deseo de mantenerse al margen de la violencia, el escudero intenta apoyar a su compañero en el conflicto. Esta preocupación de Sancho por el bienestar de su amo constituye un paso importante en su relación.

Como prevé el escudero, el conflicto acaba mal para los dos compañeros. Don Quijote interpreta que su propia derrota se debe a que acomete a personas de un estrato inferior. En consecuencia, el hidalgo le indica al escudero: “...cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano y castígalos muy a tu sabor; que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder...” (I, 15, 203). Sin embargo, Sancho también se arrepiente de participar en el conflicto y de intentar socorrer a su amo. Él aclara que en el futuro resistirá el impulso a pelear, cualquiera que sea la clase de enemigo: “—Señor, soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquier injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar. Así, que séale a vuestra merced también aviso (pues no puede ser mandato) que ninguna manera pondré mano a la espada...” (I, 15, 204). Estas palabras de Sancho revelan que su contrición se debe, en parte, a su temor de no poder sostener a su familia si

se lesiona gravemente. Igualmente, es un reconocimiento de los límites de la potencia física de don Quijote y de su poca voluntad de ayudar al escudero si hacerlo requiere exponerse a peligro.

A pesar del desengaño que experimenta Sancho a causa de la paliza que recibe, su continuada participación en las aventuras y desventuras de don Quijote indica que sigue creyendo que conseguirá un premio que recompensará su sufrimiento y que cree poder mantenerse suficientemente al margen de la violencia. Asimismo, el escudero todavía tiene fe en la calidad de los conocimientos de su amo. Podemos constatar esto al considerar que el villano le pide al hidalgo el bálsamo al principio de esta misma conversación, así revelando que todavía quiere creer en la fuerza medicinal de la pócima y que desea conocer la receta mediante la cual espera enriquecerse.

Y, al igual que en las situaciones previas, cuando don Quijote intenta hablar sobre aspectos de la caballería andante a los cuales el escudero no quiere hacer frente, éste procura poner fin al tema de discusión. El escudero declara que está más "...para bizmas que para pláticas" (I, 15, 204). Sin embargo, el hidalgo afirma que Sancho ha de saber defenderse y ha de aspirar a ser caballero para luego poder ser gobernador. No obstante, el villano comunica su persistente preocupación con la violencia e intenta averiguar los límites del peligro aventurero al interrogarle a su amo sobre la típica frecuencia y naturaleza de los conflictos. Ante las severas advertencias del amo, el narrador observa la frustración y el sufrimiento del escudero: "Y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agobiado..." (I, 15, 207). Cuando don Quijote y su escudero por fin llegan donde piensan hospedarse, sus interpretaciones del lugar son tan distintas como sus evaluaciones

iniciales de las previas aventuras: “Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo; y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar, sin acabarla, de llegar en ella, en la cual Sancho entró, sin más averiguación...” (I, 15, 208). El hecho de que el escudero abandona el debate con don Quijote ilustra que él reconoce la futilidad del esfuerzo. Sabe que no logrará convencerle y, aunque lo hiciese, no sería provechoso.

## Capítulo 16

Al llegar a la venta, Sancho fabrica una historia para encubrir la causa de las heridas de don Quijote. Hay varias explicaciones posibles para esta decepción, pero quizá la más sencilla sea que el escudero no quiere contar lo ocurrido y así revivirlo. Este motivo sería consistente con sus previos intentos de reprimir su sufrimiento. Es particularmente notable que esta atrevida mendacidad de Sancho indica que él espera contar con la complicidad de su amo. Efectivamente, don Quijote no les revela a los de la venta cuál es el verdadero origen las lesiones de ambos. Al ayudar al hidalgo, la ventera comenta la incongruencia de la explicación y las lesiones, afirmando que más parecen de unos golpes que de la caída de una peña. Sancho replica con una aclaración que ilustra su astucia: “...la peña tenía muchos picos y tropezones.” (I, 16, 210). Curiosamente, lo que afirma el escudero justo después parece contradecir esta aparente perspicacia.

Sancho, deseoso de conseguir materiales con que tratar sus heridas, indica que también está dolorido. Sin embargo, en vez de simplemente indicar que él también se ha caído (como sospecha la ventera), el escudero responde que su malestar es una consecuencia del susto de haber presenciado la caída de su amo. A pesar de la inverosimilitud de esa explicación, la hija de la ventera la corrobora al explicar que ella

ha sufrido semejantes dolores después de soñar caídas. Sin embargo, en vez de cambiar el tema de conversación, Sancho opta por proseguir con su cuento inverosímil con detalles innecesarios. Él matiza que: “—Ahí está el toque, señora, —respondió Sancho Panza—: que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote” (I, 16, 210). Por lo tanto, hemos de considerar cuál es el propósito de estas afirmaciones del escudero. Aunque es posible argüir que Sancho no quiera parecer torpe como su amo, la extraña aclaración del escudero tampoco caracteriza a él favorablemente ya que lo presenta como mentiroso o irracional. Si consideramos la frustración que Sancho seguramente siente al ver las locuras de su amo —y al tener que seguirlo para obtener los galardones prometidos—, es evidente que el comentario sobre su vigilia es una confesión disimulada. Aunque la ventera no tiene la clave para entenderla, el escudero reconoce que, sin estar imaginando o loco como don Quijote, él se desvía, o sea se cae, del camino de la conducta razonable al entremeterse innecesariamente en el conflicto con la veintena de hombres.

No obstante, las heridas y la frustración de Sancho no sofocan su deseo de lucir sus recién adquiridos conocimientos caballerescos. En una conversación con la moza de la venta, Sancho aun se burla de su ignorancia de la tradición. Además, el villano le explica que la situación de los caballeros andantes cambia rápidamente ya que las mayores riquezas pueden seguir grandes desdichas. Cuando la ventera cuestiona por qué Sancho está sin condado, él explica que las aventuras son de diversa índole y que hasta entonces no topa con ninguna que conlleve tal premio. Notablemente, ésta es la misma explicación que don Quijote le ofrece a él anteriormente. Curiosamente, Sancho no simplemente anhela un premio específico sino que está ilusionado con la posibilidad de

obtener una merced imprevista. Él expresa: “Y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra. Verdad es que, si mi señor don Quijote sana desta herida o caída y yo no quedo contrechado della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España” (I, 16, 211).

Lejos está Sancho de su reciente actitud previa, según la cual no quería más premio que la receta del bálsamo con que piensa enriquecerse. Si bien esto indica que las esperanzas de Sancho continúan aumentándose (ya que él expresa que ni siquiera se contentaría con la corona), también demuestra que se ha contagiado del gusto por la experiencia, lo imprevisible y las ilusiones. Es decir, el escudero empieza a aficionarse por la aventura.

Durante la noche en la venta, don Quijote interrumpe la cita entre Maritornes y el harriero. En la pelea que esto provoca, los otros combatientes lastiman a ambos caballero y escudero. Es valioso citar ampliamente la descripción que ofrece el narrador de la experiencia de Sancho cuando halla a Maritornes cerca de su lecho:

En esto despertó Sancho, y, sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó a dar puñadas a una y otra parte, y, entre otras, alcanzó no sé cuántas a Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas, que, a su despecho, le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo. (I, 16, 215)

El capítulo cierra con los dos compañeros tan exhaustos a causa de la pelea que ni siquiera pueden alejarse del cuadrillero que llega dando voces e intentando restaurar la paz.

## Capítulo 17

Cuando don Quijote y Sancho recuperan suficientes fuerzas, emprenden una conversación en que cada uno se queja de su maltrato semi-onírico. Mientras que el escudero vagamente menciona que parece que todos los diablos lo golpean, el hidalgo ofrece una explicación más detallada y fantástica de lo ocurrido. Don Quijote afirma que el lugar donde se hospedan está encantado y que, durante un amoroso coloquio con una doncella, un gigante lo ha atacado. Además, él concluye que: "...el tesoro de la ferrosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí" (I, 17, 218). Sancho contesta que él también ha sufrido, pero a manos de 400 moros. Dadas las circunstancias, esta explicación socarrona del escudero tiene el aparente propósito de exagerar su propio sufrimiento frente a lo que experimenta su amo. Además, el labrador lamenta: "...ni soy caballero andante, ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte!" (I, 17, 218). Por lo tanto, es evidente que el escudero desea indicarle a su amo que él, y no el hidalgo, sufre más durante la refriega. Notablemente, esta exclamación también revela que Sancho no tiene pretensiones caballerescas. Es decir, si bien el escudero desea obtener premios mediante su colaboración con don Quijote, no quiere ser como él. Junto con su responsabilidad de liderazgo y su renuncia de algunos lujos, una de las diferencias más destacables entre el escudero y el caballero es la aparente locura del segundo. Por lo tanto, Sancho reconoce que no quiere emular este detalle.

Cuando un cuadrillero vuelve con un candil, Sancho le interroga a su amo si ese hombre es un moro encantado y deseoso de maltratarlos de nuevo. Don Quijote responde de forma negativa, afirmando que los hechizados no permiten que otras personas los vean.

Sin criticar directamente la lógica que ofrece su amo, el escudero lamenta que si bien los encantados no son visibles, las personas sí pueden sentir su violencia. Después, don Quijote insulta al cuadrillero, quien le responde con un candilazo. Al ver este intercambio, Sancho declara: “—Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos” (I, 17, 219). Esta segunda vez, el hidalgo acepta la caracterización de su escudero y le aconseja abandonar toda esperanza de vengarse: “—Así es —respondió don Quijote—, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos, aunque más lo procuremos” (I, 17, 219). Siguiendo parte de las recomendaciones de su amo, Sancho se resigna a recobrar su salud en vez de intentar acometer al enemigo misterioso. Luego, el escudero empieza a reunir los ingredientes para el bálsamo supuestamente medicinal que don Quijote indica que ha de curar los males de ambos.

Aunque el bálsamo provoca una reacción violenta por parte de don Quijote, quien sufre vómitos y sudadas, le induce a dormir varias horas y él se despierta sintiéndose sano. Al ver el alivio de su amo, Sancho, deseoso de curarse de sus heridas y dolores, también decide tomar la pócima. Sin embargo, los resultados son distintos de los esperados: “...primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado” (I, 17, 221). Cuando don Quijote presencia el sufrimiento de Sancho, él conjetura que es el resultado de que los que no sean caballeros no han de probar el bálsamo. La reacción del escudero hacia este comentario ilustra su clara frustración con su amo: “—Sí eso sabía

vuestra merced –replicó Sancho–, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?” (I, 17, 221). Antes de que pueda recibir una respuesta, el escudero sufre una segunda oleada de malestar que dura un par de horas y lo deja agotado. No obstante, el hidalgo decide retomar el camino antes de que el escudero tenga tiempo para reponerse.

Antes de partir, don Quijote agradece el buen acogimiento que recibe en la venta –que él sigue denominando un castillo– y le ofrece al ventero vengar cualquier agravio que haya sufrido. Éste replica que no requiere otra paga por el hospedaje y los otros servicios recibidos que el dinero que don Quijote le debe. El hidalgo se muestra asombrado de que el lugar en realidad sea una venta y le pide al propietario que le perdone la deuda, por ser vedado a los caballeros andantes pagar posada. Cuando el ventero protesta la terquedad del hidalgo, éste le insulta y sale “...sin mirar si le seguía su escudero...” (I, 17, 222). Abandonado por su amo, Sancho sigue el ejemplo y se niega a recompensar el hospedaje, citando las leyes que describe su señor. Desafortunadamente, en este caso, hay insuficientes detalles para conjeturar esmeradamente sobre si el escudero realmente cree que tales leyes se aplican al contexto o si sencillamente es un intento de zafarse de la deuda. En todo caso, para castigar la negativa de Sancho de remunerar al ventero, los otros ocupantes aprovechan el cansancio del primero para mantearlo. Don Quijote, también exhausto, no se entremete sino que se limita a hacer de coro para las protestas y amenazas que canta el escudero. Cuando los demás acaban con el manteamiento, Maritornes le ofrece agua a Sancho mientras que don Quijote le ofrece el bálsamo de nuevo. En reacción, Sancho le recuerda a su señor que la pócima no le hace ningún provecho y que no le conviene beberla. Silvio Sirias advierte: “Sancho has shed his initial assumptions about the balm and he has revised his beliefs regarding its

profitability. The squire will once again focus on the governorship as his main reward...Furthermore comes to realize from the blanket tossing that he cannot rely upon his master to rescue him in times of need” (34). En vez de tomar más brebaje, el escudero opta por beber un poco de vino, y no agua, antes de retomar las riendas de su asno.

Al contrario de lo que podríamos esperar, Sancho se siente relativamente satisfecho con su situación. Esto es particularmente sorprendente cuando consideramos la acumulación de desdichas que sufre en un período relativamente breve: la brutal paliza con la veintena de hombres, la pelea con Maritornes, el experimento perjudicial con el bálsamo, la decisión de don Quijote de partir a pesar de la lamentable condición de su escudero y el manteamiento tan degradante. Además, el hidalgo ni siquiera intenta socorrer a su leal servidor. Sin embargo, el narrador observa que:

Así como bebió Sancho, dio de los carcaños a su asno, y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della, muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en paga de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió de turbado. (I, 17, 225)

A pesar de la actitud del escudero al reiniciar el camino, las experiencias negativas asociadas con la posada dejan una fuerte huella sobre él. Como constataremos en varios casos posteriores el villano lamenta su manteamiento, la pérdida de las alforjas, la batalla nocturna y la poca lealtad de su amo.

## Capítulo 18

La siguiente conversación entre el escudero y el caballero ilustra, una vez más, la diferencia entre las perspectivas de los dos. Asimismo, el intercambio despierta las frustraciones de Sancho. Don Quijote afirma que los manteadores son seres encantados y que ellos le impiden de defender a su escudero. Sancho protesta las declaraciones de su señor, notando que los culpables son personas de carne y hueso. El villano prosigue: “...Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en él estuvo que en encantamientos...Y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera volvernos a nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega...” (I, 18, 226-7). Es evidente que el hecho de que el hidalgo no haya intentado socorrer a su sirviente contribuye a la propuesta de éste de poner fin a las aventuras. En respuesta, el hidalgo indica que conseguirá una espada que los proteja de encantamientos. También, recalca que, a cambio de su sufrimiento, los dos pueden ejercer una profesión honrosa y gozar de vencer a enemigos. Por su parte, Sancho protesta que él, por no ser caballero, probablemente no podrá beneficiar de la espada, como tampoco puede del bálsamo. Don Quijote simplemente responde que su escudero no ha de preocuparse y que su fortuna irá mejor en las aventuras por venir.

En el párrafo anterior, mencionamos de paso el deseo de Sancho de renunciar su oficio y de volver a su aldea. A fin de mejor entenderlo, hemos de poner de relieve, brevemente, algunos aspectos de la profesión escuderil. Esto es oportuno ya que aquí, al igual que en varios momentos futuros durante la colaboración entre amo y escudero, éste cuestionará si puede y debe permanecer en ese papel. Perspicazmente, José Manuel Martín Morán recalca varios de los detalles más importantes sobre Sancho y las

expectativas de su profesión. Él observa que tal oficio normalmente es perdurable y puede conllevar beneficios notables: “...un criado solía permanecer al servicio de su señor durante toda la vida. Don Quijote ofrece a Sancho, con el modelo feudal, justamente esa fidelidad en la relación...compensada con la movilidad espacial, necesaria para alcanzar la ansiada movilidad social” (154). Además, él subraya que, tradicionalmente, la cooperación entre un escudero y un caballero no es sencillamente económica sino que: “...el señor feudal propone a su criado una canal de transmisión de valores sociales...” (159). Consistente con esa tradición caballerescas, podemos suponer que don Quijote espera contar con una lealtad duradera por parte de su compañero y que mediante esa interacción con su aprendiz ambiciona validar su proyecto. Si el villano no cumpliera esa función, los propósitos caballerescos de don Quijote fracasarían. Sancho es necesario porque será un cómplice cuya presencia y cuyas palabras corroborarán la visión fantástica de su amo, al menos a grandes rasgos. Por otro lado, al igual que aconseja el ventero en el capítulo tercero, el villano se encargará de los detalles prácticos que el caballero no puede confrontar directamente sin destruir la farsa. A diferencia de la convicción de don Quijote, la incertidumbre de Sancho acerca de si debe proseguir con la colaboración ilustra el gran problema que Martín Morán explicita: “Este es sustancialmente el dilema de Sancho Panza durante todo el relato: si quiere hacer carrera, ha de creer a su amo, pero para poder creerle ha de confrontar la proposición de su amo con la realidad...y ésta le empuja a no creerle...” (161). Efectivamente la aparente legitimidad del proyecto caballeresco requiere que ambos amo y escudero desempeñen los papeles señalados. La duda que surge para Sancho en este episodio es una manifestación de su dificultad de apoyar,

descaradamente, la fantasía de su amo sin abandonar sus propias ambiciones que dependen de ese simulacro.

Antes de que se resuelva el debate entre los dos compañeros sobre el futuro de su colaboración, se levantan dos polvaredas que interrumpen la discusión. En cambio a varias situaciones anteriores, Sancho inicialmente acepta la interpretación fantástica de don Quijote, quien afirma que hay dos ejércitos. El narrador describe que: "...con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran dos ejércitos, que Sancho lo vino a creer..." (I, 18, 228). Ya que el caballero no presenta ninguna prueba de que sean ejércitos —y sabemos que en circunstancias semejantes Sancho ha refutado las declaraciones de su amo—, hemos de considerar dos factores que destacan esta situación de las previas.

En primer lugar, después de tanto sufrimiento descorazonador, Sancho anhela reavivar su confianza en los conocimientos caballerescos de su señor y, por extensión, su propia esperanza de obtener posibles mercedes mediante él. De lo contrario, el escudero tendría que confrontar que, para el bienestar de su familia, ha de abandonar la aventura y su exploración de la caballería a fin de recuperar la relativa estabilidad y monotonía de su trabajo previo y de su vida doméstica. Como ya hemos visto, el villano está dispuesto a suspender o reprimir su incredulidad y sus dudas si esto le permite soñar con enriquecerse y con subir las escalas sociales. En segundo lugar, la confusión ocasionada por las nubes de polvo le concede la oportunidad de aceptar la visión de don Quijote sin tener que ignorar la evidencia proporcionada por sus propios sentidos. El narrador corrobora esta explicación luego cuando describe que desde la loma donde se refugian ambos: "...se vieran bien que las dos manadas que a don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo no les turbara y cegara la vista..." (I, 18, 229). Una vez persuadido Sancho, su

señor le afirma que algunos de los guerreros son musulmanes. Debido a los conflictos entre la cristiandad española y diversas comunidades islámicas, es obvio por qué el escudero se opone a los enemigos históricos de sus correligionarios. Asimismo, don Quijote le anima con la promesa de conseguir un mejor jumento como despojo de la batalla.

Sancho escucha atentamente las palabras de su señor pero empieza a cuestionar sus afirmaciones cuando no encuentra pruebas para corroborarlas. El narrador describe que: "...volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba...no descubrió ninguno" (I, 18, 232). Por lo tanto, Sancho discrepa con lo que dice don Quijote, y éste alega que el miedo de su escudero es lo que le impide sentir la evidencia. Además, cuando el hidalgo intenta acometer a los supuestos enemigos, el escudero le advierte que no hay ni gigantes ni caballeros sino dos rebaños. Evidentemente, a pesar del deseo de Sancho de creer en la interpretación de su amo, es insuperable el conflicto ocasionado por la información que le proporcionan sus propios ojos.

Don Quijote se lastima en el ataque contra las manadas y el villano le reprocha de nuevo. En vano, el hidalgo sostiene que Sancho está equivocado y que cae víctima de otro encantamiento. Cuando el escudero intenta evaluar cuántos dientes el caballero sacrifica en la batalla, éste arroja violentamente el contenido de su estómago. Inicialmente, Sancho se asusta, creyendo que su señor está desangrándose. Sin embargo, el villano descubre que no es la sangre de su amo sino su bálsamo, lo cual le causa a vomitar de repulsión. Luego, él acude a sus alforjas a fin de encontrar algo con que ayudarse a sí mismo y ayudar al caballero. Infelizmente, él descubre que ya no tiene sus abastecimientos. De nuevo, el escudero se resuelve a abandonar su profesión. El narrador

observa: “...estuvo a punto de perder el juicio. Maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula” (I, 18, 234). Este deseo de abandonar su oficio y de volver a su aldea hace eco del pensamiento del escudero después de su manteamiento. Refleja que Sancho sigue cuestionando la legitimidad del proyecto de su amo y la viabilidad de lograr sus propias ambiciones mediante ello. Más tarde, el escudero lamenta su situación y don Quijote le indica que su fortuna mejorará y que debe alegrarse porque solamente el caballero ha sufrido y no Sancho. El villano refuta esta declaración, citando tanto su manteamiento como la pérdida de alforjas.

La repentina pérdida de confianza de Sancho Panza en el valor de la caballería andante no pasa inadvertida por don Quijote. Además, cuando el hidalgo lamenta que los dos pasarán hambre, el escudero recuerda a su amo que éste previamente indica saber alimentarse de la vegetación salvaje. Esta observación constituye una crítica de las hiperbólicas habilidades de su señor. El escudero aun agrega: “—Más bueno era vuestra merced...para predicador que para caballero andante” (I, 18, 235). Cuando Sancho sugiere que encuentren un lugar sosegado en donde alojarse, el hidalgo le recomienda elegir un camino y encomendarse a Dios. De este modo, el caballero cede cierta responsabilidad a su sirviente, así liberándose, temporalmente, de las consiguientes críticas de su liderazgo.

## Capítulo 19

Reflexionando sobre los recientes infortunios, Sancho observa que su señor rompe sus juramentos sobre cómo se comportará hasta conseguir el yelmo de Mambrino

y que ese hecho ha de ser la causa de la mala suerte de los dos. En cambio, don Quijote le indica que es su responsabilidad como sirviente recordárselo: "...por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda..." (I, 19, 237). De esta manera, el hidalgo procura defenderse contra las críticas e intenta reafirmar su autoridad como el único experto caballeresco mediante el cual Sancho puede esperar las mercedes prometidas y esperadas.

Al ver unas misteriosas lumbres que se acercan hacia ellos, ambos se espantan. El narrador describe: "...Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote..." (I, 19, 238). Aunque el temor de los dos es comprensible, la supersticiosa interpretación del escudero de las luces se destaca de sus reacciones anteriores. Previamente, Sancho sarcásticamente culpa a moros en la refriega venteril. En la impenetrable polvareda, él inicialmente acepta la caracterización de su señor de los rebaños como ejércitos. En ambos casos de fingida o sincera atribución de las circunstancias a fuerzas fantásticas, él cuenta inmediatamente antes con una explicación mágica de don Quijote. En el primer caso Sancho está condicionado por sus sueños y su aturdimiento y en el segundo por la nube que entorpece su vista y que encubre las mentiras de su señor. Esto no sucede con las lumbres. En la oscuridad de la noche, frente a una misteriosa multitud, Sancho teme lo desconocido y recuerda su sufrimiento durante la noche en la venta: "Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran?" (I, 19, 238). Cuando don Quijote intenta asegurarle que él lo defenderá, éste lógicamente duda de sus promesas, recordando que no lo socorre durante el manteamiento. Por lo tanto, el hidalgo

llega a reconocer la dificultad de convencerle a Sancho con sus palabras de algo que sus sentidos desmienten.

En consecuencia, don Quijote le propone a su escudero que confirme las promesas mediante las acciones que observa. Al ver la veintena de encamisados que llevan las antorchas, don Quijote los acomete. La fácil victoria del caballero, y el valor que muestra en atacar un grupo tan numeroso y desconocido, impresionan al escudero: “Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron a correr... Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí: –Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice” (I, 19, 240). Sancho aprovecha la derrota de los enlutados para saquearlos y para rectificar su propia carestía de comestibles. Es interesante que el escudero priorice esa necesidad por encima del puntual servicio de su señor cuando éste lo llama para ayudar a un bachiller lastimado: “Dio luego voces a Sancho Panza que viniese, pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desvalijando la acémila de repuesto que traían los buenos señores, bien bastecida de cosas de comer... cargó su jumento, y luego acudió a las voces de su amo” (I, 19, 241). Después de otorgarle a su señor el nuevo mote de “el Caballero de la Triste Figura”, en aparente honor de que este episodio revalida la colaboración de los dos, Sancho le recomienda seguir el camino en vez de verificar si los viajeros realmente son enlutados transportando a los huesos de un difunto. Él explica que el caballero no debe darles a los vencidos una oportunidad para reorganizarse y para vengarse. La visión pesimista con que Sancho termina la anterior aventura contrasta fuertemente con el optimismo con que cierra ésta. El escudero observa: “–Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas

las que yo he visto...El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies...” (I, 19, 240). Efectivamente, el caballero y el escudero, satisfechos, dan fin a esta aventura y se retiran a un valle en donde se dan un banquete con las fiambreras de los vencidos.

## Capítulo 20

Con el hambre satisfecha, pero no la sed, los compañeros salen en busca de agua. Entonces, el escudero luce otra vez la perspicacia, los conocimientos y el ingenio que coexisten en su personalidad con la inexperiencia y la credulidad que a veces dominan las interacciones con su señor. El villano observa y deduce que: “...estas hierbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas hierbas humedece...” (I, 20, 245). El narrador describe que, al acercarse al sonido de una vía fluvial, amo y escudero: “...oyeron a deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo...oyeron que daban unos golpes de compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas...acompañados del furioso estruendo del agua...” (I, 20, 245). Además, el narrador aclara las circunstancias que contribuyen al miedo del escudero: “...la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto...” (I, 20, 246). No obstante, estos factores no frenan sino que avivan el ánimo de don Quijote, que los reconoce y cita como evidencia de su propio valor y, por contraste, de la cobardía que sentirían otros individuos. Asimismo, el hidalgo afirma que continuará por el camino y asigna a su escudero la labor de esperar su vuelta durante tres días y, en caso de que él fallezca, de llevar la noticia de su muerte a Dulcinea.

La reacción de Sancho a estas propuestas confirma su ya aludido temor de la situación e ilustra su astucia y destreza argumentativa. El villano, declarando su incompreensión de los motivos de su señor, protesta:

...bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días...pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar...que quien busca el peligro perece en él; así que no es bien tentar a Dios...donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced... (I, 20, 247)

El razonamiento del escudero revela que éste sospecha que la urgencia de don Quijote puede atribuirse a la falta de agua o al riesgo de ser deshonrado por mostrar cobardía. Sancho explica que ninguna de estas posibles causas justifica que el caballero se exponga a un peligro desconocido. Al contrario, él observa que ellos pueden fácilmente pasar varios días de sed y que nadie más que él sabría que ellos se desviaron por el miedo a lo ignoto. También, el villano reconoce la gran suerte –o según su juicio incluso los milagros– que les libera de peores resultados.

Además, el escudero reconoce la eventualidad de que ninguna de estas explicaciones tranquilice la urgencia que siente su señor. Por lo tanto, apela a la compasión de éste:

...apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las

tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido...me quiere dejar en un lugar tan apartado del trato humano. (I, 20, 247)

Sancho prosigue con su argumentación, sugiriendo que si don Quijote se niega a renunciar su búsqueda del sonido ominoso, al menos ha de suspenderla hasta poder aprovechar la luz del amanecer que, según los cálculos pastoriles del villano, llegará dentro de tres horas. Al igual que en varios momentos anteriores, el hidalgo no hace caso de las peticiones del escudero y decide guiarse por su propio deseo de cumplir con lo que él percibe como su deber caballeresco.

No obstante, Sancho no se resigna a la decisión de su amo de continuar por el camino antes de la aparición del alba. Al contrario, valiéndose la misma oscuridad que facilita tanto temor, él concibe un modo de impedir el proyecto de su señor. El villano enlaza las cinchas de Rocinante de tal manera que éste no pueda andar. El narrador describe: “Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria...bonitamente y sin ser sentido...” (I, 20, 248). El escudero aun atribuye falsamente la inhabilidad del caballo de caminar a una fuerza sobrenatural: “...el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante...” (I, 20, 248). Logrando su propósito, el villano le convence a su señor de esta explicación y le persuade a esperar.

Cuando don Quijote lamenta la situación, Sancho inicialmente intenta convencerle a descansar, lo cual también le permitiría a éste la oportunidad de reposar sin temor de ser abandonado. Esta propuesta evoca el enfado del hidalgo, quien reprocha la

pereza del villano. Obligándole a velar con él, el caballero le pide al escudero que narre un cuento para pasar la espera de forma más amena. Sancho no desperdicia la oportunidad para comenzar la historia con una moral didáctica sobre el mal que acaece a los que lo buscan. En concreto, el escudero aprovecha la situación para repetir su creencia de que pueden y deben seguir otro camino, así alejándose del sospechado peligro. Otra vez don Quijote se frustra con Sancho y reafirma su autoridad para elegir el sendero.

Sancho prosigue en su narración, repitiendo varios detalles con el evidente propósito de prolongarla. El hidalgo se percató de esto y critica: “—Si desá manera cuentas tu cuento...repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días...” (I, 20, 249). El villano se defiende contra este reproche, declarando que el estilo es propio de su comunidad y le encarga a su señor con la responsabilidad de llevar la cuenta de las cabras que el protagonista Lope Ruiz transporta de una orilla del río Guadiana hasta la otra. Cuando don Quijote nuevamente critica la extensión de la historia, Sancho le interroga sobre el número de cabras transferidas. El hidalgo confiesa que ignora la respuesta correcta. En consecuencia, el escudero declara: “—He ahí lo que yo dije: que tuviese bien la cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante” (I, 20, 251). Este relato inacabado resulta difícil de interpretar. Obviamente, es posible simplemente tacharlo como un mero resultado de las idiosincrasias de Sancho que, por alguna razón, se obsesiona por contar de un tirón, y una por una, la transferencia de todas las trescientas cabras sin omitir o repetir ninguna. Sin embargo, el hecho de que Sancho prolonga la narración mediante la repetición de otros elementos de la historia sugiere que yace tras su esfuerzo otro motivo. Si tenemos en cuenta la probable fuente que inspira esta historia, *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso, es justificable sospechar

que Sancho abandona el cuento porque no logra cautivar la atención de su amo y por lo tanto no cree poder adormecerlo. Mariano Baquero Goyanes describe que en el texto de Alfonso un fabulista relata una historia similar sobre ovejas para que un rey con insomnio se duerma. Asimismo, él observa la persistencia del empleo del cuento para ese fin durante los siglos subsiguientes: “Todavía hoy se suele recomendar como fórmula para dormir la de ir contando, una tras otra, las ovejas que van saltando una valla, con la esperanza de que ese imaginario y cansado recuento acabe por desembocar en el apetecido sueño” (58). Si bien es inverosímil que Sancho esté familiarizado con el origen de esa narración, hay claros indicios de que él aprende esta derivación mediante la recitación de otra persona y que entiende su propósito. Jesús Botello explica:

Sancho emplea un mecanismo típico de las sociedades orales, donde los individuos aprenden escuchando y repitiendo el material oral legado por las generaciones que les precedieron, y si recuerda la historia de Torralba es porque lo que le contaron tiene relevancia para él, ya que tiene una aplicación práctica inmediata en un marco referencial concreto —en este caso, retener a don Quijote a su lado. (199)

Recordemos además que, en la conversación que inmediatamente precede la historia de Torralba, Sancho afirma su deseo de que don Quijote descanse para que él pueda hacer lo mismo.

Más allá de esa clara intención de Sancho, es digno de notar que él utiliza la truncada historia para invertir, temporalmente, la relación de poder entre los dos compañeros. El escudero declara que lo que falta por contar: “...era de mucha virtud y contento...[pero que el cuento] allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje

de las cabras” (I, 20, 251). De esta forma, el villano aprovecha su papel como narrador para indicarle a su señor que él también puede negarle su colaboración si el hidalgo incumple sus responsabilidades. Esto es análogo a los múltiples casos anteriores en que don Quijote desplaza hacia el futuro algún bien deseado por Sancho pero le recuerda que las mercedes dependerán de su servicio.

Luego, cuando Sancho siente una urgente necesidad de exonerar el vientre, él aprovecha la oportunidad para criticar a su señor de nuevo. El narrador observa que “...era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de la uña de su amo” (I, 20, 252). Don Quijote se advierte del sonido causado por el esfuerzo del escudero y éste finge su ignorancia del origen. Más tarde, el hidalgo olfatea y reconoce la causa, lo cual le provoca a sospechar que se debe al temor de villano. El caballero atribuye el aroma a su escudero, quien replica “—Bien podrá ser...más yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos” (I, 20, 252). De esta manera, el villano atribuye, falsamente, sus necesidades corporales a su estado anímico. Sin embargo, don Quijote se muestra menos tolerante con su escudero que éste es cuando su señor le vomita el bálsamo en la cara durante la aventura de los dos rebaños. El hidalgo le reprocha a Sancho: “...desde aquí en adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio” (I, 20, 252). Al contrario de lo que el escudero intenta, don Quijote no se siente culpable del auténtico miedo del escudero sino que sencillamente se expresa ofendido por la decisión de éste de no apartarse de él durante ese acto corporal.

Después de varias horas más de conversación entre el amo y el escudero, Sancho se percata de la inminencia del amanecer. En consecuencia, él clandestinamente desata a Rocinante a fin de mantener el secreto de su industrioso engaño del caballero. Con la inmovilidad del caballo solucionada, don Quijote reafirma sus recientes promesas a Sancho y decide reemprender su búsqueda de la fuente del sonido que los asusta. El hidalgo le asegura al escudero que: “...en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario...[o] si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida ínsula” (I, 20, 253). En vez de esperar la vuelta del caballero, Sancho “...determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquél negocio” (I, 20, 253). De nuevo, este ejemplo ilustra cómo el temor de la oscuridad y de lo desconocido afecta la conducta del escudero. Seguramente, el ya mencionado miedo de ser abandonado contribuye a su decisión de acompañar a su señor en la averiguación de la causa de los golpes.

Inicialmente, don Quijote se enfada al descubrir que unos mazos de batán producen el ruido que inspiran tanto temor durante la noche. Cuando él se percata de que Sancho intenta sofocar su risa, el caballero se ríe abiertamente y le inspira al escudero a hacer lo mismo. La prolongada carcajada de Sancho y su imitación de la arenga de don Quijote sobre el papel de éste en la resucitación de la caballería andante enoja al hidalgo y le provoca a darle dos fuertes golpes sobre la espalda. Con respecto a este castigo, el narrador observa que el villano teme la violencia de su señor y procura calmar la cólera del hidalgo con su afirmación de que su jocosidad no merece punición: “Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en

ellas, con mucha humildad le dijo: –Sosiéguese vuestra merced; que por Dios que me burlo” (1, 20, 255). Todavía resentido del donaire de su escudero, don Quijote observa que su propio arrojo durante la noche importa más que el verdadero origen de los sonidos. Al responder, Sancho reconoce que su burla excede el buen gusto, pero él destaca que ambos han de alegrarse del desenlace de la aventura.

Asimismo, el escudero declara, con fuerte ironía, que su señor es valiente y que él no lo es: “..así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado ésta, ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve; que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce...” (1, 20, 255). Notablemente, el hidalgo concuerda en que el episodio es digno de risa, aunque discrepa en la cuestión de si han de contar lo ocurrido a otros. Esto es importante porque la relación entre amo y escudero, además de basarse sobre las experiencias compartidas, se fundará sobre secretos comunes. Alan Trueblood señala la importancia de la risa y la compañía de Sancho para la trayectoria del caballero:

Si don Quijote quiere que la aventura permanezca secreta, es por saber que la risa del mundo sería risa de escarnio y no de simpatía. Por primera vez, me parece, la convivencia con Sancho le ha llevado a reconocer el efecto que producen sus acciones en los demás. La actitud prudente que adopta con respecto a su locura constituye una primera grieta en su armadura monomaniática. Al irse extendiendo la grieta, terminará, forzosamente, mucho más tarde, por acabar con la locura, ya que el verse uno a sí mismo desde la perspectiva de los demás equivale a la destrucción de toda idea fija. (“La risa” 15)

En reacción a la afirmación de don Quijote de que otros no sabrían apreciar debidamente la aventura de los mazos del batán, el escudero aprovecha el comentario para indicar que el hidalgo responde a la risa de Sancho con una violencia no merecida. Éste prosigue, explicando que si los principales señores recompensan a sus criados con regalos como calzas después de lanzarles una mala palabra, los caballeros han de conferir mayores premios, como ínsulas, después de llover sobre sus escuderos golpes con una lanza.

La supuesta disculpa con que responde don Quijote distribuye la culpabilidad entre Sancho, su señor y los reflejos involuntarios. Con respecto al último de éstos, el hidalgo indica que la violencia surge de una reacción indeliberada que, aunque producto de sus brazos, no está bajo su control. Además, el caballero indica que la risa impertinente de Sancho es el resultado de la poca distinción que existe entre el escudero y su señor. Por lo tanto, don Quijote reprocha la liberalidad del habla de Sancho y le indica que hará falta más seriedad en sus interacciones futuras. El villano reconoce el deber de no burlarse de la conducta de su señor pero aprovecha la oportunidad para cuestionar cuánto salario recibirá en caso de que no lleguen las mercedes. Sin embargo, el hidalgo esquiva la pregunta, afirmando que no existen ejemplos literarios de escuderos asalariados. Al contrario de lo que afirma don Quijote, Charles Aubrun contextualiza que: “...en l’an 1600 en Espagne les deux régimes économiques, coexistent, l’un fondé sur le service, l’autre sur le salaire; et bien souvent, ils se tempèrent l’un l’autre” (“Sancho Panza” 21). A fin de confrontar las estipulaciones del villano, el caballero afirma la inclusión en su testamento de un sueldo para Sancho. Además, aclara que es una precaución que responde a la época insegura en que viven. No resulta sorprendente que la réplica de Sancho a las declaraciones de su amo sugiere que está frustrado con las

excusas de su señor y que la aventura no produce el respeto tan deseado por don Quijote. Con evidente sarcasmo, Sancho declara que, efectivamente, viven en una época calamitosa si el sonido inocuo de los mazos de batán inspira miedo en un caballero tan valiente. De esta manera, el lector, si bien no don Quijote, puede apreciar que el escudero estima menos el valor de su amo y entiende la importancia de disimular sus burlas de él.

## Capítulo 21

A causa del deseo de don Quijote de alejarse de los mazos de batán, y a pesar de que comienza a llover, el amo y el escudero prosiguen en su deambular. Al percatarse de que alguien se acerca a ellos, el primero le indica a Sancho que el desconocido viste el yelmo de Mambrino que el hidalgo jura conseguir. Es importante notar que el caballero indica que en esta aventura los obstáculos de la aventura anterior no serán relevantes: su falta de familiaridad con los mazos de batán y la oscuridad. Es decir, él afirma que no será posible disculparse si no logra obtener el yelmo. Cuando Sancho explica que su interpretación del extraño no concuerda con la de su señor, éste se enfada. Habiendo aprendido del episodio anterior, el villano recuerda la orden de don Quijote que restringe su discusión sobre los batanes. Él la señala como la razón principal por la que no continúa con su intento de corregir el nuevo error de su amo. No obstante, el hidalgo lo amenaza otra vez con violencia y le prohíbe evocar aquella aventura. Después, don Quijote ataca al caballero desconocido que no es sino un barbero indefenso que trae una bacía sobre la cabeza. Predeciblemente, la víctima abandona su asno y los bienes que tiene consigo y huye.

Al ponerse la bacía del barbero, el hidalgo comenta que el yelmo es desmesuradamente grande y que le falta una gran parte. Ya que Sancho no logra sofocar su risa al ver la insensatez de su amo, él opta por mentir y afirmar que se burla de la cabeza de una persona que necesite un yelmo del tamaño de una bacía. Esta nueva táctica del villano para criticar la interpretación de don Quijote le inspira a éste a crear una complicada explicación para la incongruente apariencia del supuesto yelmo. Además, cuando don Quijote comenta que el objeto le protegerá bien la cabeza, Sancho concuerda con él y aprovecha la oportunidad para recordar experiencias vergonzosas sobre las que el hidalgo no pone ninguna prohibición discutir: la pedrada de los dos ejércitos y el bálsamo emético. De este modo, el escudero logra desahogar, sin provocar la violencia de don Quijote, su frustración con las desventuras, las locuras y la incumplida recompensa.

Luego, el villano expone su nueva actitud con respecto a las desgracias caballerescas:

...pienso guardarme con mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada; que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte de la manta nos llevare. (I, 21, 262)

Es decir, el escudero indica que intentará evitar futura violencia pero acepta que no podrá prevenir toda causa de enfado. Cuando don Quijote critica que Sancho no olvida los agravios, éste insinúa que se debe a la imposibilidad de vengarlos. Luego, el villano aprovecha la oportunidad para cambiar el tema de conversación y le interroga a su señor sobre si es lícito tomar el jumento del vencido o trocarlo con el suyo. Frente al juicio del

caballero de que sería inapropiado tal intercambio, don Quijote acepta la propuesta alternativa del escudero de que ellos deben apoderarse de los aparejos. Con los nuevos abastecimientos en manos, el hidalgo y el villano almuerzan después de una aventura relativamente provechosa. Es interesante que todavía persiste una gran diferencia entre las interpretaciones de Sancho –quien ve un asno y una bacía– y las de don Quijote –quien jura ver un caballo y un yelmo. Sin embargo, los dos permiten las discrepancias entre sus interpretaciones. Notablemente, su mutua aceptación de esas discordancias revela que ambos valoran su colaboración relativamente pacífica por encima sus deseos de rectificar la visión del otro.

Al seguir el camino, Sancho pide y recibe licencia para hablar más extensamente. En vez de buscar aventuras donde nadie podrá tener noticia de ellas, el escudero le explica a su señor: “...sería mejor que...fuésemos a servir a algún emperador...[que] por fuerza nos ha de remunerar...y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced” (I, 21, 264). De este modo, Sancho ilustra que considera tanto su propio deseo de recompensa como la fama a la que aspira su señor. Charles Aubrun observa que, además, el escudero no confía plenamente ni en el proyecto de su amo ni en la viabilidad de obtener recompensa: “Tandis que don Quichotte se propose d’aller de château en château pour régénérer la noblesse, le valet de pied, doutant du succès de cette entreprise solitaire, suggère au chevalier de mettre ses armes au service de quelque prince ou empereur qui les *paiera* d’argent comptant” (“Une paysannerie littéraire” 37-8). A pesar de la petición del villano, don Quijote arguye que no es tiempo de servir a un monarca sino de pasar aventuras y granjear fama para así ser aceptado por la corte en el futuro. En cambio, esta réplica demuestra que don Quijote quiere continuar su propio proyecto y

desplazar hacia el futuro las mercedes que promete conseguir para Sancho. Es lógico creer que el hidalgo es consciente de que una recompensa prematura para el escudero podría instigarle a abandonar el proyecto caballeresco.

No obstante, el caballero sabe cómo animar las esperanzas de Sancho a la vez que intenta dilatarlas. Verbigracia, el hidalgo inventa una larga historia mediante la cual insinúa que un caballero como él puede enamorar a una princesa, hacerse rey y otorgar mercedes a su escudero, casándolo con una hija de un duque. El escudero recibe favorablemente esta descripción ambiciosa respondiendo: "...a eso me atengo, porque todo, al pie de la letra, ha de suceder por vuestra merced..." (I, 21, 266). Tan fuerte es el deseo de Sancho de mejorar su fortuna socio-económica que él fantasea sin confrontar el hecho de que su presente matrimonio imposibilita su casamiento con una duquesa. Este hecho claramente ilustra el desarrollo de la habilidad de Sancho de limar asperezas con el propósito de disfrutar ilusiones y de avivar sus sueños de remuneración.

A la vez que don Quijote le asegura al villano que otros caballeros logran lo que ellos mismos aspiran, el hidalgo le explica que hay varios obstáculos para superar: "...falta agora mirar qué rey de los cristianos o de los paganos tenga guerra y tenga hija hermosa..." (I, 21, 267). Este comentario del caballero pone de manifiesto que tanto él como su escudero –que implícitamente acepta la premisa– están dispuestos a servir a un monarca no cristiano si éste puede ayudarles a lograr sus metas. Dado que Sancho declara su catolicismo en otros momentos, este comentario revela que él logra imaginar tal situación a pesar de que implica un evidente conflicto religioso. De nuevo, esto ilustra la creciente capacidad de Sancho para evitar conflictos internos mediante su represión de inconvenientes.

En cambio, don Quijote observa que su propio linaje podría presentar un obstáculo ya que no está comprobado si él descende de la realeza. A pesar del inconveniente, el caballero indica que si no puede casarse con la princesa con la bendición del rey, él la secuestrará y esperará hasta que el rey muera o le perdone. Sancho se alegra de la adaptabilidad de su señor pero le recuerda su preocupación por recibir una recompensa cuanto antes: “Pero está el daño en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar a diente en esto de las mercedes. Si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa...” (I, 21, 268). Cuando don Quijote confirma que él casaría a Sancho con una mujer principal, el escudero reitera que podrá ejercer un puesto de responsabilidad como gobernador y que incluso puede aparentar ser una figura de autoridad. Como evidencia, él cita su experiencia como muñidor y las opiniones favorables que los demás tienen sobre el buen aspecto que tiene en la correspondiente vestimenta. Igualmente, cuando su señor menciona que los gobernadores han de afeitarse, el villano evoca su experiencia durante un mes en la corte y explica que puede asalar a un barbero. Por último, la aventura cierra con Sancho afirmando, otra vez, su habilidad para resolver los problemas que podrían surgir después de que él ascienda al poder. Asimismo él le recuerda a su amo que a éste le corresponde la responsabilidad de conseguirle un puesto de autoridad.

## Capítulo 22

El próximo episodio abre con la aparición de unos doce encadenados además de unos cuatro hombres que los vigilan. Sancho reconoce inmediatamente que es una

procesión de galeotes que unos guardias llevan a las galeras del rey. Aunque el escudero logra convencerle a su amo de lo mismo, éste no acepta la legitimidad del castigo. Al contrario, don Quijote indica que le corresponde socorrer a los desdichados. Por lo tanto, Sancho aclara: "...la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos" (I, 22, 270). El caballero decide informarse más sobre la situación y uno de los guardias confirma la explicación que ofrece el escudero. Asimismo, el hidalgo desea enterarse de los delitos por los que son condenados los galeotes. El amo y el escudero aprenden las varias causas por las que son castigados: un robo observado *en flagrante*, una confesión bajo tormento de ser cuatrero, por no tener el dinero con que sobornar al procurador por un crimen no explicitado, por alcahuete y hechicero y por tener relaciones amorosas ilícitas.

Curiosamente, don Quijote defiende la importancia de los alcahuetes y afirma que si no fuera por el delito de hechicero, el entremedio no merecería castigo sino premio. Además, el caballero agrega que los hechizos no pueden obligar a alguien a actuar contra su voluntad sino que sencillamente les puede enloquecer. Frente a estos comentarios, el alcahuete anciano, que momentos antes no podía hablar debido a su inhabilidad de sofocar sus sollozos, recupera la voz y responde:

...en lo de hechicero que no tuve la culpa; en lo de alcahuete, no lo pude negar...  
 toda mi intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz...pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato. (I, 22, 275)

Es interesante observar que la lamentable situación del alcahuete conmueve a Sancho hasta tal punto que “...sacó un real de a cuatro del seno y se le dio de limosna” (I, 22, 275). Esta generosidad del escudero se destaca de forma marcada de la mezquindad que muestra anteriormente cuando se niega a pagar su legítima deuda en la venta.

Aparentemente, el villano simpatiza con que el condenado morirá en la cárcel por ser alcahuete, el único crimen que confiesa.

Luego, don Quijote conversa con Ginés de Pasamonte y le persuade al comisario de no castigarle por criticar los abusos y el maltrato en manos de las autoridades. Una vez que termine de hablar Ginés, el hidalgo decide actuar en beneficio de los presos. Don Quijote resume:

...aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto...quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz...porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres...Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. (I, 22, 278)

Cuando el comisario replica con un insulto, don Quijote empieza a luchar con los guardias.

A pesar de la simpatía que Sancho siente hacia uno de los condenados, no hay ninguna evidencia que demuestre claramente que la declaración de don Quijote persuade al escudero que los detenidos merecen liberación. Asimismo, los anteriores comentarios del villano ilustran que él reconoce el derecho real de castigar a los criminales. Sin

embargo, Sancho se ve obligado a tomar partida en el conflicto entre don Quijote y los guardias. Mientras los criminales se desencadenan, el escudero le ayuda a Ginés a soltarse. Esta reacción es comprensible en el sentido de que su colaboración con don Quijote es un requisito para conseguir cualquier merced futura. Asimismo, lo más seguro es aliarse con el hombre aparentemente más fuerte y temido de los dos grupos. Además, tanto una decisión de no cooperar con el caballero como una de ponerse de lado de los guardias arriesgaría su posibilidad de obtener riquezas o gobernar una ínsula. Igualmente, él seguramente aprecia que si se pusiera de lado de los guardias y éstos perdiesen, él estaría expuesto a peligro mortal en manos de los criminales. Notablemente, el número de galeotes sobrepasa el de los guardias.

No obstante, el villano también es consciente de las consecuencias de sus acciones a largo plazo cuando él percibe la fuga de las autoridades: “Entristeci6se mucho Sancho deste suceso, porque se le represent6 que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso a la Santa Hermandad, la cual, a campana herida, saldría a buscar los delincuentes, y así se lo dijo a su amo, y le rog6 que luego de allí se partiesen...” (I, 22, 278). Desgraciadamente para el amo y el escudero, don Quijote no hace caso de éste en aquel momento. Al contrario, insulta a los criminales cuando ellos se niegan a visitar a Dulcinea. Felizmente para Sancho, en la subsiguiente pedrada que llueven los condenados sobre ellos, él, al igual que en el conflicto con los guardias, logra mantenerse al margen de mucha de la violencia. Sin embargo, el escudero no se salva de ser despojado de su ropa.

## Capítulo 23

Curiosamente, en la conversación con Sancho que sigue el conflicto, don Quijote reconoce que comete un error al liberar a los condenados. El hidalgo afirma que en el futuro tomará en cuenta las palabras de su escudero ya que, de haberlo hecho en esta aventura, habría evitado tanta pesadumbre. Sacho aprovecha esta oportunidad para criticar a don Quijote por no considerar sus opiniones antes y le instiga a escuchar su presente advertimiento de que han de esconderse y no luchar contra las autoridades: “—Así escarmentará vuestra merced —respondió Sancho— como yo soy turco...créame ahora y y escusará otro [error] mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías...” (I, 23, 282). Claramente, el escudero reconoce que las tácticas de su señor contra los guardias probablemente no resultarían tan exitosas contra esa otra autoridad. El hidalgo sigue el consejo de su escudero y huye de la Santa Hermandad. Sin embargo, don Quijote le acusa a Sancho de ser cobarde y le obliga a jurar que si alguien pregunta la causa de la fuga, el villano ha de responder que el hidalgo lo hace por complacerle a él. Don Quijote amenaza que si Sancho no acepta estas condiciones, él no se esconderá de ellos.

El hecho de que don Quijote por fin hace caso de su escudero entonces, y no en varias otras casos previos, pone en tela de juicio el declarado motivo del caballero de que huye de las autoridades por el miedo de Sancho y no porque él también siente temor. Asimismo, el planteamiento del requisito sugiere que el hidalgo está particularmente preocupado con reafirmar para Sancho las reglas de su relación. Es decir, don Quijote deja claro que si el escudero quiere desempeñar un papel en las decisiones de su amo, él tiene que aceptar y corroborar sus declaradas intenciones, aunque no le convenzan. La

réplica del escudero pone de manifiesto este hecho: “...el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza...Y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo...” (I, 23, 283). Con esta tácita aceptación de Sancho, los dos compañeros entran en Sierra Morena. El escudero se alegra de no lastimarse en el conflicto con los guardias y los galeotes y de no ser detenido por la Santa Hermandad. De nuevo, él se sosiega y sus pensamientos recaen sobre la comida que guarda en sus alforjas.

Inesperadamente, en este momento de tranquilidad, se concretiza una de las ambiciones nebulosas del escudero. Los compañeros topan con una maleta que contiene, entre otros bienes, un libro de memoria y más de cien escudos de oro. La exclamación del villano claramente indica que el hallazgo confirma algunas de sus esperanzas: “—¡Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho!” (I, 23, 284). Provisionalmente, don Quijote le otorga las monedas. Sin embargo, el caballero decide investigar la razón por la que alguien abandona todos aquellos bienes. Cuando el hidalgo empieza a leer el contenido del libro, Sancho se asombra de que los conocimientos literarios de su señor comprendan la poesía. Don Quijote explica que los caballeros andantes suelen ser también poetas y músicos. La reacción del escudero a la lectura de su amo enfatiza nuevamente el analfabetismo de Sancho y su inhabilidad de acceder directamente a textos literarios. Además, indica otro aspecto de las aventuras que le agrada al villano: “—Pues lea vuestra merced alto —dijo Sancho—: que gusto mucho destas cosas de amores” (I, 23, 285). El hidalgo prosigue con sus lecturas y, mediante uno de los escritos, ambos se enteran de que el autor desconocido se siente desdeñado por una mujer.

Sancho, por su parte, indaga en los contenidos de la maleta. El narrador describe que el escudero cree que el hallazgo recompensa su labor y su sufrimiento y sugiere que el villano aspira a aun más riquezas en el futuro:

...pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella, ni en el cojín, que no buscase...tal golosina habían despertado en él los hallados escudos. Y aunque no halló más de lo hallado, dio por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar de brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de alforjas, el robo del gabán y toda la hambre, sed y cansancio que había pasado en servicio de su buen señor... (I, 23, 286)

Esta relativamente humilde remuneración alimenta las más grandiosas ambiciones de Sancho y revalida su colaboración con su amo. Cuando don Quijote propone que ellos se separen para encontrar más fácilmente al hombre misterioso que ellos vislumbran corriendo por la sierra, Sancho se niega a hacerlo. Él afirma otra vez, como en la aventura de los batanes, que no quiere alejarse de su señor en ningún momento porque el miedo lo vencería.

Dado que Sancho no quiere apartarse de don Quijote, él intenta desviar su trayectoria para su propio beneficio. El escudero observa que sería mejor no buscar al posible propietario de la maleta porque: "...si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo que restituir; y así, fuera mejor...poseerlo yo con buena fe, hasta que, por otra vía menos curiosa y diligente, pareciera su verdadero señor; y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado..." (I, 23, 287). A pesar de su intento, Sancho no logra persuadir al hidalgo. Sin embargo, cuando los dos topan con un cabrero, el comportamiento del escudero demuestra que éste no se resigna a ceder el dinero. Al

contrario, el villano jura, al igual que el cabrero, no haber tocado la maleta. Mintiendo delante de su señor, Sancho declara: "...no quise llegar a ella con un tiro de piedra; allí la dejé, y allí se queda como se estaba..." (I, 23, 288). Curiosamente, don Quijote no rectifica la mentira de su escudero sino que sencillamente continúa su conversación con el cabrero sobre el misterioso dueño de lo hallado. Esto es similar a su tácita colaboración cuando en la venta Sancho encubre el verdadero origen de las heridas de ambos. A partir del segundo acto de complicidad del amo, es aparente que el caballero abandona su proyecto de devolver al dueño lo que ellos encuentran en la maleta. Aunque es posible que esto sea un mero descuido por parte del hidalgo, también existe otra explicación más convincente. El hecho de que don Quijote renuncia su plan de restituir el dinero podría señalar una tácita aceptación del hidalgo de que sería desastroso para sus empresas caballerescas si él le quitase a Sancho la más importante merced que éste recibe hasta entonces. Tal reconocimiento por parte del caballero complementa lógicamente el recién trabado acuerdo con su escudero según el cual éste ha de aceptar las declaradas intenciones de su amo, aunque no las crea, si él quiere contribuir a las decisiones del caballero. Es decir, don Quijote aprecia que su complicidad con los escudos es necesario para mantener la continua colaboración de su escudero.

A pesar de que abandona su intención de restituir el dinero, el caballero sigue interesado en indagar en el hombre misterioso que corre por la sierra. El cabrero servicial les proporciona a don Quijote y al escudero una larga descripción del sospechado dueño de la maleta. El pastor lo describe como alguien que vacila entre la cordura y la locura, unas veces comportándose cortésmente y otras veces asaltado a los que lo rodean.

Cuando por fin se presenta aquel individuo, don Quijote lo abraza, así recalcando las similitudes entre las personalidades y la conducta de los dos.

#### Capítulo 24

En la conversación entre los dos supuestos locos, el hidalgo explica que su intención es remediar los males del hombre misterioso o, al no ser posible, hacerle compañía mientras dure su pena. El desdichado promete compartir su historia después de comer con la estipulación de que nadie la interrumpa. El hombre misterioso explica que él es Cardenio y que Fernando, el hijo del duque a quien sirve, se entromete en su relación con su amada Luscinda. Sin embargo, él no acaba su narración porque don Quijote debate un detalle literario que el otro evoca. En la subsiguiente pelea, Cardenio maltrata a don Quijote, Sancho y al cabrero antes de huir. El escudero, deseoso de vengarse del abuso, e incapaz de hacerlo contra Cardenio o don Quijote, empieza a reñir con el cabrero, acusándole de no haberle avisado del peligro. Sancho le pide licencia a su amo, justificándose de la siguiente manera: “...éste es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo a mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho...” (I, 24, 299). Don Quijote, reconociendo que el cabrero sí les advierte del peligro, le niega tal permiso, afirmando que el pastor no es responsable de lo acaecido.

#### Capítulo 25

Cuando don Quijote intenta proseguir por el camino, Sancho lo hace sin entusiasmo. De hecho, él se muestra frustrado con la restricción de su habla y deseoso de abandonar su nueva profesión. El escudero le dice a su amo:

...vuestra merced me eche la bendición y me dé licencia; que desde aquí me quiero volver a mi casa, y a mi mujer y mis hijos, con los cuales, por lo menos, hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran como hablaban en los tiempos de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento...y con esto pasare mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces, manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto, nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo. (I, 25, 300)

Este enunciado revela varios detalles importantes acerca del villano. La creencia de Sancho de que los animales de atañe estaban dotados del don fantástico de hablar ilustra otra vez su ingenuidad al poner su fe en la veracidad de una ficción literaria. Por esta razón, su irrazonable esperanza de poder resucitar la caballería andante y de conseguir grandes mercedes mediante ella es aun más comprensible. Asimismo, el escudero implícitamente reconoce que, a pesar de las pocas pruebas de la viabilidad del proyecto y su considerable sufrimiento, es la prohibición sobre su habla que provoca su deseo de abandonar al hidalgo. Sobre este último punto, Concha Zardoya resume: “Para él, la comunicación es vida, razón de ser; estar callado es estar muerto” (318). Sancho aclara que necesita desahogar sus frustraciones y expresarse como ser humano mediante conversaciones.

En vez de darle licencia para irse, don Quijote le permite a Sancho hablar durante su estancia en la sierra. El villano no demora en aprovechar la oportunidad para regañar la conducta de su amo por provocar la furia de Cardenio. Cuando el hidalgo arguye que él ha de corregir las ideas erradas del loco, Sancho afirma que, al contrario, no hay que hacer caso de los disparates de tales personas. Además, él observa que si Cardenio asesina a uno de ellos él ni siquiera sería condenado por la justicia a causa de su locura. Luego, suelta un diluvio de refranes de dudosa relevancia para las circunstancias, así provocando a don Quijote a restringir otra vez su habla. No obstante, sus desatinados comentarios no invalidan la importante observación del villano de que es de cuestionable provecho argüir con un loco. Este hecho probablemente explica, en parte, por qué el escudero debate cada vez menos la visión de la realidad de su amo. En cambio, él intenta concentrarse en simplemente influir las decisiones del caballero en la medida posible.

Ya que el caballero desea poner fin al cuestionamiento de Sancho de su liderazgo, él reafirma su autoridad como conocedor y seguidor de los ejemplos de la caballería andante. Cuando Sancho critica que los dos deambulan perdidos por las montañas, don Quijote se defiende, explicando que reencontrar a Cardenio no es su única prioridad en Sierra Morena. Al contrario, el hidalgo aclara que también pretende aprovechar la estancia para imitar la penitencia de Amadís de Gaula y así acumular fama. En reacción, Sancho cuestiona la legitimidad de que su amo haga penitencia y cometa locuras sin ser, a diferencia de los caballeros cuyos ejemplos sigue, desdeñado por una mujer. Don Quijote justifica su decisión y explica que fingirá locura hasta que Dulcinea le responda con una carta: "...si fuera tal cual a mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada" (I, 25,

304). A pesar de esta afirmación del hidalgo de que su locura es fingida y no auténtica, Sancho revela sus dudas acerca de ese punto cuando don Quijote hace una alusión, de paso, sobre el yelmo de Mambrino. No obstante el reciente comentario del escudero de que no suele ser útil debatir con alguien desequilibrado, él siente una urgente necesidad de confrontar sus conflictos internos abiertamente. El escudero reacciona:

...no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira...Porque quien oyere decir a vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de cuatro días, ¿qué ha de pensar sino que que quien tal dice y afirma debe de tener güero en el juicio? (I, 25, 305).

En respuesta, don Quijote ofrece una posible explicación para la diferencia entre su visión y la de Sancho, proponiendo que: "...andan siempre entre nosotros una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y les vuelven según su gusto..." (I, 25, 305). Además, el hidalgo le indica a Sancho que él puede quedarse con el tan debatido despojo baciyélmico y le explica que la naturaleza mutable de ésto es ventajoso porque impedirá que otros reconozcan su valor e intenten robárselo. Ya que el narrador no ofrece más datos sobre la conversación, no se sabe si la explicación fantástica de don Quijote convence al escudero. Sin embargo, los comentarios son notables porque recalcan para Sancho que no es necesario que él y el hidalgo compartan una misma visión, o siquiera que don Quijote sea cuerdo, para conseguir una recompensa valiosa. Las

mercedes recibidas hasta entonces no son tan considerables como las deseadas, pero son suficientes para motivar su persistente colaboración.

Si aceptamos el juicio de Hartzzenbusch y Allen, el robo del rucio ha de intercalarse justo después de la referida conversación sobre el yelmo. En una nota al pie de página en su edición crítica, el segundo de estos dos escritores observa que, con respecto al robo del rucio, "...casi todos los editores modernos respetan su colocación en el Capítulo 23 de la segunda edición" (305-6). El hurto no requiere más comentario aquí que observar que, predeciblemente, la tristeza de Sancho que provoca la pérdida se atenúa con la promesa de don Quijote de recompensarle con tres bestias suyas. Curiosamente, justo después, al empezar su penitencia, el hidalgo decide poner en libertad a Rocinante. Sin embargo, Sancho logra convencerle de no hacerlo entonces porque él necesita emplear el caballo para viajar hasta Dulcinea. Además, el escudero intenta persuadirle de no exponerse a riesgos innecesarios durante su penitencia:

...ya que a vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla...con dárselas...en alguna cosa blanda...y déjeme a mí el cargo, que yo diré a mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña... (I, 25, 308).

Don Quijote rechaza la propuesta de Sancho, explicando que si bien imita la conducta de Amadís, sin ser desdeñado por una amada, sus acciones han de ser verdaderas al igual que las subsiguientes descripciones fidedignas. Al escuchar esto, el escudero acepta la penitencia de su amo pero intenta apurarle a redactar la epístola e indica que está deseoso de sacarle a él del purgatorio en que se halla. Sin duda, Sancho abiertamente tolera estas

excentricidades del hidalgo a fin de asegurar su propio beneficio. Asimismo, el villano le pide que le escriba una cédula para los tres jumentos y expresa su preocupación acerca de si la sobrina y el ama creerán la autenticidad del documento. En respuesta, el hidalgo le asegura que ellas respetarán la transferencia de bienes. Luego, él reorienta el tema de conversación hacia su relación con Dulcinea.

Don Quijote confiesa que solamente ve a su amada menos de cuatro veces y que ella posiblemente ignora sus sentimientos. Asimismo, él revela que el nombre verdadero de ella es Aldonza Lorenzo. Al enterarse de su identidad, Sancho indica que tiene fama de hombruna. Además, afirma que sería comprensible si el hidalgo no solamente hiciese penitencia sino que se desesperase y se ahorcase. El escudero también aclara un detalle importante con respecto a su mal fundada confianza en don Quijote: “...hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado...” (I, 25, 311).

Kenneth Scholberg observa que el villano logra separar su desilusión acerca de la identidad de Dulcinea de su confianza en el proyecto caballeresco de don Quijote: “...Sancho se deja engañar por sus deseos de recibir una ínsula, la que representa para él poder y riquezas...Sancho no necesita engañarse aquí porque la existencia de Dulcinea no toca directamente a sus esperanzas, y puede admitir la locura de su amo en este punto” (72). En vez de mentir y negar el humilde linaje de Dulcinea, el caballero relata una anécdota en la cual se insinúa que una viuda se enamora de un villano soez por motivos sexuales. Igualmente, don Quijote declara que Dulcinea del Toboso, una versión ficticia de Aldonza Lorenzo, cumple con las necesidades que él tiene: “...yo imagino que todo lo

que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad” (I, 25, 312). La respuesta de Sancho manifiesta que él entiende y acepta que la caballería de don Quijote requiere elementos intencionalmente imaginativos. “–Digo que en todo tiene vuestra merced razón...y que yo soy un asno. Mas no sé yo porque nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la sogá en casa del ahorcado. Pero venga la carta, y a Dios, que me mudo” (I, 25, 312). Asimismo, las palabras del escudero reiteran que su mayor preocupación es que su señor concluya la penitencia y siga con las aventuras caballerescas. De este modo, Sancho conseguirá no solamente los tres pollinos para recompensar la pérdida del rucio sino que tendrá oportunidades para obtener mercedes adicionales.

Después de escribir una carta a su amada, don Quijote le pide a Sancho que la dedique a memoria por si acaso se perdiese durante la trayectoria. El escudero rechaza la idea, afirmando que su capacidad retentiva es insuficiente para llevar a cabo el esfuerzo. Sin embargo, él escucha mientras el hidalgo lee la epístola, luego alabando su facilidad expresiva y su amplio panorama de conocimientos. Antes de permitir que el villano lleve la carta y retome el camino, don Quijote le obliga a presenciar varias locuras suyas. Es interesante notar que el hidalgo explícitamente le da permiso a Sancho de recurrir a hipérboles o mentiras al relatar la penitencia a Dulcinea. El caballero explica: “–Por lo menos, quiero, Sancho...que me veas en cueros, y hacer una o dos docenas de locuras...porque habiéndolas tú visto con tus ojos, puedas jurar a tu salvo en las demás que quisieres añadir...” (I, 25, 315). A pesar de su protesta de que tal imagen le provocaría lástima, el escudero no logra disuadir a su señor.

Con respecto a su rol, Sancho promete que, cualquiera que sea el efecto que la carta y la penitencia sobre Dulcinea, él sabrá obtener una respuesta favorable. El escudero expone: "...si no responde como es razón, voto hago solene a quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago a coces y bofetones. Porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante, tan famoso como vuestra merced, se vuelva loco, sin qué ni para qué, por una...?" (I, 25, 316). En el contexto de su presente situación, este enunciado parece expresar la frustración de Sancho con la inactividad del caballero. Como con el cabrero, el enfado que siente hacia su señor se desplaza hacia otra persona. Esto es a pesar del hecho de que don Quijote caracteriza su locura como fingida y confiesa que la idealizada Aldonza no lo desdeña y probablemente no lo conoce siquiera. Curiosamente, a pesar de la violencia del comentario de Sancho, don Quijote no la cita explícitamente en su crítica de sus palabras. Al contrario, sencillamente observa que la reacción del escudero insinúa que el escudero está más loco que él. En consecuencia, este análisis le obliga al villano a reconsiderar los motivos de sus propias palabras: "—No estoy tan loco —respondió Sancho—; mas estoy más colérico" (I, 25, 316). Este reconocimiento le instiga a cambiar el tema de conversación y a resolver varios detalles logísticos antes de partir. Por último, el villano presencia las zapatetas y las vueltas de campana de don Quijote a fin de poder jurar con más evidencia la locura del hidalgo. Con esto hecho, el escudero sale en búsqueda de la amada de su amo.

## Capítulo 26

Por el camino, Sancho topa con maeses Nicolás y Pero y ellos le interrogan sobre el paradero y las actividades del hidalgo. Ya que el villano inicialmente opta por ocultar

esos detalles, es manifiesto que él desea evitar la intromisión del barbero y del cura en los asuntos caballerescos. Cuando el barbero indica que su secretismo podría provocar sospechas de asesinato y robo, el escudero les relata lo ocurrido, incluso el verdadero nombre de Dulcinea. Al discutir el mensaje que lleva para ella, Sancho se entera de que no lleva el libro de memoria que lo contiene, ni tampoco la cédula para los tres pollinos. En consecuencia, el escudero se maltrata porque cree perder su oportunidad de conseguir los asnos. En reacción, el cura le miente que los contratos escritos en los libros de memoria son inválidos y afirma que le ayudará a obtener otro documento redactado en un formato tradicional. De este modo, el clérigo simultáneamente consuela a Sancho y se ríe de él.

El barbero y el cura también se burlan de la inhabilidad del escudero de recordar el contenido de la carta dirigida a Dulcinea. Por lo tanto, varias veces le obligan a intentar reconstruirla. Luego, el villano relata muchos otros detalles acerca de las aventuras caballerescas pero omite su manteamiento, probablemente a causa de su vergüenza. Es aun más importante notar qué revela Sancho con respecto a los planes que tiene para después de la penitencia de don Quijote:

...se había de poner en camino a procurar cómo ser emperador, o por lo menos, monarca, que así lo tenían concertado entre los dos; y era cosa fácil venir a serlo, según era su valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había de casar a él, porque ya sería viudo, que no podía ser menos, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería. (I, 26, 322)

Puesto que no hay ningún factor convincente que nos obliga a cuestionar la sinceridad de lo que dice Sancho entonces, podemos suponer que su evaluación de las circunstancias y de las posibilidades de ascenso socio-económico es sincera. Es decir, en la charla con el cura y el barbero, a diferencia de en las conversaciones con el caballero, su declarada confianza en don Quijote no tiene repercusiones directas sobre las mercedes que recibirá.

Si aceptamos esta premisa de que Sancho confiesa sus verdaderas expectativas, podemos afirmar que, en el contexto de lo que presencia y experimenta, la confianza del escudero es injustificable. Aunque es cierto que las aventuras demuestran el valor de don Quijote, sus múltiples derrotas contradicen la supuesta fuerza que Sancho alaba. Con respecto a la recompensa que desea el escudero, su declaración ilustra dos cambios notables. A diferencia de en el capítulo vigésimo primero, Sancho reconoce que, ya estando casado, él no puede contraer matrimonio con otra mujer, aunque sea principal. Para superar este inconveniente, Sancho llega a declarar, sin proponer ninguna explicación, que él ya estará viudo. Es claramente otro ejemplo de la habilidad del villano de reprimir su disonancia cognitiva con el propósito de facilitar ambiciones que desbordan los límites de lo probable. Además, las palabras del escudero revelan que él sospecha que una ínsula es una isla relativamente pequeña. Por lo tanto, Sancho aclara que ahora prefiere un lugar espacioso y adinerado en tierra firme.

Al percatarse de que las promesas de don Quijote despiertan esperanzas desmesuradas en Sancho, el barbero y el clérigo deciden no cuestionarlas abiertamente. Al contrario, optan por burlarse nuevamente de él. El narrador describe: “No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necesidades” (I,

26, 324). Dado el carácter religioso de su oficio y su formación académica, el cura goza de una posición social de notable autoridad. Por lo tanto, su colaboración en el engaño de Sancho sin duda tiene el efecto de reforzar fuertemente las creencias erróneas de éste.

En esa misma conversación, el sacerdote travieso le aconseja al escudero rezar que su amo sea favorecido con un puesto de emperador o incluso arzobispo.<sup>4</sup> En consecuencia, el villano, creyendo las palabras burlonas del religioso, le interroga sobre el género de las mercedes que tales religiosos otorgan a sus escuderos. El clérigo le miente que varían pero que suelen ser valiosas. La reacción de Sancho enfatiza otra vez la dificultad que él tiene para reconciliar sus ambiciones con lo que es factible. Otra vez, él percibe su estado civil como un impedimento para su ascenso. Sin embargo, a diferencia de en la anterior conversación sobre su posible casamiento con una mujer principal, él no afirma que estará viudo si recibe una sacristía: “—Para eso será menester...que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a misa, por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del A B C!” (I, 26, 324). Tendiendo en cuenta las inconvenientes que cita Sancho, el barbero da su palabra de que él y el cura intentarán convencerle a don Quijote de convertirse en emperador y no en arzobispo. El escudero responde que su amo valdría para ambas vocaciones y que él rezará para que obtenga el puesto que le proporcione más mercedes a él y más le convenga a don Quijote. Sin embargo, es evidente que él prefiere que el caballero evite el arzobispado ya que cree que su propio analfabetismo sería un obstáculo para servir. Por su parte, el cura promete

---

<sup>4</sup> Salazar Rincón ofrece contexto histórico que nos ayuda a entender por qué las aspiraciones socio-económicas del villano se basan en una asociación con la realeza o el clero: “...la minoría aristocrática y la Iglesia monopolizan el poder y la riqueza, mientras que la gran mayoría de la población, el estado llano, trabaja en el campo y vive en unas condiciones que apenas alcanzan el nivel de la simple subsistencia” (201).

colaborar con Sancho y el barbero para poner fin a lo que describe como la “inútil penitencia” de don Quijote. Esta interacción del escudero con los dos es un hito importante en su colaboración con el hidalgo ya que ellos son los primeros en corroborar directamente la viabilidad de la caballería andante que su amo profesa. Resulta particularmente irónico que el cura, siendo un intérprete de textos sagrados y difundidor de la fe, alimente la convicción de Sancho en una tradición para la que su señor no puede ofrecer evidencia incontrovertible. Mario Valdés señala la importancia del trasfondo histórico-cultural para interpretar la novela: “...se trata de la representación de la realidad cotidiana de vivir en una sociedad jerarquizada donde el poder es la autoridad y cualquier disidencia con el absolutismo del que manda es castigada, ya sea por el estado, la iglesia o, simplemente el cacique” (38-9). Dada la rígida estructura social, es comprensible que el villano crea las aseveraciones del sacerdote. Por ende, la fingida aprobación del cura de la caballería sirve para indicar al villano que esa profesión es consistente con su fe. Es notable que Sancho no intenta crear una nueva forma de vida al alistarse con su amo sino adoptar un modelo existente y seguir un líder cuya doctrina cree legítima. David Boruchoff señala: “...the Latin word for heresy (*haeresis*) derives from the Greek term for choice, since anyone who decides for himself what to believe is a heretic. It is this misuse of free will that was said to separate heretics and apostates from faithful and obedient Christians, who instead adhere to the doctrine received from Christ, through his Apostles and the Church...” (5). En consecuencia, al mentir sobre la existencia de caballeros arzobispales, el mismo sacerdote establece una clara conexión entre la fe de Sancho en la caballería andante y la fe religiosa. Por lo tanto, es comprensible que el escudero, como un seguidor leal de la Iglesia, crea las afirmaciones de la autoridad religiosa de su aldea.

Si bien el escudero cree que los designios del cura y del barbero avanzan sus propias aspiraciones con respecto a volver al camino con su amo, ellos ocultan sus verdaderos motivos. Mientras que Sancho desea reanudar las aventuras y obtener mayores mercedes, sus conciudadanos pretenden poner fin a las dos. En la venta y separados del escudero, maeses Pero y Nicolás deciden elaborar una trampa mediante la cual el caballero, creyendo que sirve a una doncella menesterosa acompañada de un escudero (los disfrazados cura y barbero, respectivamente), vuelva a casa y reciba tratamiento para su aparente trastorno.

### Capítulo 27

Cuando el cura y el barbero salen de la venta, Sancho los reencuentra y se entera de cómo pretenden acabar la penitencia de don Quijote en Sierra Morena. Luego, el clérigo decide intercambiar roles y disfraces con el barbero. Igualmente, el cura establece para su amigo: “...el modo que había de tener, y las palabras que había de decir a don Quijote...” (I, 27, 327). Ya que el escudero presencia estas preparativas que organiza el sacerdote, es lógico imaginar que el villano cree que su complicidad no solamente mejora su posibilidad de obtener más mercedes sino que también es sancionada por la misma ética religiosa. Igualmente, el hecho de que no les revela el hallazgo de los escudos refuerza la premisa de que el escudero supone que la moralidad rige la conducta del cura y de su cómplice y que tendría que devolver ese dinero al anterior dueño si les descubriese tal secreto. Por consiguiente, parece manifiesto que las palabras y la autoridad del sacerdote fuertemente corroboran para Sancho la legitimidad del proyecto de don Quijote y su esperanza de convertirse en gobernador.

Al llegar cerca del paradero del caballero, Sancho les advierte a sus colaboradores que: "...bien se podían vestir, si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor" (I, 27, 327). Es decir, el escudero explícitamente coopera con ellos en la farsa porque le indican que es necesaria para poner fin a la reclusión y el sufrimiento autoimpuestos por el hidalgo. Asimismo, el narrador describe las detalladas instrucciones que maeses Pero y Nicolás imponen sobre Sancho además de qué le prometen sobre los resultados de la colaboración:

....le encargaban mucho que no le dijese a su amo quién ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dijese que sí, y que, por no saber leer, le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese a ver con ella, que era cosa que le importaba mucho, porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle tenían por cosa cierta reducirle a mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir a ser emperador o monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer. (I, 27, 327-8)

Aunque Sancho les agradece el plan, él sugiere que no hiciesen todo de una vez. En cambio, él propone hablar con don Quijote a solas para ver si una respuesta fingida de Dulcinea es suficiente para extraer a su amo de Sierra Morena.

## Capítulo 29

Mientras el escudero conversa con don Quijote, el cura y el barbero topan primero con Cardenio y luego con Dorotea. Mediante la narración de las historias de éstos, ellos descubren que sus amores desdeñados están entrecruzados. Cuando regresa Sancho, éste

relata que el hidalgo se niega a acabar su penitencia hasta cumplir más locuras. Al maravillarse de la belleza y riqueza de la recién llegada Dorotea, Sancho le pregunta al cura quién es y por qué está allí. En respuesta, el clérigo le miente que: "...es la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo a pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y a la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido" (I, 29 359). Esta mentira sirve para confirmar las esperanzas y atenuar las dudas del escudero ya que el cura, dotado de toda su autoridad, indica que el caballero tiene renombre, aun entre la realeza, e insinúa que en servicio de ella podrá conseguir grandes mercedes. Sancho, deseoso de garantizar el camino socio-económico más provechoso, propone casar a don Quijote con la princesa para así imposibilitar su elección de una vía arzobispal.

El efecto de las mentiras del clérigo sobre Sancho no pasa inadvertido por aquél. Él queda: "...admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba a entender que había de venir a ser emperador" (I, 29 359). Con la intención de entretenerse con la ingenuidad del villano y de llevar a cabo su proyecto secreto de poner fin a las aventuras de don Quijote, el sacerdote continúa abusando su autoridad y la confianza que Sancho tiene en él. John Weiger advierte: "Like Don Quijote, the curate will draw upon the books of chivalry for his plot; like Don Quijote, he will be an actor in his own improvisations. The curate is enacting the role of the learned enchanter..." ("Cervantes's Curious Curate" 98). Más allá de la autoridad religiosa y académica que tiene el sacerdote, las mentiras del cura se apoyan en la corroboración del barbero y la visible riqueza de Dorotea. Alexander Parker

recalca que el aspecto social contribuye significativamente al engaño de Sancho y otros personajes a lo largo de la novela. Efectivamente, en este caso Dorotea y el barbero colaboran en el simulacro que inventa el cura. En términos generales, Parker recalca que:

...puesto que el hombre es un ser social, el conocimiento de la verdad no sólo depende de cómo interprete él la realidad, sino que depende también del testimonio de los demás hombres. Y cuando éste falla, surge la confusión y la perplejidad. No son solos el caballero loco y el escudero simple los que se hallan perplejos ante la apariencia de las cosas. (291)

A pesar de la inverosimilitud, toda la evidencia confirma y alimenta las ambiciones de Sancho y mejora su opinión de don Quijote. Además, la descripción que el villano hace de Dorotea al presentarla al caballero –como la princesa de Etiopía, en vez de Guinea– recalca cómo sus limitados conocimientos y experiencia fomentan su credulidad sobre su identidad. Asimismo, resalta su dependencia y necesaria confianza en otros para acceder a nueva información y oportunidades.

Cuando Dorotea consigue la promesa del caballero de que no cometerá otra aventura hasta matar al gigante que la persigue, ellos, junto con Sancho y el barbero, se preparan para salir de Sierra Morena. Esos preparativos le recuerdan al escudero la pérdida del asno pero él la tolera bien debido a su creencia en el inminente casamiento entre su señor y una princesa que lo convertirá en rey de Micomicón. Sin embargo, Sancho tiene una preocupación: “Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros...” (I, 29 363). Aunque el villano no explicita por qué la raza de los súbditos importa, sus intenciones claramente indican que él no los considera personas sino

propiedad. Él espera enriquecerse vendiendo a unos treinta mil de ellos. Sancho se pregunta: “—¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender...de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida?” (I, 29 363). Baltasar Fra-Molinero observa: “El Sancho que se sirve de don Quijote es el negrero que se sirve del misionero cristiano para lograr más fácilmente su objetivo” (30). En cambio, Stacey Triplette llega aun más lejos al advertir que el escudero espera que su amo conquiste a la supuesta princesa para que él pueda poner en cadenas a los habitantes de Micomicón, así llevando a cabo un doble proyecto imperial. Además, ella explica: “Sancho, for his part, assumes that it is a real place with inhabitants who differ enough from their Christian conquerors to be considered potential slaves” (182). También, Triplette reconoce la similitud entre ese proyecto de Sancho y el esfuerzo de las autoridades de desalojar, en nombre de su propia religión, a las comunidades minoritarias de la península: “His desire to physically displace the original inhabitants of Micomicón seems to echo the edicts of expulsion for Jews and *moriscos* in Early Modern Spain” (183). Además de indicar el racismo de ese cristiano viejo hacia los negros, sus declarados planes reiteran que sus mayores ambiciones, de momento, son enriquecerse y obtener estatus. También, revelan que Sancho no está dispuesto a mudarse a África sino que desea beneficiar de la esclavitud sin tener que confrontar en persona los efectos que sus designios tendrían sobre sus súbditos.

### Capítulo 30

El sacerdote, acompañado del disfrazado Cardenio, sale al camino para encontrar a don Quijote y su séquito. A fin de provocar una reacción del caballero, el cura le miente que unos galeotes escapados asaltaron a él y al barbero durante su viaje a Sevilla. Sancho, percatándose de la oportunidad para reprobar una mala decisión de don Quijote, colabora con el sacerdote para criticar al caballero. El escudero y el sacerdote fingen no haber conversado anteriormente sobre los fugitivos y, delante del hidalgo y los demás, el villano indica que don Quijote los liberó a pesar de sus protestas. A fin de tranquilizar la cólera del caballero y de progresar la farsa, la fingida princesa Micomicona le recuerda al hidalgo que, hasta cumplir su promesa hacia ella, le está prohibido distraerse con las aventuras pasadas o con otras que encuentre por el camino.

Luego, Dorotea detalla una historia ficticia acerca del reino y del origen de la princesa Micomicona. Ella narra que un tal gigante Pandafilando pretende apoderarse de su nación y casarse con ella. Por lo tanto, expone ella, su padre le da instrucciones de buscar a un caballero español para luchar contra el malvado enemigo. La falsa princesa describe que el rey nombra a don Quijote y que tal caballero: "...había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas" (I, 30, 371). El hidalgo, deseoso de confirmar la profecía del rey intenta desvestirse. Pero don Quijote no logra hacerlo ya que Sancho se opone, declarando: "—No hay para qué desnudarse...que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte" (I, 30, 371). Igualmente, la respuesta de Dorotea sirve para disuadir al hidalgo: "—Eso basta...porque con los amigos no se ha de

mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro o que esté en el espinazo, importa poco...” (I, 30, 371). Estos intercambios revelan mucho acerca de Sancho. Primero, la urgencia con que el villano intenta impedir que don Quijote ponga a prueba la profecía sugiere que teme perder una oportunidad para conseguir grandes mercedes si los detalles no concuerdan. Además, es evidente que la confusa descripción que Dorotea ofrece del lunar de don Quijote no pasa desapercibido por el escudero. El descarado compromiso que Sancho propone acerca de su ubicación es un claro intento de éste de promover sus propios intereses al encubrir el conflicto entre la supuesta profecía y la realidad.

Luego, la fingida princesa indica que se casaría con su valedor y que le transferiría su reino. El caballero confirma la importancia de esas promesas cuando le recuerda al escudero que también profetiza circunstancias similares. Sin embargo, la despreocupación del villano es breve. El hidalgo indica que vencerá al gigante pero que, debido a su amor por Dulcinea, es imposible que se case con la princesa Micomicona. Este rechazo de don Quijote de una aparente oportunidad para mejorar su fortuna y estatus, y los de su escudero, le provoca a Sancho a enfurecerse con su señor:

...no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio. Pues, ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece?...Así noramala alcanzaré yo el condado que espero... (I, 30, 373)

Este reproche, además de una insultante comparación entre Dulcinea y la princesa Micomicona, despierta la ira de don Quijote y le instiga a maltratar a Sancho. La fuerza de sus lanzazos es tal que el narrador observa: “...si no fuera porque Dorotea le dio voces

que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida” (I, 30, 373). Luego, el caballero reitera su oposición a casarse con ella. Además, le recuerda al escudero que todo éxito o merced resulta de la inspiración inicial de Dulcinea y que, por ende, él ha de respetarla más en el futuro.

La reacción del villano a la violencia de don Quijote, y su declarada priorización de la ficticia Dulcinea por encima de todo, causa en Sancho un nuevo cuestionamiento de la viabilidad de conseguir las mercedes deseadas. El escudero reconoce el conflicto que existe entre sus propios intereses y la voluntad de su señor. Después de refugiarse detrás de Dorotea, el escudero le interroga y le implora a su amo:

–Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que me quejo; cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea; que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. (I, 30, 374)

En vez de explicar cómo pretende reconciliar sus promesas hacia Sancho con su lealtad hacia su amada, don Quijote cambia el tema de discusión, aprovechando un detalle que menciona el escudero durante sus disculpas.

Específicamente, el hidalgo cuestiona la declaración del villano de que nunca ve a Dulcinea. Sancho afirma eso durante su abjuración de la comparación entre Dulcinea y Dorotea. En concreto, el hidalgo desea saber cómo su escudero sirve de mensajero sin haberla visto. En respuesta, el villano ofrece una excusa para explicar su confesión de que no la ve y para encubrir el carácter ficticio de su conversación con ella. El escudero

explica que, durante el intercambio con Dulcinea, no se detiene para mirarla y que por esa razón no nota, en detalle, su apariencia. Luego, don Quijote y Sancho se perdonan por los insultos y los lanzazos. Además, la falsa princesa le impone al escudero la obligación de tener más cuidado con sus palabras.

Habiendo restablecido la obediencia de su escudero, don Quijote lo separa del resto del grupo a fin de conseguir detalles acerca de la conversación que el primero supuestamente tiene con Dulcinea. El escudero afirma que sabrá responder a las preguntas de su señor pero le ruega que no emplee más violencia contra él: “–Pregunte vuestra merced lo que quisiere...que a todo daré tan buena salida como tuve la entrada. Pero suplico a vuestra merced, señor mío, que no sea de aquí adelante tan vengativo” (I, 30, 375). Sin embargo, la aparición inesperada de un conocido interrumpe la conversación antes de que Sancho pueda contestar a sus interrogaciones.

A diferencia de en la primera edición del texto, en la segunda, la llegada de Ginés de Pasamonte sobre el rucio corta esa plática entre amo y escudero. Para los propósitos de la presente investigación, el episodio requiere solamente unos breves comentarios. Primero, Sancho se emociona al recuperar su querido asno otra vez. Segundo, pese a la restauración del rucio, don Quijote no desautoriza la transferencia de los tres pollinos.

Retomando la conversación entre el hidalgo y el villano acerca de Dulcinea, es digno de notar que tanto Sancho como don Quijote sabe que una tal princesa no existe. Ya que esa señora no es más que una idealización de Aldonza Lorenzo, ambos reconocen que es imposible que el mensajero hable con Dulcinea, sino solamente con la labradora que sirve de inspiración para la voluntaria fantasía del caballero. Sin embargo, la controversia suscitada por la afirmación del escudero de que no ve a Dulcinea le

demuestra a Sancho que él ha que confeccionar historias coherentes que satisfagan los deseos imaginativos de sus señor.

Es decir, Sancho aprende que su participación en las aventuras de don Quijote, y su búsqueda de mercedes, requiere que él no solamente participe en los simulacros sino que además rellene las lagunas cuando el hidalgo lo exige. Dado esto, Sancho responde al diluvio de interrogaciones propuestas por su señor con suma cautela. Verbigracia, el escudero miente que, gracias a su memorización de la carta, él logra transferir su contenido, a pesar de haberla dejado en manos de don Quijote. Además, después de alabar el contenido de la epístola de nuevo, el villano se excusa de repetirla otra vez al afirmar que olvida su contenido después de recitarla para Dulcinea.

### Capítulo 31

En la continuación del enredoso diálogo entre don Quijote y Sancho, ambos se olvidan de la afirmación del escudero de que no entrega una carta física a Dulcinea. Su común confusión parece indicar que se distraen con la negociación de los otros detalles del fingido encuentro entre el escudero y la amada del caballero. De hecho, don Quijote principalmente se empeña en imaginar los indicios de la ostentosa riqueza y nobleza de Dulcinea mientras que Sancho, en la medida posible, se entretiene con atenuarlos. Después de tanta frustración sobre las restricciones sobre su habla, es evidente que el villano se divierte con su nueva autoridad narrativa. Cuando don Quijote propone que Dulcinea ensarta perlas o borda oro durante su conversación con Sancho, éste modifica la fantasía, indicando que ella sencillamente ahecha trigo. El escudero prosigue con sus alteraciones, imponiendo un tipo de trigo menos fino e insinuando que es debido a la falta

de interés de Dulcinea que ella no lee la carta inmediatamente y no hace preguntas acerca de don Quijote. Además, Sancho detalla que ella es alta, huele hombruna y que destruye la carta porque es analfabeta y no quiere que nadie descubra el amor del caballero por ella. No parece aleatorio que la parte más favorable de la descripción de Dulcinea que ofrece Sancho compagina con el deseo del villano de manipular a su señor para poner fin a sus intentos de penitencia:

Y, finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese... (I, 31, 380)

Esta descripción tiene el manifiesto propósito de animar a don Quijote para acabar su penitencia y emprender aventuras de más interés para Sancho. Lo más importante de lo enunciado, sin embargo, es que la última cláusula esquiva la imposición irrevocable de que el caballero vuelva inmediatamente al Toboso. Dadas las ambiciones de Sancho, tal abandono prematuro de la caballería no le convendría al villano. Por lo tanto, éste le encomienda a su amo –mediante la autoridad que toma prestada de Dulcinea– el deber de resolver las aventuras que surjan por el camino y de dilatar la vuelta al Toboso. De este modo, Sancho sanciona, de modo retroactivo, la promesa que don Quijote le concede a la princesa Micomicona.

Luego, el escudero expone algunos detalles más que respaldan la verosimilitud de su patraña. Verbigracia, el villano relata que Dulcinea afirma que el vencido vizcaíno se presenta ante ella pero que no lo hacen los galeotes desagradecidos. También, en

respuesta a la pregunta de su amo, el escudero le comunica al caballero que no recibe ninguna joya en recompensa de la entrega del mensaje. Este dato no solamente libera a Sancho de la necesidad de confeccionar una excusa por no tenerla consigo sino que también es un método para impeler que don Quijote recompense la entrega de la carta. Por último, el caballero atribuye el rápido viaje del villano a un encantador y éste falsamente asiente. Con todos estos cabos atados, don Quijote recentra la conversación sobre sus deberes hacia Dulcinea y la princesa Micomicona.

El caballero aclara que siente tensión entre su palabra de honor hacia la princesa y su deseo de ver a Dulcinea. En consecuencia, él bosqueja un plan de vencer primero al gigante y luego acudir a su amada. En respuesta, Sancho retoma su irresuelta preocupación acerca del conflicto entre sus propios intereses y la lealtad de don Quijote hacia Dulcinea. El escudero reconoce que esa lealtad impide el casamiento de don Quijote con Dorotea. En contraste con la última vez que discuten el asunto, el hidalgo no cambia el tema de discusión y por fin presenta una solución:

...si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en la batalla, que, saliendo vencedor, ya que no me case, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere... (I, 31, 382)

Esta explicación aparentemente apacigua al escudero, quien precisa que prefiere un territorio cerca del mar que le permitiría transportar mejor a los esclavos. Al concluir este

compromiso, don Quijote le indica a Sancho que no ha de discutir lo concordado con los demás viajeros, ni tampoco mencionar la voluntad de Dulcinea.

Dado que el caballero envía a los que vence y socorre para que se presenten ante Dulcinea, Sancho expresa su confusión con el presente secretismo del hidalgo. Por lo tanto, don Quijote aclara que múltiples caballeros andantes pueden servir a una misma señora y que esta fama pública la enaltece. En cambio, explica él, es importante que los pensamientos de la amada no se difundan. Asimismo, él indica que los caballeros no han de esperar recompensa por su servicio. Como en otras ocasiones, Sancho interpreta estos detalles de la caballería andante en el contexto de su experiencia religiosa: “—Con esa manera de amor...he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena. Aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiere” (I, 31, 383). En los asuntos espirituales, el villano tiene fe en su Señor. De modo semejante, en la caballería andante, Sancho confía en su amo sin entender plenamente qué motiva su comportamiento ni cómo o cuándo recibirá recompensa por su lealtad hacia él. En ambos casos, lo que le motiva al villano a confiar no es una fe desinteresada sino una esperanza de obtener beneficios por su servicio.

Sobre ese punto el caballero y el escudero acaban su conversación. Observando la ansiedad del escudero, el narrador describe que no sencillamente disfruta de tanta mendacidad sino que la conversación termina: “...con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su amo a palabras...” (I, 31, 383). Por lo tanto, es aparente que, a la vez que se divierte burlándose del caballero, el villano reconoce el peligro que corre al poner a prueba el razonamiento del hidalgo. Al final de su diálogo, aparece el joven Andrés a quien don Quijote intenta ayudar durante su

primera salida. El pícaro critica la intervención del hidalgo en la disputa entre él y Juan Haldudo y explica que nunca consigue de su amo el salario sino solamente otra paliza. Sancho simpatiza con el joven y comparte su comida con él, afirmando que su desventura también afecta a él. Cuando Andrés le interroga cómo, Sancho responde: “—Esta parte de queso y pan que os doy...que Dios sabe si me ha de hacer falta...que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos a mucha hambre y a mala ventura...” (I, 31, 386). Este comentario del escudero reitera su reconocimiento de la inestabilidad de su profesión y que, implícitamente, tiene suficiente fe en don Quijote para seguir colaborando él.

## Capítulo 32

Después de la partida de Andrés, don Quijote y su séquito acuden a la venta. Mientras el hidalgo duerme, los demás ocupantes discuten la literatura. El cura describe que ciertos libros presentan historias verdaderas de soldados mientras que los de caballerías suelen presentar ficciones. En cambio, el ventero se muestra mucho más crédulo, confundiendo las crónicas con lo caballeresco. En reacción, Dorotea observa que el ventero no es mucho más cuerdo que don Quijote. Esa evaluación concuerda con la de Cardenio, quien comenta: “—Así me parece a mí...porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos” (I, 32, 392). Es importante observar que el ventero, al igual que Sancho, es analfabeto y cree en la veracidad de los libros de caballerías. Este hecho recalca la diferencia entre la inhabilidad de los dos de acceder directamente a la literatura y la erudición del cura y Cardenio. Asimismo, si bien el

ventero intenta distanciarse de la aparente locura de don Quijote al indicar que él no consideraría tomar armas, su persistente creencia en la autenticidad de las historias hace que la credulidad de Sancho parezca más ordinaria.

No es de sorprender que el sacerdote, máxima figura de autoridad entre los presentes, aclare que el contenido de los libros de caballerías: "...es todo compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo...Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él" (I, 32, 392). Estas afirmaciones no persuaden al ventero, quien responde: "...no seré yo tan loco de que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros" (I, 32, 393). Ya que este es el primer momento en que el escudero se encuentra con personas que explícitamente cuestionan la veracidad y la legitimidad de la caballería andante, tiene un gran efecto sobre él:

...quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse a su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo. (I, 32, 393)

Las advertencias del cura acerca del carácter ficticio de los libros de caballerías se contraponen a su favorable descripción de los caballeros arzobispales en un previo diálogo con Sancho. Naturalmente, las afirmaciones contradictorias del sacerdote no

solamente socavan la confianza de Sancho en los proyectos su amo sino también su confianza en la misma autoridad del clérigo, quien se revela como desconfiable.

### Capítulo 35

A pesar de que el capítulo trigésimo tercero cierra con Sancho deseoso de leer *La novela del curioso impertinente*, el narrador revela tres secciones después que él no está presente durante al menos una parte de la lectura. Por lo tanto, ya que no se puede averiguar cuáles fragmentos escucha, no especularemos sobre los posibles efectos de la lectura sobre él. En cambio, notamos que el villano interrumpe la recitación que escuchan los demás con el propósito de indicarles que don Quijote decapita al enemigo de la princesa Micomicona. En respuesta, el cura protesta que el gigante está a dos mil leguas y que, por lo tanto, no entiende cómo puede ser eso. Sin embargo, el escudero prosigue: “...entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque, sin duda alguna, el gigante está ya muerto...que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un cuero de vino” (I, 35, 429-30). El narrador no explicita si don Quijote y Sancho estaban a oscuras durante la falsa lid, pero el hecho de que aquél sueña y éste duerme sugiere que sí. De nuevo, estos factores probablemente condicionan la impresión equivocada del soñoliento escudero. En contraste, acompañado de los demás, Sancho se frustra con su inhabilidad de corroborar su interpretación onírica de lo ocurrido al no encontrar al decapitado enemigo. Por lo tanto, él evoca la desgastada excusa de los encantadores: “—Ya yo sé que todo lo desta casa es de encantamento; que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a

nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismísimos ojo, y la sangre que corría...” (I, 35, 430-2). De paso, recordemos que esta excusa mágica sale de la boca de don Quijote en varias aventuras anteriores y que él toma prestada esa idea del cura y del barbero que la emplean en el séptimo capítulo.

Cuando el ventero explica que don Quijote no raja a un gigante sino un cuero de vino, Sancho expresa su desilusión y revela su gran interés socio-económico en la interpretación fantástica: “...sólo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de de deshacer mi condado, como sal en el agua” (I, 35, 432). Si bien el escudero le indica al ventero que no sabe qué ocurre, a solas con Dorotea, él: “...aseguró a la princesa que tuviese por cierto que él había visto la cabeza del gigante...” (I, 35, 433). Esta mentira descarada tiene el claro propósito de inducir a la princesa a darle una recompensa para el servicio de don Quijote. De modo semejante, Dorotea le miente que le otorgará ese premio en cuanto ella llegue a su reino.

### Capítulo 37

Poco después de que los ocupantes de la venta concluyan su lectura, Fernando y Luscinda se presentan. El narrador no aclara cuánto de la conversación entre las dos parejas escucha Sancho pero sí explicita que está presente cuando Fernando se reconcilia con Dorotea. Si bien el escudero no conoce plenamente la complicada historia que existe entre los cuatro, él escucha un fragmento: “...con no poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían e iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea...” (I, 37, 448). Cuando don Quijote se despierta, Sancho le advierte que lo que aquél cree gigante es un cuero de vino y que la

princesa no es sino una tal Dorotea. A fin de explicar estas aparentes transformaciones, el caballero emplea otra vez la excusa de que la venta es encantada. Sin embargo, Sancho revela que su experiencia sensorial durante el manteamiento no le permite creer la explicación de don Quijote:

–Todo lo creyera yo...si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez; mas no lo fue, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero que aquí está hoy día tenía del un cabo de la manta, y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. (I, 37, 449)

Es importante notar que, por el momento, lo que le convence a Sancho de que no hay tal magia en la venta es que él cree que las mismas reglas físicas han de gobernar todo allí. Dicho de otro modo, si su sufrimiento es siempre auténtico, su pérdida de la oportunidad de conseguir recompensa también debe ser el resultado de fuerzas naturales y no de encantamiento.

Don Quijote promete restaurar la identidad de Dorotea como la princesa Micomicona, pero ella convence al hidalgo que Sancho lo engaña acerca de su supuesta metamorfosis y la de los cueros de vino. En consecuencia, el caballero reprocha al escudero. A pesar de su conocimiento de la verdad, Sancho se percata de que las palabras de Dorotea inspiran más confianza en su amo que las suyas. Por lo tanto, el villano declara que puede estar equivocado acerca de la identidad de ella pero que no es posible con respecto al ilusorio gigante:

...podría ser que me hubiese engañado en lo que toca a la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca a la cabeza del gigante, o, a lo menos, a la horadación de los cueros, y a lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño...porque los cueros allí están heridos...y el vino tinto tiene hecho un lago en el aposento, y si no, al freír de los huevos lo verá; quiero decir que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo del todo. De lo demás, de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte... (I, 37, 452)

Esta insincera aceptación de Sancho de que ella es una princesa indudablemente tiene el propósito de reanudar un proyecto que puede ser beneficioso. Sin embargo, la reiteración del villano de que don Quijote no vence a un gigante dilata cualquier recompensa en servicio de Dorotea. Por lo tanto, esta segunda declaración ha de interpretarse como una sincera muestra de la lucha de Sancho por definir la realidad además de su conclusión de que no hay encantamiento en esta situación. También, la concesión del escudero con respecto a la identidad de Dorotea ilustra que él es consciente de los límites de su habilidad de persuadir a don Quijote y que reconoce la influencia de los demás sobre su amo.

Con respecto al subsiguiente discurso de don Quijote sobre las armas y las letras, el narrador ni siquiera aclara si el escudero presta atención; únicamente detalla que Sancho le indica a su amo que coma más y hable menos. Puesto que no hay suficientes detalles acerca de la reacción del villano, saltemos el discurso sin conjeturar sobre su efecto. Por esta misma razón, tampoco discutiremos los enredos de Zoraida, Ruy Pérez de Viedma y el hermano de éste, Juan. El único dato relevante que el narrador proporciona

es que Sancho está deseoso de descansar durante esos episodios. Igualmente, el escudero duerme durante la burla que Maritornes hace de don Quijote cuando ella deja a éste colgando de la mano por una ventana. Asimismo, pasemos sin más comentario las intrigas de Clara y Luisito, además del conflicto con los dos huéspedes de la venta que intentan salir sin pagar.

#### Capítulo 44

Retomemos nuestro análisis de la narración al final del capítulo cuadragésimo cuarto, con la aparición del barbero despojado. Cuando la víctima acusa a Sancho de haber robado los aparejos y la bacía, éste responde con puñetazos y justifica el despojamiento con el pretexto de que ocurre en legítima batalla. La reacción de don Quijote al conflicto entre los dos manifiesta una débil defensa de su escudero:

—¡Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía a lo que fue, es y será yelmo de Mambrino, el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice legítima y lícita posesión! En lo del albarda no me entremeto; que lo que en ellos sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde...y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razón si no es la ordinaria...para confirmación de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. (I, 44, 528)

Aunque el caballero afirma la validez de las acciones de Sancho, él se niega a definir la naturaleza de lo que Sancho saquea. Ya que el escudero rechaza la posibilidad de que encantamientos intercedan en sus aventuras, Sancho protesta que la bacía no ayudará para

convencer a los presentes de la legitimidad de su despojo del barbero: “—¡Pardiez, señor...si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Malino como el jaez deste buen hombre albarda!” (I, 44, 528).

Cuando el escudero muestra el objeto, el término y la descripción que emplea para referirse a ello capta tanto su carácter debatido como el hecho de que los usos lo definen: “...desde que mi señor le ganó hasta agora no ha hecho con él más de una batalla...y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance” (I, 44, 528). Es decir que Sancho, con el neologismo “baciyelmo”, reconoce la visión de tanto el barbero como la de don Quijote. Sin embargo, su referencia a su utilidad durante el conflicto con los galeotes favorece la segunda interpretación.

#### Capítulo 45

Siguiendo el ejemplo del travieso maestro Nicolás, el plebiscito de los de la venta afirma que no es una bacía sino un yelmo. Y, a pesar de la subsiguiente afirmación de don Quijote de que los aparejos le parecen una albarda, ellos declaran que son un jaez. No obstante, cuando un cuadrillero recién llegado con sus compañeros refuta el declarado consenso sobre los objetos robados, él destruye el relativo sosiego de la venta. Surge una pelea entre la mayoría de los presentes y los cuadrilleros además de entre Sancho y el barbero despojado. La paz se reinstala fugazmente cuando don Quijote alza la voz a fin de reimponer calma. Con respecto a la persistente fidelidad del escudero, el narrador observa: “...Sancho, a la más mínima voz de su amo, obedeció como buen criado...” (I, 45, 533). Sin embargo, la tranquilidad es breve ya que uno de los cuadrilleros reconoce que la justicia busca a don Quijote por salteador de caminos. Notemos, de paso, que Sancho,

al ver el alboroto exclama: “—¡Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él!” (I, 45, 534). Si tomamos en cuenta la reciente afirmación de Sancho de que no hay encantamientos en la venta, además de la falta de pruebas de lo contrario, la exclamación posterior parece una expresión de su frustración y no una auténtica confesión de su opinión.

### Capítulo 46

Persuadidos por el cura de la futilidad de detener a don Quijote, los cuadrilleros no capturan al hidalgo. En consecuencia, el caballero empieza a planificar otra vez los detalles acerca de cómo servirá a la princesa Micomicona. Cuando el hidalgo le indica a Sancho que han de prepararse para volver al camino, el escudero le advierte a su señor que tiene un secreto para compartir pero no quiere que se enfade con él. Luego, el villano prosigue: “...yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre, porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta” (I, 46, 540). Asimismo, el villano explica por qué importa la verdadera identidad de ella: “—Esto digo, señor, porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasando malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta...será mejor que nos estemos quedos...” (I, 46, 540). Estos avisos del escudero no logran convencer al hidalgo sino que encienden su cólera hasta tal punto que aquél huye por temor a ser maltratado de nuevo.

Afortunadamente para Sancho, Dorotea propone que el testimonio resulta de la intervención de algún tipo de magia que manipula la interpretación de él. No obstante, la

experiencia sirve para recalcar de nuevo para el escudero que su amo tiene más confianza en Dorotea que en él y que sus palabras no persuadirán a don Quijote sobre ese punto.

El hidalgo acepta la explicación de la supuesta princesa y perdona al escudero, repitiéndole que todo cuanto ocurre en aquel lugar es encantamiento. Sancho, deseoso de restablecer el favor del caballero y consciente de la imposibilidad de demostrar la mendacidad de Dorotea, opta por declarar falsamente que concuerda con su amo a grandes rasgos: “—Así lo creo yo...excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por vía ordinaria” (I, 46, 541). En respuesta, don Quijote le indica a su escudero que incluso ese evento debe atribuirse a encantamiento y que por esa razón no castiga a los agresores. Luego, el narrador ofrece este confuso retrato de las reacciones que provoca la historia del manteamiento: “...de no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamiento; puesto que jamás llegó la sandez de Sancho a tanto, que creyese no ser verdad pura...lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas...” (I, 46, 542). La inestable caracterización del pensamiento de Sancho que ofrece el narrador yuxtapone dos perspectivas: primera una externa y luego la del escudero. Es decir, vacila entre una interpretación de las acciones de Sancho desde la perspectiva de los demás y luego proporciona los verdaderos pensamientos del villano. Ese contraste revela dos datos importantes. Notablemente, Sancho finge satisfacerse con la excusa del encantamiento y disimula su cólera a fin de mantener la paz con don Quijote.

Un par de días después, los ocupantes de la venta se disfrazan para encubrir sus identidades y ponen a don Quijote en un carro de bueyes para transportarlo hasta su casa. Si bien esta farsa aparentemente convence al caballero de que su cautiverio resulta de un

encantamiento, no logra engañar al escudero. De hecho, el narrador observa que éste es el único de los presentes que se comporta como una persona cuerda: “Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad que su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión...” (I, 46, 542). Mientras que los disfrazados ofrecen una profecía a don Quijote con el propósito de conseguir su cooperación durante el tránsito, ellos pretenden alimentar la esperanza de Sancho de obtener recompensa por acompañar a su señor: “...no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos a la flor de la caballería andante; que presto...te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas y no saldrán defraudadas las promesas que te ha hecho...y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero; que conviene que vayas donde paréis entambos” (I, 46, 543). Notablemente, no aparece ninguna reacción de Sancho hacia las falsas promesas de ellos. Además, el caballero hace eco de sus anteriores promesas:

Porque cuando no suceda, por la suya o por mi corta ventura, el poderle yo dar la ínsula, o otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos y buenos servicios, sino a la posibilidad mía. (I, 46, 542)

A diferencia de con las promesas de los demás, el escudero reacciona favorablemente a las de don Quijote y le besa las manos en agradecimiento. Este hecho corrobora tanto la persistente esperanza de Sancho de obtener más por su servicio como su desconfianza de las otras personas que acompañan a él y a su amo.

## Capítulo 47

Antes de ponerse en camino, Sancho se esfuerza para demostrarle al caballero que no es magia sobrenatural sino malevolencia humana que produce su captura. Cuando don Quijote cuestiona el empleo de bueyes para trasladarlo, por no ser consistente con los libros de caballerías, el escudero suavemente hace eco de la idea de que la situación es sospechosa. Además, él indica que varios otros detalles no compaginan con las apariencias. Es importante observar que al presentar su opinión, él la atenúa al reconocer que no goza de la misma experiencia literaria que su amo. Es afortunado que Sancho matice su opinión porque, al principio, don Quijote la ridiculiza. De hecho, el hidalgo le insta al villano a utilizar su tacto para confirmar la naturaleza incorpórea de los demonios. Ingeniosamente, Sancho aprovecha esta prueba propuesta por su amo para comprobar la inautenticidad del encantamiento. El villano explica: "...ya los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen a piedra azufre y a otros malos olores, pero éste huele a ámbar" (I, 47, 546). Sin embargo, don Quijote critica las observaciones de Sancho de nuevo, concluyendo que debe estar equivocado. Antes de que el escudero logre persuadir al caballero, Cardenio y Fernando interrumpen la conversación al poner a todos en camino.

Durante el viaje, la caravana topa con un canónigo y su séquito. Cuando el religioso y los demás conversan acerca del encantamiento de don Quijote, Sancho no puede tolerar más la farsa. A pesar del peligro que corre al revelar su incredulidad, el escudero osa decir:

...quíeranme bien o quíeranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor como mi madre; él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer, antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme entender que va encantado? (I, 47, 550)

El razonamiento de Sancho es sencillo: a diferencia de un ser hechizado como un fantasma, don Quijote hace las mismas actividades físicas que antes de su captura. Esta asociación entre los encantamientos y lo incorpóreo evoca las anteriores descripciones de don Quijote de los demonios que lo enjaulan y de los manteadores de Sancho. De paso, es digno de notar que no analizaremos ahora la afirmación del escudero de que don Quijote está cuerdo. Retomaremos este punto luego, durante el análisis de la subsiguiente conversación del villano y del hidalgo sobre estos mismos temas.

El cautiverio de don Quijote indigna tanto al escudero que él se atreve a criticar directamente al hombre principalmente responsable del simulacro. Este reproche trata múltiples temas: los motivos del planificador del engaño, las ambiciones frustradas de Sancho y su de familia, la injusticia del maltrato de don Quijote, las hazañas caritativas que éste no podrá hacer debido al falso encantamiento y el castigo que Dios podría imponerle al responsable del cautiverio:

¡—Ah, señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos?...En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni donde hay escaseza la liberalidad...si por su reverencia no fuera, ésta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde...De mis

hijos y de mi mujer me pesa...Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. (I, 47, 550-1)

Esta frustración de Sancho con la intervención del cura se debe a que éste impide su participación en aventuras caballerescas que pueden ser de provecho. Igualmente, es comprensible por qué el escudero critica la injusticia del cautiverio de don Quijote ya que el método es innecesariamente degradante.

En cambio, los elementos más sorprendentes de la reprobación que ofrece el villano son: la defensa de las hazañas humanitarias de don Quijote y la atribución de la conducta del sacerdote a su envidia del caballero. Aunque Sancho puede apreciar la inestabilidad del hidalgo, él intuye que la mala conducta del religioso hacia don Quijote, como el falso encantamiento, no emana de una verdadera preocupación por la salud mental del caballero. De hecho, es manifiesto que su colaboración con el barbero agravia la visión imaginativa de don Quijote de la realidad en vez de contrarrestarla. Como evidencia de esto, podemos citar un comentario del narrador sobre el debate baciyélmico de la venta. El barbero, con la cooperación del cura, miente acerca de la naturaleza de la bacía porque: "...como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen..." (I, 45, 529). El narrador prosigue, explicando que el cura también engaña a don Quijote porque: "...ya había entendido la intención de su amigo el barbero" (I, 45, 530). Sin embargo, la diversión no es necesariamente la única razón que incita al religioso a intervenir en las aventuras de

don Quijote. Su declarada intención de sanar al hidalgo podría ser un verdadero factor en su designio de volverlo a casa. No obstante, en parte, Sancho acierta al intuir que el deseo del cura de controlar y luego poner fin a la vida caballeresca de don Quijote se arraiga en las ambiciones del amo y del escudero. Esto es más aparente en el segundo tomo del libro, especialmente en el quincuagésimo capítulo en que él y el barbero se enteran del gobierno de Sancho, que estudiaremos en su debido momento. Por ahora, lo patente es que el escudero parece cambiar de opinión y que llega a creer que Dorotea realmente es una princesa y que el cura, por ser el autor del cautiverio del caballero, impide que éste sea su valedor y reciba mercedes por ello.

Con respecto a la crítica del escudero de que el licenciado impide los buenos trabajos de don Quijote, es también debatible hasta qué punto Sancho realmente simpatiza con los valores que subyacen tras la caballería andante. Igualmente, dado que el villano conoce varios fracasos del caballero, la crítica que dirige al cura sobre este punto parece más bien una táctica retórica que una auténtica confesión de su creencia en la eficacia de don Quijote.

#### Capítulo 48

Debido a que Sancho reconoce la fingida magia del método de enjaular al caballero, y que sabe la identidad de los falsos demonios, el barbero se apura para callar al villano para salvar la farsa. En vez de contradecir la afirmación del escudero de que no hay encantamiento, el rapabarbas amenaza con atarlo y ponerlo al lado de su amo. Para justificar esta amenaza, él se vale de la excusa de que el villano comparte creencias preocupantes con don Quijote. En su defensa, el escudero afirma: "...aunque pobre, soy

cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula...mire cómo habla señor barbero; que no es todo hacer barbas...” (I, 48, 552). Notablemente, Sancho cita su linaje como evidencia de su integridad y reconoce la grandeza de sus aspiraciones. Sin embargo, el villano defiende sus ambiciones, advirtiéndole que son atrevidas pero no inmorales. Aparentemente convencidos de que no podrán convencerle a Sancho del encantamiento, el cura y el barbero abandonan la conversación y se mueven a otra parte de la caravana.

El escudero aprovecha esa separación para conversar nuevamente con don Quijote. El villano revela a su señor la identidad de los dos coconspiradores principales y retoma su esfuerzo para demostrarle que el encantamiento no es genuino:

...para descargo de mi conciencia, le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamiento; aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, e imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Propuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. (I, 48, 561)

El contenido de este enunciado de Sancho concuerda con casi todo lo que expresa en su anterior conversación con el cura y el barbero. Recordemos, sin embargo, que en el previo intercambio, el villano afirma la cordura del caballero mientras que aquí declara que su juicio es deficiente. Ésta es otra muestra de la apreciación de Sancho de la

importancia de la audiencia con quien habla. Dialogando con su señor, el escudero le expresa que su razonamiento es defectuoso porque desea animarle a rechazar el simulacro elaborado por el cura y el barbero. Al hacer esto, el villano corre el peligro de ofender al hidalgo e irónicamente arriesga futuras mercedes. No obstante, él explícitamente hace esto porque lo dicta su conciencia y porque quiere liberar a su amo. En cambio, en la anterior conversación con el cura y el barbero, Sancho les miente acerca de la salud mental del caballero porque sabe que el saneamiento del hidalgo es el pretexto que ellos emplean para justificar su intervención.

A pesar del renovado intento del villano de convencer a don Quijote, él no logra desacreditar el falso encantamiento. El caballero arguye que las apariencias del cura y del barbero pueden ser fingidas y que él no caería preso sin la influencia de magia. Sin embargo, el hidalgo acepta responder a una pregunta del escudero. Antes de plantearla, Sancho expresa su frustración con la ingenuidad de su señor: “Y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto?” (I, 48, 562). Esta declaración del escudero corrobora otra vez nuestra afirmación de que, si bien sus ambiciones dependen de los logros de don Quijote, el villano es todavía consciente de la distorsionada visión del hidalgo. Antes de hacer su pregunta, Sancho ofrece varios otros preludios con los que pretende animar las esperanzas de don Quijote de ver a Dulcinea pronto —a sabiendas de que es imposible— y le pide a su señor que responda completa y honestamente a su interrogación.

## Capítulo 49

Cuando el escudero por fin le pregunta a don Quijote si éste siente una necesidad de defecar u orinar durante su cautiverio, éste responde de forma afirmativa. Sancho aprovecha ese detalle para corroborar su hipótesis de que don Quijote no está encantado. El villano explica que su conclusión se basa en el dicho popular de que las personas que están de mala voluntad, por ser inactivos, parecen encantados. Por ende, el villano declara:

De donde se viene a sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan. (I, 49, 564)

De nuevo, el hidalgo rechaza la opinión de Sancho, esta vez recalcando la posibilidad de que los encantamientos ya no adhieran a las reglas de antaño. Sin embargo, el escudero persiste:

...para mayor abundancia y satisfacción, sería bueno que vuestra merced probase a salir de esta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun a sacarle della...hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos a la jaula, en la cual prometo, a ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. (I, 49, 565)

Aunque don Quijote sigue afirmando que el encantamiento es auténtico, la tenacidad de Sancho le convence de prometer su colaboración en caso de que éste perciba una oportunidad de emanciparlo.

Con la colaboración de don Quijote asegurada, Sancho pone en obra la segunda parte de su plan. El escudero readapta el detalle acerca de las necesidades corporales del caballero para persuadir al licenciado de ponerlo en libertad: “...rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo” (I, 49, 565). Si bien el licenciado considera la proposición, él teme la posibilidad de que el hidalgo aproveche la oportunidad para escaparse. La promesa de Sancho de responsabilizarse de don Quijote, además de la palabra de éste, finalmente le convence al sacerdote a concederle libertad.

## Capítulo 50

La liberación tiene el efecto inmediato de restaurar mucho del ánimo del caballero. A pesar de la influencia que podría tener sobre el escudero el subsiguiente debate entre el canónigo y don Quijote acerca de la veracidad de la literatura caballerescas, no analizaremos la mayoría de su contenido ya que el narrador nunca detalla cuánto Sancho escucha. Sin embargo, es aparente que el escudero presta atención a la parte relacionada con su recompensa. En particular, él presta atención cuando el hidalgo duda de su habilidad para gobernar. El villano responde:

–Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte a mí

habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año... (I, 50, 575)

Al igual que cuando previamente considera la posibilidad de tener vasallos negros, aquí Sancho se preocupa por el dinero y no por gobernar. En reacción al plan del escudero, el canónigo protesta que la recaudación de rentas dista de la responsabilidad justiciera de un gobernador. El religioso afirma que esta segunda carga requiere tanto buenos propósitos como buen juicio. Sancho replica con dos razones por las que él podrá gobernar:

...tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo; y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haría mi gusto; y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene más que desear... (I, 50, 575)

Esta defensa del escudero de su habilidad para gobernar presenta un par de datos notables. Primero, el villano cree que las habilidades administrativas de las personas no son definidas por factores como la enseñanza o los orígenes socio-económicos. Al contrario, Sancho afirma que sencillamente dependen del espíritu y del vigor del individuo. Además, el escudero cree que las personas que gobiernan no tienen ningún límite sobre su conducta más allá de satisfacer sus propios gustos.

El capítulo quincuagésimo cierra con la aparición de un cabrero y con Sancho expresando su deseo de apartarse en vez de escuchar la historia del pastor que don Quijote promete que todos escucharán. Esto recuerda los casos previos en que el escudero busca soledad o descanso en lugar de participar en actividades que no afectan su

posibilidad de adquirir mercedes. Con respecto a este detalle, William Worden advierte: “The squire...insists that the *todos* mentioned by Don Quijote does not include him. Eugenio does indeed tell the story of Leandra, but Sancho never hears the tale, as he has gone off to satisfy his stomach” (506). Para excusarse, al indicar que quiere comer, Sancho cita la necesidad de los escuderos de hacerlo siempre que sea posible. Así, combaten la imprevisibilidad de las oportunidades para saciar el hambre que suelen sufrir. En respuesta, don Quijote apoya la decisión del villano, concordando con su caracterización de la profesión.

## Capítulo 52

Más tarde, el cabrero insulta el estado mental de don Quijote y provoca una pelea. El maltrato del hidalgo inspira la intervención de Sancho. El narrador describe que el pastor estrangularía al caballero: “...si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas y diera con él encima de la mesa...” (I, 52, 584). La narración sigue: “...el cabrero...lleno de sangre el rostro, molido a coces de Sancho, andaba buscando a gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza, pero estorbábanselo el canónigo y el cura...” (I, 52, 584). Además, detalla que mientras el cabrero bañaba la cara de don Quijote en sangre: “...Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos a los otros, como hacen a los perros...sólo Sancho se desesperaba, porque no se podía desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que a su amo no ayudase” (I, 52, 584). Estas dos descripciones recalcan la seriedad de la reyerta que podría producir muertes si los religiosos no lo previnieran. Asimismo, ilustra de nuevo la malevolencia de los que rodean a don Quijote y Sancho, incluso el canónigo

y su séquito. Ellos no solamente disfrutaban del sufrimiento de los dos sino que además impiden que el escudero socorra a su amo otra vez. En cambio, la experiencia también muestra la creciente solidaridad de Sancho con su amo frente a los demás. El altercado persiste hasta que el hidalgo, al escuchar la llegada de unos disciplinantes, propone una tregua con el cabrero.

A pesar del encarcelamiento y los otros percances que sufre don Quijote, él no duda en emprender otra aventura caballeresca. Imaginando que los devotos son unos malvados que tienen presa a una señora, el hidalgo acomete a los supuestos enemigos. Notablemente, si bien poco antes el cura, el canónigo y el barbero facilitan la pelea entre don Quijote y el cabrero, ellos intentan impedir la nueva ofensiva del caballero. Esta diferencia probablemente puede atribuirse al carácter religioso de la actividad de los fervorosos. Sancho, al igual que en varias aventuras anteriores, procura disuadir a su señor:

¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan a ir contra nuestra fe católica?

Advierta, mal haya yo, que aquélla es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla; mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. (I, 52, 586)

Y, como en la mayoría de las aventuras anteriores, las palabras del escudero no persuaden al hidalgo. Sin duda, Sancho aprecia que la compañía de los conspiradores del encantamiento no permitirá que la aventura sea de provecho y reconoce que las acciones de don Quijote arriesgan la libertad de tanto él como su amo.

Cuando uno de los disciplinantes golpea al caballero, éste cae herido. El villano se apura para socorrer a su señor y suplica que el agraviador se detenga: “Sancho Panza, que jadeando le iba a los alcances, viéndole caído, dio voces a su moedor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no había hecho mal a nadie en todos los días de su vida...” (I, 52, 588). Viendo al hidalgo patitieso, el escudero lamenta su condición y expresa que constituye el final de sus aventuras:

¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede! (I, 52, 588)

Curiosamente, la descripción que ofrece Sancho no explicita si él sospecha que su amo está muerto o si él cree que la experiencia con los disciplinantes simplemente provocará su abandono de la caballería andante y el sobrenombre de don Quijote. No obstante, al igual que suele ocurrir al final de una vida o la carrera profesional de alguien, las alabanzas del más allegado recurren a la hipérbole. Sin embargo, también encierran varias verdades y opiniones sinceras del escudero. Dejando de lado las exageraciones acerca de la influencia de don Quijote sobre los malvados y el mundo, nos percatamos de la sincera gratitud de Sancho por la promesa de la ínsula. Si bien el hidalgo no logra otorgársela, el villano claramente aprecia la misma oportunidad de disfrutar de una

ilusión tan ambiciosa. Además, percibimos su reconocimiento de las buenas intenciones y de la valentía del caballero.

Dada su pésima condición, el hidalgo pide la ayuda del villano para subir sobre el carro de bueyes otra vez. A diferencia de antes, Sancho acepta la decisión de don Quijote de dejarse arrastrar por la voluntad del cura y del barbero. “—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, y volvamos a mi aldea en compañía de estos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama” (I, 52, 589). De nuevo, hemos de distinguir entre las verdades y las mentiras de Sancho. La aspiración del escudero de reanudar las aventuras caballerescas es sincera, al igual que su deseo de consolar a don Quijote. En cambio, su caracterización favorable de las intenciones del cura y del barbero es una falsedad que tiene el objetivo de evitar conflicto y de acelerar el regreso a casa y el descanso del hidalgo.

Al llegar a su pueblo, la mujer de Sancho acoge a su marido. El narrador revela que, a pesar del secretismo del villano durante su partida, su esposa se entera de la profesión que ejerce durante la ausencia y a quien sirve. Ella le interroga sobre la salud del asno y qué bienes tiene consigo. A su pregunta acerca de qué ropa o calzado hay para la familia, el marido responde: “—No traigo nada deso...mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración” (I, 52, 590). De hecho, los cien escudos que obtiene seguramente superan las humildes esperanzas que tiene su cónyuge. Asimismo, ella indica que su contemplación de lo adquirido borrarán las emociones negativas que provoca la ausencia de su esposo. No obstante, Sancho muestra su discreción al no revelar el hallazgo en público sino que indica que lo hará en su hogar.

Además, el villano le asegura que la próxima vez que salga en servicio de don Quijote se convertirá en gobernador de una ínsula. Aunque su esposa apoya la idea sin entenderla, ella le pregunta qué significa tal término. Sancho evade la interrogación, respondiendo: “—No es la miel para la boca del asno” (I, 52, 590). Asimismo, le dice que ha de tener paciencia y le promete que adquirirá vasallos y que éstos la llamarán “señoría”. Estas promesas del villano hacia su cónyuge tienen el claro propósito de justificar otra salida del escudero. Sin duda, él aprecia que los cien escudos servirán de evidencia para su esposa de la viabilidad de tener ambiciones mediante la caballería andante que serían impensables en su antigua profesión laboral.

Es importante advertir que, a pesar de la preocupación del escudero por mejorar su estatus y por adquirir mercedes durante las aventuras, él confiesa a su mujer que ese aspecto no es el más placentero. A su juicio, la caballería ofrece mucho más:

Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero, con todo eso, es linda cosas esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo un maravedí. (I, 52, 590)

Con la excepción del gusto del villano al no tener que pagar su hospedaje, nunca se explicita previamente su aprecio favorable de lo demás. En el primer tomo del libro, la influencia de don Quijote sobre Sancho culmina en esta afición por la experiencia

caballeresca. Las primeras cuatro palabras de esta última cita del villano incluso revelan que él no puede expresar la totalidad de los motivos por ese placer casi inefable que siente. Sin embargo, el escudero sí logra expresar que disfrute de la imprevisibilidad y la diversidad de las aventuras, además de la libertad y la colaboración que permiten. Raymond Willis señala que no solamente la promesa de recompensa motiva al escudero ya que pasaba la experiencia:

...riding cheerily along, munching his provisions, swigging his wine, enjoying the present. But not just the present as such; for the present meant something truly precious: freedom, the freedom to live and not merely exist. This freedom is its own justification and it does not even require the support of the promise of an island. (217)

Notablemente, Sancho concluye que, a pesar de lo mucho que sufre, los aspectos agradables de la caballería –incluso las que no evoca entonces– hacen que valga la pena. Es igualmente importante reconocer que si bien a estas alturas de la narración el escudero todavía no adquiere una ínsula, su profesión sigue proporcionando oportunidades para disfrutar de la vida y materia prima para alimentar su imaginación y sus esperanzas. Por cuestionable que sea el estado mental de su amo o la legitimidad de la caballería, Sancho sumamente valora que el hidalgo abre el camino para su exploración de sus ambiciones y el mundo más allá de su aldea.

CAPÍTULO 3. ANÁLISIS DE LA CONDUCTA Y LOS MOTIVOS DE SANCHO  
PANZA EN LA *SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO CABALLERO DON  
QUIJOTE DE LA MANCHA*

–Ocho días o diez ha...que entré a gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora; en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los güesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y, siendo esto así, como lo es, no merecía yo, a mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno...

Miguel de Cervantes, *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*

## Capítulo 2

Después de un intervalo de aproximadamente un mes, Sancho decide reunirse con don Quijote a fin de reanudar las aventuras. Al llegar a la casa del hidalgo, el ama y la sobrina inicialmente impiden su entrada, culpándole de la segunda salida del hidalgo. En reacción, el villano protesta que lo contrario es cierto. Además, el escudero cita la promesa incumplida de don Quijote acerca de la entrega de una ínsula como el motivo por el que el caballero logra llevarlo consigo. Asimismo, el insinúa que esa deuda justifica otra partida para rectificarla. Cuando Sancho por fin entra en la habitación del hidalgo, éste alega que los dos salieron juntos, sin que uno obligase al otro. Además, don

Quijote evoca la importancia de la solidaridad al indicar que los dos comparten las mismas aventuras y desventuras.

El hidalgo prosigue, alegando que la relación entre ellos es como la que existe entre la cabeza y otro miembro del mismo cuerpo. Es decir, una parte no puede doler sin que la mente lo perciba. Esta metáfora es particularmente interesante porque, más allá de expresar que la salud del conjunto depende de esa interrelación, indica que existe una jerarquía. Históricamente, la descripción de la sociedad como un cuerpo es común en la época en que Cervantes escribe la novela, particularmente en el contexto de la Iglesia y, por extensión, el sistema monárquico. José Manuel Martín Morán contextualiza: "...el esquema gráfico de la cabeza unida indisolublemente a los miembros había simbolizado al Estado...la rigidez jerárquica de la ordenación estatal garantizaba la adhesión total a una sola fuente del sentido por delegación divina: el rey" (157). Como bien podría apreciar el mismo Cervantes mediante su mancuerna, el cuerpo del ser humano puede prescindir del uso de ciertas partes, pero no de otras. De modo semejante, Sancho, como un brazo, requiere el liderazgo de don Quijote, la cabeza. Si bien es verdad que hasta este punto en la narración el escudero depende de su amo de esta manera, tanto Sancho como su relación con el hidalgo evoluciona. Como constataremos luego, el villano logra independizarse lo suficiente para encabezar la ínsula después de separarse del caballero.

A pesar del deseo del escudero de colaborar otra vez con su señor, él no está dispuesto a aceptar su afirmación de que los dos experimentan las mismas dolencias. Al contrario, el villano sostiene que su compañero no sufre en igual medida ya que: "...cuando a mi me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno, y pues los miembros están

obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos” (II, 2, 42). Aunque el hidalgo protesta esta descripción del villano de lo ocurrido, él decide abandonar el debate y reconoce tácitamente que sus dos visiones son irreconciliables. Por su parte, si bien Sancho sigue colaborando con el caballero y acepta su liderazgo, él continúa desconfiando de su ayuda en peleas. Igualmente, el escudero le recuerda a don Quijote que debe cumplir con sus responsabilidades.

Deseoso de informarse acerca de la fama que granjea fuera de su hogar, el caballero le interroga al escudero sobre las opiniones en varios sectores de la sociedad con respecto a sus cualidades personales, sus hazañas y su proyecto de despertar la caballería andante. Además, el hidalgo le exige al villano que sea honesto en sus descripciones. Con buena razón, Sancho primero requiere que don Quijote no lo maltrate si las respuestas son desagradables. Habiendo asegurado esa promesa, el villano revela:

–Pues lo primero que digo...es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo detrás y otro delante.<sup>5</sup> Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. (II, 2, 42-3)

---

<sup>5</sup> En “A Title of Distinction”, John Dowling contextualiza: “The *hidalgos*...belonged to the lowest order of nobles. They had certain privileges, such as exemption from taxes, but their honors did not include the use of *don*...The situation that existed in the sixteenth and seventeenth centuries was that the *hidalgos* were usurping some of the prerogatives of the *caballeros*, not the least of which was the use of *don*” (450).

Esta revelación es significativa porque indica que, a diferencia de en el primer tomo de la novela, el escudero es claramente consciente de varios detalles que él podría ignorar anteriormente. Primero, Sancho sabe que los demás creen que las acciones supuestamente caballerescas de tanto él como don Quijote son disparatadas. Además, el villano evidentemente conoce la relativa humildad de la hacienda del hidalgo, lo cual limitaría el salario que podría recibir en caso de que no obtuviese una ínsula.

Con respecto a las cualidades personales del caballero, Sancho describe que no hay un consenso acerca de las calificaciones y que éstas mezclan unos adjetivos perjudiciales con otros favorables: “—En lo que toca...a la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuestra merced, hay diferentes opiniones: unos dicen: ‘Loco, pero gracioso’; otros, ‘Valiente, pero desgraciado’; otros, ‘Cortés, pero impertinente’; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuestra merced ni a mí nos dejan hueso sano” (II, 2, 43). El hidalgo intenta defenderse contra las difamaciones al argüir que él, como muchas figuras históricas, sufre críticas sin mérito. En respuesta, Sancho aclara que lo que detalla hasta ahora no abarca las invectivas más fuertes y que para saberlas podría hablar con el bachiller Carrasco, quien indica haber leído un libro sobre las aventuras de los dos que se titula *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Además, el escudero evoca que el texto contiene algunos detalles de sus aventuras que él o su amo podrían saber pero no los demás. Si bien ambos don Quijote y Sancho relatan fragmentos de su experiencia a otras personas, es lógico imaginar que hay elementos que mantienen secretos. En consecuencia, es natural que Sancho cuestione cómo puede ser posible la inclusión de tales datos en la historia que Sansón lee. En reacción a las cosas supuestamente inasequibles que incluye la primera parte, el villano

comenta: “...me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió” (II, 2, 44). Asimismo, Sancho observa que ese hombre ha de ser encantador. Este juicio aparentemente sincero del villano acerca del poder mágico del historiador se contrasta fuertemente con los múltiples casos en el primer tomo en que finge o claramente rechaza la posibilidad de encantamientos. No obstante, esto no es evidencia de credulidad por parte de Sancho. Mario Valdés observa que un lector no ha de siempre juzgar el contenido de un texto –como en el presente caso el pensamiento del villano–, de acuerdo con reglas o realidades externas: “...la verdad en la literatura no corresponde directamente a nada real o posible, sino a condiciones textuales. No se establece la oposición entre creer o negar algo que dice un texto, sino entre otorgarle a esta aseveración, en un momento en particular, una función referencial –de tal modo que pueda verdadero o falso...” (30-1). Por lo tanto, a pesar de la inexistencia de encantadores en nuestro mundo, la creencia del escudero en la naturaleza fantástica de su historiador simplemente refleja la realidad del mundo ficticio en que vive.<sup>6</sup> De hecho, no hay ningún indicio de que Sancho cambie de opinión, otra vez, sobre los acontecimientos previos que el hidalgo falsamente atribuye a magia. Después de discutir el probable origen arábigo de

---

<sup>6</sup>En “The Function of the Fictional Narrator in *Don Quijote*” Ruth Snodgrass El Saffar describe el escritor arábigo de la siguiente manera: “Cide Hamete...is both ‘sabio’ and ‘historiador,’ both omniscient and limited. Despite extreme uncertainties about the sources for the ‘original’ manuscript and many indications that Cide Hamete had no direct contact with his ‘historical’ characters, he is allowed intimate contact with his characters’ thoughts and even reports them when they thought themselves to be utterly alone” (165). Aunque esa crítica analiza el historiador según la perspectiva de lectores como nosotros del texto de Cervantes, esos juicios acerca de aquél igualmente pueden aplicarse al Benengeli del *Quijote* que lee y describe Sansón. Sin embargo, las consecuencias de su aparición son mucho más importantes para los personajes. Es comprensible que sea desconcertante para Sancho que el historiador posea detalles privados que deberían ser inasequibles.

Cide Hamete Benengeli con su amo, el escudero sale en busca de Sansón para aprender más acerca del texto.

### Capítulo 3

Luego, cuando el bachiller describe el contenido de la novela, el amo y el escudero reciben más datos acerca de la fama de don Quijote y del estilo narrativo de Benengeli:

–Si por buena fama y si por buen nombre va...solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes; porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso. (II, 3, 48)

Aunque su conocimiento de la novela es mediado por la lectura y la presentación de Sansón, el escudero tiene una autoridad excepcional para discutir la veracidad de lo escrito. Mientras que toda la demás literatura es inasequible de forma directa para el villano, las aventuras que experimenta personalmente le permiten cuestionar la autenticidad de una obra literaria como nunca puede antes. En seguida, Sancho aprovecha la oportunidad para lucir su autoridad, criticando la aplicación de “doña” a Dulcinea y corrigiendo que hace cabriolas en el aire y no en la manta. Aunque ésta es una situación única, es importante porque demuestra que Sancho ahora sabe que todo cuanto está escrito no es necesariamente veraz. Además, cuando el bachiller describe que los lectores disfrutaban de diversas aventuras, el escudero pone a prueba si la novela es completa,

interrogándole si incluye la aventura de los yangüeses. Sansón responde que sí y que el historiador ofrece una narración exhaustiva que algunos lectores critican por la inclusión de detalles acerca del maltrato físico de los dos.

En reacción, el escudero reitera que él sufre más que su amo durante las desventuras. Además, cuando don Quijote critica a él por tener una memoria selectiva que depende de su voluntad, Sancho responde que sus heridas no le permiten olvidar lo que ocurre. Luego, el hidalgo protesta que él prefiere discutir su papel en el texto. Sin embargo, el villano cambia el tema de discusión a su propia importancia. Sansón responde que Sancho coprotagoniza la obra y que uno de los asuntos más discutidos entre los lectores es su esperanza de adquirir una ínsula: "...hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente" (II, 3, 49). Consciente de que su promesa sigue incumplida, el caballero replica que, a medida que transcurra el tiempo, su escudero estará cada vez más preparado para gobernar y que todavía queda tiempo para entregársela. Esta excusa del hidalgo claramente frustra al villano que contesta: "...El daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme a mí el caletre para gobernarla" (II, 3, 49). Notablemente, ninguno de los dos compañeros responde a la crítica acerca de la excesiva credulidad de Sancho. Es evidente que el escudero no desea presentar una nueva explicación de su esperanza. Por lo tanto, podemos considerar que la única que presenta, sigue vigente. Es decir, el villano cree que sus ambiciones, aunque grandes, son lícitas por no ser peores que las de otras personas. Asimismo, indica que si llegase a obtener la deseada ínsula, cumpliría con los requisitos para gobernarla.

De nuevo, don Quijote pone la responsabilidad de entregar una ínsula en las manos de la providencia, recomendándole al escudero de confiar en ella. Sansón hace eco de la sugerencia, indicando que de la voluntad divina depende todo. En reacción, el villano reafirma su habilidad de gobernar, especialmente en consideración de algunos de los menos aptos que ya están en el poder. Además, Sancho agrega que uno de los aspectos de la narración que más le importa es que el historiador lo retrate como cristiano viejo. Luego, el escudero, el caballero y el bachiller discuten algunos detalles de la novela. Sancho indica que no contestará las preguntas del bachiller entonces pero que lo hará después de comer con su esposa en su hogar.

#### Capítulo 4

Después de que don Quijote y Sansón discutan varios aspectos más de la novela, la literatura y su recepción, éste evoca que el historiador de los dos deja algunos cabos sueltos. En particular, Carrasco observa que hay inconsistencias con respecto al robo del asno y que Cide Hamete Benengeli no explicita qué hace el villano con los cien escudos. Con respecto al hurto, Sancho aclara cómo perdió el rucio. Luego, el villano ofrece detalles acerca de los escudos que esclarecen la relación entre él y su cónyuge. Él describe: "...ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote; que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba" (II, 4, 55). De este modo, el escudero recalca el pragmatismo de su esposa que se preocupa por lo económico y no por el aspecto aventurero de la profesión escuderil que tanto enfatiza Sancho al regresar a casa en el primer tomo.

Notablemente, durante su conversación con Sansón sobre los motivos de Benengeli, Sancho critica la priorización de éste del dinero. El villano también expresa que le molesta que al historiador no le preocupe si es entretenido el segundo tomo que va a preparar. El escudero comenta:

—¿Al dinero y al interés mira el autor? Maravilla será que acierte...las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfección que requieren...Atienda ese señor moro...yo y mi señor le daremos tanto ripio a la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no sólo segunda parte, sino ciento. (II, 4, 56)

Asimismo, este comentario recalca el orgullo que Sancho siente por su protagonismo y expone su deseo de granjear fama. Mientras que el villano previamente expresa orgullo por su asociación con un caballero con designios tan honorables, ésta es la primera vez que muestra interés en adquirir gloria. Su conocimiento de que aparece en un libro indudablemente abre su apetito por más renombre. El escudero incluso agrega que él y don Quijote ya estarían cometiendo hazañas dignas de escribirse si su amo siguiera sus recomendación de retomar el camino.

Cuando el bachiller indica que don Quijote debe participar con cautela en las batallas, Sancho hace eco de la sugerencia. Además, el villano enfatiza que el caballero ni ha de huir ni ha de acometer a enemigos sin considerar las condiciones que definen cada situación. Asimismo, al igual que en el primer tomo del libro, Sancho reitera que no quiere pelear en los conflictos y aclara que ya ni siquiera peleará contra villanos, como hace durante la primera salida:

...aviso a mi señor que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado a otra cosa que a mirar por su persona en lo que tocare a su limpieza y su regalo...no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante. (II, 4, 57)

Con la excepción de su manteamiento, el aspecto más desagradable de las desventuras del escudero es la violencia que sufre a manos de sus contrarios. Su declaración de que no desea participar en ningún conflicto físico con un enemigo constituye, pues, un intento de mejorar considerablemente su experiencia caballeresca. Además, Sancho precisa que, en vez de granjear fama mediante su destreza guerrera, pretende aprovechar su competencia y su fidelidad como escudero para granjearla. Esta última afirmación reitera su intención de modificar la profesión sin ceder la posibilidad de agrandar su renombre. El interés del villano en obtener gloria marca otro hito en el desarrollo de los motivos por los que Sancho colabora con don Quijote.

Notablemente, el villano indica de paso que su actitud con respecto a las mercedes durante su segunda salida es marcadamente distinta de la que tiene durante la anterior. Sancho no solamente concuerda con la postura de don Quijote de que las mercedes dependen de la providencia, sino que el escudero también acepta la posibilidad de nunca obtener una ínsula:

...si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de

vivir el hombre en hoto de otro sino de Dios; y más, que tan bien, y aun quizá mejor, me sabrá pan desgobernado que siendo gobernador. (II, 4, 57)

Esta confesión de los pensamientos del escudero descubre que si bien no despreciaría la oportunidad de mejorar su estatus socioeconómico, él reconoce que posiblemente disfrutaría de la vida más sin dirigir un gobierno. Además, el villano agrega: “Sancho nació, y Sancho pienso morir...” (II, 4, 57). De este modo, aclara que, suceda lo que suceda, no pretende perder lo esencial de su identidad. Incluso cuando Carrasco cuestiona la habilidad del escudero de resistir transformaciones en su identidad, éste se mantiene firme, citando su supuesta pureza de sangre como un factor decisivo en su consistencia y en su aptitud para gobernar.

## Capítulo 5

Si bien el narrador desestabiliza la integridad del texto al indicar que el historiador pone en duda la autenticidad del quinto capítulo de la segunda parte, para la presente indagación analizaremos su contenido suponiendo que es legítimo. Tomamos esta postura debido a que no hay ninguna razón convincente para descartarlo como inconsistente con lo anteriormente narrado. Es decir, nada nos estimula a creer que el coloquio entre el marido y la mujer sea incongruente con la trayectoria de Sancho, la cual es el principal objeto de estudio de nuestra investigación.

Recordemos que en la conversación que Sancho tiene con su cónyuge al final de la primera parte, él enfatiza los aspectos intangibles de sus aventuras. En cambio, al avisar a su mujer que prepara otro viaje con don Quijote, Sancho recalca el posible futuro beneficio económico para su familia y recuerda el hallazgo de los escudos:

...yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza, que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo que podía hacer a poca costa y no más de quererlo, claro está que mi alegría fuera más firme...” (II, 5, 60-1)

Aunque puede ser sincera la tristeza que expresa el villano al ausentarse de su familia, su énfasis en el dinero y su declarada aversión a los aspectos aventureros no compaginan con lo que confiesa en momentos anteriores. Cuando Sancho vuelve de la primera salida, él revela que lo que más disfruta de su profesión escudero es la aventura. En esa época, él todavía no tiene que convencerle a su mujer de aprobar otra salida. En cambio, en esta conversación posterior, el villano intenta persuadirle a su esposa de la mucha ventaja económica de otra excursión y de que él no se va por gusto sino por necesidad. De modo semejante, Sancho miente que lo que principalmente motiva a él esta vez es su esperanza de alcanzar pronto su más grande ambición: “...si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto” (II, 5, 61). Esta afirmación explícitamente contradice la aceptación del escudero, durante su conversación con Sansón y don Quijote, de la posibilidad de nunca gobernar. Mientras que Sancho tiene un claro motivo para engañar a su mujer en el segundo coloquio con ella, no existe una explicación tan creíble para mentir en el diálogo con el bachiller y el hidalgo. Aunque la atenuación de las ambiciones de Sancho en esa conversación con Sansón y don Quijote podría ser una mentira dirigida a mejorar la opinión que los dos tienen de él y de su codicia, esta premisa no resulta convincente en el contexto de las otras consecuencias de

la discusión. Esa conversación también atenúa la responsabilidad del caballero de conseguirle una ínsula. Notablemente, eso va en contra de las ambiciones socio-económicas de Sancho. Por lo tanto, su aparente candor con su amo no tiene una explicación lógica más allá de que él desea expresar que, si bien todavía desea obtener una ínsula, él acepta la posibilidad de no adquirirla. Igualmente, revela su manipulación de su esposa y corrobora su previa declaración de que cree que el apoyo de ella depende de considerable ganancia pecuniaria.

Después de reiterar a su marido que puede prescindir de ínsulas, la consorte de Sancho le ruega que, en caso de que adquiera una, él no ha de olvidarse de su familia. Luego, ella enfatiza que su hijo ha de ir a la escuela pronto y que su hija desea casarse. Con respecto a ésta última, Mari Sancha, el villano explica que, como padre, quiere emparejarla con alguien de un estrato social superior. Sin embargo, la madre se opone a tal idea, indicando que su hija no sería capaz de cumplir con las expectativas de una persona de una clase más alta que la suya. La réplica de Sancho explicita que ambiciona mejorar no solamente a sí mismo sino también al resto de su familia:

—¿No te parece, animalia...que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo? Y cátese a Mari Sancha con quien yo quisiere, y verás cómo te llaman a ti *doña Teresa Panza*, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. ¡No sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas. (II, 5, 63)

En respuesta, la esposa indica que no le parece apropiado que ella misma obtenga títulos y reafirma su oposición al alto casamiento de su hija. Asimismo, ella aclara que no quiere que los demás critiquen a Mari Sancha por ascender los estratos sociales. Además, afirma que, si bien el escudero puede hacer otra salida, ni ella ni su hija se alejarán jamás de la aldea. De esta forma, ella intenta separar, parcialmente, la suerte del Sancho de la de su familia: “Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras, y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará como seamos buenas...” (II, 5, 64). Dicho de otro modo, la mujer de Sancho desea los beneficios económicos de gobernar una ínsula sin los efectos sociales que conlleva. De lo contrario, ella prefiere distanciarse de su marido y guardar su forma de vida presente. Aunque tanto el marido como la esposa confían en la providencia, el escudero claramente toma un rol más activo en la definición de su destino. Dada esta relativa pasividad de la mujer de Sancho, es comprensible que ella luego critique que el hidalgo a quien su marido acompaña tome el título de “don” y que él redefina a sí mismo.

El escudero y su cónyuge prosiguen en su conversación, con aquél aprovechando una sentencia de un predicador a fin de argüir que su familia será respetada una vez que parezca noble. La mujer de Sancho, aunque todavía no convencida de la lógica de su marido, reconoce que él, como cabeza de la familia en una sociedad patriarcal, tiene el derecho y el deber de hacer las decisiones para sus hijos y ella. Por lo tanto, ella le aconseja que lleve a su hijo consigo para que aprenda a ejercer la profesión de su padre. Curiosamente, el villano expresa que, hasta que sea gobernador, no quiere que su hijo lo acompañe. Sin embargo, no es aparente a qué se debe esta decisión. Podemos conjeturar que es atribuible a que no desea exponer a Sanchico a los rigores escuderiles, o a que

teme que su presencia entorpezca la adquisición de mercedes o provoque vergüenza. Muchas otras explicaciones son justificables pero lo patente es que no quiere que su hijo le ayude a mejorar la situación de la familia sino que, una vez que ellos asciendan, desea que él al menos mantenga ese progreso. De este modo, es evidente que, si bien el escudero está dispuesto a compartir muchas de las ganancias con su familia, él intenta tomar la mayoría de las aventuras y desventuras para sí mismo. Por último, Sancho acaba la conversación confortando a su mujer con la promesa de que dilatará el ascenso social de su hija al puesto de condesa.

### Capítulo 7

Al reunirse con don Quijote, el escudero le informa que su mujer le permite emprender otra salida. De paso, el caballero nuevamente critica los errores léxicos que Sancho comete al hablar mientras que éste reitera que su amo no debe corregirle si tales equivocaciones no imposibilitan la comprensión.<sup>7</sup> Curiosamente, el intento de don Quijote de reafirmar su autoridad sobre las palabras del villano fracasa cuando éste observa que su amo finge no entenderlas con el propósito de corregírselas. En reacción, el hidalgo reorienta el tema de discusión hacia lo que la mujer de Sancho le dice a su

---

<sup>7</sup> En “Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho”, Amado Alonso atribuye los errores léxicos y las deformaciones fonéticas del escudero a su analfabetismo. Además, caracteriza la actitud de Sancho hacia los reproches de su amo letrado en el contexto de las mentalidades de cada uno: “Si los cultos, movidos por el ideal de la buena crianza y de la perfección de la persona social, sometían el uso del idioma a las exigencias de los buenos modales, para los...Sanchos esas eran niñerías” (16). Thomas Hart, en “¿Cervantes Perspectivista?” perspicazmente observa que el lector no debe confundir la falta de enseñanza académica del escudero con tontedad: “Si las prevaricaciones idiomáticas de Sancho ya no nos divierten tanto como a los primeros lectores del *Quijote* será porque no las interpretamos como prueba de su estupidez sino como resultado de su falta de formación cultural, de la que no tiene la culpa” (301).

marido. Después de algunos refranes y una demora, el escudero afirma que su cónyuge quiere que él asegure la paga que recibirá por su servicio. Ya que este dato no está incluido en la detallada conversación de la pareja, es justificable sospechar que Sancho miente acerca de esto con el propósito de asegurar un salario sin que su amo se enfade con él. El villano precisa: "...vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda... si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que vuesa merced me diese la ínsula...lo que montare la renta de tal ínsula...se descuenta de mi salario..." (II, 7, 76). Con esta petición, Sancho demuestra su pragmatismo a la vez que manifiesta su templada esperanza de convertirse en gobernador, al menos a corto plazo. De lo contrario, el escudero ni siquiera planificaría para tal posibilidad. Esta negociación constituye otro hito importante en el desarrollo de los motivos de Sancho. Revela que, a diferencia de al principio del primer tomo, el villano reconoce y acepta que quizá no obtendrá una ínsula. Por lo tanto, es patente que esa ilusión de desmesurada recompensa ya no principalmente motiva al escudero. En cambio, el villano sencillamente desea un salario estable y la oportunidad de participar en una nueva salida. Notablemente, más allá de una remuneración más razonable, esa intención de retomar el camino sin duda refleja tanto la afición por la aventura que confiesa a su esposa previamente como su declarada ambición de granjear fama.

Ya que el éxito de don Quijote sigue incierto, es comprensible que el caballero se ofenda con la petición de Sancho de recibir una paga fija como una garantía de recompensa. Además, el escudero afirma su pesimismo acerca de la habilidad de su amo de conseguirle una ínsula, así sacudiendo la confianza que desarrollan. Valiéndose de la

excusa de que no está familiarizado con el salario de ningún escudero literario, don Quijote rechaza la propuesta. Asimismo, él indica que Sancho debe advertirle a su mujer del juicio del caballero y que los cónyuges han de decidir si el villano servirá otra vez de escudero. El hidalgo prosigue:

...vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga.

Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes...que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo; que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. (II, 7, 77)

Esta diatriba de don Quijote es importante por varios motivos. Primero, es notable que el caballero le recomiende al escudero discutir la situación con su mujer y que ridiculice su empleo de refranes para atenuar la petición de un salario. En parte, el hidalgo parece hacer esto porque desea demostrar que él sabe que Sancho emplea a su mujer como una excusa por la propuesta. Además, muestra que la táctica del villano de utilizar sentencias eufemísticas para plantear la petición no atenúa la ira del hidalgo. También, el caballero expresa que el mero hecho de ofrecerles a otras personas la esperanza de mercedes sería suficiente para atraer a otro escudero más favorable. Notablemente, esa revelación dista mucho de la metáfora que él utiliza previamente para indicar que Sancho y él son dos partes interdependientes de un mismo cuerpo. Sin embargo, la crítica sobre Sancho, y el reconocimiento de que es reemplazable, le anima a acompañar al hidalgo sin concordar sobre un salario. Aparentemente, el villano se convence de que, mediante su servicio

como escudero, puede conseguir mercedes y tener experiencias que superan cualquier recompensa que obtendría como labrador.

La llegada oportuna de Sansón Carrasco, que se ofrece como suplente de Sancho, le demuestra al villano la precariedad de su puesto escuderial. Incluso antes de la aparición del bachiller, el narrador observa que a Sancho “...se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo...” (II, 7, 77). Si bien el villano todavía tiene un interés económico en asegurar una paga consistente, es evidente que su reacción emocional no se funda en la imposibilidad de un salario. El narrador describe que Sancho, “...enternecido y llenos de lágrimas los ojos...”, se ofrece otra vez como escudero (II, 7, 78-9). En parte, podemos atribuir la tristeza del villano a su temor de perder lo ya evocado: la oportunidad de participar en aventuras, de ganar mercedes y de granjear renombre. Además, el escudero aclara que no quiere adquirir fama de desagradecido por abandonar el servicio de su amo por motivos salariales. Él evoca el refrán: “No se dirá por mí, señor mío, el pan comido y la compañía deshecha...” (II, 7, 78). Al igual que Sancho no quiere parecer ingrato, también es probable que su reacción emocional refleje también el desagradecimiento que reconoce por parte de don Quijote. Sancho claramente aprecia que su señor está dispuesto a disolver su asociación si el villano insiste en recibir una paga consistente y este hecho indica lo poco que su familiaridad con el hidalgo le importa a éste.

## Capítulo 8

Si bien el villano acepta servir a merced, él no se resigna a perder la recompensa que merece si fallece el caballero antes de otorgarle despojos. Por lo tanto, el escudero

insiste en que el hidalgo incluya en su testamento un codicilo irrevocable que le garantice una paga en caso de que sufra una muerte prematura. Ya que don Quijote previamente afirma haber modificado su testamento para este propósito, es manifiesto que Sancho quiere asegurar que esta condición sigue vigente. Con estos detalles de su alianza concertados, el amo y el escudero se abrazan y deciden viajar dentro de unos días. Curiosamente, tanto Sancho como su amo mencionan presagios favorables durante el comienzo de esta última salida: "...comenzó a relinchar Rocinante y a suspirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido a buena señal y por felicísimo agüero, aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los suspiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor..." (II, 8, 81). A pesar de ese optimismo inicial del escudero, el narrador observa que la actitud de Sancho acerca de su decisión de alistarse otra vez como escudero vacila en función de las adversidades con que topa: "...cuando tropezaba o caía se holgara no haber salido de casa, porque...no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas..." (II, 8, 81). Por el camino, el caballero le indica al villano que se dirigirán al Toboso.

Inmediatamente, Sancho cuestiona las imágenes que don Quijote confecciona de Dulcinea y de sus circunstancias. Citando la autoridad que le concede su fingido encuentro con ella durante la penitencia de don Quijote, el escudero indica que es más probable encontrarla en un corral que en un palacio. Sin embargo, el villano sabe que es preferible mantener flexibilidad en las interacciones con el hidalgo para no provocar demasiado la ira de éste. Por ende, el escudero ofrece su opinión pero, al sufrir crítica, afirma: "–Todo pudo ser..." (II, 8, 82). Igualmente, con suma cautela, Sancho atenúa el

retrato que su señor ofrece de la belleza de Dulcinea. Mientras que Sancho principalmente intenta entretenerse durante su previa negociación del carácter y del entorno de la amada de su amo, este caso posterior probablemente tiene una función adicional. Puesto que el escudero sabe que don Quijote pretende encontrar a Dulcinea, sus esfuerzos para mitigar la imagen idealizada de Aldonza tienen el aparente propósito de suavizar el conflicto entre la visión de su amo y la realidad. Predeciblemente, la discrepancia entre lo que presenta Sancho y la idealización de don Quijote le impele a éste a recurrir otra vez a la excusa de que un encantador se entremete por motivos de envidia.

Si bien Sancho no rechaza decisivamente la explicación de don Quijote, él sí disputa que un encantador tenga motivos para envidiarlo y perseguirlo. Al explicar su perspectiva, el villano ofrece un autorretrato particularmente perspicaz:

Pues a fe de bueno que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa. Y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren. (II, 8, 83)

La confesión del escudero de su predisposición por travesuras confirma que, como analizamos en momentos previos, no son siempre benignas las intenciones que subyacen tras su conducta. Además, su revelación demuestra que él reconoce el carácter de sus motivos y que no actúa sin considerar las consecuencias. Por lo tanto, podemos apreciar que su afirmación de que su simpleza nunca es fingida sino siempre auténtica es una mentira. Al contrario, como ya comprobamos, hay varios momentos en que el villano se vale de su supuesta sencillez a fin de manipular a otras personas. Verbigracia, podemos evocar cuando el escudero finge creer que las leyes de caballería justifican que despoje al fraile. Asimismo, él incluso exagera su simplicidad en el autorretrato que presenta a su amo.

La declarada fidelidad de Sancho al catolicismo vigente, su consiguiente antisemitismo, además de su reconocimiento de la humildad de su clase social, son todos aspectos de su identidad que no requieren mucha indagación. Para el villano, estos tres datos son componentes que hacen que se sienta honrado en el contexto de la sociedad prejudicial y jerarquizada en que vive. Con estos detalles claramente definidos, el escudero indica que no le importa el resto de la caracterización que ofrece el historiador de él. Para Sancho, con tal de que esos tres detalles se narren fielmente, su infamia es preferible a la obscuridad.

Además, el villano indica que no le importa tanto enriquecerse como hacerse famoso. Esto reitera el movimiento del enfoque de sus prioridades desde lo socio-económico hacia lo inmaterial. Este indicio, al igual que cuando Sancho confiesa a su mujer que lo que más goza de la caballería es el aspecto aventurero, ilustra una evolución de los motivos del villano. El enfoque del escudero claramente ya no está tanto en

adquirir una ínsula, poder o en ennoblecer sino en disfrutar de la vida y en dejar una huella que trascienda los límites de su mortalidad corporal.

De paso, hemos de notar que Sancho no aclara cuál de estas dos últimas ambiciones importa más. Y, a pesar de la primacía de estos propósitos, el villano recalca en varios momentos que no despreciaría el gobierno de una ínsula o una ganancia sustanciosa más allá de un salario relativamente humilde. Es interesante advertir que mediante un ascenso social y financiero de su familia él también podría establecer un legado y una fama póstuma. Es decir, podría adquirir notoriedad y enaltecer a su familia durante generaciones. En cambio, sus anhelos centrales para esta salida, experimentar gloria escuderial y diversión aventurera, son menos ambiciosos. Si bien Sancho preferiría obtener beneficio para todo su hogar, él reconoce que las expectativas que motivan su segunda salida son más viables y más personales.

En reacción a la declarada intención del escudero de granjear renombre, don Quijote ofrece un discurso acerca de la fama e infamia de algunas figuras. Además, el caballero enfatiza que mediante obras consistentes con el cristianismo él y su escudero han de alcanzar su fama. Asimismo, don Quijote describe que hay dos tipos de fama: uno mundanal y otro eterno y que: "...los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo" (II, 8, 85). Sancho aprovecha esta locuacidad de su amo para preguntar acerca del paradero de los caballeros difuntos. El hidalgo responde que los cristianos están o bien en el purgatorio o bien en el cielo mientras que los demás están en el infierno. Luego,

Sancho le interroga sobre el carácter de las sepulturas y don Quijote explica que las de los individuos que no son cristianos no “...se adornaban con mortajas ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados” (II, 8, 86). El escudero prosigue en su investigación misteriosa, pidiendo que su amo compare la grandeza de reavivar a un fallecido con la de asesinar a un gigante. En respuesta, el caballero aclara que el primero es un mayor logro. Con esta duda resuelta, el villano concluye:

Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas las capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. (II, 8, 86)

Aunque don Quijote concuerda con el juicio de su escudero, éste le indica que no entiende qué implica esa información. A lo cual, Sancho responde:

—Quiero decir...que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos...Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endrigos. (II, 8, 86-7)

El juicio del hidalgo coincide con la opinión del villano de que es mejor ser fraile que caballero. No obstante, él aclara que: “...no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo; religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria” (II, 8, 87). Esta asociación de la caballería con la religión es una

que el hidalgo reitera con frecuencia. Al respecto, Helen Phipps Houck comenta: “It is interesting to observe how frequently the knight accuses his squire of sin and heresy, for to him chivalry is religion...” (63). Luego, cuando el escudero afirma que más frailes que caballeros están en la gloria, don Quijote aclara que ese hecho está relacionado también con que hay un menor número de personas que ejercen la profesión caballeresca. Este intercambio ilustra que el escudero manifiesta cada vez más un deseo de granjear fama mientras que el hidalgo desdeña la idea de abandonar la caballería y adoptar una vía clerical, aunque sea un camino más eficaz de alcanzar renombre y favor divino. Si bien Sancho expresa anteriormente su deseo de aumentar su fama mundanal, esta conversación constituye la primera vez que él articula tanta preocupación por la salvación de su alma. De hecho, el escudero explicita que prefiere abandonar la caballería andante a favor de convertirse en santo y adquirir fama cuanto antes.

Implícitamente, la idea que plantea Sancho indica que sacrificaría una ínsula por la salvación de su alma. Dada su previa conversación con el cura, el proyecto alternativo que propone el escudero se inspira en las fabricaciones del religioso sobre los arzobispos andantes. A pesar de haber penetrado las mentiras del licenciado sobre el falso encantamiento de don Quijote, el villano no abandona su creencia en la posibilidad de ser canonizado gracias a su colaboración con el hidalgo. Aunque nunca menciona el término “arzobispo andante”, parece que Sancho, al igual que en su diálogo con el cura y el barbero, cree que la profesión andante de su amo tiene otra vía clerical. Esto enfatiza la persistente credulidad del escudero con respecto a las afirmaciones religiosas del cura. Además, insinúa que el villano ya no percibe su propio analfabetismo como un obstáculo

para una carrera eclesiástica. Sin embargo, don Quijote rechaza la propuesta de Sancho y éste evita la necesidad de aprender ese error a la fuerza de la experiencia.

Un día después de esa conversación, el amo y el escudero llegan al Toboso. Los distintos estados anímicos de los compañeros manifiestan las diferencias que existen entre tanto sus objetivos como sus responsabilidades. Por su parte, el hidalgo parece deseoso de que su escudero lo lleve hasta la casa de su amada. En cambio, el villano está ansioso porque no sabe cómo cumplir con su deber de presentarle a aquél un espacio y una dama encima de los cuales el hidalgo podrá sobreponer exitosamente su imaginación.

El narrador resume:

...descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso.

Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche... (II, 8, 87)

Esa precisión del caballero de esperar el anochecer, y por extensión de esperar la oscuridad que conlleva, evoca la importancia de la dinámica que existe entre la imaginación y la vista. Tanto la aventura de los rebaños como la de los batanes demuestra que la supresión del sentido visual de Sancho aumenta su habilidad de elaborar fantasías. Lo mismo ocurre durante el ataque de don Quijote contra los cueros de vino. Es probablemente por esta misma razón que el hidalgo demora su entrada hasta la noche, para así facilitar su superposición de Dulcinea y un palacio sobre el paisaje tobosino.

## Capítulo 9

Ya que el caballero desea que su escudero le presente una situación manipulable, Sancho, a fin de continuar en servicio de su amo, tiene que elegir entre ofrecer una excusa para la ausencia de Dulcinea, hallar a Aldonza o encontrar una sustituta por ella. El narrador observa que cuando los compañeros entran en el pueblo la excesiva luz complica los propósitos del villano, a pesar de la hora: “Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez” (II, 9, 88). Cuando don Quijote le pide que lo lleve hasta el palacio de su amada, el escudero le recuerda que él no indica haberla visto sino en una casa. Sin embargo, el hidalgo insiste que el encuentro debe haber ocurrido en un apartamento de un alcázar. La reacción del escudero a esta obstinación expresa tanto su frustración con los obstáculos impuestos por don Quijote como su deseo de encontrar un método de superarlos y así reanudar aventuras que puedan ser más provechosas: “...ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo alboroto y rumor toda la gente?” (II, 9, 89). En respuesta, el hidalgo rehúsa el intento de su escudero de posponer la búsqueda, afirmando que decidirá cómo proceder una vez que encuentren el alcázar.

Además, el caballero indica que cree vislumbrar el palacio de Dulcinea en la distancia. Sancho aprovecha esta afirmación para proponer que su amo guíe el camino. Asimismo, el escudero critica la declarada opinión del hidalgo al comentar: “...quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de día” (II, 9, 89). Curiosamente, al llegar al edificio, don Quijote

reconoce que no es sino una iglesia. Aparentemente, su imaginación es demasiado débil para sobreponerse a la realidad en ese momento. Si bien Sancho sabe que ha de mantener la farsa acerca de la existencia de Dulcinea, él emplea una frase polisémica que expresa que la búsqueda no será provechosa. El villano observa: "...la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida" (II, 9, 89). En reacción, el hidalgo protesta que un edificio de la grandeza de la suya ha de estar en una calle principal. A esta crítica el escudero responde: "...en cada tierra su uso: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico a vuestra merced me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asenderados" (II, 9, 89). De esta manera, Sancho intenta librarse brevemente de la compañía de su amo porque su presencia entorpece la labor de conservar el simulacro de Dulcinea. Es decir, lo que dificulta el proyecto es la reciente inhabilidad de don Quijote de imponer su imaginación sobre la realidad. Esta dificultad se combina con el hecho de que el escudero no sabe a qué edificio dirigirse para prolongar la fantasía. Dada su anterior experiencia como mensajero, quizá quiera el villano aprovechar la ausencia de su señor para elaborar una historia acerca de Dulcinea y su alcázar que evite la necesidad de presentar a su amo ante ellos.

Sintiéndose obligado a explicar por qué no puede encontrar fácilmente el paradero de la amada, Sancho indica que su poca familiaridad con la casa y la oscuridad de la noche impiden su éxito. Asimismo, él comenta que don Quijote tampoco ha podido hallarla y que éste debe de haberla visto en una multitud de ocasiones. Si bien en el capítulo vigésimo quinto del primer tomo el caballero afirma haber visto a su amada unas

cuatro veces, él contradice esa anterior afirmación en reacción al presente reproche de Sancho: “...¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?” (II, 9, 90). En vez de citar directamente esa inconsistencia, el escudero empieza por descargar su frustración con la búsqueda y con don Quijote: “—Ahora lo oigo...y digo que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco” (II, 9, 90). Esta retractación del villano desconcierta al hidalgo y él comenta: “—Eso no puede ser...que, por lo menos, ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta...” (II, 9, 90). Estas palabras del caballero revelan que él reconoce que, o bien la presente abjuración de su escudero es una mentira, o bien su historia de la misiva es una ficción.

Consciente del conflicto que provoca, la respuesta de Sancho demuestra que él pretende exponer a don Quijote a una situación tan difícil como su propio reto de encontrar a Dulcinea: “—No se atenga a eso, señor...porque le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje...” (II, 9, 90). En vez de pedir una aclaración del villano o castigarlo por mentir, don Quijote le proporciona una excusa. El caballero reafirma que la entrega de la carta ocurre como Sancho describe inicialmente y que su nueva versión de la historia se debe a que éste malentende su deber. Es decir, según él, el escudero declara falsamente no haber visto a Dulcinea ni hablado con ella porque su amo jura lo mismo. Es notable que esta postura que adopta don Quijote, con respecto a cuándo miente el escudero, preserva la farsa de que su amada le responde con una epístola. De lo contrario, estaría obligado a reconocer abiertamente que él sobrepone la imagen de su querida sobre la falsa historia que proporciona su compañero. Por lo tanto, el hidalgo

tendría que abandonar las fabricaciones de Sancho y, por extensión, a la ilusión de Dulcinea. Si bien tanto el amo como el escudero sabe que ella no es más que una idealización de Aldonza Lorenzo, ambos también son conscientes de que esa tosca inspiración femenina es un requisito para el proyecto caballeresco de don Quijote. Igualmente, los dos aprecian que, para el hidalgo, la integridad de esa ilusión requiere compaginar los atributos sublimados de su amada con el contenido que proporciona Sancho sobre ella.

La llegada de un labrador cantando sobre Roncesvalles interrumpe la conversación entre los compañeros. Don Quijote pregunta al desconocido si puede indicar dónde está ubicado el palacio de Dulcinea. Aunque no conoce bien el pueblo y no tiene una respuesta decisiva, él ofrece su opinión y señala cómo puede averiguar la información que busca:

...en la casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar: entrambos o cualquier dellos sabrá dar a vuestra merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa. (II, 9, 91)

Curiosamente, el hidalgo escucha, sin criticarla, la creencia del desconocido de que Dulcinea no es una auténtica princesa. Don Quijote responde: “—Pues entre ésas...debe de estar, amigo, ésta por quien te pregunto” (II, 9, 91). No obstante, Sancho se percata de que este intercambio con el labrador parece tener un efecto negativo sobre el ánimo del caballero. El narrador explica qué motiva al escudero a distanciar a su amo del Toboso: “Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la

respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena, y así, dio prisa a la salida...” (II, 9, 91). Para convencerle a su señor de alejarse del pueblo, el villano cita la importancia de mantener el buen nombre de Dulcinea: “...hallándole, hablaré con su merced, y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y traza para verla, sin menoscabo de su honra y fama” (II, 9, 91). Con esta misma excusa, él también consigue permiso para buscarla a solas. Además de aceptar la propuesta de Sancho, don Quijote expresa sus expectativas con respecto a la reacción de Dulcinea: “...el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana...que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores” (II, 9, 91). Con estas nebulosas exigencias establecidas, el escudero deja a su amo en un lugar apartado del Toboso y toma la responsabilidad de regresar al pueblo a solas y en busca de ella. Aunque su vuelta al pueblo conlleva el declarado deber de encontrar a la inexistente Dulcinea, su encargo implícito es elaborar un pretexto para reponer a don Quijote en camino. Como examinamos previamente, cualquier solución que Sancho proponga ha de incluir o bien a una sustituta para Dulcinea –aunque sea la misma Aldonza– o una excusa que explique por qué el caballero no puede reunirse con ella en persona.

## Capítulo 10

El décimo capítulo abre con detalles acerca de la conversación que don Quijote y Sancho tienen en las afueras del Toboso. El hidalgo explicita que el villano no ha de volver hasta después de presentarse ante de Dulcinea, solicitándole una bendición para las futuras hazañas de su amo y licencia para que éste vaya a verla. Asimismo, el

caballero le pide a su escudero que le describa no solamente las respuestas de la señora sino también el contexto:

...mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me lo relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. (II, 10, 93)

La tristeza de su señor y la probabilidad de fracasar durante la encomienda no pasan desapercibidas por el escudero. Por lo tanto, el villano intenta inocular a su amo contra la desilusión, indicándole: “...ensanche vuestra merced, señor mío ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura...” (II, 10, 93). Asimismo, él promete que a la luz del día, encontrará el paradero de Dulcinea que no hallan durante la noche.

El narrador describe que, al alejarse del hidalgo, el villano se siente pensativo y confundido hasta el punto de desesperarse. En vez de acudir al Toboso, Sancho se detiene y se pregunta cómo ha de proceder y qué ambiciona lograr mediante sus esfuerzos. Juan Bautista de Avalle-Arce advierte la naturalidad de la reacción del escudero ante su inesperado y difícil deber. Asimismo, él observa que la situación es, sin querer, el resultado de las fabricaciones del villano acerca de la entrega de la carta a Dulcinea: “Lo que lo distingue es su adecuación perfecta con las circunstancias, y su temática obedece a

esa misma ambientación. Sancho debate consigo mismo las imposibles órdenes de su amo: de buscar a Dulcinea en el Toboso, donde él no ha estado nunca, con lo que comienza a pagar sus mentiras...” (491). Carroll Johnson agrega que el reto no es solamente adónde deben dirigirse el amo y el escudero sino que: “Both Sancho and Don Quijote know very well that there is no Dulcinea in El Toboso...to go there and attempt to find her would result in the necessity to confront the fact that an imaginative source of inspiration is not the same as a flesh and blood reality. The entire myth of Dulcinea would come crashing down, and with it the existence of Don Quijote” (192).

Lógicamente la larga serie de interrogaciones y respuestas de Sancho trata muchos aspectos inconvenientes de su tarea: la improbable búsqueda de un gran alcázar y una preciosa princesa en el Toboso, la posibilidad de provocar la violencia de los habitantes y el hecho de que hace esto en servicio de un hombre aparentemente loco. Sin embargo, el escudero se sosiega, afirmando que casi todo tiene arreglo:

...todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte...Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar, y aun también no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo...Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras...no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea juraré yo, si él jurare, tornaré yo a jurar...Quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño. (II, 10, 94-5)

Este soliloquio de Sancho es esclarecedor con respecto a varios puntos, especialmente porque, debido a su soledad, no hay oyentes a quienes él pretende manipular con el contenido de su desahogo. Las palabras del villano demuestran indisputablemente que él aprecia el disparatado comportamiento de don Quijote además de la aparente insensatez de su propia conducta. Fernando Sainz evoca tanto esa paradójica naturaleza del supuesta desequilibrio mental del hidalgo como la aparente simpleza del villano:

¿Pero qué género de locura es la de este caballero, que sabe hacer una distinción genial entre su locura y la de los locos vulgares? ¿Se puede llamar loco a quien con tanta sabiduría, elocuencia y sutileza instruye a su escudero en el lenguaje, en la historia, en la moral, en la política, en el amor, en la religión? ¿Y qué género de simplicidad y mentecatez es la de este escudero que sabe explicar a su amo los progresos de cultura que está haciendo a su lado? (364)

Efectivamente, si bien el escudero a veces duda de la discreción de su colaboración, él claramente aprecia la inteligencia y los conocimientos de su amo. Asimismo, Sancho expresa su profunda comprensión del carácter de la imaginación de su señor y cómo manipularla. Además, confirma que Sancho pretende evitar semejantes desviaciones y prefiere retomar el camino caballeresco que ocasiona aventuras de más diversión y provecho.

Si bien Sancho no viaja hasta el Toboso, él tampoco vuelve inmediatamente ante don Quijote porque pretende convencerle de que tiene tiempo para acudir al pueblo y volver. Al ver a su amo de nuevo, el escudero le indica que Dulcinea y dos mujeres que la acompañan vienen a verlo. Al recibir esta información, el hidalgo le pide al villano que no le mienta con el propósito de animarlo. Sin embargo, el villano se mantiene firme,

preparando la imaginación de don Quijote para la llegada de las tres labradoras con una descripción idealizada de ellas. En agradecimiento, el caballero le promete el mejor de los despojos de su primera aventura o los potros que parirán sus yeguas. En respuesta, Sancho acepta los animales, observando que la calidad de futuras mercedes no es predecible.

Al igual que cuando él es incapaz de ver un alcázar donde hay una iglesia, don Quijote tampoco logra sobreponer su idealización de Dulcinea a una de las recién llegadas labradoras. Al percatarse de la persistente incredulidad de su amo, el escudero se dirige a las aldeanas, alabando a la supuesta Dulcinea e informando a las labradoras de su identidad y de la de su señor. Cuando una de ellas les pide que cedan el paso, Sancho le pregunta cómo puede ella no sentir compasión por su amado. Otra aldeana, opinando que los hombres se burlan de ellas, les aconseja: “Vayan su camino, e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano” (II, 10, 97). En vez de permitir que su escudero continúe interactuando con las mujeres, el caballero indica que debe desistir. Don Quijote explica que el aparente encantamiento no permite que él disfrute con su vista la perfección de Dulcinea sino la humildad de una labradora. A pesar del supuesto encantamiento, el hidalgo pide que una de las aldeanas cumpla con el rol de Dulcinea y muestre su amor por él:

...la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ...único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el

de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. (II, 10, 98)

De este modo, don Quijote revela delante de Sancho que él no puede levantar su moral sino mediante su relación con Dulcinea. Además, el caballero insinúa que puede sufrir la desilusionante fisionomía de su supuesta amada mejor si ella devuelve su mirada. Él incluso comunica que interpretará una mirada de la labradora como evidencia del reconocimiento de Dulcinea de su dedicación a ella.

En vez de detenerse la tobosina para escuchar las súplicas de don Quijote, ella reitera que las tres mujeres desean continuar por su camino. Sobre la subsiguiente partida de la aldeana, el narrador observa que Sancho quedó: "...contentísimo de haber salido bien de su enredo" (II, 10, 98). Al distanciarse del caballero y del escudero, una de las aldeanas cae de su animal. En reacción, don Quijote ofrece su ayuda para subirla otra vez y la de Sancho para recinchar la albarda. No obstante, la aldeana rechaza la ayuda y monta de un salto, quedando "...a horcajadas, como si fuera hombre..." (II, 10, 98). Asimismo, las labradoras no miran hacia atrás hasta apartarse una media legua. En consecuencia, es manifiesto que la desilusionante y hombruna Dulcinea rechaza no solamente la ayuda, las alabanzas y la misma presencia del hidalgo sino también su ruego de mirarlo.

A pesar de la previa insinuación de don Quijote de que puede sufrir la apariencia innoble de la supuesta Dulcinea, es manifiesto que la experiencia resulta intolerable. Tanto el aspecto físico de la labradora como su decisión de no fijar sus ojos sobre el

caballero contribuye a esto. Además, el caballero cita algunos de los detalles más dificultosos de la experiencia. Él se queja de que unos malvados no sencillamente cambien su apariencia: "...sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y fea...y juntamente le quitaron...el buen olor...que me encalabrinó y atosigó el alma" (II, 10, 99). Apoyando la frustración de su amo, Sancho maldice a los supuestos encantadores por suplantar la belleza de Dulcinea con tanta fealdad. El escudero incluso ofrece una descripción exagerada del mal aspecto de la mujer que, contradictoriamente, afirma no haber visto. Luego, la yuxtapone con una versión ridiculizada de cómo ella existe en la imaginación de don Quijote. La reacción del caballero hacia su inhabilidad de ver o imaginar tales datos recalca otra vez su frustración con su pérdida de control del retrato de su amada. Igualmente, Sancho puede apreciar su creciente influencia sobre su amo y sobre el rumbo de su proyecto caballeresco.

## Capítulo 11

El comienzo del capítulo décimo primero enfatiza el reducido poder de don Quijote. El hidalgo suelta las riendas de su caballo, así cediéndole a la bestia la responsabilidad de decidir el ritmo y la trayectoria del viaje. El narrador observa que el caballero hace esto sin percatarse de ello por estar pensando en la transformación de Dulcinea "...y no imaginaba qué remedio tendría para volverla a su ser primero, y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí..." (II, 11, 101). Durante el resto de la novela, el proyecto de restaurar a Dulcinea define a don Quijote y eso se convierte en su principal objetivo caballeresco. Aun cuando el hidalgo participa en aventuras no relacionadas directamente con ella, su estado anímico está fuertemente vinculado a su esfuerzo para

superar el supuesto encantamiento de Dulcinea. Todo esto es notable porque Sancho reconoce este hecho y lo toma en cuenta cuando interactúa con su señor. Aun en este punto inicial, el escudero intenta animar a su amo y afirma que su salud importa mucho más que todas las amadas y los encantamientos del mundo.

Al reflexionar más sobre los detalles que Sancho ofrece acerca de la imagen de Dulcinea, el hidalgo ofrece una crítica. Él comenta que su escudero se equivoca porque la descripción perlina de los ojos de ella debería aplicarse a los dientes mientras que aquéllos serían como esmeraldas. El villano responde que todo es posible y que Dios sabrá lo que es la verdad en este mundo repleto de trampas y malevolencia. Además, Sancho presenta a su señor otro inconveniente que podría consternarlo. El escudero afirma: “De una cosa me pesa, señor mío, más que de otras: que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza a algún gigante o otro caballero, y le mande que se vaya a presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante o este pobre y mísero caballero vencido?” (II, 11, 102). Ya que el mismo villano elabora el fingido encantamiento, esta fingida preocupación ha de interpretarse como una burla cuyo propósito es evocar una reacción del hidalgo. En respuesta, éste replica que ellos posiblemente no sentirán los efectos del encantamiento y que él aclarará esto mediante los próximos vencidos que mande a su amada. Después de escuchar esta explicación, el escudero aprovecha la oportunidad para intentar separar el fingido encantamiento de Dulcinea de las aventuras de él y su señor. El villano responde:

... con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es que ella a solo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos

avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéramos, buscando nuestras aventuras y dejando al tiempo que haga de las suyas; que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades. (II, 11, 102)

Aunque don Quijote jamás superará su disgusto acerca del fingido encantamiento de Dulcinea, este intento de Sancho de dividir el destino de la amada del de los compañeros es notable más allá del beneficio que el escudero espera cosechar. Es decir, las palabras del villano no solamente indican que él se preocupa por reanudar aventuras de provecho sin el estorbo de ella, sino que además insinúan que él espera que el fluir del tiempo cure la obsesión de su señor por Dulcinea. Asimismo, su esfuerzo por convencer al caballero de que su querida goza de tanto vigor como alegría tiene el aparente propósito de atenuar la tristeza de hidalgo.

Antes de que don Quijote responda a su escudero, la llegada de una carreta de disfrazados interrumpe su conversación. El narrador observa que la aparición de los enmascarados inicialmente asusta a Sancho y agrada al caballero. Sin embargo, cuando éstos responden amablemente a las todas las interrogaciones del hidalgo y explican que son recitantes, éste se desilusiona. Don Quijote confiesa: "...cuando vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño" (II, 11, 104). Además, el caballero les ofrece ayuda en caso de que la necesiten. La llegada de otro comediante también interrumpe esta conversación. Además, espanta a Rocinante, provoca su fuga y desencadena la caída del hidalgo. Mientras Sancho atiende a su señor, ese mismo recitante monta sobre el rucio y lo aleja de su dueño. Con respecto a los pensamientos del villano, el narrador observa:

Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía a cuál de las dos necesidades acudiría primero. Pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, puesto que cada vez que veía levantar [el palo del comediante atado a] las vejigas ...caer sobre las ancas de su rucio eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de su asno. (II, 11, 105)

En esta descripción, es manifiesto que el compañerismo que Sancho confiesa sentir hacia don Quijote al final del primer continúa evolucionando. La preocupación que experimenta hacia él aun supera su cariño hacia el asno. Es digno de recordar que, durante la anterior salida, el afecto del escudero hacia el rucio es tan considerable que le inspira a lamentar lacrimosamente su robo.

Cuando el hidalgo aprende que uno de los recitantes toma el jumento, él propone escarmentar al atrevido. En respuesta, Sancho indica que no es recomendable tal esfuerzo porque el rucio no sufre ningún daño y porque los recitantes son tan bienquistos que la reacción de la gente podría perjudicar la salud de él y su amo. Cuando el caballero persiste con su intención y desafía a los farsantes, éstos se arman con piedras. La fuerza de sus enemigos le inspira a don Quijote a detenerse con el propósito de elaborar una táctica para minimizar su peligro. Esta demora le proporciona a Sancho la oportunidad de convencerle a desistir. El escudero razona:

...no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre a un ejército donde está la Muerte...y si esta

consideración no le mueve a estarse quedo, muévala saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante. (II, 11, 107)

La argumentación de Sancho ofrece dos escapatorias para el hidalgo. Primero, el villano recalca el peligro físico al cual se expondría y observa el aparente carácter sobrehumano de los enemigos. En segundo lugar, el escudero evoca la prohibición contra pelear con personas que no sean caballeros, así reconociendo que los enemigos son meros recitantes. De este modo, el villano demuestra otra vez su gran perspicacia y adaptabilidad. Efectivamente, el hidalgo se vale de la excusa que Sancho le ofrece acerca de la regla de no batallar contra villanos. Además, don Quijote afirma que la responsabilidad de vengarse cae sobre Sancho, por ser villano, y que él no participará más allá de ofrecerle, a distancia, consejos.

A fin de evitar que su amo le acuse de ser cobarde, el escudero afirma que los buenos cristianos no han de vengarse de los agravios. Asimismo, él aclara: "...acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida" (II, 11, 107). En reacción a las palabras del villano, don Quijote responde: "--Pues ésa es tu determinación...Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra es talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas" (II, 11, 107). Aunque el tono del hidalgo podría ser sincero o sarcástico, varios detalles corroboran la segunda posibilidad. Primero, Sancho nunca cita su cristianismo anteriormente como un impedimento para pelear, lo cual indica que es una mera excusa y no un verdadero motivo por su fingido

pacifismo. El hidalgo sabe esto cuando responde a su decisión. Por lo tanto, resulta más convincente que la reacción del hidalgo exprese su frustración con el hecho de que Sancho evita un deber como escudero con un transparente subterfugio. Asimismo, también es probable que don Quijote esté frustrado con el hecho de que él no puede vengarse de la caída provocada por ese mismo recitante a quien Sancho perdona por la burla con el asno.

## Capítulo 12

El capítulo duodécimo empieza con una cena y una conversación entre don Quijote y Sancho. Durante su diálogo, el escudero reafirma su decisión de aceptar, en recompensa por haber encontrado a la fingida Dulcinea, los tres potros en vez de los despojos de la primera aventura. Él advierte que una merced conseguida es mejor que un bien más valioso pero cuya obtención es improbable. El hidalgo replica que si el villano le hubiera permitido atacar a los enemigos, él le habría conseguido una corona dorada y algunos objetos adicionales. Sin embargo, Sancho protesta que la utilería de los farsantes no es tan valiosa como unas auténticas joyas de metales preciosos. Curiosamente, en reacción, el caballero acepta la argumentación del villano y las verdaderas identidades de los adversarios. Sin duda, no pasa desapercibido por Sancho este reconocimiento de don Quijote de que su escudero tiene razón. Por lo tanto, la experiencia es más evidencia del ascendente poder del escudero frente a su amo.

Aunque acepta la perspectiva de Sancho, don Quijote intenta aprovechar la situación a fin de lucir sus conocimientos delante del villano. El caballero afirma que el teatro y las personas que lo elaboran: "...todos son instrumentos de hacer un gran bien a

la república, poniéndonos un espejo a cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana...” (II, 12, 108-9). Luego, prosigue explicando que las comedias son como la misma vida porque: “...llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura” (II, 12, 108-9). El escudero replica con una respuesta que indica su familiaridad con tal metáfora y que no está impresionado con esa erudición de su amo: “—Brava comparación...aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez...” (II, 12, 109). Con este comentario el villano enfatiza que existe un límite con respecto a lo que don Quijote puede enseñarle. Es decir, después de entrar en servicio del caballero, Sancho aprende nueva información y adquiere nuevas experiencias al lado de su señor. Si bien cada aventura presenta novedades, los conocimientos previos del hidalgo, que éste difunde a su escudero, no son inacabables. Por ende, si bien el escudero puede experimentar nuevas situaciones y aprender junto a su amo, la relación entre ellos es cada vez más la que existe entre iguales, y no entre experto y aprendiz. Como observa Sancho: “...la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de mi bendición...” (II, 12, 109). El hidalgo incluso reconoce la creciente discreción del villano y se percata de que éste procura ostentar sus propios conocimientos.

Después de esta conversación, los compañeros aprovechan el sosiego para descansar. Sin embargo, los sonidos de la llegada de dos hombres interrumpe sus sueños. A pesar de la incredulidad de Sancho, don Quijote le indica que tales rumores anuncian el principio de una aventura. Al escuchar al Caballero del Bosque, el amo y el escudero

oyen su lamento acerca de Casildea de Vandalia y su afirmación de que hace confesar a todos los caballeros de España que ella es la mujer más bella del planeta. El hidalgo protesta el segundo de estos puntos, pero afirma que quiere escuchar el resto del discurso. A esto, el villano comenta que hay indicios de que el otro caballero soltará un largo discurso. Sin embargo, la conversación entre el amo y el escudero corta el soliloquio del Caballero del Bosque. Éste convida a don Quijote para acercarse y compartir su aflicción. Luego, él retrata su relación con su amada.

En reacción a la descripción que Sancho agrega de Dulcinea, el Caballero del Bosque critica la locuacidad del escudero. Sin embargo, el villano reafirma su derecho a expresarse verbalmente e incluso insinúa que su capacidad para hablar supera a la de casi todos los demás escuderos. De nuevo, Sancho parece querer destacarse de los demás de su profesión.

### Capítulo 13

Luego, Sancho y el escudero contrario empiezan una conversación y se separan de sus amos. Ambos empiezan por describir las asperezas de la carrera escuderial y luego declaran que éstas son tolerables gracias a su ilusión de conseguir una ínsula o algo semejante por su servicio. Cuando el escudero del Bosque precisa que él se contentaría con un canonicato, Sancho observa que su amo ha de ser eclesiástico, en vez de ser lego, como el suyo. Asimismo, él observa: "...me acuerdo de cuando le querían aconsejar personas discretas, aunque, a mi parecer, malintencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella..." (II, 13, 116).

Curiosamente, este comentario no compagina con su reciente intento de persuadirle a su amo de optar por la vía eclesiástica. Es probable que sea esta inconsistencia una mera justificación *a posteriori* del rechazo de don Quijote de su propuesta. En todo caso, el otro escudero replica que él se equivoca al preferir una ínsula puesto que nunca son ideales y porque:

...el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades...Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves...cazando o pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea? (II, 13, 116)

Sancho responde que no tiene ni rocín ni perros, pero que podrá conseguir galgos de entre los muchos que sobran en su pueblo. Además, afirma que ya tiene todo lo demás y que la caza es más deleitosa cuando es a costa ajena.

Cuando el escudero del Bosque expresa que volverá a su casa y pasará tiempo con sus tres hijos, Sancho aprovecha la oportunidad para alabar a sus propios. También, él ofrece algunos detalles adicionales acerca de su hija y revela que pretende convertirla en condesa. La reacción del otro escudero, que incluye una palabra irreverente, provoca un breve malentendido con Sancho. En consecuencia, éste observa que la elección de aquél de tal vocablo es inconsistente con la caballería andante y que su contrario ha de hablar más cortésmente. Luego, el escudero de don Quijote expresa que desea estar con su familia pero que:

...el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo a mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. (II, 13, 117)

El otro escudero indica que su amo también está perturbado pero que esa locura se debe a que él procura restaurar la cordura de otro de su misma profesión. Frente a esta declaración, Sancho concluye que la semejanza entre las circunstancias de los dos escuderos, quienes sirven a dos caballeros aparentemente trastornados, hace que ambos sirvientes puedan compadecer y consolar el uno al otro.

Mientras que su interlocutor afirma la idiotez del Caballero del Bosque, Sancho aclara que tal característica no define a don Quijote. El escudero explica: "...no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará creer que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga" (II, 13, 118). Si bien Sancho presencia las consecuencias indeseadas de los esfuerzos del caballero, es evidente que él estima en mucho las buenas intenciones que lo motivan. En contraste, los resultados de su empresa común principalmente le importan a Sancho en la medida en que les permite a los dos evitar violencia, disfrutar de la aventura y acumular mercedes. Asimismo, si bien Sancho se burla a veces de su señor, es manifiesto él siente simpatía por la credulidad de su amo además de una obligación de vigilar por su salud. Sin embargo, ciertos episodios

anteriores demuestran que el villano aprovecha esa misma característica para avanzar sus propios intereses sin sentir mucho remordimiento por engañarlo y mofarse de él. Luego, la conversación entre los dos escuderos se desvía brevemente hacia el comer y el beber. Sancho incluso relata una anécdota acerca del desarrollado paladar de sus ancestros. Cuando el escudero del Bosque y él retoman el hilo de la conversación acerca del servicio de sus amos, el primero le aconseja otra vez al segundo que abandone su puesto. Sin explicitar por qué, éste responde que seguirá colaborando con don Quijote al menos hasta llegar a Zaragoza.

#### Capítulo 14

Debido a las descripciones que oye acerca de la valentía del caballero del Bosque, Sancho se preocupa por don Quijote cuando éste le avisa de que entrará en batalla con él. Asimismo, el otro escudero le indica a su contraparte que ellos dos también han de pelear, por ser tradición de los sirvientes de los caballeros andaluces. En respuesta, Sancho replica que don Quijote no menciona esa costumbre previamente. Además, él explica que ni piensa adherirse a ella y que ni tiene espada con que acometer a su rival. Por consiguiente, él indica que prefiere pagar la multa correspondiente en vez de incurrir heridas y gastos en sanarse. El escudero contrario persiste, proponiendo que ellos peleen usando talegas de lienzo. Cuando Sancho acepta una riña con tales condiciones, su rival aclara que pretende llenar los talegos para darles más peso. A esto, Sancho expresa que, cualquiera que sea el contenido de los talegos, él no luchará. Él propone: "...bebamos y vivamos nosotros; que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que...se acaben antes de su sazón y término..." (II, 14, 125). Además, él afirma que sería difícil para él

luchar, sin justificación, contra una persona con quien comparte comida y bebida. Su contrario responde que sabrá provocar su enojo mediante la violencia. Por su parte, Sancho expresa que, aunque preferiría no pelear, él no permitiría que su enemigo lo atacase sino que antes él lo mataría a garrotazos. Él agrega: "...no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que tresquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas; porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme..." (II, 14, 125-6). A pesar de la amenaza que ofrece Sancho a su rival, sigue vigente su aversión al conflicto que confiesa previamente, en tanto su conversación con don Quijote como en la con el escudero del bosque. En consecuencia, Sancho acaba su diálogo con su contraparte escuderil con la advertencia de que las acciones de éste decidirán las suyas. Comentamos todo esto porque sirve como antecedente para contextualizar la futura riña entre el escudero y su amo. Al salir el sol, Sancho se percató de la desmesurada, deformada y descolorada nariz de su interlocutor. De hecho, tal es el espanto que sufre al ver su monstruosidad que él empieza a temblar y a temer la posibilidad de pelear con su contrario y de despertar su ira. Por ende, Sancho le pide ayuda a don Quijote para escalar un alcornoque a fin de distanciarse de su posible adversario.

Desde allí, el villano presencia la victoriosa justa de don Quijote contra el otro caballero. En seguida, el escudero acude al lado de su amo y presencia la revelación de la identidad del enemigo. Al percatarse del rostro de Sansón Carrasco, el villano se santigua, así expresando su sorpresa. Su declarada interpretación de la aparición del semblante del bachiller expresa que él verdaderamente cree la intromisión de encantadores. Notablemente, ya analizamos que el escudero aprende previamente sobre Cide Hamete

Benengeli, así descubriendo la existencia irrefutable de fuerzas sobrehumanas asociadas con el proyecto caballeresco de su amo. El consejo de Sancho de que su amo mate al vencido deja patente que él sinceramente interpreta que el aspecto de Sansón es el producto de la intromisión de un encantador malvado. Recordemos que el villano reconoce, en un episodio previo, que todo excepto la muerte tiene remedio. Por lo tanto, es evidente que su recomendación de asesinar al Caballero de los Espejos se basa en su firme creencia de que la imagen de Sansón es el producto de un encantamiento que encubre a un auténtico enemigo. En consecuencia, su susceptibilidad de asignar la aparición del bachiller a magia parece directamente vinculada a la familiaridad de Sancho con los conocimientos sobrehumanos del historiador casi omnisciente.

Sin embargo, esta credulidad de Sancho es breve ya que el narigudo, Tomé Cecial, revela su verdadera identidad y la de su amo. Además, él le descubre a su amigo que su nariz es postiza y, mediante respuestas a sus preguntas, corrobora ser su vecino y no un escudero encantado. Curiosamente, el narrador afirma que Sancho no logra convencerse de las auténticas identidades de Sansón Carrasco y Tomé Cecial. Al contrario, el próximo diálogo entre don Quijote y su escudero revela que éste sabe la verdad.

## Capítulo 16

Al separarse de Sansón Carrasco y Tomé Cecial, el hidalgo y Sancho conversan acerca de la naturaleza de su encuentro con ellos. En vez de afirmar que interceda el encantamiento, Sancho observa que los conocimientos, la fisionomía y la misma voz no podrían ser sino de su amigo Tomé Cecial. Cuando don Quijote repite su impresión de que las verdaderas identidades de los dos hombres no son las que sospecha Sancho, éste

reitera que sus apariencias son convincentes. Además, él observa que, a su juicio, no existe un buen razonamiento para explicar por qué un hechicero elegiría la fisionomía de esos dos hombres, entre todos los posibles, para un encantamiento. Luego, el hidalgo afirma que la metamorfosis de Dulcinea en una labradora es semejante a la mutación del caballero de los Espejos y su escudero en Sansón Carrasco y Tomé Cecial. Es notable que el hidalgo enfatice para Sancho la similitud entre las dos experiencias ya que el escudero: “...sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, [y] no le satisfacían las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste” (II, 16, 137). En consecuencia, el paralelismo entre los dos falsos encantamientos, además de la argumentación de Sancho, indica que él indudablemente reconoce las verdaderas identidades de sus contrarios. Antes que el debate entre el hidalgo y el villano se resuelva, la llegada del Caballero del Verde Gabán lo interrumpe.

Don Quijote, en nombre suyo y en el de su sirviente, le ofrece a este ricamente vestido caballero su compañía. Inicialmente, el Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, rechaza la invitación, citando que la acción de arrimar su yegua a Rocinante podría provocar un problema entre éstos. Con el claro propósito de sosegar la preocupación de don Diego, y de convencerle de acompañarlos, Sancho falsamente insinúa que Rocinante no se comportaría mal. Lo que motiva esta mentira del escudero sin duda es que él aprecia la relativa riqueza del recién llegado y espera sacar provecho al asociarse con él. En consecuencia, el Caballero del Verde Gabán acepta viajar con ellos. Por consiguiente, don Quijote aprovecha la oportunidad para presentarse a él, relatando sus hazañas y comentando el éxito del libro sobre su última salida. En respuesta, su

interlocutor describe su hacienda y sus pasatiempos, sobre todo enfatizando su religiosidad. Esta última faceta de los datos autobiográficos que narra don Diego impresiona al escudero tan favorablemente que él le besa los pies porque le parecía que la descripción era “...buena y santa y que quien la hacía debía de hacer milagros...” (II, 16, 141). Sin embargo, después de evocar la risa de don Quijote, Sancho desiste cuando el otro caballero le explica que él no es lo que el escudero describe como “un santo a la jineta”. De nuevo, esta credulidad del villano con respecto a la existencia de santos caballerescos manifiesta la persistente influencia que sobre él ejercen las mentiras del cura.

## Capítulo 17

Mientras los dos hidalgos conversan acerca de la la poesía y el hijo del Caballero del Verde Gabán, el escudero se aparta de ellos a fin de comprar requesones de unos pastores que están cerca del camino. Por falta de otro mejor recipiente en que verterlos, Sancho los pone en la celada de su amo. Cuando el villano se reúne con los dos caballeros, don Quijote le apura a entregársela porque sospecha que otra aventura peligrosa comienza y el escudero se la da sin vaciar. Aunque el contenido de la celada inicialmente pasa desapercibido por el hidalgo, al posarla sobre la cabeza, él siente el frío de los requesones que se derraman. En reacción, el caballero comenta que la aventura inminente ha de ser espantosa porque él tiene la impresión de estar sudando exageradamente o de que su mismo cerebro está licuándose. Aun cuando proporciona un paño a su amo, Sancho no revela su culpabilidad. Igualmente, cuando el hidalgo por fin

deduce lo ocurrido, su escudero niega su error y combina mentiras y lógica para rebatar la conclusión de su señor:

–Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré....A la fe, señor, a lo que Dios me da a entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como a hechura y miembro de vuestra merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover a cólera su paciencia y hacer que me muela, como suele, las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago; que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. (II, 17, 146)

Esta réplica de Sancho, que logra calmar el enfado de su señor, ilustra otra vez la habilidad argumentativa del villano. Además de intentar salvar lo que no se haya perdido de su compra, el escudero utiliza la declarada creencia de su amo en encantadores, y alaba la inteligencia de su señor, para intentar convencerle de que él no es responsable de lo que éste le acusa. Asimismo, Sancho usa la opinión de su amo de que él es guloso para argüir que, de haber tenido algo que comer, ya lo hubiera consumido. El escudero respalda todas estas tácticas con la verdad engañosa de que ya no posee requesones.

La argumentación que el villano utiliza para exculparse resulta tan verosímil que don Quijote acepta que cabe dentro de lo posible. En seguida, él abandona esa discusión a fin de conversar con un carretero que transporta a dos leones por el camino. El caballero declara su intención de acometer a los felinos con el propósito de demostrar su valentía tanto a los presentes como a los encantadores que, según él, se los manda. En reacción, Sancho le ruega a don Diego que le disuada del proyecto. Cuando el Caballero del Verde

Gabán le interroga al escudero si la locura de su amo es tan severa que él acometería a las bestias, Sancho afirma que no está falto de juicio sino que es tan audaz. Ni las palabras del carretero ni las de don Diego logran convencerle a abandonar su designio. Sancho tampoco le persuade a su señor cuando le indica que la presente aventura es más peligrosa que cualquiera de las anteriores y que los leones son auténticos y que no hay encantamiento. El narrador observa: “Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones; maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver a servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro” (II, 17, 149). Cuando el escudero y don Diego vuelven al carro después del desafío, don Quijote le manda a Sancho remunerar el tiempo y la cooperación del transportador de las bestias. Antes de reanudar su camino con los leones, el carretero les relata a los recién llegados el valor que mostró el caballero frente a los leones indiferentes. El episodio cierra con don Diego convidando a los dos aventureros a su hogar y con éstos aceptando la invitación.

## Capítulo 18

Sancho apenas figura en el capítulo décimo octavo. Sin embargo él aparece brevemente cerca del principio para desarmar a su amo. No obstante, el detalle más notable del escudero durante esa sección del texto es su actitud con respecto a su estancia en la casa de don Diego y su deseo de no abandonarla:

Llegóse, en fin, el día de su partida, tan alegre para don Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver a la hambre que se usa en las florestas,

despoblados y a la estrechez de su mal proveídas alforjas. Con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció... (I, 18, 163)

Aunque el gusto de Sancho por el buen comer y buen beber no es nuevo, es digno de notar aquí porque el villano recordará su estancia en esa casa durante la boda de Quiteria que analizaremos luego. Además, su experiencia allí es otro ejemplo importante de un aspecto de las aventuras que tanto disfruta.

### Capítulo 19

Después de retomar el camino, el escudero y el caballero topan con dos estudiantes y dos labradores de quienes aprenden varios detalles acerca de la inminente boda entre una tal Quiteria y un tal Camacho. Asimismo, se enteran de que el padre de la novia imposibilita el casamiento de ella con su verdadero amor, Basilio, ya que éste no es tan rico como el otro pretendiente. Al escuchar la enumeración de todas las buenas calidades de Basilio, don Quijote afirma que merece desposarse con la amada. Sancho hace eco de esa afirmación, comentando: “—¡A mi mujer con eso!...la cual no quiere sino que cada uno case con su igual...Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa buena señora Quiteria; que buen siglo hayan y buen poso...los que estorban que se casen los que bien se quieren” (II, 19, 167). Frente a esta defensa de Sancho del amor como el criterio principal para un casamiento, don Quijote protesta que tal actitud podría provocar matrimonios indeseables, particularmente desde la perspectiva de los padres de los amados que suelen considerar los intereses socioeconómicos de la familia. Por lo tanto, declara el hidalgo, los progenitores han de elegir no solamente la pareja para sus hijos sino también el momento propicio para

casarlos. De lo contrario, los hijos se casarían por amor y sin evaluar todas las circunstancias. En reacción, uno de los estudiantes prevé que el casamiento de Quiteria con Camacho provocará la muerte de Basilio. Sancho replica con una larga serie de refranes que expresan que todo está en manos de Dios y que nadie puede predecir el futuro. Don Quijote critica la locuacidad de su escudero, pero éste se mantiene firme. El villano declara que basta que él entienda a sí mismo y que su falta de enseñanza no le permite hablar de otra forma. Sin embargo, lo más importante de esta conversación es la creencia de Sancho de que el amor recíproco de la pareja, y no el interés económico, ha de motivar el matrimonio. Constataremos luego que la opinión del villano sobre este punto cambia.

Un debate sobre el esgrima, que surge entre un licenciado y un bachiller que también se dirigen a la boda de Quiteria, interrumpe esta conversación entre Sancho y su amo. El primero mantiene que la esgrima es una actividad útil en que la destreza prima. En cambio, el segundo sostiene que no es valiosa y que importa más la fuerza que el talento. Cuando el licenciado vence al estudiante con su espada, Sancho le recomienda al rendido atenerse en el futuro a luchas y otras actividades que se valen más de la fuerza que del talento. Curiosamente, este consejo de Sancho hacia el estudiante, de que ha de evitar actividades que requieren conocimientos y talentos especializados, dista mucho de la actitud del escudero hacia su propia profesión. Al igual que analizamos previamente, el villano es, a veces, más perspicaz y crítico con las desmesuradas ambiciones de otros individuos que de sus propias. Luego, el episodio cierra con Sancho echando de menos las comodidades de la casa de don Diego y con don Quijote decidiendo, contra la voluntad del escudero, que los dos dormirán al aire libre.

## Capítulo 20

Después de que el caballero despierte a Sancho durante el capítulo vigésimo, éste se percata del olor de la comida. El villano ofrece su opinión de que: “...bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas” (II, 20, 173). Cuando don Quijote indica que está deseoso de presenciar la reacción del amado al desposorio de su querida, el escudero expresa una nueva actitud sobre el casamiento y sobre el frustrado amor de Basilio: “...yo soy del parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo” (II, 20, 173). Asimismo, cuando Sancho concluye que Quiteria no debe casarse con Basilio por amor, sino con Camacho por interés, él manifiesta un reciente cambio de opinión. Irónicamente, la misma participación del villano como escudero de don Quijote contradice su premisa de que los pobres, como él y Basilio, no han de aspirar a más de lo que la sociedad suele tolerar. Sin embargo, antes de que el escudero aclare el motivo de su nueva actitud, su amo le corta la palabra. En reacción, Sancho intenta convencerle de que, desde el comienzo de esta última salida, existe entre ellos un pacto que le permite hablar con tal de que “...no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuestra merced...” (II, 20, 173). Ya que el narrador no relata todos los detalles de las conversaciones entre los dos, es imposible averiguar si Sancho miente o no sobre este aspecto de su colaboración. Cualquiera que sea la verdad, don Quijote no le permite al escudero conversar libremente.

Al llegar a la celebración, Sancho examina y prueba el amplio banquete. Además, presencia un espectáculo que contrasta las características de Camacho con las de Basilio. En reacción a lo visto, Sancho explica: “—El rey es mi gallo: a Camacho me atengo...bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como en esta que he

sacado de las de Camacho” (II, 20, 180). De este modo, el escudero confiesa que la precipitada inversión de su actitud con respecto al casamiento se debe puramente al interés que tiene en aprovecharse de la generosidad del rico. Francisco Vivar resume: “Sancho no puede dominar su apetito, está listo para ser dominado por lo concreto: la comida. El escaparate de comida anima el apetito, y adormece la reflexión ética” (92). Asimismo, podemos extrapolar que la nueva opinión del escudero no es inmutable y que cambiaría de nuevo si se encontrase ante una situación en que beneficiaría de un matrimonio desigual. Verbigracia, recordemos que ambiciona casar a su hija con un noble. Igualmente, él no abandona su proyecto de mejorarse mediante su trabajo como escudero, a pesar de su declarada creencia de que los pobres no han de tener ambiciones que superen las normas. El villano prosigue detallando aun más sus creencias acerca de la riqueza y la pobreza, pero otra vez don Quijote pone fin a su discurso a fin de emprender otra conversación.

El hidalgo exagera que Sancho no cesa de hablar y que, debido a su relativa juventud, el caballero ni siquiera presenciara su muerte para así poder apreciar su silencio entonces. Sin embargo, el escudero discrepa con su señor, observando perspicazmente que la muerte acecha a todos y que no siempre discrimina en función de la edad de sus víctimas. Frente a esta verdad, don Quijote alaba la discreción de su escudero, comentando: “...tienes buen natural y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano, e irte por ese mundo predicando lindezas” (II, 20, 181). En reacción a este comentario, el villano reconoce otra vez que no tiene otra formación sino la experiencia y que ésta es la base de la buena predicación. Al respecto, Anthony Close nota que comentarios como este definen cada vez más el intelecto del villano: “The general, recurrent explanation for

his increasing intelligence in Part II is that, though basically foolish, he has a precarious natural wit (*buen natural, discreción*), which grows keener in his master's company. His intelligence is revealed initially in the stylistically elegant expression of sententious truths (*sentencias*)” (356). A pesar de la explicación de su compañero, don Quijote reitera su incompreensión de la circunspección de su escudero: “...no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más a un lagarto que a Él, sabes tanto” (II, 20, 181). Otra vez, el villano responde a las generalizaciones de su amo de forma matizada. Sancho le concede autoridad acerca de lo caballeresco pero le aconseja no calificar la conducta de él: “–Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías...y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas; que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino. Y déjeme vuestra merced despabilar esta espuma, que lo demás son cosas ociosas, de que han de pedir cuenta en la otra vida” (II, 20, 181). Esta declaración es más evidencia de la creciente hegemonía de Sancho en su relación con don Quijote. Él no solamente se defiende contra críticas de su cobardía sino que además termina la conversación según su gusto. Es digno de notar que Sancho, después de insinuar que sus emociones son inescrutables, expresa su preocupación con un deseo más inmediato: la comida. De este modo, el escudero manifiesta, de nuevo, su poca atención a asuntos que él juzga irrelevantes para sus ambiciones e intereses.

## Capítulo 21

Al inicio del capítulo vigésimo primero, aparece Quiteria, ricamente vestida de novia. En seguida, Sancho comenta que la evidente opulencia de las joyas y la ropa de ella se destacan de forma marcada de lo que suele llevar una labradora durante su boda.

Esta advertencia recalca la postura oportunista del escudero de que la novia ha de alegrarse con la riqueza de Camacho, en vez de intentar desposarse por amor con el pobre Basilio. Después, cuando éste interrumpe la procesión de los novios y finge herirse mortalmente con el propósito de casarse con Quiteria, Sancho observa la extrañeza de su locuacidad: “—Para estar tan herido este mancebo...mucho habla; háganle que se deje de requiebros, y que atienda a su alma....” (II, 21, 186). Es digno de notar que, con la excepción del escudero, la inverosimilitud de la charlatanería de Basilio aparentemente pasa inadvertido por todos los demás. Ana Baquero Escudero observa que hay: “Un cuidadoso engaño que no es detectado como tal ni por todos aquellos predispuestos a presenciar unos sucesos funestos a tenor de los apuntados precedentes, ni como consecuencia, por los propios lectores. Tan sólo la inconsciente agudeza de Sancho parece sentir alguna disonancia...” (120). Asimismo, Sancho expresa su preocupación por la confesión de Basilio y, por extensión, la salvación de su alma. Estos dos aspectos que señala el escudero recalcan por una parte, su gran perspicaz, y por la otra, su religiosidad.

Cuando Basilio revela que no se suicida sino que emplea su industria para casarse con Quiteria, se prepara un conflicto entre los partidarios del amado y los de Camacho. Como es frecuente, don Quijote aprovecha la oportunidad para exponerse a peligro voluntariamente mientras que Sancho procura evitarlo. Sobre este punto, el narrador describe: “Sancho, a quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechorías, se acogió a las tinajas, donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto” (II, 21, 186). A pesar de la tensión, el conflicto no culmina en violencia. Al contrario, Camacho permite que siga la celebración

y el banquete. Sin embargo, don Quijote y Sancho no participan más en la fiesta. El narrador describe: “A sólo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche...” (II, 21, 187). Una vez más, el escudero ilustra su énfasis en la gastronomía y su aversión al ascetismo que a veces caracteriza su servicio escuderial. No obstante, Sancho retoma el camino con su amo, acompañando a los novios y a sus amigos.

## Capítulo 22

Si bien Sancho no puede continuar disfrutando del banquete, gracias a la intervención que don Quijote hace a favor de los novios, el escudero: “...se refociló tres días a costa de los novios...” (II, 22, 188). Durante su estancia con los recién casados, el hidalgo liberalmente ofrece sus opiniones sobre las calidades de la mujer que el hombre ha de considerar. A pesar de su inexperiencia matrimonial, el caballero advierte:

Lo primero, le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda; porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena sino con parecerlo; que mucho más dañan a las honras de la mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa sería conservarla, y aun mejorarla, en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla... (II, 22, 189)

Otra vez, la supuesta discreción de las palabras del amo impresiona favorablemente a Sancho. Éste observa de nuevo que los conocimientos de su señor se extienden más allá de la caballería. El escudero insinúa que, de haber escuchado sus consejos antes, posiblemente se habría mantenido soltero. Sancho elabora que su esposa no es tan buena

como él podría desear. Cuando don Quijote indica que no ha de criticar a quien es su cónyuge y la madre de sus hijos, el escudero se defiende: “—No nos debemos nada...que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa...” (II, 22, 190). Aunque la conversación se acaba sobre ese punto, sin proporcionar más detalles acerca del matrimonio del villano, lo ya mencionado nos permite reconsiderar ciertas acciones de Sancho a la luz de su relación con su mujer. En particular, un factor que contribuye al gusto del escudero por la libertad de las aventuras puede ser su imperfecta relación con su esposa. Asimismo, su confesión de que quizás querría estar libre de las responsabilidades como marido —e implícitamente de las de padre— hace que su decisión de ausentarse temporalmente de las vidas de sus hijos también sea más comprensible. De este modo, es patente que las aventuras no solamente ofrecen las ya analizadas posibilidades de diversión y provecho socio-económico sino que también le proporcionan un descanso de sus obligaciones diarias como marido y paterfamilias.

Después de pasar varios días en compañía de los novios y su séquito, don Quijote y Sancho parten para la cueva de Montesinos. El licenciado que había oficiado la ceremonia les ofrece al hidalgo y al escudero la ayuda de un primo suyo para servir de guía. Durante el viaje, el primo humanista discute sus proyectos literarios. En reacción, Sancho le plantea una pregunta, seguida inmediatamente de una respuesta, con el manifiesto objetivo de burlarse de él: “...¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó la cabeza, que yo para mí tengo que debió ser nuestro padre Adán?” (II, 22, 191). Tanta la frivolidad de la pregunta como la ironía del cumplido aclaran que la interrogación de Sancho no sirve sino para ridiculizar el trabajo esotérico del intelectual. Cuando el primo del licenciado concuerda con la opinión del escudero,

éste decide prolongar la burla con otro asunto, esta vez sobre quién es el primer volteador. El humanista promete volver a su biblioteca e indagar en la cuestión pero Sancho le libera de la tarea al declarar inmediatamente después que la respuesta es Lucifer. Don Quijote replica que el acertijo de su escudero ha de ser una idea proveniente de otra persona. Contra esta acusación, el villano responde: “Calle, señor...que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos” (II, 22, 192). Esta defensa que ofrece el escudero parece convencerle al hidalgo no solamente de que puede ser el originador de las adivinanzas sino también que él aprecia la diferencia entre los conocimientos valiosos y los inútiles. El hidalgo replica: “-Más has dicho, Sancho, de lo que sabes...que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria” (II, 22, 192). Toda esta conversación, además de demostrar el desdén de Sancho por el trabajo del humanista, ilustra su astucia y su buen razonamiento. El villano es hábil en ambos sentidos, particularmente en situaciones como ésta en que está bien familiarizado con el tema de discusión.

Al llegar ante la cueva de Montesinos, el escudero intenta disuadir a su amo de introducirse en tal abismo y así exponerse a una situación tan peligrosa. Sancho la caracteriza como una mazmorra y le advierte que entrar allí será como enterrarse vivo. Sin embargo, cuando el caballero insiste, el escudero acepta su decisión, alabando su valentía y resignándose a hacerse cruces y rezar por él. El humanista y Sancho bajan la soga de la que cuelga don Quijote y dejan a éste sumergido durante casi una media hora. Después, empiezan a retirar la cuerda “...con mucha facilidad y sin peso alguno, señal

que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha prisa por desengañarse...” (II, 22, 195). Así, la reacción sentimental del villano reitera su apego a su compañero. Luego, cuando por fin sale el caballero de la cueva, éste demora en volver en sí. Al percatarse del gran efecto emocional que la estancia provoca en don Quijote, los compañeros solicitan una descripción de lo que el hidalgo ha visto en aquel lugar infernal. No obstante, el caballero promete que su narración de lo visto les hará saber que la caverna no es así.

### Capítulo 23

Don Quijote relata que durante su experiencia en la cueva él conoce a Montesinos y a Durandarte, con quienes discute varios aspectos de sus leyendas caballerescas. Cuando el hidalgo especifica qué tipo de puñal Montesinos emplea para extraer el corazón de su primo, Sancho interrumpe su descripción para conjeturar quién forja aquella arma. En reacción, don Quijote responde que el detalle no importa y que el metalúrgico que el escudero menciona ni siquiera pertenece a la misma época que los dos caballeros. Por lo tanto, aclara él, la hipótesis de Sancho es imposible. Esa protesta del hidalgo de que el dato es irrelevante hace eco de la reciente conversación en que el escudero ridiculiza el trabajo del humanista sobre cuestiones frívolas. Notablemente, la advertencia de don Quijote de que tal puñalero no le puede haber proporcionado el arma a Montesinos se basa en la discrepancia temporal que existe entre sus vidas. Igualmente, Sancho reconoce que el mismo obstáculo imposibilita que su amo converse con Durandarte y Montesinos. Por estas dos razones, parece evidente que el escudero se entretiene en burlarse, disimuladamente, del relato fantástico de su compañero. De modo

semejante, cuando don Quijote afirma que Montesinos se disculpa por hacer una comparación entre Belerma y Dulcinea, Sancho aparentemente finge sorpresa ante lo descrito: “—Y aun me maravillo yo...de cómo vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió a coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas” (II, 23, 202). De esta manera, aun la hiperbólica violencia que retrata el villano refleja su propósito de señalar la inverosimilitud de lo narrado y de ridiculizarlo.

Cuando el humanista observa que aparentemente existe una incongruencia entre el tiempo transcurrido fuera de la caverna y la declarada duración de la estancia de don Quijote dentro de ella, Sancho propone que el conflicto puede ser el resultado de un encantamiento que les afecta la percepción. De este modo, el escudero ofrece una explicación fantástica que su amo no puede refutar y que encubre las falsedades del caballero. A la pregunta del académico acerca de si come en la cueva, el hidalgo replica que no. Además, en respuesta a la interrogación de Sancho, él contesta que tampoco duerme allí. Es notable que estas preguntas son similares a las que el escudero emplea previamente para desengañar a su amo durante su falso encantamiento en el carro de bueyes. Sin embargo, en el caso de la cueva, el villano las emplea para fingir corroborar las absurdas afirmaciones de su amo. En consecuencia, Sancho arguye que el comportamiento de don Quijote durante su experiencia en la caverna indica que está bajo los efectos de un mago. Esta explicación del escudero le libera al caballero de la necesidad de buscar otra respuesta para resolver la diferencia de opiniones acerca del fluir del tiempo. Además, le permite a Sancho manipular a su amo y burlarse de él sin que se enfade.

Sin embargo, el escudero no se resigna a afirmar que cree todo cuanto relata su señor. En cambio, intenta persuadir a su amo de que comete un error sin saberlo. El villano afirma: "...perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna" (II, 23, 203). En vez de declarar que miente don Quijote, como supone el humanista que insinúa el escudero, Sancho afirma que los encantadores: "...le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda" (II, 23, 203). En vez de aceptar esta explicación de su compañero, el hidalgo afirma que sus memorias no son el resultado de encantamientos sino de sus auténticas experiencias en la caverna. Además, él describe haber visto allí a Dulcinea encantada. Con respecto a esto, el narrador sostiene:

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio, o morir de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto. (II, 23, 204)

Ya que el villano tolera las fantasías de su amo en situaciones previas, su gran irritación con el hidalgo en esta aventura parece vinculada al intento de éste de resucitar el problema de Dulcinea. Recordemos que, mediante el falso encantamiento de ella, Sancho intenta retomar aventuras provechosas sin tener a Dulcinea como estorbo. En reacción a la ficción que ofrece don Quijote, el escudero critica severamente a su amo por haberse introducido en la cueva. Él contrasta las desatinadas invenciones subterráneas del

caballero con el buen razonamiento, sobre diversos temas, que muchas veces ofrece por el camino.

Respondiendo a este insólito atrevimiento de Sancho, el hidalgo expresa que, debido a su familiaridad con el villano, no castiga su reproche. Claramente frustrado con los disparates de don Quijote, el escudero replica que tampoco tomará en cuenta lo que dice su amo. Al contrario de lo que sugiere el narrador en el último extracto que citamos, Sancho no parece creer que su amo está completamente loco sino que está mintiendo acerca de su experiencia en la cueva. Su exasperación llega a tal extremo que, con respecto a las palabras, el villano replica: “...siquiera me hierra, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las tuyas no se corrige y enmienda” (II, 23, 205). No obstante, Sancho no directamente acusa a su amo de mentiroso. En vez de permitir que su enojo provoque el final de su servicio escuderial, él opta por solicitar los mismos cuentos que justo antes promete desechar. El villano ruega: “Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en que conoció a la señora nuestra ama? Y si le habló, ¿qué dijo y qué le respondió?” (II, 23, 205). De los varios detalles que el caballero ofrece acerca de la supuesta experiencia, el más relevante para la interpretación de episodios posteriores es que Montesinos indica que comunicará a don Quijote cómo desencantar a Dulcinea. Varias aventuras después, los duques retoman este dato para obrar una farsa y así burlarse de tanto el amo como el escudero.

Cuando el hidalgo termina su relato, Sancho utiliza de nuevo el pretexto de la intervención de encantadores para excusar las mentiras del caballero y para animarle a abandonar sus falsedades:

¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh, señor, por quien Dios es que vuestra merced mire por sí, y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido! (II, 23, 206)

Este esfuerzo del escudero claramente constituye otro intento suyo de aprovechar la declarada creencia de su amo en los encantadores para inspirarle a abandonar afirmaciones ridículas que Sancho no puede atacar directamente como mentiras inverosímiles. En lugar de renunciar sus ficciones, don Quijote reafirma que demostrará que lo que dice es verdad y que las otras historias que relatará de la caverna corroborarán sus afirmaciones.

#### Capítulo 24

Cuando los viajeros se dirigen a una supuesta ermita con el propósito de alojarse allí, Sancho manifiesta otra vez su preocupación por el buen comer y beber. Verbigracia, el escudero expresa su esperanza de que el anfitrión tenga gallinas. Sin embargo, el villano pronto aprende que ellos no pasarán la noche en esa casa. Asimismo, el villano se entera de que ni siquiera hay vino allí. Cuando la persona que está presente en la ermita le ofrece agua a Sancho para saciar su sed, éste responde: “—Si yo la tuviera de agua... pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!” (II, 24, 211). De este modo, el villano recuerda una vez más cuánto goza de aquellas dos experiencias

gastronómicas y desprecia la austeridad culinaria que a veces caracteriza la vida caballeresca.

Después de abandonar la ermita para encaminarse hacia una venta, don Quijote y Sancho topan con un mancebo. El hidalgo emprende una conversación con éste y el joven explica que pretende hacerse soldado. La declarada ambición del mozo le inspira a don Quijote a ofrecer un discurso sobre la guerra, el honor, la muerte e incluso la liberación de esclavos. Aunque no es discernible cuales de los temas impresionan favorablemente al escudero, éste admira, en secreto, el aparente trecho entre los muchos y diversos conocimientos del caballero y los disparates que sostiene con respeto a su estancia en la cueva de Montesinos. En reacción a su inhabilidad de compaginar el ingenio con los desvaríos de su señor, el escudero parece resignarse a esperar si futuras experiencias aclararán cómo es posible que un señor de tanto intelecto diga tantas ridiculeces. No obstante, el capítulo cierra con el narrador observando que el escudero se alegra de que su amo reconoce que llegan a una venta y no un castillo.

## Capítulo 25

Después de que don Quijote y Sancho escuchen en la venta un cuento sobre dos regidores rebuznantes, un hombre llega en busca de hospedaje. El ventero indica que el recién llegado es maese Pedro, un titiritero con un mono adivinador. Don Quijote le interroga sobre el porvenir de los presentes y le indica al escudero que debe entregar dos reales al titiritero. Sin embargo, el hidalgo abandona la pregunta cuando el dueño del mono describe que éste no tiene conocimientos sobre el futuro sino sobre el pasado y el presente. En reacción a la descripción de las habilidades del mono, Sancho replica: "...no

dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necesidad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo que hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene” (II, 25, 220). Aunque esta pregunta de Sancho parece ingenua, y una pérdida de su dinero, es digno de notar que los reales que el escudero ofrece para satisfacer su curiosidad no son suyos sino los de su amo.

En respuesta a la pregunta del villano, el supuesto intérprete del mono reconoce y alaba a don Quijote y a Sancho, indicando que la cónyuge de éste está ocupada en rastrillar lino y en consumir vino. El escudero aprueba de la verosimilitud la visión que ofrece el titiritero, comentando: “Eso creo muy bien...porque es ella una bienaventurada, y a no ser celosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que, según mi señor, fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos” (II, 25, 221). Si bien no es evidente si la farsa con el simio engaña o si sencillamente entretiene a Sancho, su reacción es notable por cómo éste caracteriza a su esposa. El escudero alcaza que su consorte suele beber alcohol con frecuencia e indica que también tiende a gastar dinero sin que le importe el efecto que esto tendrá sobre el resto de su familia. Mientras que Sancho comparte con su esposa un gusto por consumir alcohol, la celosía y el derroche de dinero por parte de ella posiblemente son dos razones más que le impulsan a ausentarse de su casa y a indicar en una conversación previa con don Quijote que ella no es tan buena como él quiere.

La supuesta habilidad del mono de descubrir instantáneamente qué ocurre en otro lugar inquieta a don Quijote. El caballero le explica a su escudero que el extraño talento

del simio probablemente es una consecuencia de un pacto entre su dueño y el diablo. Además, el hidalgo contrasta el, según él, convincente poder del mono con un obvio ejemplo de un clarividente falso. A pesar de un posible acuerdo diabólico por parte del intérprete, Sancho expresa que: “—Con todo eso, querría...que vuestra merced dijese a maese Pedro preguntase a su mono si es verdad lo que a vuestra merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos, cosas soñadas” (II, 25, 223). Efectivamente, el dueño del mono concluye que algunos, o incluso todos, los detalles de la experiencia que don Quijote relata sobre la cueva son invenciones. De este modo, el escudero socava la integridad de la historia de su amo. Desafortunadamente para Sancho, él no logra anular específicamente el intento del caballero de renovar el problema del encantamiento de Dulcinea. Sin embargo, este esfuerzo del villano es importante porque evidencia que él reclama un rol cada vez más fuerte en la dinámica entre los dos compañeros.

## Capítulo 26

Luego, el titiritero presenta su retablo a Sancho y don Quijote pero la violencia de éste interrumpe la exhibición. El narrador observa que aun el escudero siente temor ante la violencia de su amo: “...hasta el mismo Sancho Panza tuvo grandísimo pavor, porque, como él juró después de la pasada borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera” (II, 26, 229). Cuando el artista lamenta la pérdida de su retablo, Sancho manifiesta su conmiseración: “—No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón, porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo

sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas” (II, 26, 230). Además de expresar la compasión del villano, el comentario sirve para caracterizar a su señor. Sancho reconoce no solamente la aparente volatilidad de la conducta y la visión del hidalgo sino también su bondad e incluso generosidad. Al igual que supone el escudero, don Quijote consiente recompensar al titiritero por los daños incurridos. A modo de justificación, el hidalgo afirma que su desmesurada reacción a la presentación del retablo –y en particular a la fingida invasión de moros y la huida de cristianos– es la consecuencia de la intromisión de encantadores.

Inmediatamente después, acontece una negociación entre el titiritero y don Quijote acerca de la indemnización. Es digno de notar que si bien Sancho anteriormente siente lástima por las pérdidas que sufre el artista, él reprueba los excesos del demandante. Cuando el titiritero alega que la recompensa que pide por una de las figuras no es excesiva, el villano replica que ese dinero: “–No es poco...” (II, 26, 232). Es manifiesto que Sancho reconoce que los gastos que don Quijote corre durante tales aventuras reducen su propia ganancia potencial. Aunque la esperanza de una paga no motiva tanto al villano como en el primer tomo del texto, este episodio recuerda su expectativa de al menos ser remunerado de la hacienda del hidalgo. El capítulo cierra con el narrador observando que todos comen a costa del hidalgo y que, después de pagar al ventero, despedirse del guía y favorecer al paje, el amo y el escudero retoman el camino.

## Capítulo 27

Más tarde, Sancho y don Quijote topan con los residentes de dos pueblos cuyos líderes son famosos rebuznantes. Al ver una pancarta sobre los alcaldes, el hidalgo critica

que el hombre en la venta que les relata la historia erra al indicar que son regidores. Es digno de recalcar que, ya que Sancho no puede leer, él sólo sabe el contenido del mensaje gracias a la explicación de don Quijote. El comentario del caballero acerca del oficio de los rebuznantes ofrece al escudero otra oportunidad para demostrar su perspicacia.

Además de notar que el detalle no afecta la historia, Sancho razona que la diferencia no necesariamente constituye un descuido. El villano observa: "...bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y así, se pueden llamar con entrambos títulos..." (II, 27, 236). Al ponerse delante de los manifestantes, el caballero arguye que ellos no han de sentirse afrentados por el hecho de que otras comunidades se burlan de la conducta de esas dos. El hidalgo aprovecha un ejemplo literario para apoyar su argumentación y esto impresiona favorablemente a su escudero. Sancho afirma que su señor: "...sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo...y así no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere..." (II, 27, 239). Infelizmente para el caballero y el escudero, éste comete el error de rebuznar delante de los reunidos en un gesto de solidaridad que los dos grupos malinterpretan. En reacción, uno de los ofendidos derriba a Sancho. Si bien don Quijote considera vengar a su compañero caído, la muchedumbre de personas le disuade.

Asimismo, las piedras lanzadas por los congregados le inspiran al caballero a abandonar a Sancho y a distanciarse de sus contrarios. Luego, los enemigos reponen al escudero encima de su asno y permiten que se reúna con su señor. Con respecto a la relación entre Sancho y don Quijote, este episodio es notable porque enfatiza tanto el auténtico respecto

que el escudero tiene por los diversos conocimientos del caballero como la poca dedicación de éste a defender su compañero.

### Capítulo 28

Al encontrar a Sancho sin aparentes contusiones y fuera de inminente peligro, don Quijote regaña su decisión de rebuznar. El villano acepta la crítica y promete no repetir el descuido pero replica con una advertencia para su amo: "...yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan a sus buenos escudero molidos como alheña, o como cibera, en poder de sus enemigos" (II, 28, 241-2). En vez de reconocer que abandona indebidamente a su compañero, el caballero arguye que no se fuga sino que se aleja de la situación.

Al continuar su viaje, el hidalgo le pregunta al villano cuál es la causa de sus suspiros y quejas. Sancho responde que los provoca el dolor que sufre por toda la espalda. Don Quijote razona que tal sufrimiento físico ha de ser el resultado de su reciente maltrato. Esta explicación innecesaria resulta fastidiosa para Sancho, quien observa que de ninguna ayuda es la conjetura de su amo. Asimismo, el escudero expone su frustración con él:

A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga, y cada día voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuestra merced tengo, porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos a los manteamientos de marras y a otra muchacherías, que si ahora me han salido a las espaldas, después me saldrán a los ojos. (II, 28, 242)

Además, el villano no se limita a repasar el sufrimiento pasado y en pronosticar el que está por venir. Al contrario, el escudero considera que quizá le convendría abandonar su profesión y resignarse a su vida anterior:

...harto mejor haría yo, vuelvo a decir, en volverme a mi casa, y a mi mujer, y a mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fue servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos...que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dio puntada en la andante caballería, o, a lo menos, al primero que quiso ser escudero de tales tontos como debieron ser todos los caballeros andantes pasados. De los presentes no digo nada, que por ser vuestra merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo... (II, 28, 242-3)

En respuesta a la diatriba de Sancho, don Quijote presume que mediante sus quejas el escudero debe de haber mitigado su dolor. Además, el caballero indica que por esta misma razón él sacrificará su propia paz y sufrirá el enojo que provocan esos comentarios.

Asimismo, el hidalgo declara que no obligará a su escudero a continuar en su servicio si eso es contrario a su voluntad. También, don Quijote le indica que si el villano desea volver a su familia él puede antes administrar su propia paga según el salario que crea apropiado para el tiempo ya servido. Para justificar la cantidad de su recompensa, Sancho compara su antiguo oficio con el presente. Él expresa que los labradores, a diferencia de los escuderos, duermen siempre en sus propias camas y cenan y beben de forma consistente, y de mejores provisiones. Además, el villano alega que los primeros no suelen tener tanto trabajo como los segundos. Sin embargo, Sancho parece proponer

un salario relativamente humilde, especialmente cuando se considera que él indica que incluye recompensa por la incumplida promesa del gobierno de una ínsula.

No obstante, cuando don Quijote ofrece su cálculo acerca del número de días que están por el camino, Sancho discrepa con él. La réplica hiperbólica del escudero de que sirve a su amo durante unos veinte años captura bien su frustración acerca del tiempo que dedica a una colaboración en que ni siquiera puede contar con la solidaridad de su compañero en las peleas. Igualmente, expresa el deseo que tiene el villano de recibir una recompensa que corresponda a su servicio y su sufrimiento que incluye tanto maltrato y tantas privaciones. En vez de simplemente burlarse de tan desatinado número, el hidalgo aprovecha la oportunidad para denunciar la avaricia de su escudero: "...quieres que se consuman en tus salarios el dinero que tienes mío, y si esto es así, y tú gustas dello, desde aquí te lo doy, y buen provecho te haga; que a trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de de quedarme pobre..." (II, 28, 244). Sin embargo, el caballero reitera su creencia de que el salario escuderil que pide Sancho es contrario a la caballería andante. Asimismo, don Quijote le acusa de traicionar su confianza y agrega que él está a punto de cumplir la entrega de la prometida ínsula: "¿Ahora, cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que a pesar de tu mujer te llamaran señoría, te despides? ¿Ahora, te vas, cuando yo venía con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo?" (II, 28, 245). Ambos comentarios del caballero tienen como claro objetivo manipular la conducta de su escudero. De no ser así, el hidalgo no perdonaría a su escudero justo después por tantas y tan graves ofensas como él describe.

Es notable que al convencer a Sancho de continuar con él, don Quijote aprovecha varios aspectos de la psicología de su compañero. Primero, él apela al declarado deseo

del villano de granjear fama como el mejor y más leal escudero. Luego, el caballero evoca la tensión entre Sancho y su mujer, así explotando la frustración de él acerca de la oposición de su pareja a sus ambiciones. Por último, don Quijote intenta persuadirle a Sancho de que está a punto de abandonar, en el peor momento, el método mediante el cual puede mejorar de forma tan marcada el estatus socio-económico de su familia. Inspirado por las palabras de su amo, Sancho solicita y recibe el perdón de su amo. Al reafirmar su colaboración, el hidalgo le impone al villano la obligación de tener más paciencia con respecto a la prometida ínsula y de mostrar menos interés pecuniario.

### Capítulo 29

El próximo episodio se abre con el narrador comentando que, al llegar al río Ebro, don Quijote reflexiona sobre su experiencia en la cueva de Montesinos. De paso, el narrador indica que Sancho todavía cree que todo cuanto el caballero describe acerca de la experiencia en la caverna es fantasía. Luego, don Quijote le indica a su escudero que han de subir a un barco encantado a fin de socorrer a un caballero. Siguiendo la orden de su señor, Sancho se apea y ata el asno y Rocinante a un árbol. No obstante, el villano no se resigna a aceptar tácitamente las locuras de su amo:

...vuestra merced quiere dar a cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: haz lo que tu amo te manda...pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir a vuestra merced que a mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores... (II, 29, 247)

Después de montar en el barco, el temor del escudero se manifiesta. Él empieza a temblar y sollozar. Victor Oelschläger observa: "...Sancho, unschooled in historic lore and cringing from the perils of the unknown, uncharted future, nostalgically faces backward in the boat with his eyes on the solid ground of the nearby shore where Rocinante and Rucio seem to be hopefully beckoning him back to the familiar *status quo*" (20). En reacción a los sonidos de su asno y los intentos del caballo de librarse, el villano anuncia: "¡Oh carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia!" (II, 29, 248). Poco después de zarpar, don Quijote alega que estarán cerca de la línea equinoccial y que la prueba de ello sería que todos los piojos en Sancho estarán muertos. El escudero rechaza la declaración de su amo, respondiendo: "—Yo no creo nada deso...pero con todo, haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas...porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos" (II, 29, 249). Predeciblemente, al realizar el ilógico experimento propuesto por su amo, el villano comprueba que los insectos siguen vivos y que la realidad no es como el caballero interpreta. Estos intercambios entre el caballero y el escudero revelan claramente que éste reconoce los defectos de su amo. Sin embargo, es igualmente manifiesto que Sancho sigue juzgando que puede sacar provecho de sus aventuras que recompense sus frustraciones.

Al encontrar unas aceñas, don Quijote continúa proyectando una visión imaginativa de su experiencia. Él afirma que es un lugar fortificado que contiene alguien secuestrado. El acercamiento del barco a las ruedas de las máquinas asusta no solamente

a Sancho sino también a los molineros. El narrador detalla que, después de que el escudero caiga al agua y los moledores lo socorren: “...Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor” (II, 29, 251). Este acto religioso recalca de nuevo la gran tensión entre las ambiciones que el villano desea satisfacer mediante la caballería andante y su aversión al peligro y al carácter absurdo de las aventuras. Además, es notable que el riesgo mortal que corre Sancho durante este episodio no provoca su abandono inmediato de la profesión sino que él se encomienda a Dios. Este detalle enfatiza que, si bien él solamente puede aprovechar las ventajas escuderiles por medio de su colaboración con don Quijote, él intenta confiar en el apoyo de la providencia. La aventura cierra con el hidalgo pagando a los molineros por los daños incurridos.

### Capítulo 30

Al principio del capítulo trigésimo, el narrador observa que los gastos de don Quijote durante el episodio anterior tienen un efecto emocional sobre el escudero. Se siente melancólico Sancho “...a quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo a él de la niñas de sus ojos” (II, 30, 252). Asimismo, el villano se preocupa por la viabilidad de mejorarse mediante su cooperación con el hidalgo:

[estaban]...don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho, en los de su acrecimiento, que por entonces le parecía que estaba bien lejos de tenerle, porque maguer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo,

todas o las más, eran disparates, y buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese a su casa... (II, 30, 252)

Con respecto a la actitud inestable de Sancho hacia su profesión, Dorothy Tharpe, señala que: “His *ínsula* is a delightful dream, but at times his mercenary soul longs for something a bit more tangible” (245). Otro día, con el escudero probablemente considerando abandonar a don Quijote si algo no alimenta sus expectativas, los dos topan con una señora principal. El hidalgo le ordena al villano presentarse ante ella y advertirle de la presencia del caballero. Cuando don Quijote le recuerda a Sancho que éste ha de comportarse en su interacción de una manera digna del alto estado de la dama, el escudero le asegura que tiene experiencia con tales situaciones. La señora acepta el servicio ofrecido por parte de don Quijote, aclarando que ella es duquesa y que ya conoce la fama del caballero. Sancho vuelve al lugar donde está su amo y le relata el intercambio con la duquesa. Después, el escudero regresa ante la señora, esta vez acompañado del hidalgo.

Al apearse, tanto el caballero como el escudero sufren caídas vergonzosas. Ambos el duque y don Quijote injustamente atribuyen el traspie de éste al descuido de Sancho. Aunque el villano no lo sabe en ese momento, éste será el primero de varios casos en que el caballero lo critica indebidamente delante de los duques y éstos se burlan de él. Luego, en reacción a la conversación del duque y del hidalgo acerca de la belleza de Dulcinea y la duquesa, el escudero afirma que la segunda no es menos bella que la amada de don Quijote. Al hacer esta declaración, Sancho evoca unos dichos que le inspiran al caballero a explicar que aquél es proclive a la conversación y aficionado de los refranes. En

respuesta, el duque expresa su aprobación de la locuacidad del villano y convida a los dos a su hogar. El capítulo acaba con las cuatro personas y sus bestias viajando hacia el castillo. Indudablemente, la invitación de los duques adinerados alimenta las expectativas del escudero y apaciguan su intención de abandonar a su amo.

### Capítulo 31

El convite al domicilio de los altos nobles mejora el estado anímico del villano de forma marcada. El narrador describe: “Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho viéndose, a su parecer, en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado a la buena vida, y así, tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando se le ofrecía” (II, 31, 258). Al igual que en momentos anteriores, el buen comer y beber tienen el aparente efecto sobre el escudero de reprimir sus quejas con respecto a las frecuentes asperezas de la caballería andante. Luego, una conversación entre la sirvienta doña Rodríguez y Sancho suscita un conflicto cuando éste solicita que la dueña cuide de su asno. Ofendida por el encargo que ella considera inferior a su estatus, la señora insulta al villano. Esto le instiga al escudero a responderle con semejantes insultos. Cuando la duquesa se percata del carácter de la discusión, ella interviene a fin de resolverla. En vez de confesar que él insulta la vejez de la dueña, así provocando la hostilidad de sus anfitriones, el villano afirma que la ofensa no es deliberada. Al contrario, Sancho sugiere que su encomendamiento del asno a la señora se basa en la visible caridad de ésta. Asimismo, indica que cualquier insulto ha sido sin voluntad. Al presenciar el altercado que causa el escudero, don Quijote regaña que, en ese lugar, Sancho haga tal petición

para su bestia. Contra esta crítica, el segundo se defiende, afirmando que uno ha de hablar cuando sea necesario. El duque concuerda con la opinión del villano, indicando que Sancho no ha de ser culpado. De este modo, el alto noble contribuye a la creciente autoridad del escudero frente a la del amo.

Cuando don Quijote se encuentra otra vez a solas con Sancho, él retoma su crítica de las palabras del escudero hacia la dueña. El hidalgo observa que los que sirven al duque han de ser de alto nacimiento y que, por lo tanto, Sancho debe tener cuidado en sus interacciones con ellos. En particular, el caballero indica que él, por ser villano, ha de encubrir sus orígenes y otras cualidades porque son vergonzosos. Asimismo, en el contexto del servicio de los duques, el caballero indica que “...con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda” (II, 31, 261). Con el evidente propósito de tranquilizar a su amo, Sancho da su palabra de que no dirá nada que no sea bien pensada y relevante. Con esta promesa vigente, los dos vuelven a la presencia de los duques.

El narrador observa que la impresionante acogida que recibe don Quijote en la mesa no pasa inadvertido por el escudero. “A todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que a su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa...” (II, 31, 262). En reacción, el villano propone relatar una historia acerca de unos asientos. Cuando el hidalgo muestra disgusto con la oferta de Sancho, éste le asegura que recuerda las recién delineadas instrucciones acerca de su conducta. Sin embargo, el caballero finge no haber tenido tal conversación. Esto es comprensible cuando se considera que, en el anterior diálogo con el duque, éste pone fin a las críticas

que el hidalgo hace del escudero. Por esta razón, don Quijote no desea reconocer que, a solas con Sancho, reanuda los reproches contra la voluntad de su anfitrión. Otra vez delante del duque, don Quijote solamente le insta al escudero a apresurarse en relatar la historia. En reacción, el escudero prosigue, afirmando que su amo podrá corroborar la veracidad de lo que él contará. Sin embargo, el caballero indica que no impedirá que su compañero mienta y que éste sencillamente ha de tener cuidado con lo que diga. No obstante, don Quijote pronto les recomienda a los duques que expulsen a Sancho de la sala antes de que éste diga algún disparate. Infelizmente para el caballero, la duquesa reafirma sus deseos de que hable el escudero y de que siga en su presencia. La anécdota que comparte el villano expresa que, aunque los buenos modales pueden encubrir las relaciones sociales de poder, éstas siempre están vigentes. Asimismo, Sancho insinúa que cualquier individuo, incluso don Quijote, que no reconozca este hecho permite que su orgullo lo engañe. El desenlace de la relación deja patente que Sancho aprovecha el permiso ducal para ridiculizar la soberbia de su amo ante la buena recepción por parte de los duques. De este modo, el escudero se venga de los intentos del caballero de controlar su libre expresión. Asimismo, Sancho manifiesta otra vez su ascendente poder frente a su amo.

Antes de que don Quijote pueda responder explícitamente al cuento que narra Sancho, la duquesa cambia el tema de conversación a Dulcinea. El caballero arguye que la falsa y fea apariencia de su amada dificulta que los enemigos que él vence la reconozcan y que se presenten ante ella. En cambio, Sancho replica con alabanzas de la vivacidad de Dulcinea, comentando que quizá su aspecto no sea tan desagradable como describe su amo. Luego, la duquesa le pregunta al escudero si él percibe el encantamiento

de Dulcinea. Aunque el villano afirma haberla visto, él declara: “—Y ¡cómo si la he visto!...¿quién diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio? ¡Tan encantada está como mi padre!” (II, 31, 265). Estas palabras de Sancho son polisémicas y por lo tanto merecen interpretarse sobre múltiples niveles. En un plano de significado, las afirmaciones no son inconsistentes con la farsa que crea el escudero para su amo. La declaración de Sancho de que ella está tan encantada como su padre reitera los anteriores asertos del villano de que solamente don Quijote la ve encantada. En cambio, los duques, que afirman haber leído el primer tomo de la novela, sabrán que la amada de don Quijote no está realmente encantada. Es decir, no lo está más que el mismo padre de Sancho. Igualmente, apreciarán que la elección de palabras del villano constituye un disimulado reconocimiento de que él es el autor del engaño y que desea preservar la ilusión que fabrica para don Quijote.

De este modo, el escudero contrasta su propia ingeniosidad con la credulidad de su amo. Este acto hace eco de cómo ridiculiza anteriormente la arrogancia que muestra su señor en reacción al buen tratamiento que ofrecen sus anfitriones. Estos dos intentos de Sancho de distanciarse de las locuras del caballero, y de demostrar su propia inteligencia, tienen el aparente propósito de granjear el respeto de los duques. Asimismo, el escudero parece concordar con la opinión de don Quijote de que ellos les brindan una estimable oportunidad de conseguir mercedes y fama. Por lo tanto, él probablemente espera adquirirlas mediante el desarrollo de su propia asociación con los duques.

## Capítulo 32

En el capítulo trigésimo segundo continúa un conflicto verbal entre el eclesiástico de los duques y don Quijote. Después de que el hidalgo ofrezca su defensa contra las críticas del religioso, Sancho procura disuadirle a su amo de proseguir en su refutación de las palabras del eclesiástico. El escudero afirma que la negación del religioso de la existencia de caballeros andantes no merece contestación. Aunque es imposible averiguar qué cree el villano con respecto a los antecedentes históricos y literarios de la profesión de su amo, el dinero y las otras mercedes que recibe el escudero a través de su servicio de don Quijote le demuestran que la caballería, al menos tal como su señor la practica, puede conllevar auténticos beneficios. En cambio, es patente el interés que Sancho tiene en evitar un conflicto entre su amo y el religioso. Al igual que el caballero tiene miedo de que Sancho ofenda a los duques, el villano ha de temer que las acciones del hidalgo perjudiquen su habilidad de sacar provecho de la asociación con los altos nobles.

Cuando el eclesiástico le pregunta si él es el mismo Sancho a quien don Quijote promete una ínsula, el villano afirma que sí, detallando: “Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo: que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsulas que gobernar” (II, 32, 267). Si bien el escudero pretende destacar, a lo largo de su estancia en el domicilio de los duques, la diferencia entre la fantasía de su amo y su propia visión más realista, es también manifiesto que él no expresa vergüenza con respecto a su colaboración. Al contrario, en este caso, el villano indica que pretende convertirse en caballero. Dado que en momentos anteriores Sancho se limita a afirmar su intención de granjear la fama de ser el mejor y más leal escudero, esta nueva declaración

es notable. Si bien esta meta puede ser sincera o no, indica que su afirmada ambición brinda ventajas que no ofrece su presente puesto escuderil. De no ser así, no habría ningún motivo para aspirar a ser caballero ahora. Además, sugiere que alguna circunstancia reciente desencadena el cambio. Desde la última vez que Sancho expresa su deseo de ser un escudero ejemplar, son escasas las diferencias entre su experiencia y la del caballero. La novedad más destacable que podría provocar aquella declaración es la recepción del caballero en el domicilio de los duques. Recordemos que, si bien el villano ridiculiza el orgullo de don Quijote, él se maravilla de su acogida. La honra que recibe el caballero es un claro ejemplo del estatus que anhela Sancho. Es decir, al afirmar un deseo de convertirse en caballero, el escudero parece reiterar su esperanza de ascendencia social. Igualmente, su aserto de que abundarán, para él y su amo, oportunidades de gobernar indica el renovado optimismo que siente el villano gracias a los duques.

En la sociedad española del siglo XVII sería inverosímil que alguien procedente del estamento de Sancho ascendiera al puesto de gobernador. A pesar de esto, o quizá justamente debido a ello, en el mundo literario que crea Cervantes esto es precisamente lo que ocurre. Sin embargo, es notable que, para casi todos los personajes excepto el escudero y su amo, este logro resulta apenas concebible. Este detalle es importante ya que contextualiza que esta ambición del villano, aunque eventualmente alcanzada, no es un producto predecible de su esfuerzo. Inesperadamente, el duque le promete la ínsula con las siguientes palabras: "...en nombre del señor don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad" (II, 32, 268). De este modo, el anfitrión confirma para Sancho que la merced que él recibe es por el buen servicio del caballero. A pesar de la poca probabilidad de que un villano ascendiera a tal puesto, Luis Corteguera

observa que el método mediante el cual Sancho lo logra es el único posible: “Only royal prerogative could grant persons on humble birth noble titles and appoint them to high offices in government or the church” (263-4). Después de escuchar la promesa de su anfitrión, el escudero agradece la generosidad del duque y éste alaba lo bien que don Quijote se defiende contra las críticas del eclesiástico hacia la empresa caballeresca. Cuando el hidalgo replica que los caballeros de antaño habrían escarmentado al eclesiástico por declarar que nunca ha existido la caballería andante, el escudero concuerda con su señor. De este modo, es manifiesto que tanto la entrega de la ínsula como su atribución a las labores de don Quijote sirve para demostrar a Sancho que su colaboración con el hidalgo merece la pena.

Luego, al observar a los sirvientes de los duques lavando las barbas del duque y de don Quijote, el villano expresa otra vez su ambición de ser tratado tan bien como su señor. Sancho reitera este deseo cuando los sirvientes de los duques se burlan de él, intentando empapar su barba con agua turbia. El villano protesta: “...querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí a mi amo, que a él le laven con agua de ángeles y a mí con lejía de diablos” (II, 32, 276). Curiosamente, ambos el amo y el escudero reconocen que ese maltrato no constituye un descuido por parte de los sirvientes sino que es su propósito. En reacción a este hecho, los compañeros amenazan a los ofensores, notando que su conducta podría provocar la violencia del villano. Sin embargo, la diferencia en el tratamiento del villano claramente reitera que, a pesar del inminente gobierno, tanto don Quijote como el duque siguen perteneciendo a rangos sociales que son superiores al suyo.

Luego, la duquesa apoya la decisión del escudero cuando éste abandona su deseo de que los asistentes le laven la barba. Igualmente, ella critica severamente a los sirvientes, así encubriendo que ella y su marido son también motivados por el mismo gusto de burlarse del villano. Aparentemente inspirado por esta defensa, los elogios de su buen discurso y la promesa de la ínsula, Sancho agradece a la señora con las siguientes palabras:

–De grandes señores, grandes mercedes se esperan; esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. (II, 32, 277)

La duquesa recibe esta declaración de Sancho favorablemente, alabando nuevamente sus palabras, su fidelidad como escudero y su cortesía. Notablemente, ella atribuye sus buenos modales a su aprendizaje al lado de don Quijote. Además, promete que impulsará a su cónyuge a otorgar el gobierno de la ínsula al escudero lo antes posible. Mientras que el hidalgo va a descansar al final de esta conversación, la duquesa le invita a Sancho a velar y pasar más tiempo con ella. Aunque el villano indica que suele sestear varias horas, él reafirma su dedicación al servicio de la duquesa, prometiendo que ese día intentará cumplir con su voluntad. En consecuencia, es evidente que el aspirante a gobernador aprecia la importancia de agradecer a sus anfitriones por el supuesto honor venidero.

### Capítulo 33

Apartados de don Quijote, la duquesa insiste en que, contrario al deseo de Sancho de estar de pie, él “...se sentase como gobernador y hablase como escudero...” (II, 33, 279). Si bien el villano anteriormente critica a su amo cuando éste se niega a sentarse a la cabeza de la mesa de los duques, el escudero se comporta de modo semejante cuando se resiste a sentarse con ella. Predeciblemente, al igual que el hidalgo hace durante una comida previa con su compañero, la duquesa reafirma su autoridad al colocar a Sancho a su lado. Después de recalcar la relación de poder entre los dos, la duquesa le interroga al villano si éste finge el encantamiento de Dulcinea. Después de registrar la sala y retomar su asiento, él por fin responde:

–Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé...a todo aquello que se me preguntare; y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha sentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza... (II, 33, 280)

Esta confesión del escudero es notable por dos razones. Primero, confirma que Sancho conscientemente cambia su discurso en función de su audiencia. Asimismo, las varias opiniones del villano reiteran que, a pesar de su declaración de lo contrario, él sigue

cuestionando la naturaleza de la psicología de su señor. Asimismo, el escudero confiesa haber engañado a su amo con respecto al encantamiento de Dulcinea.

En reacción a las palabras de Sancho, la duquesa evoca la pregunta central que subyace tras su servicio escuderil. Ella le interroga por qué sirve a don Quijote si cree que él está loco y, por extensión, por qué confía en sus promesas. Como consecuencia de su servicio, la duquesa también cuestiona la competencia de Sancho para gobernar. En vez de defender su ambición como hace delante del eclesiástico, el villano reconoce la aparente insensatez de su colaboración:

...yo conozco que dice verdad: que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fue mi suerte, y ésta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo: somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos y, sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón... (II, 33, 280)

Dicho en otras palabras, el escudero evoca el compañerismo, las experiencias compartidas con su amo y los beneficios recibidos de él como las razones por las que no abandona a su señor. Thomas Hart resume: “Sancho’s relationship to his master, like Don Quixote’s relationship to him, is marked by alternate moments of affection and exasperation” (48). Asimismo, Sancho acepta la posibilidad de que su seguimiento del caballero imposibilite que el duque le otorgue una ínsula. El villano prosigue: “Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dárme la redundase en pro de mi conciencia...y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador...” (II, 33, 280-1). Es notable que la posibilidad de que él no reciba el gobierno por haber colaborado con

don Quijote es paradójica ya que supuestamente es debido a ese mismo servicio que el duque se lo promete. Además de las ya mencionadas afirmaciones del escudero que forman un discurso coherente, el villano ensarta después de ellas una letanía de refranes, algunos de los cuales son de dudosa o ninguna relevancia para su tema de discusión.

Luego, la duquesa le asegura a Sancho que su marido le conferirá la ínsula. Asimismo, ella le indica que él ha de gobernar bien a los habitantes de aquel territorio ya que “...son leales y bien nacidos” (II, 33, 282). En respuesta, el escudero declara que no es necesario indicarle la importancia de regir bien. Él explica “...porque yo soy caritativo de mí y tengo compasión de los pobres...Y paréceme a mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar, y podría ser que a quince días de gobernador me comiese las manos tras el oficio y supiese más dél que de la labor del campo, en que me he criado” (II, 33, 282). Efectivamente, la duquesa concuerda con la afirmación del villano de que él puede aprender el oficio sobre la marcha. De esta manera, corrobora la confianza de Sancho en sus aptitudes para gobernar.

Cambiando el tema de conversación, la duquesa intenta convencerle al escudero de que él no falsifica el encantamiento de Dulcinea sino que un mago auténticamente produce una transformación de su apariencia. Además, ella afirma que sabe esto gracias a las noticias proporcionadas por los encantadores de su ducado. En vez de contradecir a una de las personas de quien depende su posible adquisición de una ínsula, Sancho declara que el encantamiento puede ser como ella lo describe. Elias Rivers describe:

...vemos al personaje Sancho presentándose como un ser humano normal que responde, más o menos conscientemente, a las presiones sociales que estructuran tanto sus pensamientos interiores como sus afirmaciones públicas. Con la duquesa,

en primer lugar, estando ella presente, Sancho tiene que cumplir debidamente: si ella ha dicho que Dulcinea está realmente encantada, él por cortesía no puede ponerlo en tela de juicios...como miembro de una clase inferior, tiene que creer, o decir creer, o actuar como si creyera, lo que afirma esa autoridad superior. (39-40)

Asimismo, el villano afirma que, por extensión, desearía creer en la autenticidad de la historia de don Quijote acerca de su encuentro con Dulcinea en la cueva de Montesinos. No obstante, al expresar su voluntad de aceptar esa fantástica posibilidad, las palabras del escudero revelan que la duquesa no logra persuadirle de que un encantador, y no él, confecciona aquel supuesto encantamiento:

...ahora quiero creer lo que mi amo cuenta...donde dice que vio a la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mía, dice, porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término. (II, 33, 283)

Al contrario de lo que sugiere Sancho en este intercambio, él expresa en momentos anteriores que cree haber engañado a su amo gracias a la credulidad y la declarada locura de su señor. Asimismo, si bien el escudero reconoce en casos previos su propia falta de estudios y su limitado conocimiento de la literatura, su exagerada humildad aquí desborda los límites de lo verosímil. Además, a la vez que Sancho afirma aceptar la declaración de la duquesa, él alude otra vez a que él es el verdadero autor del falso encantamiento de Dulcinea. Luego, el escudero indica que sería injusto esperar que él

penetrase en o predijera los pensamientos de los supuestos encantadores que evoca la duquesa. También, él se disculpa por haber intentado mentir a don Quijote, explicando que mediante ello sencillamente pretende evitar conflicto con su amo y que cualquier otra consecuencia no es intencional. Sin embargo, si Sancho sinceramente creyera que Dulcinea está encantada, esta disculpa no sería lógica ya que la visión imaginativa que describe para el hidalgo no sería una falsedad. Asimismo, lo demás que dice el villano, al igual que ese descargo de su conciencia, señalan que él continúa reconociendo que el encantamiento es un producto de su fantasía, a pesar de su declarada conformidad con las ficciones de la duquesa.

Después de que el escudero le relate el cuento acerca de la cueva de Montesinos, la duquesa reitera otra vez su afirmación de que el encantamiento de Dulcinea es auténtico. De nuevo, después de hacer eco de que la duquesa ha de tener razón, Sancho recalca que la campesina no le parece la amada de don Quijote:

Verdad sea que la que yo vi fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; que si aquélla era Dulcinea no ha de estar a mi cuenta...así, que no hay para qué nadie se tome conmigo, y pues tengo buena fama...encájeme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero será buen gobernador. (II, 33, 283-4)

Después de este comentario de Sancho, la conversación toma un par de giros impredecibles. Primero, el escudero afirma que él es moderado en beber vino y que, debido a su profesión, suele beber agua. Luego, el villano evoca de nuevo su anterior conflicto con doña Rodríguez sobre el asno y le recuerda a la duquesa que él se preocupa por el buen cuidado de la bestia. Cuando la duquesa ofrece responsabilizarse del buen

trato del rucio, Sancho rechaza la propuesta, citando que es indigno de una señora tan principal. A pesar de la diversidad de los temas tratados, es manifiesto que casi toda esta conversación refleja el propósito del villano de asegurar la buena opinión de su anfitriona con vistas a ascender al gobierno mediante su generosidad. El capítulo cierra con el escudero resuelto a llevar el asno a su nueva ínsula y con la duquesa indicando que aprueba de su decisión.

### Capítulo 34

Al principio del capítulo trigésimo cuarto, el narrador menciona de paso que el villano recibe de los duques un fino vestido de monte y que él desea venderlo lo antes posible. Ese comentario recuerda una vez más el persistente interés económico de Sancho en su profesión escuderil. Luego, Sancho y don Quijote van a la caza con los duques. Y, en vez de aceptar el uso de un caballo de éstos, el villano los acompaña sobre su asno. Mientras que los duques y don Quijote se apean para confrontar un jabalí:

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio y dio a correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina...se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo...pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podía alcanzar, comenzó a dar tantos gritos y a pedir socorro... (II, 34, 287)

Después, el narrador explica que el caballero le ayuda al escudero, “...el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma; que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo” (II, 34, 288). A pesar de lo poco que el escudero participa en la caza, es aparente que estimula su apetito por ensanchar sus conocimientos

y por compartir su opinión. Primero, el villano desahoga su frustración acerca de la destrucción del sayo. Luego, recurre a sus nobles acompañantes y les interroga sobre los motivos por tal tipo de caza: “Yo no sé qué gusto se recibe de esperar a un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida...no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, a truco de un gusto que parece que no le había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno” (II, 34, 288). De este modo, el escudero pone de relieve su desacuerdo con actividades tan innecesariamente peligrosas y crueles. Igualmente, demuestra que sus propias acciones, que algunos podrían tachar de cobardes, son más bien prudentes.

En respuesta, el duque responde que las tácticas y las circunstancias durante la caza reproducen aspectos de la experiencia militar que los gobernantes han de conocer. Asimismo, indica que uno de los elementos más gustosos del pasatiempo es que, por lo general, solamente los altos nobles lo practican. A pesar del juicio del duque, Sancho expone otros motivos por su desaprobación:

...el buen gobernador, la pierna quebrada, y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes a buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así enhoramala andaría el gobierno!...los pasatiempos más han de ser para holgazanes que para los gobernadores. En lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidiado las pascuas...y a los bolos los domingos y fiestas... (II, 34, 289)

Con este comentario, el villano se explaya sobre la diferencia entre las vanas diversiones de la élite y las preocupaciones vitales de muchos de los súbitos. Si bien Sancho reconoce el derecho de un gobernador a entretenerse, él afirma que que los pasatiempos han de reservarse para los domingos o los días festivos. Asimismo, el villano evoca un dicho

sobre el rey Favila que muere durante la caza de un oso. Con respecto a ese comentario, Michael Hammer advierte:

Sancho is not merely recalling what happened to Favila...He is suggesting that Favila's fate might, and perhaps should, be shared by the Duke...Rather than practice the hunt worthily, as Sancho has slyly pointed out, the Duke is using the sport to exercise his own brand of tyranny upon his guests...It is not just the noble pastime he is criticizing, but the practitioners themselves, useless creatures whose empty lives revolve around devotion to forms that have long since expired. (132)

Además, en otro comentario, el escudero critica la matanza de un jabalí y la contrasta con la caza de animales inofensivos como las liebres y los pájaros. Por lo tanto, el ataque del villano contra esa caza, por parte del duque, manifiesta su rechazo de tanto el elitismo de la actividad como su frustración con el peligro al cual él mismo está expuesto durante el episodio. Antes de que cambie el tema de conversación entre los presentes, el escudero responde a uno de sus colocutores que observa que es fácil para Sancho reprobar la conducta de otros gobernadores antes de asumir el puesto. Después de verter otra cascada de refranes, el villano explicita que él ejercerá bien el trabajo si goza del favor divino y si cumple con sus responsabilidades con buena intención.

La llegada de la oscuridad de la noche viene acompañada de una farsa elaborada por los coconspiradores de los duques. El narrador observa que los sonidos de guerra y la aparición de una multitud de fuegos en el bosque incita el temor de toda la compañía de cazadores. Cuando un individuo disfrazado de diablo se presenta ante ellos, alguien cuestiona su afirmada identidad porque él no logra reconocer al hidalgo a quien indica buscar. El falso demonio se excusa, señalando que sus otras preocupaciones lo distraen.

Sin embargo, Sancho se percató de que, al ofrecer tal explicación, el supuesto diablo usa una frase incongruente con su declarada identidad. El villano observa: “...este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque, a no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente” (II, 34, 290). Dada la ambigüedad del tono de la declaración del escudero, es posible interpretarla como sincera o bien como una crítica sarcástica de la farsa y, por extensión, un reconocimiento del embuste. No obstante, la descripción que el narrador ofrece con respecto al escudero, justo después, parece aclarar que éste aprecia que el encuentro constituye un intento de engañar a él y a su amo: “Renovóse la admiración en todos, especialmente...en Sancho, en ver que a despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea...” (II, 34, 292). Antes de irse, el fingido demonio prosigue, afirmando que el caballero Montesinos vendrá a revelar a don Quijote cómo desencantar a Dulcinea, así evocando la profecía que don Quijote comparte después de salir de la cueva.

Cuando desaparece el supuesto diablo, Sancho expresa su voluntad de alejarse del lugar y de no esperar más visitas. Desafortunadamente para el escudero, su amo no comparte su deseo de evitar otra discusión sobre Dulcinea. Luego, el sonido que anuncia la aparición de más gente provoca un desmayo por parte del villano. La reacción de Sancho ilustra su temor a lo desconocido, particularmente en el contexto de los sonidos de guerra que penetran la oscuridad. Sin embargo, él recobra sus sentidos y se tranquiliza al escuchar que esos ruidos cesan y que una música amena comienza a sonar. Por consiguiente, él juzga que esto es evidencia de que lo venidero no será negativo. Concordando con él, la duquesa replica que tampoco puede acontecer algo malo cuando

“...hay luces y claridad...” (II, 34, 293). No obstante, la opinión de Sancho no coincide plenamente con la suya sino que él observa: “-Luz da fuego, claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijo y fiestas” (II, 34, 293). Es decir, el villano aprecia que esas antorchas pueden herirlos físicamente pero no ese sonido placentero. Mientras que su temor ante los ruidos misteriosos de los batanes cesa con la luz del día, aquí el miedo que causan los sonidos militares se apacigua con la sustitución de éstos con música. De nuevo, la cobardía de Sancho no es generalizada sino que es el producto de una combinación de circunstancias que desencadena los temores encerrados en su imaginación.

### Capítulo 35

Al principio del siguiente capítulo, el narrador observa que Sancho experimenta horror ante el fingido Merlín que afirma que su propósito es explicar el modo de desencantar a Dulcinea. Al igual que con la nariz postiza de Tomé Cecial, el villano siente espanto a causa de la monstruosidad de la cara del supuesto mago. La reacción del escudero frente a la estipulación de que ha de darse tres mil y trescientos azotes aclara el límite de su servicio de don Quijote, incluso si él podría sacar beneficio económico. Él exclama: “¡Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos! ¡Par Dios que si el señor Merlín no ha hallado otra manera como desencantar a la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!” (II, 35, 296). Luego, don Quijote replica que él azotará al villano contra su voluntad. Sin embargo, el falso Merlín precisa que el desencantamiento solamente puede lograrse mediante la voluntad y los esfuerzos de Sancho. En respuesta, el escudero reitera que no se maltratará para el supuesto beneficio

de ella y que esa responsabilidad debería caer sobre el caballero. Esta constancia de Sancho es comprensible cuando recordamos su aversión a la violencia y el dolor además de su firme reconocimiento de que él mismo falsifica ese encantamiento.

En reacción a la persistencia de Sancho, la fingida Dulcinea lo regaña e insulta, cuestionando su lealtad hacia su señor y la mala fama que podría provocar su decisión de no flagelarse. Sin embargo, el escudero rechaza nuevamente la petición. Después, él critica varios aspectos de la situación:

...quería yo saber de la señora mi señora Dulcinea del Toboso adónde aprendió el modo de rogar que tiene...¿Qué canasta...trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro...?...el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme...dice que si me coge me amarrará desnudo a un árbol y me doblará la parada de los azotes; habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador...Aprendan, aprendan enhoramala a rogar, y a saber pedir, y a tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de buen humor. Estoy reventado de pena de ver mi sayo verde roto, y vienen a pedirme que me azote... (II, 35, 298-9)

Justo en este momento cuando Sancho parece evadir los intentos de someterlo a azotes, el duque aprovecha su aspiración al gobierno para tentarle a sucumbir a su voluntad. En concreto, el duque le indica que no ascenderá al puesto prometido si no acepta aquel maltrato.

Cuando el escudero interroga si puede considerar las opciones durante dos días, el falso Merlín le indica que ha de responder de inmediato. Asimismo, la duquesa le instiga

al escudero a aceptar las condiciones del supuesto encantador, sugiriendo que esto puede recompensar, en parte, las mercedes que el villano ha recibido gracias a don Quijote. Viéndose, metafóricamente, entre la espada y la pared, Sancho procura socavar la autoridad de Merlín al evocar las inconsistencias de la farsa: “...llegó aquí el diablo correo, y dio a mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí...y hasta agora no hemos visto a Montesinos, ni a sus semejanzas” (II, 35, 299). En reacción, el supuesto mago indica que el Diablo se equivoca al afirmar quien es el mensajero. Además, el fingido encantador afirma que, si es necesario, pondrá a Sancho en contacto con Montesinos.

Asimismo, el falso Merlín reitera que el escudero ha de decidir si acepta o no los latigazos: “Y por agora, acabad de dar el sí desta diciplina, y creedme que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexión sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre” (II, 35, 300). Por un lado, la réplica de Sancho a las palabras del supuesto encantador expresan su frustración con la imposición de los azotes. Sin embargo, a la vez, establecen condiciones mediante las cuales el escudero podrá controlar su maltrato sin abdicar su ascenso al puesto de gobernador:

–Muchos médicos hay en el mundo: hasta los encantadores son médicos...pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y treientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días...Ha de ser también condición que no [he] de estar obligado a sacarme sangre con la diciplina y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. [Íten], que si

me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan... (II, 35, 300)

Si bien el villano parece sucumbir a la voluntad de los duques, los requisitos precisados por él evidencian su destreza para negociar. Sancho logra mantener vigente la promesa de la ínsula sin tener que cumplir primero con los tres mil trescientos latigazos y sin precisar una fecha límite para la penitencia. Igualmente, el escudero regatea hasta conseguir que se cuenten azotes imperfectos. Por último, Sancho ni siquiera tiene que retractar su cuestionamiento del ardid de los duques ni tiene que aceptar las excusas que proporciona el falso Merlín.

### Capítulo 36

Al principio del capítulo trigésimo sexto, la duquesa retoma una conversación con Sancho sobre el vapuleo. En respuesta a sus preguntas, el escudero indica que ya cuenta cinco palmadas sobre la espalda. En reacción, ella indica que eso no constituye penitencia ya que ésta ha de provocar dolor e incluso sacar sangre. Aunque Sancho acepta la oferta de su anfitriona de proporcionarle una disciplina, él logra otra vez convencerle de que sus azotes no han de ser severos. La duquesa concuerda: "...yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias" (II, 36, 303). En esta conversación, al igual que en la con el fingido Merlín, Sancho demuestra otra vez su habilidad de manipular a otros con el propósito de avanzar sus intereses. En este caso, él se defiende contra el intento de la duquesa de renegociar el carácter del vapuleo para que sea más riguroso que lo anteriormente negociado.

Cambiando el tema de conversación, el escudero le advierte a la duquesa que tiene una carta para su esposa. El villano le pide a su anfitriona que la lea para verificar si adhiere a las expectativas para una epístola de un gobernador. En la misiva, Sancho abarca diversos asuntos. Él alude a que asumirá el puesto de gobernador y que esto conllevará beneficios para su mujer. Después, indica que el sayo verde que envía a casa es para su hija. Luego, señala que tanto él como su amo tienen fama de loco. Además, él explica que sufre azotes para asumir al trono y que su cónyuge no ha de compartir esa información con nadie. También, afirma que ambiciona enriquecerse en el gobierno y que le avisará a su mujer si ella ha de venir a estar con él. Asimismo, cuenta que el asno está bien y que lo lleva a su ínsula. Además, relata que la duquesa manda besos a su esposa y que ella ha de corresponderle con el doble de ellos. Después, Sancho comenta que, a diferencia de durante la primera salida, hasta entonces no encuentra otros cien escudos. Antes de despedirse, Sancho menciona que otros describen que tras probar el gobierno él querrá comerse las manos.

Al terminar su lectura, la duquesa critica dos detalles que Sancho incluye en la epístola. Primero, ella miente que Sancho no recibe el gobierno gracias a su aceptación de darse azotes. Al contrario de lo que indica ella, como ya hemos analizado, el duque indica que el escudero no obtendrá el premio si no consiente a tal penitencia. Además, la duquesa critica la avaricia explícita de Sancho. En respuesta a ambos reproches, el villano ofrece destruir la carta y hacer redactar otra. Sin embargo, su anfitriona indica que la misiva es buena y que desea compartirla con el duque. En este intercambio, al igual que en otros anteriores, Sancho muestra una vez más su flexibilidad y deseo de complacer a quienes pueden favorecerle con beneficios. A la vez, el escudero reafirma su

perspicacia y establece sus expectativas con respecto a los bienes que espera a cambio de su buen servicio.

Luego, el narrador explica que después de comer, los anfitriones y sus huéspedes oyen de nuevo sonidos desagradables que anuncian la llegada de otros visitantes.

Asimismo, el narrador describe que Sancho procura ampararse cerca de la duquesa.

Después, el fingido Trifaldín afirma que la condesa a quien sirve solicita la ayuda de don Quijote. En reacción, el duque le concede a la condesa Trifaldi permiso para presentarse ante ellos e indica que el caballero le favorecerá con su ayuda. El capítulo cierra con el hidalgo lamentando la ausencia del religioso ducal cuyas opiniones sobre la caballería andante él quisiera enmendar mediante la interacción con el supuesto Trifaldín.

### Capítulo 37

Si bien el duque compromete solamente a don Quijote en su conversación acerca del servicio de la fingida condesa Trifaldi, Sancho teme también estar obligado a involucrarse. El villano explica: “—No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo a la promesa de mi gobierno...que donde interviniesen dueñas no podía suceder cosa buena” (II, 37, 308). En reacción a las palabras del escudero, tanto su amo como una de las sirvientas de los duques critica los prejuicios del villano contra las dueñas.

Asimismo, tal doña Rodríguez afirma que los escuderos son los enemigos de ellas. Con el claro propósito de evitar conflicto, Sancho expresa que su inminente ascensión al gobierno de una ínsula le inspira a no hacer caso de ella: “—Después que tengo humos de gobernador se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahígo” (II, 37, 308). Si bien es patente que el villano desea abandonar

su profesión escuderial a favor de ser gobernador, es también manifiesto que no renuncia su desprecio de las dueñas. Cuando la duquesa le pregunta a su marido si ella ha de salir a aceptar a la supuesta condesa Trifaldi, Sancho interrumpe e indica que merece ser recibida por su título noble pero no por ser dueña. En reacción a la intromisión del villano, don Quijote critica su conducta. En respuesta, Sancho reitera su derecho a expresar su opinión: “Yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced...según he oído decir a vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos” (II, 37, 309-10). Esta reafirmación de Sancho de su voz es importante porque recalca su creciente seguridad en sí mismo y su percepción de su propia importancia que, a su juicio, le concede el derecho de expresar su consejo para la duquesa e incluso adelantarse al duque.

### Capítulo 38

Luego, la supuesta condesa Trifaldi y su séquito se presentan ante los duques. El narrador describe que, frente a los recién llegados, todos los demás los contemplan y que: “...Sancho andaba muerto por ver le rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas...” (II, 38, 312). Sin embargo, los individuos que suscitan tanto interés no descubren sus caras en ese momento. En cambio, la fingida condesa, mediante un discurso afectado, se queja de su aflicción, alaba a sus acogedores e interroga acerca del paradero de don Quijote y Sancho. Su estilo oral abunda en superlativos innecesarios y a veces absurdos que no pasan desapercibidos por Sancho. A modo de ejemplo, vale la pena citar un extracto de los vocablos con que ella empieza su discurso: “—Confíada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora y discretísimos circunstantes, que ha de hallar

mi cuitísima en vuestros pechos acogimiento...” (I, 38, 312). Notablemente, ella no solamente emplea muchas exageraciones sino que también agrega un sufijo inapropiado al término “cuita”, así produciendo hipérbolos cómicas que tienen el aparente fin de ridiculizar al amo y al escudero a quienes se dirige la farsa. A las palabras de la supuesta Trifaldí, el escudero replica: “—El Panza...aquí está, y el don Quijotísimo asimismo; y así podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieridísimis; que todos estamos prontos y aparejadísimos a ser vuestros servidorísimos” (II, 38, 313). Esta ridiculización del villano del estilo verbal de ella demuestra su comprensión de su carácter y expresa su anteriormente comentada frustración con los contratiempos para su adquisición de la ínsula.<sup>8</sup> No obstante, al igual que con la fingida Dulcinea, Sancho confronta la necesidad de hacer caso de las falsas súplicas de esta otra señora. Después, la supuesta condesa ensalza al villano y le pide que interceda para asegurar la ayuda de su amo. En reacción, el escudero deja patente que aquellas lisonjas no tienen un efecto favorable sobre él pero que, a pesar de ellas, abordará el reto que se presente:

—De que sea mi bondad, señora mía, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, a mí me hace muy poco al caso; barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que me importa...sin esas socaliñas ni

---

<sup>8</sup> Para “Los mecanismos del humor en el habla de Sancho Panza”, Augusto Hachoun intenta identificar y categorizar todas las manifestaciones de palabras cómicas en boca de Sancho. Concordamos con él de que hay muchos ejemplos de humor lingüístico del escudero, tanto intencionales como no. Sin embargo, no lo creemos un aspecto importante para los propósitos del presente estudio. Asimismo, no nos parece factible tal proyecto. Incluso Hachoun reconoce: “No se me ocultan los peligros que acechan a este género de investigación y sus conclusiones; entre otros, la virtual imposibilidad de conseguir identificar todas las incidencias y la posibilidad de fijar una misma bajo diferentes clasificaciones” (365).

plegarias, yo rogaré a mi amo (que sé que me quiere bien, y más ahora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude a vuesa merced... (II, 38, 314)

Notablemente, esta inmediata aquiescencia del villano en este caso, a diferencia de con la falsa Dulcinea, evidencia que él aprende que la entrega de la ínsula ducal depende de su voluntaria participación como víctima de la farsa. Luego, Sancho reitera su frustración con la demora que provoca la supuesta condesa. Reaccionando a lo que relata, el escudero advierte, con ironía, que su ficción incluye detalles innecesarias que tienen el propósito de dar verosimilitud a su cuento:

–También en Candaya hay alguaciles de corte, poetas y seguidillas, por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno. Pero dése vuesa merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin de esta larga historia. (II, 38, 317)

El capítulo cierra con la fingida Trifaldi prometiendo acelerar su narración para satisfacer el deseo de Sancho.

### Capítulo 39

Luego, la falsa condesa relata el noviazgo de una tal princesa de Candaya, Antonomasia, y un tal don Clavijo. Ella describe que el inminente casamiento de los amantes produce tanto enfado por parte de la reina Maguncia que ella es enterrada unos días después de la noticia. En reacción a este detalle, Sancho conjetura que la madre de Antonomasia debe haber muerto. Este comentario del escudero no solamente ridiculiza el eufemismo de la falsa condesa sino que además rompe con la aparente seriedad de su ficción. En respuesta, el fingido Trifaldín exclama que los habitantes de Candaya

entierran solamente a los difuntos. La subsiguiente réplica del escudero a esto manifiesta que él no simpatiza con la reina y que sigue más preocupado con su propia situación. Igualmente, corrobora nuestra interpretación de que él reconoce que la presentación es una farsa que contiene incoherencias:

—Ya se ha visto...enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y parecíame a mí que estaba la reina Maguncia obligada a desmayarse antes que a morir; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fue tan grande el disparate de la infanta, que obligase a sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algún paje suyo, o con otro criado de la casa...fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido...aunque fue necesidad, no fue tan grande como se piensa; porque según las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores. (II, 39, 318-9)

Mediante estas advertencias, Sancho explica que la reacción de Maguncia resulta incongruente, así insinuando que él desconfía de la veracidad de lo narrado. Recordemos que, además de burlarse de la muerte de la reina, el escudero anteriormente rechaza las falsas lisonjas del fingido Trifaldín, ridiculiza su habla y le anima a acabar pronto su relato. Todo esto sugiere que el escudero, al igual que con la imposición de los azotes por el falso Merlín, reconoce que las supuestas dueñas y Trifaldi colaboran con los duques a fin de mofarse de él y de su amo. Verbigracia, la última parte del comentario de Sancho, al igual que los fragmentos de su epístola que tratan los latigazos, evoca las ambiciones para las cuales sufre tanta humillación. El capítulo cierra con la falsa Trifaldi y las demás

personas de su séquito mostrando sus rostros barbados y explicando que su enemigo gigantesco Malambruno es el autor de tal encantamiento.

#### Capítulo 40

La revelación de la aflicción de la fingida Trifaldi y las dueñas tampoco despierta la simpatía del escudero. Asimismo, Sancho se mofa de su situación al igual que se burla, en la conversación anterior, del fallecimiento de Maguncia. Con respecto a ese supuesto encantamiento, el villano comenta:

–Por la fe de hombre de bien juro...que jamás he oído ni visto, ni mi amo ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como ésta. Válgate mil satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante, Malambruno, y ¿no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo no fuera mejor, y a ellas les estuviera más a cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar a quien las rape. (II, 40, 321)

Notablemente, Sancho empieza por recalcar que la situación de la supuesta Trifaldi y sus dueñas no encaja con la literatura caballerescas que tanto cita don Quijote. Según el escudero, la imaginación de su amo ni siquiera sería capaz de fabricar una situación tan ridícula. Además, el villano afirma que sería mejor desnarigar parcialmente a las mujeres que imponerles barba. Esta comparación sarcástica evoca los límites de la burla que confeccionan los duques. Sancho resalta que para estos comediantes disimulados es más factible fingir ser barbudas que tener deformaciones severas. Asimismo, justo después, el escudero conjetura que las dueñas no tendrán suficiente dinero para hacerse afeitar. Esta

hipótesis no solamente advierte la facilidad con que las mujeres podrían superar un tal maleficio si fuese verdadero, especialmente si éste se contrapone a una deformidad tan severa como la carencia de media nariz, sino que también cuestiona la premisa implícita de que la fingida condesa y sus dueñas no tienen los recursos necesarios para mondarse. En consecuencia, parece manifiesto que Sancho entiende la naturaleza de la farsa y que él pretende criticarla y poner a prueba su integridad.

Luego, la falsa condesa indica que Clavileño, un caballo mágico, ha de transportar a don Quijote por el aire hasta el paradero de Malambruno. Por lo tanto, Sancho nuevamente intenta separarse de la inminente aventura de su amo y así esquivar una aventura que podría postergar su ascenso al gobierno de la ínsula:

–Ya lo querría ver...pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre un albarda más blanda que la misma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna!...no me pienso moler por quitar las barbas a nadie; cada cual se rape...que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje. Cuanto más que yo no debo hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

(II, 40, 324)

Además de notar su aversión a sufrir incomodidades, el villano expresa que el propósito de la aventura es insuficiente para merecer su esfuerzo. Asimismo, él observa que, a diferencia de en el caso de Dulcinea, el desencantamiento de estas personas no le incumbe. Sin embargo, la fingida condesa indica que restauración de ella y de las otras dueñas no puede lograrse sin la colaboración del escudero.

En reacción, Sancho replica a las afirmaciones de la falsa condesa con un discurso cuyo propósito es persuadir a los duques de que no es deseable que él acompañe a su amo. El villano reitera que no entiende por qué su colaboración es necesaria y se queja de que parece que los caballeros reciben todo el renombre mientras que los escuderos hacen todo el esfuerzo. Además, él comenta que cuando don Quijote vuelva de la aventura es posible que: "...hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto; porque pienso, en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes..." (II, 40, 324-5).

Desafortunadamente para él, sus anfitriones no aceptan su propuesta. Sin embargo, es notable la táctica que el escudero emplea con la intención de no colaborar en la restauración de las dueñas. Él miente que aprovechará la ausencia del caballero para avanzar el desencantamiento de Dulcinea, a sabiendas de que ella no está hechizada. Él claramente hace esto a fin de reemplazar una aventura que demorará su obtención de la ínsula con una obligación cuyo horario y cumplimiento él decide. El paralelo entre esos dos hechizos ilusorios es otro detalle más que sugiere que el escudero reconoce la farsa de los altos nobles. Él, al igual que los duques, intenta controlar, para su propio beneficio, un falso encantamiento. No obstante, sus anfitriones todavía ejercen más poder que él y le obligan a participar en la aventura con Clavileño.

Cuando aquel intento de Sancho de esquivar la aventura fracasa, él cambia de estrategia. El villano arguye que mujeres de edades tan avanzadas como las dueñas no merecen que él y su señor se esfuercen para quitarles las barbas. Infelizmente para el villano, esta argumentación tampoco logra su propósito. Luego, la supuesta condesa hace otra petición por la ayuda de don Quijote. Con respecto a la reacción de todos al discurso de la fingida Trifaldi, el narrador afirma que: "...sacó las lágrimas de los ojos de todos los

circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar a su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros” (II, 40, 326). A diferencia de muchos de los comentarios previos del narrador, su declaración de los supuestos pensamientos de Sancho no resulta verosímil. Si bien puede parecer caprichoso que descartemos este comentario, es importante recordar que la estructura narrativa del texto incorpora una diversidad de fuentes ficcionales que aportan diversas perspectivas e información que, en caso de conflicto, le obliga al lector a buscar consistencia. John Weiger explica:

Although the ‘primer autor’, the translator, the narrator and others are fictive entities—in effect, characters—created by Cervantes, their function of necessity provides the reader with differing perspectives. The creation of such figures shows that Cervantes intended to present his work from varying points of view from beginning to end...In order to create differing points of view it is necessary to create different sources, so that the work of fiction takes on the semblance of a work of history. (“On the ‘Autores’ of *Don Quijote*” 266)

Por lo tanto, en el presente estudio a veces cuestionamos o descartamos caracterizaciones de Sancho que el narrador o sus colaboradores textuales ofrecen porque las creemos inconsistentes con la conducta y la trayectoria del villano a grandes rasgos. Volviendo a nuestro análisis de Sancho, señalamos que, si bien es lógico pensar que los duques y sus coconspiradores lloran con el propósito de sostener la farsa, no es creíble pensar que esas palabras de la falsa condesa, en cambio a todas sus anteriores, conmuevan al escudero. Si el villano vierte lágrimas, es más probable que sean la consecuencia de su frustración con el retraso de su adquisición de la prometida ínsula. Asimismo, como ya analizamos, no

hay ningún otro detalle que apoye la idea del narrador de que Sancho se dedica plenamente a la aventura en el último momento o que realmente cree en el encantamiento de la fingida Trifaldi y las dueñas.

### Capítulo 41

La reacción de Sancho ante la llegada de Clavileño también recalca la idea que, a pesar de lo que conjetura el narrador, el villano no quiere participar en la aventura con Malambruno. Uno de los cuatro portadores del caballo de madera indica que debe subir sobre éste la persona que tenga voluntad de hacerlo. A esto el escudero replica: "...yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero" (II, 41, 327). Sin embargo, tanto el cargador como la falsa condesa reiteran que Sancho ha de acompañar a su amo. Don Quijote reafirma su deseo de entrar en batalla con Malambruno y poner fin al encantamiento de sus supuestas víctimas. En cambio, el escudero expresa otra vez que no desea ni involucrarse en la aventura ni montar a Clavileño:

–Eso no haré yo...ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe...que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa y se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro...bien estoy

en esta casa, donde tanta merced se me hace y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. (II, 41, 328)

Frente a la actitud recalcitrante del villano, el duque le asegura que, por mucho que dure la aventura, él recibirá su gobierno al concluir la. Además, el anfitrión explica: "...no hay ningún género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cuál más, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor a dar cima y cabo a esta aventura..." (II, 41, 328). Después de esta última advertencia, Sancho acepta acompañar a su amo, declarando: "...tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor o invocar los ángeles que me favorezcan" (II, 41, 330). Al igual que cuando el villano se ve obligado a prometer azotarse para el beneficio Dulcinea, Sancho reconoce que su participación en la aventura clavileña es un requisito para su obtención de la ínsula. Al igual que la duquesa previamente indica que la declarada aceptación de Sancho de los latigazos es un requisito para su ascenso al gobierno, el duque rotundamente explicita que su participación en el episodio clavileño es inexcusablemente obligatorio para lograr lo mismo. Por lo tanto, es manifiesto que los anfitriones intentan maximizar su control del escudero al recordar con cada vez más fuerza y claridad la revocabilidad de la promesa.

Don Quijote aprovecha la reciente súplica de Sancho de favor divino para afirmar que su compañero siente miedo ante la inminente aventura clavileña. Con este pretexto establecido, el hidalgo pide licencia de los duques para conversar retiradamente con su escudero. No obstante, en vez de intentar consolar al villano, el caballero indica que no tiene otro propósito sino convencerle a Sancho de darse latigazos sin que se enteren los

demás. El hidalgo aclara: "...querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y...te dieses a buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos..." (II, 41, 330). Además, don Quijote indica que sería particularmente provechoso que se azotase antes de salir en busca de Malambruno ya que tanto el amo como el escudero podría morir durante la inminente aventura. No persuadido por el intento de su señor de darle prisa para maltratarse a fin de contrarrestar el falso encantamiento, Sancho responde: "¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuestra merced que me lastime las posas?...Vamos a rapar a estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más" (II, 41, 330). Incapaz de convencer a Sancho, don Quijote acepta la reafirmación de la promesa de su compañero, opinando que si bien éste no es inteligente, al menos es honesto. Quizá burlándose del primero de estos juicios de su amo, el escudero indica no haberlo entendido. Sin embargo, el villano repite su mentira de que al volver de la aventura cumplirá la promesa con celeridad.

Nuevamente en compañía de los duques, don Quijote intenta animarle a su escudero a subir sobre Clavileño. No obstante, Sancho replica que su amo ha de ponerse primero en la silla para que él pueda posarse, después, en las ancas. Además, el villano agrega que él no podrá disfrutar de comida hasta ver a las supuestas dueñas sin barba. Luego, el narrador, el mismo que previamente conjetura erróneamente sobre el entusiasmo de Sancho, reconoce la desgana del escudero por participar en la aventura al describir que éste sube sobre Clavileño de "...mal talante y poco a poco" (II, 41, 331). De modo semejante, Sancho acepta ponerse a mujeriegas después de confirmar que no le

permitirán sentarse sobre algo blando como una almohada. Notablemente, él parece más preocupado con su comodidad que con el peligro al cual se podrá exponer. Si lo contrario fuera cierto, sería más lógico que se sentase más seguramente a horcajadas sobre un supuesto caballo volador en vez de precariamente y de lado.

Aunque el escudero innegablemente expresa en momentos previos que no desea participar en la aventura, no es fácil discernir si él realmente cree que Clavileño es capaz de levitar. Tampoco resulta evidente si su declarado temor es auténtico o si sencillamente sirve el propósito de proyectar la imagen pusilánime que los duques esperan de él. Al igual que Sancho reconoce que sus anfitriones le imponen el viaje clavileño como un requisito para su gobierno, él puede apreciar que le conviene a él cumplir con las expectativas que ellos tienen para él. Volveremos a analizar estos detalles después, a la luz de varios comentarios esclarecedores de Sancho. De momento, mencionaremos de paso algunas de las descripciones de las palabras y acciones del escudero que hasta entonces serán difíciles de interpretar adecuadamente. El narrador relata que el villano, montado en el caballo de madera, llora mientras les pide a los espectadores rezar por él. Además, cuando don Quijote critica esa petición suya, acusando al escudero de cobarde, Sancho expresa miedo de ser raptado por diablos. No obstante, su amo pide que él no invoque más a Dios ni que dé más señales de temor durante el viaje.

Con los ojos de tanto el amo como el escudero vendados, los espectadores, mediante sus exclamaciones, intentan corroborar la fantasía de que aquéllos están volando. Si bien Sancho reacciona apropiadamente ante el comentario de uno de ellos de que ha de sujetarse bien para evitar una caída, el villano advierte un detalle inverosímil y se lo plantea a su amo: “—Señor, ¿cómo dicen éstos que vamos tan altos, si alcanzan acá

sus voces, y no parecen sino que están aquí hablando, junto a nosotros?” (II, 41, 332).

Aun al descartar esta opinión de su escudero, don Quijote repara en que: “No parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que, en efecto, la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa” (II, 41, 333). Esta advertencia que ofrece el hidalgo sobre su experiencia sensorial y su impresión de que ellos no se desplazan corrobora y hace eco de la incredulidad de Sancho ante las voces audibles de los espectadores. Irónicamente, el comentario del caballero de que la aventura está desarrollándose como ha de suceder es acertado en el sentido de que el caballero y el escudero han de sufrirla según las condiciones impuestas por los duques. El villano concuerda que la aventura sucede como ha de ser y aprovecha la mención del viento para evocar otro detalle en términos que resaltan el artificio: “—Así es la verdad...que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando” (II, 41, 333). Esta descripción que ofrece Sancho no solamente evoca el método por el cual los coconspiradores de los duques imitan el viento sino que el empleo del villano de un sujeto plural de tercera persona y la preposición “con” insinúan que él sabe que la experiencia es una farsa.

Notablemente, cuando don Quijote especula que él y su escudero estarán cerca de una región celeste de fuego, éste anuncia que está considerando quitarse la venda de los ojos. El narrador describe tanto el procedimiento de los colaboradores de los duques como la reacción de Sancho:

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor dijo:  
—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego, o bien cerca, porque una

gran parte de mi barba se ha chamuscado, y estoy, por descubrirme y ver en qué parte estamos. (II, 41, 333)

Aunque la primera parte del comentario de Sancho podría indicar que el escudero concuerda con la opinión expresada por su señor, la segunda parte sugiere lo contrario. Las palabras del villano sencillamente indican, acertadamente, que los compañeros están en un lugar donde hay fuego y que esto le anima a verificar, mediante la vista, donde están. Si la ya examinada evidencia de la incredulidad de Sancho nos resulta convincente, la advertencia del escudero de que tiene la intención de quitarse la venda ha de interpretarse como una amenaza hacia los duques de que si ellos se propasan, él destruirá el simulacro. La causa de esta reacción de Sancho parece resultar de un temor de ser quemado puesto que él expresa que su barba está abrasada.

Mientras don Quijote intenta disuadir a Sancho de quitarse la venda y éste se queja de la dureza de Clavileño, los duques prenden fuego a los cohetes sobre los cuales sus víctimas están sentados. Al levantarse del suelo después de la explosión, el amo y el escudero se hallan en el mismo jardín de los duques pero esta vez sin la presencia de la supuesta condesa y sus dueñas. Además, encuentran una carta que indica que las dueñas están restauradas, la aventura está acabada y que el desencantamiento de Dulcinea se logrará cuando Sancho cumpla con los prometidos azotes. El narrador describe, además, que los anfitriones de don Quijote y su escudero simulan imperfectamente su despertamiento de un desmayo. Los duques y sus colaboradores se levantaron: "...con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas" (II, 41, 335). Dicho en otras

palabras, el narrador opina que la actuación de los coconspiradores es tan mala que no convencería a un espectador incrédulo, como Sancho.

En reacción al interés de Sancho por ver a la condesa sin barba, la duquesa le advierte que no tendrá una oportunidad para verla. Luego, el escudero y su anfitriona conversan acerca de la supuesta experiencia de él sobre Clavileño. El villano le cuenta una ficción acerca de lo que él hace después de que su amo le niegue permiso para quitarse la venda:

...mas yo, que tengo no sé que briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba e impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas, porque se vean cuán altos debíamos de ir entonces. (II, 41, 335)

Notablemente, Sancho no dice que su amo no lo ve quitarse la venda sino que *nadie* lo ve. Ésta es otra prueba del reconocimiento del escudero de que es una farsa y que sus anfitriones y los coconspiradores están presentes durante el fingido vuelo. Suponiendo que el estallido de los cohetes no afecta la memoria de Sancho, él confecciona el relato con el claro propósito de manipular la burla clavileña.

A la luz de nuestro previo análisis de varios indicios de que Sancho reconoce el verdadero carácter de la farsa, es convincente interpretar la historia del escudero como un intento de burlarse de sus anfitriones. R. M. Flores considera esa ficción como el ápice en el desarrollo de la imaginación del escudero, progresando desde la fingida entrega de la carta y el encantamiento de Dulcinea. Él analiza:

Sancho's untruths corroborate the evolution of his imagination because they are not static, capricious, or illogical, and because they confirm the fact that his imaginative horizons broaden in the company of Don Quijote...we may consider that Sancho's significant fabrications are the axis of the development of his imagination, and that they mark the culmination of its successive stages. (182)

Mientras que los duques y sus colaboradores definen muchas de las circunstancias, Sancho elabora su cuento a fin de ejercer control sobre un elemento de su situación. Sus anfitriones no pueden desmentir la fantasía que él presenta sin revelar que ellos son los autores del simulacro clavileño. Si bien el escudero necesita sufrir las bromas de los duques para obtener la ínsula, él utiliza el episodio para exponer su propia astucia. Dado que la anfitriona no desea confirmar la naturaleza de su farsa, ella no evoca su observación de la conducta de Sancho para rebatir la descripción que él ofrece de su experiencia. En cambio, la duquesa emplea lógica para demostrar que los hombres no podrían ser tan grandes en comparación con el mundo que él describe. Sin embargo, el escudero mantiene su anterior declaración, afirmando que durante el viaje él ve toda la tierra. La anfitriona replica, perspicazmente, que no es posible ver todo desde una sola perspectiva. No obstante, el escudero no vacila con respecto a su afirmación. Además, él agrega:

—Yo no sé esas miradas...sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara. Y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced como, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar,

señora mía, que es muy grande además...Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apée de Clavileño y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. (II, 41, 336)

Notablemente, antes de ofrecer una serie de detalles inverosímiles acerca de su experiencia, Sancho indica que todo cuanto cuenta, por improbable que parezca, ha de considerarse como verídico gracias al supuesto encantamiento clavileño. Es decir, el escudero evoca la supuesta magia de Malambruno para indicar que es tan verdadera como su propia historia fantástica que falsifica. De esta manera, el villano aprovecha la premisa mágica impuesta por los duques a fin de someter a éstos a un discurso absurdo que ellos no pueden refutar sin confesar sus propias intenciones y técnicas engañosas.

Cuando el duque le pregunta a don Quijote dónde está durante la excursión de su escudero, el hidalgo responde que él ni mira a hurtadillas ni desmonta de Clavileño. Además, si bien el caballero afirma que se puede atribuir a encantamiento la historia de Sancho, él declara que no es posible que hayan llegado hasta donde dice el villano. El hidalgo arguye que, de ser así, los dos se habrían quemado. En consecuencia, don Quijote concluye que el escudero está mintiendo o soñando. Esta acusación tampoco disuade a Sancho de proseguir en su defensa de su cuento acerca de su estancia con las cabras. El villano expresa: “—Ni miento ni sueño...si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.” (II, 41, 336). Este desafío que plantea Sancho reitera aun más la inhabilidad de los duques de rebatir sus falsedades sin que ellos descubran las suyas. Este reto que presenta el escudero a sus anfitriones claramente recalca la

inteligencia de Sancho y sugiere que él pretende advertirles que él no sufrirá sus burlas gratuitamente.

Con el aparente propósito de poner a prueba la integridad de la historia de Sancho, la duquesa le interroga sobre las señas de los rumiantes que afirma haber visitado. El villano responde con una ridícula y colorida descripción. Cuando el duque comenta que no existen en la tierra cabras con tales señas, el escudero replica, con la autoridad propia de un explorador, que es natural que hayan tales diferencias entre la experiencia cotidiana y la novedosa. Cuando el duque le pregunta al escudero si durante la visita ve un cabrón entre las cabras, el villano también ofrece una respuesta. Sancho replica: “—No, señor...pero oí decir que ninguno pasa de los cuernos de la luna” (II, 41, 337).

Notablemente, en su edición crítica, Allen observa que los editores no tratan el más intrincado significado de aquella frase. Efectivamente, el comentario del escudero parece polisémico. En parte, expresa que los rumiantes machos no pueden ir más allá de la luna. Además, la mención de Sancho de los cuernos lunares también sugiere al menos un nivel adicional de significado que se vale de un juego de palabras que involucra el sentido cornudo de la palabra cabrón. Proponemos que quizá sea una defensa de Sancho contra lo que percibe como un insulto dirigido a él por parte del duque. Éste podría estar cuestionando, metafóricamente, la fidelidad de la cónyuge del villano. Dicho en otras palabras, el escudero podría estar respondiendo que su alcance de tal altura celeste es una prueba definitiva de que él no es cornudo. Si éste es otro significado intencional del villano, constituye una bien disimulada defensa de su honor que responde a la injuria lanzada por el duque. Además, resulta sumamente atrevido en la medida en que implícitamente contrasta a Sancho, quien afirma haber llegado hasta los astros, con el

duque que no sostiene haberlo hecho. Por lo tanto, según la prueba planteada por Sancho, el duque podría ser cornudo.

Luego, los duques abandonan la conversación porque, según el narrador: “No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín” (II, 41, 337). Esta desgana de los anfitriones por proseguir en la conversación con su huésped es significativa. Mientras que ellos disfrutaban de la ridiculización del amo y del escudero sobre Clavileño, los duques se cansan de la farsa cuando Sancho se apodera de la situación e invierte la burla. Por su parte, don Quijote tampoco aprueba del cuento del villano. Él expresa su incredulidad ante la narración de su escudero y establece un paralelo entre ese contenido y su propia descripción de su experiencia en la cueva de Montesinos. El capítulo cierra con el hidalgo indicando que él, al igual que Sancho desea hacer creer que lo que describe es verdad, anhela lo mismo con respecto a su historia sobre su estancia en la caverna.

## Capítulo 42

En una subsiguiente conversación con el duque, Sancho hace una petición de intercambiar la promesa de la ínsula por una parte del cielo. A pesar de que el escudero no ha viajado hasta este lugar sino a través de su imaginación, es manifiesto que él es capaz de apreciar que existe una gran disparidad entre el tamaño del mundo que habita la humanidad y la inmensidad del cosmos. El villano expresa:

–Después, que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser

governador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio gobernar media docena de hombres...? Si Vuestra Señoría fuese servido de dame una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. (II, 42, 338)

Es estimable este comentario del escudero de que el dominio de la humanidad es finito. Implícitamente evoca, además, que a pesar de las diferencias socioeconómicas que pueden existir entre los seres humanos, como él y su anfitrión, lo que circunscribe de forma terminante los logros de cada uno son los límites físicos impuestos sobre la especie. Con la interrogación, el villano recalca que ni él ni el duque es exento de éstos. En reacción, el anfitrión comenta, siguiendo la creencia católica, que el cielo no es el dominio de la humanidad sino de Dios. En consecuencia, él reconoce ser incapaz de otorgarle a alguien siquiera una parte minúscula del cielo. Él aclara: “Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo” (II, 42, 339). Curiosamente, el duque sostiene que mediante maña —o sea, destreza o engaño— el escudero puede alcanzar bienes terrenales que le conseguirán beneficios celestiales. Sin embargo, Sancho enfatiza que su prioridad no es la conversión de bienes en favor divino. Al contrario, el villano expresa: “...venga esa ínsula; que yo pugnaré por ser tal gobernador que a pesar de bellacos me vaya al cielo. Y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador” (II, 42, 339). Aunque sin duda sigue teniendo ambiciones de ascenso socioeconómico para su familia, su reconocimiento de su propia curiosidad por gobernar ilustra nuevamente la afición por

experiencias novedosas que desarrolla al lado de don Quijote. Al igual que cuando Sancho vuelve a su hogar al final de la salida anterior, aquí expresa su aprecio por la aventura.

Frente al señalado interés del escudero por experimentar la autoridad de ser gobernador, el duque replica que tal poder abre el apetito. Además, el anfitrión indica que don Quijote se convertirá en emperador. “—Si una vez lo probáis...comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador...que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo” (II, 42, 339). De paso, hemos de observar que el duque procura revalidar la fe de Sancho de que ambos el amo y el escudero granjearán estatus y poder duraderos mediante la caballería andante. Asimismo, y quizá sin la intención del duque, su confesión acerca de su propia gusto por la autoridad revela la corrupción que tal poder es capaz de fomentar. En reacción a lo que dice su anfitrión, el escudero conjetura que es agradable mandar, por grande o pequeño que sea lo gobernado. En respuesta a este comentario, el duque advierte la astucia del escudero e indica que éste partirá al gobierno al día siguiente y con el vestimento apropiado.

Si bien el villano no rechaza la oferta del duque de proporcionarle un traje decoroso para un gobernador, él expresa que ningún ropaje cambiará su esencia. Además, el anfitrión le explica al futuro gobernador: “...iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras” (II, 42, 339). En reacción a esto, Sancho reconoce nuevamente su analfabetismo pero le asegura al duque que esto no será un impedimento para él: “—Letras...pocas tengo, porque aún no sé el A, B, C; pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen

gobernador. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante” (II, 42, 339). Al igual que hace Allen en su edición crítica, hemos de hacer eco de la observación de Clemencín de que Sancho privilegia la religiosidad por encima de la erudición como requisito para gobernar bien.

Don Quijote pone fin al diálogo entre el duque y Sancho a fin de conversar con éste a solas. En la discusión que sigue, el hidalgo instruye al villano. Sin embargo, ya que no todos sus comentarios son manifiestamente influyentes con respecto al comportamiento del futuro gobernador, los esbozaremos brevemente, demorándonos en los detalles más notables. El caballero se queja de que el escudero reciba un favor tan grande antes que él. Además, don Quijote indica que el villano no merece tal premio y que él no ha de atribuirlo a sus obras sino a la providencia y a la caballería andante. Luego, el hidalgo le aconseja “...temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada” (II, 42, 340). Después, don Quijote explica que es esencial que Sancho conozca a sí mismo para así evitar que ensoberbezca. El villano reconoce sus humildes orígenes socio-económicos y explicita: “Pero esto paréceme a mí que no hace al caso; que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes” (II, 42, 341). El caballero concuerda con su sirviente, sugiriendo también que, una vez en el poder, él enfatice su linaje campesino para así inocularse contra las posibles críticas de sus desacreditadores. Asimismo, le asegura que es imposible enumerar todos los casos de personas de orígenes humildes, como Sancho, que ascienden a altos cargos clericales o gubernamentales. Además, don Quijote afirma que la virtud es más valiosa que la sangre de las estirpes nobles y agrega que el villano no ha de desdeñar a sus parientes que no suban las escalas.

Luego, el hidalgo le instruye a su escudero que éste pronto ha de traer su cónyuge al gobierno. El caballero prosigue, indicándole a Sancho que él ha de educar a su esposa para que abandone su ignorancia y adquiera buenas modales ya que, según don Quijote, las consortes de tales oficiales suelen arruinar a sus maridos. Además, el hidalgo le indica que, en caso de que muriese ella, él puede casarse con alguien mejor. No obstante, ella no ha de ser: “...anzuelo y caña de pescar, y del *no quiero* de tu capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuarto tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida” (II, 42, 341-2). Si bien don Quijote expresa que un nuevo matrimonio del villano podría ser con una mujer cuyas cualidades excedan las de su presente esposa, él no explicita cuáles características de la nueva esposa aventajarían a las de la anterior. Sin embargo, él le advierte a su compañero que éste no ha de permitir que esa cónyuge extraiga favores de otros individuos porque eso perjudicaría la suerte de su alma. Dada la ambigüedad del comentario, don Quijote parece advertirle a Sancho del peligro de tanto la corrupción como la infidelidad.

Luego, el caballero ofrece una serie de otras recomendaciones con respecto al deber justiciero de un gobernador. Le previene a su escudero contra la arbitrariedad. Asimismo, él le aconseja: “Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia, que las informaciones del rico” (II, 42, 342). Además, don Quijote aclara que Sancho ha de buscar la verdad entre las peticiones y las emociones del primero y los ofrecimientos y el dinero del segundo. Estos últimos dos consejos manifiestan que el amo teme que tanto la compasión de Sancho por alguien pobre como su avaricia puede influir sus decisiones judiciales. El caballero también le recomienda no ser demasiado severo

con los malhechores y que su compasión y no su avaricia ha de inspirar su magnanimidad. También, el hidalgo le advierte que su opinión de un demandante o un acusado no ha de figurar en sus decisiones y que, de lo contrario, esto le perjudicaría como juez. De modo semejante, la belleza de una mujer tampoco ha de provocar que él pronuncie una decisión contraria a la justicia. Asimismo, don Quijote expresa que Sancho no ha de maltratar verbalmente a alguien sobre quien impondrá otra punición. Además, el caballero indica que un juez ha de orientarse más hacia la misericordia que hacia el rigor. Sin embargo, el hidalgo indica que esto solo se ha de hacer en situaciones en que tal conducta no afrentaría a otros. Por último, don Quijote afirma que la adhesión a sus consejos asegurará para Sancho mucho de lo que éste puede desear: una vida larga y pacífica, fama, premios, felicidad, la libertad de casar a sus hijos con quien él quiere, títulos heredables y la oportunidad de conocer a sus tataranietos.

### Capítulo 43

En el próximo capítulo continúa la conversación entre Sancho y don Quijote sobre los consejos de éste acerca del futuro gobierno de aquél. El narrador describe que el escudero presta suma atención a las palabras de su amo con el aparente propósito de recordar las recomendaciones y ponerlas en ejecución. El caballero recalca la importancia de asearse y de cuidar su apariencia. Además, el hidalgo le recomienda que escoja ropa respetable para sus sirvientes y que utilice la mitad del presupuesto sartorial para vestir a menesterosos. A pesar de haberle aconsejado anteriormente que ha de lucir sus humildes orígenes, don Quijote le indica que debe evitar comida que podría revelarlos. Él agrega que Sancho ha de caminar lentamente y hablar detenida y modestamente. Asimismo, él

indica que el villano ha de beber alcohol de forma moderada y de guardar el decoro al comer.

Luego, don Quijote le indica a su compañero que éste ha de reducir la cantidad de refranes que emplea en sus discursos. Aunque el villano concuerda en que las expresiones que utiliza a veces son tanto incongruentes como excesivos, él aclara que su conducta responde a impulsos que él no logra dominar: "...sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen, por salir, unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo." (II, 43, 344). Si bien el escudero da su palabra de pronunciar menos sentencias y de procurar que sean relevantes, el diluvio de proverbios que suelta inmediatamente después desmiente esa promesa. Ante esta muestra de la dificultad de alterar la conducta de su compañero, don Quijote le pide otra vez tener en cuenta su recomendación.

Pasando a otras y diversas advertencias, don Quijote le instruye a Sancho acerca de cómo ha de montar a caballo de un modo consistente con la dignidad de su futuro oficio. Además, el caballero le indica que ha de ser templado con cuanto duerme y de evitar la holgazanería. Don Quijote también le recomienda que no contraste las estirpes puesto que los alabados no recompensarían sus elogios y los afrentados tendrían una causa para odiarlo. Asimismo, el amo le precisa al futuro gobernador cómo ha de vestirse y le promete aconsejarle sobre cualquier otro asunto que se le presente.

En respuesta a las muchas y variadas advertencias de su señor, Sancho descubre que no ha podido asimilar toda la información y que, debido a su analfabetismo, hará falta que el hidalgo la escriba para que el confesor se lo lea. Este comentario contrasta nuevamente la cultura principalmente oral de Sancho y la importancia de los proverbios

como su método de memorización frente a los diversos conocimientos de su amo que se basan en sus propias lecturas y relecturas de textos. El recuerdo de que Sancho es iletrado le provoca a don Quijote a lamentar la ignorancia de su escudero y le inspira a ofrecer enseñarle a firmar su nombre. El caballero opina que el analfabetismo, al igual que no ser diestro, descubre o bien el bajo nacimiento de una persona o bien su malevolencia. En reacción a estos reparos del hidalgo, Sancho indica que sabe firmar y que adquiere tal conocimiento ejerciendo el rol de sacerdote. Además, Sancho insinúa ser zurdo pero indica que esto no será un impedimento para que sea gobernador. En concreto, el escudero arguye: "...fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio si no es para la muerte; más que teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere..." (II, 43, 268). De esta manera, Sancho no solamente ilustra otra vez su industria sino que además reitera, a pesar de los obstáculos que evoca don Quijote, su confianza en su habilidad de gobernar.

La serie de aforismos con que Sancho continúa su discurso frustra nuevamente al hidalgo. No obstante, el caballero por fin revela un factor de ese agobio que encubre anteriormente. Después de afirmar que el refranero mental de Sancho provocará el fracaso de su gobierno o incluso su muerte, el amo agrega: "Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato, que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase?" (II, 43, 268). Esta confesión de don Quijote subraya que, a pesar de subestimar su intelecto, el hidalgo envidia los conocimientos de su escudero. De hecho, el villano accede a sus conocimientos aforísticos con una facilidad y presteza que su amo no logra reproducir. En reacción, Sancho hiperbólicamente responde que este hecho no es de sorprender dado que no tiene otra hacienda sino sus sentencias. Es manifiesto que

tanto el caballero como el escudero reconoce que la habilidad de éste de discurrir compite con la del hidalgo. Luego, Sancho indica que callará los demás refranes que tiene en el punto de la lengua. Sin embargo, el hidalgo replica que desea saber cuales son esos proverbios y los dos empiezan a discutir sus significados.

En vez de continuar debatiendo el contenido de los aforismos, don Quijote expresa que no intentará más persuadirle a Sancho de sus opiniones antes de que éste entre en el gobierno. Luego, comenta que la responsabilidad de aceptar o rechazar las lecciones ya ofrecidas cae sobre el escudero. Asimismo, el hidalgo sostiene que el fracaso del gobierno de Sancho le avergonzaría como amo pero que la culpa redundaría sobre el villano. Por último, el caballero le desea el favor divino en su inminente puesto y le indica al escudero que: "...has de dar con toda ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias" (II, 43, 347). En respuesta a este pronóstico pesimista de su señor, Sancho revela sus preocupaciones y sus prioridades:

...si a vuestra merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto; que más quiero un solo negro de mi uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuestra merced mira en ello, verá que sólo vuestra merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha

de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

(II, 43, 347-8)

Esta declaración del villano de que optaría por la salvación eterna de su alma, en vez del control temporario de un gobierno terrenal, finalmente consigue la aprobación general del hidalgo. En particular, el caballero expresa que, para aplicar debidamente los conocimientos necesarios para gobernar, hace falta la voluntad de hacer bien que tiene Sancho. De este modo, el villano por fin recibe el apoyo de la única persona cuya opinión sobre su aptitud para ascender al poder parece importarle. Esto ilustra que, a pesar de las diferencias entre sus objetivos y sus visiones del mundo a lo largo de sus aventuras, Sancho sinceramente valora el juicio de su compañero sobre esa ambición que despierta en él.

#### Capítulo 44

El narrador describe que don Quijote luego le proporciona al villano una versión escrita de sus consejos y que los duques obtienen ese texto y disfrutan de ello. Asimismo, el narrador agrega: “Y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula” (II, 44, 350). Esta descripción evoca algunos detalles notables. El narrador cuestiona tanto la naturaleza de la supuesta ínsula como la credulidad de Sancho al respecto. Ya que hasta entonces el escudero no tiene mucha información sobre el lugar que gobernará, ni tampoco la tiene el lector, no intentemos de momento indagar en su juicio acerca de la ínsula, ni en averiguar el verdadero carácter de ésta. No obstante, la descripción que ofrece el narrador evoca, además, que el escudero irá acompañado del mayordomo que anteriormente finge ser la

condesa Trifaldi. Este dato sí ofrece una oportunidad para analizar los pensamientos de Sancho y su incredulidad. Las similitudes entre el aspecto de la supuesta Trifaldi y el del mayordomo no pasa desapercibido por el escudero. Al contrario, éste las comenta a su amo. Sin embargo, el caballero descarta la importancia la opinión del villano, insinuando que es una consecuencia de la intromisión de encantadores. No obstante, Sancho sigue sosteniendo su propia impresión, agregando que: “-No es burla...sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o desfaga mi sospecha” (II, 44, 350). Curiosamente, don Quijote aprueba el procedimiento que propone Sancho, pidiéndole que le comunique todo cuanto descubra al respecto además de todo lo que le acontezca como gobernador. El narrador relata que después de esta conversación entre los compañeros, el villano se despide de sus anfitriones y de su amo. Además, describe que don Quijote le encomienda a Dios y que ambos él y su escudero lloran. También retrata el narrador que Sancho se va bien vestido y con un séquito. Con respecto a las emociones del escudero durante su viaje, detalla que: “Volvía la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña” (II, 44, 351). Este momento en la historia marca uno de los hitos más importantes en la evolución de Sancho. Por un lado, es un momento en que el villano puede saborear el inminente logro de una ambición huidiza que pronto pondrá a prueba su razonamiento y su constitución como persona. Asimismo, inaugura la más larga separación de él y el caballero durante los muchos episodios. En consecuencia, Sancho habrá que protagonizar las aventuras, de forma independiente, hasta reunirse nuevamente con don Quijote.

## Capítulo 45

En el capítulo cuadragésimo quinto aparece una extendida descripción de la acogida de Sancho en su nuevo gobierno. Relata el narrador que:

...llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Díeronle a entender que se llamaba la ínsula Barataria, o ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, o ya por el *barato* con que se le había dado el gobierno. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo a recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. (II, 45, 359-60)

Aunque el narrador sugiere que la ínsula es un simulacro, los detalles de la recepción claramente tienen el propósito de convencer a Sancho de la autenticidad del gobierno. Vicente Pérez de León advierte la convincente complejidad de los métodos que los anfitriones emplean para engañar tanto a don Quijote como a Sancho: “Los duques han creado un universo adecuado para sus adoptados súbditos dentro del artificial entramado de poder que ostentan sobre ellos, basado en el conocimiento de sus tendencias y deseos, para ejercer un cuidadoso y adecuado plan a partir del cual se prediga y ejerza el control y dominio de las acciones...” (53). En un comentario subsiguiente, el narrador incluso observa que no todos los insulanos conocen la naturaleza de la farsa. Además, el narrador no aclara si el poder conferido a Sancho es completamente ilusorio o si el gobernador goza de cierta autoridad efectiva, si bien limitada y temporaria. Con respecto a esta

segunda posibilidad, podemos considerar que los duques posiblemente instalan a Sancho de modo provisional en un cargo administrativo en un pueblo que ellos presentan como una ínsula. Es decir, en función de sus deseos, ellos podrían o bien ridiculizar la creencia del villano en su autoridad como gobernador o bien podrían conferirle cierta autoridad verdadera a fin de burlarse no solamente de sus decisiones sino además de las consecuencias de éstas sobre sus súbditos.

Sea cual sea la extensión de su autoridad, el aparente poder del gobernador, junto con la ausencia de pruebas convincentes de que él cuestione la autenticidad del puesto y de la ínsula, nos impele a estudiar su conducta y sus pensamientos como si él fuera el legítimo líder de Barataria. Habiendo definido nuestra aproximación al análisis de la estancia de Sancho en la ínsula, retomemos el hilo de la narración.

Después de que el mayordomo le explique a Sancho que éste tendrá que pasar una prueba evaluativa, los dos conversan acerca de un letrado que anuncia su ascenso al poder. El mayordomo le aclara que el rótulo emplea el título “don” para referirse a él. La reacción del gobernador a este detalle evoca el conflicto entre sus ambiciones socio-económicas y su orgullo como miembro del estado llano: “...yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas...y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más *dones* que piedras...si el gobierno me dura cuatro días, yo escardaré estos *dones*, que, por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos” (II, 45, 360). La crítica del gobernador de los títulos hereditarios descubre su hostilidad hacia la jerarquía social que desfavorece a la clase en la que nace y a la cual pertenece su familia durante generaciones. Paradójicamente, el villano desea asegurar para su familia títulos y un ascenso socioeconómico pero sin dejar atrás su clase y sin siquiera aceptar para sí

mismo el “don” que marca su nuevo rango. No obstante, es notable que él ya no expresa el temor de no poder gobernar bien. Sin embargo, la resistencia del gobernador hacia ciertos elementos que conlleva el puesto hace eco de algunas de las protestas que hace su cónyuge poco antes de la segunda salida. Es notable que Sancho no experimenta esta ambivalencia con respecto al gobierno hasta tenerlo entre las manos. Es decir, si bien en momentos previos él cuestiona si es viable convertirse en gobernador, Sancho no se ve previamente obligado a confrontar que su ascenso implica su abandono de aspectos de su vida pasada que hasta entonces constituyen partes tan fundamentales de su identidad.

Sancho abandona la conversación sobre los títulos hereditarios a favor de juzgar un pleito, bien sea auténtico o bien sea confeccionado por los duques. Un sastre explica que su cliente está descontento con las cinco caperuzas que cose. El primero describe que el alcance inicial del proyecto es tan solo una caperuza pero que el comprador:

...debió de imaginar, a lo que imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; antes me pide que le pague o vuelva su paño. (II, 45, 361)

Si bien el cliente concuerda con la descripción del sastre, él pide que éste le enseñe las caperuzas al gobernador. Después de ver Sancho que los gorros no son de un tamaño para cubrir las cabezas sino los dedos de personas, él impone: “...que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no

haya más” (II, 45, 361). De este modo, él castiga la malicia de tanto el sastre travieso como el cliente desconfiado. Además de anular la recompensa del costurero y de quitar la tela del labrador, Sancho redistribuye las caperuzas a individuos que no están aliados con ninguno de los dos. Esto inocula al gobernador contra acusaciones de favoritismo a la vez que les ofrece a los prisioneros algo de dudoso valor pero que ellos probablemente intentarían aprovechar más que lo harían otros individuos con más acceso a recursos.

Los próximos dos hombres que se presentan ante Sancho sostienen diferentes descripciones acerca de un préstamo. El demandante explica que él da prestado diez escudos al deudor “...con condición que me los volviese cuando los pidiese...pero, por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto” (II, 45, 361-2). El narrador detalla que el deudor, después de pasar su báculo al demandante, jura en la cruz: “diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos” (II, 45, 362). Luego, describe el narrador que el prestador acepta el juramento de su contrario, afirmando que: “...debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada” (II, 45, 363). Luego, el demandado recupera su báculo e intenta ponerse en camino. Sin embargo, el gobernador desposee al deudor del bastón y ordena quebrarlo. Dentro, el demandante halla los diez escudos. Luego, el narrador explica qué le inspira a Sancho a tener tal sospecha. Además de describir que el gobernador se percata de que el demandado transfiere el báculo a su

contrario antes del juramento, el narrador aclara que Sancho: "...había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar..." (II, 45, 363). Si bien la averiguación del paradero de los escudos no es puramente el resultado de la perspicacia y del razonamiento de Sancho, su habilidad de retener y aplicar la lección del cura recalca nuevamente su talento por aprovechar su experiencia para guiar su conducta.

Durante el próximo pleito que escucha Sancho, una mujer acusa a un hombre de haberla violado. Empleando muchos eufemismos, ella indica que el supuesto agresor comete el crimen en el campo y que pone fin a sus más de veinte y tres años de virginidad. Por su parte, el criador de cerdos describe que él y la mujer sí tienen relaciones sexuales pero que son con consentimiento mutuo. Asimismo, él indica que ella se prostituye e insinúa que el pleito resulta de que ella no está satisfecha con la paga recibida. Es digno de notar que el narrador observa que ella está fuertemente asida del hombre y que éste indica que ella lo trae hasta el tribunal. A petición del gobernador, el acusado le transfiere a la mujer una bolsa de ducados que lleva consigo. Luego, Sancho le manda robarle el saco de dinero. El narrador describe que, al regresar delante del gobernador: "...volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible según la mujer la defendía..." (II, 45, 364). En reacción a la queja de la mujer de que el hombre intenta despojarle de la bolsa, Sancho le pregunta si el segundo tiene éxito. En parte, la demandante responde: "Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa!...¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso!" (II, 45, 364-5). Al hacer su juicio sobre el caso, el gobernador toma en cuenta tanto la prueba de las fuerzas relativas del hombre y de la mujer como el explícito

reconocimiento de ambos de la superioridad física de ella. En consecuencia, Sancho extrapola que, contrario a la acusación, el hombre no habría podido violarla bajo las circunstancias que describe ella. Por lo tanto, el gobernador destierra a ella de la ínsula con la amenaza de castigarla con latigazos si infringe su decreto. Además, él le devuelve al hombre el dinero y le aconseja que no ha de tener relaciones con otras personas si no desea arriesgarlo. Si bien es posible criticar la legitimidad de la prueba que utiliza Sancho, ya que el acusado podría perder la lucha por el dinero con el propósito de falsificar su debilidad frente a la mujer, el resto de la evidencia corrobora la conclusión del gobernador. Es decir, la habilidad de la acusadora de arrastrar al ganadero hasta el tribunal también indica las fuerzas superiores de ella. Asimismo, el hecho de que la demandante se contenta con el dinero y se va sin pedir castigo para su supuesto agresor indica que su preocupación es pecuniaria y no justiciera. Asimismo, la eventual declaración de la mujer de su superioridad física frente a ese hombre sugiere que su acusación es falsa.

Antes de seguir con el análisis de los subsiguientes episodios del texto, urge hacer un breve apartado sobre el inquietante contenido del pleito que acabamos de analizar. Por supuesto, Sancho no es responsable de la aparición del litigio sino que es o bien un auténtico pleito (dentro del mundo novelesco) o bien es una invención para entretener a los duques que recibirán noticia de sus consecuencias. Cualquiera que sea la naturaleza del caso, el juicio del gobernador acerca del carácter de la denuncia se basa en una examinación de la evidencia disponible, incluso las fuerzas relativas del acusado y de su

supuesta víctima.<sup>9</sup> Sin embargo, el método que emplea Sancho resulta ofensiva ya que pone a una declarada víctima en manos de su supuesto agresor.

Además, el hecho de que toda la evidencia desmiente la acusación de ella no mitiga la preocupante naturaleza de la situación planteada. En particular, la presentación de una mujer que denuncia falsamente a un hombre de violación puede, injustamente, dar la falsa impresión de que relativamente muchas acusadoras hacen lo mismo. También, es alarmante la idea de que la acusadora intente explotar el auténtico sufrimiento de otras mujeres a fin de sacar provecho económico, a la vez que arriesga contaminar la credibilidad de las verdaderas víctimas de tal tipo de crimen. Sea cual sea la crítica que se quiera hacer de la inclusión de un pleito que cuestiona la credibilidad de una supuesta víctima de abuso sexual, el episodio encierra una lección notable e incómoda que no pasa desapercibida por el gobernador. Sancho se guía por la evidencia y el resultado recuerda que no todo acusado es culpable ni tampoco es todo denunciante honesto.

## Capítulo 47

En el capítulo cuadragésimo séptimo el gobernador se encuentra, con cierta ceremonia, ante un amplio banquete que tantea su apetito por el buen comer y el buen beber. El narrador observa que Sancho apenas logra consumir un primer mordisco antes

---

<sup>9</sup> En la crítica, el episodio provoca diversas opiniones sobre la veracidad de la acusación y la justicia de la sentencia que hace el gobernador. Por ejemplo, Stacey Parker Aronson sostiene que Sancho imita “...a once all too common judicial tendency to blame the victim for her own rape by suggesting that a lack of physical injury was evidence that she had not fought back and perhaps had consented...” (131). En cambio, Enriqueta Zafra caracteriza a la acusadora como una prostituta no violada, simplemente notando que ella, como las demás de su profesión en la novela, no desempeña su oficio en un prostíbulo: “En cuanto a las prostitutas, éstas no llevan a cabo su negocio en las casa públicas...la prostituta de la ‘ínsula’ de Sancho...lo hace por los caminos...” (638).

de que un sirviente le quite dos platos que hasta entonces están a su alcance. En respuesta a una pregunta de Sancho acerca del carácter evasivo del banquete, uno de los presentes responde:

–No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo señor soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud...tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir a sus comidas y cenas, y a dejarle comer de lo que me parece que conviene, y a quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño. (II, 47, 372)

En vez de debatir las subsiguientes explicaciones del consejero de su razonamiento, ya que aquéllas se basan en creencias médicas con que Sancho no parece estar suficientemente familiarizado para refutar, el gobernador le expresa el gran hambre que siente y le interroga cuáles de las comidas son lícitas. Después de negarle varios platos adicionales, el doctor por fin le indica lo que sí puede comer. Aquella contestación aparentemente desagrada al gobernador y le impulsa a pedir no solamente el nombre del médico sino también la de la institución donde cursa sus estudios. Sancho le amenaza al doctor Pedro Recio de Agüero, aclarando: “...voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos los...honraré como a personas divinas” (II, 47, 374). Sin embargo, el gobernador ni logra satisfacer su hambre ni expulsar al médico en ese momento ya que una epístola del duque interrumpe sus designios.

Después de que el secretario ojee la carta, Sancho les obliga a todos los presentes ausentarse excepto aquél, el maestresala y el mayordomo. Luego, el narrador repara en la sorpresa del gobernador ante la lectura del secretario del aviso ducal. La carta comunica que un grupo deseoso de asesinar a Sancho infiltra la ínsula y que un golpe de estado es inminente. Después, el gobernador ordena encarcelar al médico y se resigna a comer lo que él juzga lo menos probable de estar envenenado. Sancho comenta la importancia de alimentarse para poder así guardar fuerzas con que confrontar a los enemigos. Asimismo, le indica al secretario que, de su parte, ha de responder fielmente a los duques y de pedirles que recuerden mandar una carta suya y otros bienes a su esposa. También, Sancho requiere que el secretario comunique su agradecimiento a su antiguo amo. Por último, él reitera que alguien ha de traerle la comida que pide.

Por la tercera vez en el capítulo, algo interrumpe el intento del gobernador de satisfacer su hambre. En este caso, la causa es la aparición de un labrador negociante. Asimismo, el maestresala indica que, a pesar de la ausencia del doctor, Sancho tendrá que esperar hasta la cena para comer. Después, el gobernador lamenta la hora de la venida del labrador además del cansancio y los sacrificios gastronómicos a los cuales está sujeto en su nuevo oficio. Sin embargo, Sancho le concede audiencia al recién llegado con tal de que sus sirvientes verifiquen que no es ni asesino ni espía. El labrador se arrodilla ante el gobernador e intenta besarle la mano pero éste le manda ponerse de pie y hablar libremente. No obstante, el resto de su conversación resalta que la falta de comida y de reposo disminuye la paciencia de Sancho. Verbigracia, el negociante ofrece una descripción de su familia que parece aburrirlo. En reacción, el gobernador resume la viudez del labrador groseramente e insinúa que la historia le está robando tiempo para

dormir. Sin embargo, el negociante prosigue con su descripción, detallando la fisionomía de la enamorada de uno de sus hijos. Sancho reconoce la calidad de esa descripción pero indica que el labrador no debe dilatarla más y que ha de hacer su petición sin más retraso. Finalmente, el negociante le pide al gobernador que le otorgue varios cientos de ducados y que le escriba al futuro consuegro para abogar por el casamiento. En respuesta, Sancho critica no solamente la hora en que el labrador se presenta ante él sino también su osadía al solicitar dinero que el gobernador no tiene causa para darle. Luego, él expulsa al negociante con amenazas que recuerdan las que lanza previamente contra el médico.

#### Capítulo 49

Dos capítulos después, el narrador retoma el hilo de la experiencia de Sancho. Después de lamentar nuevamente las inconveniencias de ser gobernador, éste comenta, con respecto a las personas que se presentan ante él: “Y si el pobre juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquél el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos, y aún les deslindan los linajes” (II, 49, 389). Estas afirmaciones demuestran que él simpatiza más con personas que desempeñan altos cargos administrativos y que él reconoce la ignominia en la que pueden caer aun los mejor intencionados de los líderes. Esto es a diferencia de cuando el escudero previamente le critica al duque por pasar tiempo descansando en el monte. Luego, Sancho por fin satisface su hambre e indica que de ese momento en adelante no desea manjares sino comidas populares. Él prosigue, rogando colaboración y prosperidad general: “...y no se burle nadie conmigo, porque o somos, o no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece, para todos amanece. Yo

gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo traiga el ojo alerta...” (II, 49, 390). Con respecto a las ambiciones gubernamentales de Sancho, él detalla:

...vamos a rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazanes y mal entretenida...Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos, y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos.  
(II, 49, 391)

Tomando en cuenta los orígenes obreros de Sancho, su favorecimiento del estado llano no resulta sorprendente. Tampoco es novedosa su dedicación al catolicismo. No obstante, es notable que su ascenso y su nueva simpatía por los que ejercen cargos administrativos no interfieren con su fidelidad hacia la clase social de que procede originalmente. Al igual que recomienda don Quijote, el villano no olvida sus orígenes.

Durante su inspección de la ínsula, Sancho topa con dos hombres peleando después de salir de una casa de juego. Uno es el ganador de unos mil reales y el otro es un testigo del éxito del primero. El segundo reclama una mayor donación que los cuatro reales ya recibidos del apostador e insinúa que éste consigue sus ganancias mediante trampa. El victorioso se niega a darle más dinero y se defiende contra la acusación de engaño. En reacción, Sancho dicta lo siguiente:

...vos ganancioso, bueno, o malo, o indiferente, dad luego a este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid desta ínsula desterrado

por diez años, so pena si lo quebrantáredes, los cumpláis en la otra vida... (II, 49, 392)

Consistente con el proyecto político que describe anteriormente, Sancho expulsa al extorsionista. Sin embargo, antes de hacerlo, el gobernador manda que el ganador le reparta dinero para facilitar su establecimiento en otro lugar. Asimismo, ordena que contribuya parte de sus ganancias a los reos empobrecidos. De esta manera, él claramente busca el equilibrio entre la justicia y la misericordia que previamente recomienda su amo. Además, la opinión de Sancho de que los garitos son perniciosos para la comunidad es manifiesta después cuando él expresa su deseo de cerrarlos. No obstante, el escribano indica que si bien el gobernador puede interferir en casas de juego semejantes, no puede en aquélla debido a la importancia del propietario.

Luego, Sancho topa con un joven que huye de la justicia. Cuando el gobernador le interroga acerca de las razones por las cuales se fuga, el joven contesta con sinceridad: “—Señor, por escusar de responder a las muchas preguntas que las justicias hacen” (II, 49, 393). La respuesta del pícaro estrictamente satisface la pregunta del gobernador. Sin embargo, no ofrece ningún dato que Sancho no sospeche de antemano. Es evidente que el joven maneja hábilmente su discurso y que, al hacerlo, emplea cierto humor.

Prosiguiendo con la indagación, el gobernador le pregunta su oficio. El adolescente responde que es tejedor. Cuando Sancho le pregunta qué teje, el joven responde que “hierros de lanzas”. De nuevo, la réplica del joven no agradece al gobernador. A pesar de la evidente frustración de Sancho, él continúa el intercambio: “—¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis? Está bien. Y ¿adónde íbades ahora?” (II, 49, 393). Otra vez, el joven responde, sin proporcionar la información deseada. Esto desencadena la ira de

Sancho que, si bien no puede controlar el discurso de su contrario, sí puede controlar el espacio que ocupa. El gobernador declara: “—¡Bueno! Respondéis muy a propósito, discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que soplo en popa, y os encamino a la cárcel. ¡Asilde, hola, y llevadle; que yo haré que duerma allí sin aire esta noche!” (II, 49, 393). Cuando el pícaro declara que Sancho no podrá obligarle a dormir en el calabozo, el gobernador reafirma su autoridad legal: “—Pues, ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel?...¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?” (II, 49, 394). En reacción, el joven observa, en parte:

Prosuponga vuestra merced que me manda llevar a la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?  
(II, 49, 394)

Sancho reconoce el recién señalado límite de su poder y por lo tanto busca un compromiso que no castigue innecesariamente al joven pero que tampoco socave su propia autoridad. Por consiguiente, el gobernador le pide al detenido clarificar si su decisión de no dormir es un ataque intencional contra su autoridad y éste responde que no lo es. Con esto declarado, Sancho le permite al joven irse pero le advierte que otros no serían tan misericordiosos como él. A la vez que la experiencia claramente recuerda a Sancho que su dominio es limitado, también ilustra su inclinación contra la rigurosidad, aun cuando un súbdito se burla de él.

Después, el gobernador se encuentra con dos corchetes que prenden a una joven travestida. Frente a las interrogaciones de Sancho, ella indica: "...no soy ladrón ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que a la honestidad se debe" (II, 49, 395). Luego, declara quién es su padre pero luego se corrige cuando el mayordomo cuestiona su afirmación. Ella aclara que no pretende engañarlos con esa primera respuesta sino que se equivoca porque está aturdida. Aunque Sancho y algunos miembros de sus séquito sospechan que la doncella sufre alguna desgracia, ellos descubren que ella simplemente conspira con su hermano para salir de la casa en que su padre la tiene encerrada durante una década. Ella confiesa: "—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el deseo de ver mundo, que no se extendía a más que a ver las calles de este lugar" (II, 49, 398). Al confirmar estos detalles con el hermano de ella, Sancho los reprocha por no haber explicado la situación brevemente y con claridad. El gobernador los deja en casa de su padre, observando que él posiblemente no se habrá percatado de la ausencia de sus hijos. A pesar de devolverlos a su hogar, Sancho aparentemente juzga favorablemente a ambos. La indulgencia que muestra con la doncella sugiere que simpatiza con su anhelo de explorar. Igualmente, parece aprobar de la solidaridad del hermano con ella. El capítulo cierra con el narrador afirmando que Sancho decide discutir, en algún momento futuro, la posibilidad de casar al joven con su hija.

## Capítulo 51

El capítulo quincuagésimo primero menciona, de paso, que el médico logra convencerle a Sancho a aceptar ciertas restricciones alimenticias. Curiosamente, el

narrador no aclara cómo el doctor interactúa con Sancho ya que éste ordena su encarcelamiento cuatro capítulos antes. Sin embargo, los límites sobre la comida de Sancho provocan su frustración hasta tal punto que: “...en su secreto maldecía el gobierno y aun a quien se le había dado...” (II, 51, 409). Después del desayuno, un hombre se presenta ante el gobernador pidiendo su consejo acerca de un caso legal. Él explica que los usuarios de un cierto puente pueden utilizarlo con tal de que declaren su destino y su propósito. Si afirman su verdadera intención, pueden travesarlo libremente. Si mienten, son condenados a morir ahorcados. El hombre en cuestión, al igual que el joven “tejedor” en un episodio previo, desafía a la autoridad. Si bien el hombre responde a la interrogación de los jueces, su respuesta pone a prueba las leyes que rigen el puente, así provocando una crisis. El presentador del caso describe: “Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa” (II, 51, 410). Sancho resume hábilmente: “...el hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen” (II, 51, 410). De este modo, es patente que el hombre que cruza el puente explota las reglas, revelando una lógica circular sin escapatoria. El gobernador inicialmente propone de forma pseudo-salomónica, y quizá en tono de burla, partir al hombre por la mitad perdonando la parte honesta y ahorcando a la embustera. Cuando el presentador del caso reconoce que esa resolución no es factible, Sancho opta por la misericordia. Él observa que el hombre travieso: “...tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente...están en un fil las razones de condenarle o absolverle, que le dejen pasar

libremente, pues siempre es más alabado hacer bien que mal” (II, 51, 411). Joseph Jones caracteriza este juicio del gobernador de la siguiente manera: “...Sancho’s solution—or rather, his equitable resolution of the paradox—is the ultimate display of his native wit ...over the educated but devious courtiers who surround him” (185). Además, como observa Sancho, su decisión hace eco del consejo de don Quijote de que es preferible ser misericordioso, en vez de severo, en situaciones en que la solución no es evidente.

Luego, el gobernador recibe una epístola de parte de don Quijote que abarca diversos asuntos que solamente enumeraremos de paso. El caballero le aconseja a Sancho vestir ropa decorosa, no ser demasiado humilde, tratar bien a todos, asegurar mucha comida para los pobres, implementar plenamente sus leyes y procurar que éstas sean bien pensadas, ser moderado y virtuoso, rodear toda la ínsula y promover la buena conducta de los habitantes mediante su ejemplo y, por último, agradecer a los duques por el gobierno. El hidalgo también le avisa a Sancho de un envío que la duquesa hace a su esposa. Además, don Quijote le informa al gobernador que piensa abandonar la casa de los duques y que quizá los enfadará con un proyecto que quiere emprender. Asimismo, él alude enigmáticamente a su gateamiento e indica que supone que el gobernador ya sabe leer latín. El caballero también le pide a Sancho avisarle de cualquier noticia relacionada con su creencia de que el mayordomo tiene algo que ver con la condesa Trifaldi.

La carta con que Sancho responde al hidalgo principalmente se dedica a informarle sobre los acontecimientos en la ínsula. El gobernador indica que su demora en escribir a don Quijote se debe a sus muchas labores y le advierte de las restricciones gastronómicas impuestas por el médico y del inminente complot que describe el duque. Notablemente, Sancho revela que sus anteriores expectativas con relación al gobierno no

coinciden con la realidad que experimenta: "...cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia, como si fuera ermitaño..." (II, 51, 414). Esta repetida queja del gobernador reitera cuanto valora los placeres físicos. Además, Sancho aclara que su cargo administrativo no le proporciona dinero, ni legal ni ilícito: "Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, o les han dado o les han prestado los del pueblo muchos dineros..." (II, 51, 415). Este detalle, en el contexto de las declaradas expectativas de Sancho, recuerda su frustrado deseo de enriquecerse mediante el gobierno. Ya que el gobernador se desilusiona, al nivel personal, en tanto el sentido gastronómico como en el económico, es manifiesto por qué él luego evoca su persistente ambición de al menos aprovechar su posición para asegurar el buen casamiento de su hija. Sancho le indica a don Quijote que desea unirla con la familia hidalga y adinerada a la cual pertenece el joven que colabora con su hermana fugitiva. Asimismo, el gobernador describe cómo pune a una vendedora de avellanas, que estafa a sus clientes al incorporar las malas con las buenas, donándolas a niños menesterosos y desterrando a la mujer de la plaza durante unas dos semanas. De esta manera, él demuestra nuevamente su preocupación con los pobres y su antipatía hacia timadores. Además, Sancho ruega que don Quijote le comunique a la duquesa su agradecimiento por el regalo para su mujer. El gobernador agrega que el hidalgo ha de tratar bien a los duques en agradecimiento de las mercedes recibidas y que no ha de provocar su ira ya que eso perjudicaría la relación de Sancho con ellos. Él también menciona que no entiende la referencia del caballero al gateamiento e indica que no sabe

qué regalarle desde la ínsula. Luego, él le pide que le retransmita cualquier correspondencia de su cónyuge porque quiere tener noticias de su familia. Por último, el gobernador indica que desea dejar la ínsula: "...Dios...me saque con bien y en paz deste gobierno..." (II, 51, 416). Esta aspiración de Sancho de abandonar la ínsula evidencia su desilusión con el cargo administrativo que tanto desea antes de adquirirla. Por lo tanto, es lógico interpretar que, después de esta experiencia como gobernador, cualquier esperanza que tenga de obtener el puesto de nuevo, incluso en otra ínsula más provechosa y agradable, es significativamente reducida.

El capítulo cierra con el narrador relatando varias de las leyes que aprueba el gobernador. Al igual que su acción contra la placera de avellanas, varias de sus ordenanzas se dirigen a reducir fraude. Entre ellas, Sancho prohíbe tanto revendedores de víveres como cantadores ciegos de milagros no comprobados y de canciones lujuriosas. Él también reduce el costo de prendas para los pies y fija la paga de los sirvientes. Asigna un verificador de lastimados y tullidos con el propósito de reducir la mendicación injustificada, la embriaguez y los hurtos. En aparente apoyo de su gusto por la libación, él legaliza la importación de vinos forasteros si su valor toma en cuenta sus características e impone la pena de muerte a las personas que los diluyan o que falsifiquen su denominación. Con la excepción de su prohibición contra canciones indecentes, que parece tener un motivo moral, las decisiones claramente protegen a los consumidores o avanzan la seguridad del público. En consecuencia, es manifiesta la intención de Sancho de mejorar la calidad de vida en la ínsula, aun en este momento tardío, a pesar de su deseo de salir del gobierno.

### Capítulo 53

En el capítulo quincuagésimo tercero el narrador describe la algazara que interrumpe el intento de Sancho de dormir. Los supuestos súbditos del gobernador le avisan que una numerosa fuerza contraria está atacando a su territorio y le afirman que: “...somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre” (II, 53, 425). Él inicialmente protesta contra esa responsabilidad, citando que don Quijote es más apto para los conflictos armados. Sin embargo, la insistencia de uno de los presentes de su deber es suficiente para convencerle a aceptar ese cargo, una lanza y dos paveses. Sancho protesta que éstos últimos entorpecen su movimiento pero un acompañante principalmente atribuye su dificultad de desplazarse a la cobardía. Incitado por esta acusación, el gobernador intenta caminar pero se desploma. El narrador relata:

Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas...aquella gente burladora...apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces...pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual, en aquella estrechez recogida, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba a Dios que de aquel peligro le sacase. (II, 53, 426)

Sancho indudablemente siente auténtico terror ante lo que él juzga como un ataque que probablemente será mortal. Él expresa que prefiere fallecer entonces en vez de sufrirlo más. Esto es notable puesto que demuestra que, si bien él reconoce las farsas que los duques emplean para burlarse de él antes de entrar en el gobierno, él cree que la ínsula y sus peligros son genuinos. Luego, cuando el fingido intento de asesinato cesa, el

gobernador reitera que sus mayores preocupaciones no son económicas: “Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua” (II, 53, 428). Este comentario del gobernador no solamente enfatiza su miedo ante lo ocurrido sino que además revela que él prescinde de la ganancia que sus supuestos aliados le ofrecen. Claramente, la prioridad de Sancho es reponerse para luego librarse de los graves riesgos que su oficio aparentemente implica.

Después, Sancho se prepara, sin avisar a los circundantes, para abandonar la ínsula. En tanto su soliloquio con el jumento como en su conversación más tarde con los baratarios, el gobernador delinea extensamente las razones por su abdicación. Al preparar su asno, él critica la reciente pérdida de compañerismo durante sus aventuras y agradece la pasada solidaridad:

–Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eran mis horas, mis días y mis años pero después que os dejé...se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. (II, 53, 428)

Horacio Chiong Rivero interpreta que: “La aparente derrota del bueno de Sancho viene siendo en realidad la victoria de vencerse y de conocerse a sí mismo, de ahí que le confiese a su rucio su menosprecio por las ‘mil miserias’ de la corte, yuxtapuestas a su alabanza por las delicias de la aldea...” (158). Efectivamente, si bien el villano seguirá lamentando su pérdida de la ínsula, también expresará un claro alivio por librarse de las

preocupaciones que conlleva su anterior puesto. Después, en su conversación con los baratarios, Sancho prosigue con su descripción de su situación presente y expresa su añoranza de recuperar su previo estilo de vida:

...dejadme volver a mi antigua libertad;...dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de la muerte presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos...más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas...digan al duque mi señor que...sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. (II, 53, 428-9)

De este modo, Sancho aclara cuáles son los aspectos que valora por encima del gobierno. Verbigracia, el villano enfatiza la libertad, los placeres gastronómicos y el descanso. Además, él indica que los lujos del oficio, que en su caso no redundan en provecho económico, son insuficientes para persuadirle a continuar en el poder. Asimismo, Sancho observa que al abdicar el puesto él no sufre ninguna pérdida pecuniaria.

Aun cuando el médico le ofrece al gobernador un líquido que mitiga los efectos del maltrato físico y le asegura más libertad en el comer, Sancho rechaza la oferta de seguir en el puesto. El villano probablemente sospecha que, al igual con el detestado bálsamo, el tratamiento no cumplirá con las promesas. Asimismo, por el momento, él expresa que abandona su ambición de ejercer el puesto de gobernador nuevamente,

aunque sea en otro lugar. Declara: “No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas...Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros...” (II, 53, 429). Rechazando también el intento del mayordomo de exigir que persista en Barataria hasta someterse a una auditoría de su gobierno, el villano contesta que ahora su deber es exclusivamente hacia el duque. Con pocas provisiones, otra señal de su deseo de desasirse del gobierno cuanto antes, Sancho retoma el camino con su asno.

#### Capítulo 54

En el siguiente capítulo el narrador observa el mucho gusto que el ex gobernador siente gracias a la presencia de su jumento. Sin embargo, según el narrador, los sentimientos del villano son confusos, sin duda debido a sus fracasadas esperanzas que lo devuelven a una vida menos ambiciosa pero más feliz. Al encontrarse con unos aparentes peregrinos, Sancho comparte sus escasos alimentos con ellos e indica que no tiene ninguna limosna pecuniaria para darles. Uno de la compañía de menesterosos, Ricote, revela su identidad a su antiguo vecino Sancho y ellos se abrazan en amistad. El declarado cristiano viejo expresa su sorpresa ante la vuelta de su compañero morisco: “¿...cómo tienes atrevimiento de volver a España, donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura?” (II, 53, 433). Luego, Ricote invita a Sancho a comer y replica que él podrá pasar desapercibido si su amigo guarda el secreto de su presencia. Salvador Fajardo, señala la importancia de que los antiguos vecinos se apartan del camino a fin de evitar contacto con las autoridades: “Here, away from the king’s road, synecdoche for his direct

jurisdiction, the sanctioned means of transit, they will share a meal” (316). Karl-Ludwig Selig agrega, con respecto a Sancho: “...when he meets the pilgrims and finally recognizes Ricote, a certain atmosphere of a convivium, of brotherhood, counterpoints the severity of Ricote’s speech...food and drink are shared, and the cosmopolitan spirit, a spirit of unity, is underpinned by the expressions in lingua franca...” (75). Los dos amigos y los alemanes participan en un amplio banquete que tiene un fuerte efecto sobre Sancho. Describe el narrador: “Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía...disparaba con una risa que le duraba un hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno...” (II, 54, 434). Estos detalles reiteran no solamente la añoranza de Sancho por amistad y por deleites gastronómicos sino que además recalca la atenuación de su ambición de gobernar.

En la subsiguiente conversación entre él y Ricote, el segundo describe extensamente las condiciones de su huida de España además de las de su vuelta. Después de caracterizar algunos de los motivos del rey para expulsar a los moriscos, él explica que su propio propósito al salir del país es encontrar en el extranjero un lugar propicio en que reubicar a su familia. Él aclara además las adversidades que los moriscos sufren y detalla que su deseo de recuperar su fortuna inspira su regreso a España:

Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro...yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir. Y lo que me

tiene admirado es no saber por qué se fue mi mujer y mi hija antes a Berbería que a Francia, adonde podía vivir como cristiana. (II, 54, 436)

Sancho implícitamente acepta la caracterización de la fe de las dos mujeres y atribuye su destino a la intromisión del cuñado de Ricote. Además, ofrece un consejo a su amigo:

–Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó...el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fuese a lo más bien parado, y...creo que vas en balde a buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado a tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. (II, 54, 436)

Luego, Sancho rechaza la oferta de Ricote de darle una recompensa de doscientos escudos por su ayuda en recuperar la fortuna:

–Yo lo hiciera...pero no soy nada codicioso, que, a serlo, un oficio dejé...donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos. (II, 54, 436).

Aunque la descripción que Sancho ofrece de sus oportunidades para enriquecerse mediante el gobierno es exagerada, es honesta su insinuación de que él no es motivado principalmente por consideraciones económicas. Asimismo, revela que su amistad con el morisco es insuficiente para inspirar que colabore con él para recuperar el tesoro. Luego, el cuestionamiento por parte de Ricote del ascenso de Sancho impulsa a éste a caracterizar su experiencia de la siguiente manera: “–He ganado...haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en

tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las insulas deben de comer poco...” (II, 54, 437). También, el ex gobernador indica que su principal motivo por abandonar el puesto es el peligro que conlleva.

Luego, Ricote reitera su incredulidad hacia la historia de su amigo y pide de nuevo que coopere con él para obtener el caudal escondido. En reacción, Sancho replica: “...conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mío...yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño” (II, 54, 437). Julio Baena se percató de la confianza que el morisco implícitamente tiene en su antiguo amigo: “Ricote podía haber pasado desapercibido, y así estar seguro de Sancho, pero hace lo contrario: *se descubre* él a Sancho, dejando precisamente en manos del buen escudero la ingente tarea de *no descubrir*. Su afán de esconderse se torna en afán de descubrirse ante quien es razonable esperar que no lo va a traicionar” (515). Si bien es significativo que el escudero no acompañará a Ricote para desenterrar el tesoro, es igualmente notable que tampoco descubrirá su presencia a las autoridades. De esta manera, Sancho se mantiene a caballo entre dos lealtades: una hacia su antiguo vecino y la otra hacia su rey y su Iglesia.

Sin embargo, el ex gobernador relata a su amigo que la partida de la hija de Ricote lo conmueve hasta provocar sus lágrimas. También, comenta que varios individuos querían raptarla pero que el temor de su majestad los refrena. Además, le advierte que un tal Pedro Gregorio la ama. En reacción a la noticia del pretendiente, Ricote indica:

...fiado del valor de mi Ricota, nunca me dio pesadumbre el saber que la quería bien; que ya habrás oído decir, Sancho, que las moriscas pocas o ninguna vez se

mezclaron por amores con cristianos viejos, y mi hija, que, a lo que yo creo, atendía a ser más cristiana que enamorada, no se curaría de las solicitudes de ese señor mayorazgo. (II, 54, 438)

A pesar de la simpatía que Sancho supuestamente siente por la hija, es manifiesto que no le desea felicidad ni prosperidad si esto implica su posible unión con un cristiano viejo adinerado como Pedro. Al respecto, él opina que tal relación: "...a entrambos les estaría mal" (II, 54, 438). Puesto que no explicita ninguna razón por su desaprobación del joven, dado el contexto, es razonable sospechar que su crítica es únicamente atribuible a su oposición a relaciones entre moriscos y católicos. Después de despedirse de su amigo, Sancho retoma su camino a fin de reunirse con don Quijote.

## Capítulo 55

Infelizmente para el villano y su asno, de vuelta a la residencia de los duques, ellos sufren una caída y quedan atrapados en una cavidad. En reacción, Sancho lamenta su repentino cambio de fortuna y conjetura que los dos morirán en ese paradero. Después de dar de comer a su compañero, él empieza a cavar una escapatoria. Entre otros detalles, Sancho se queja de que la experiencia les pertenezca a ellos y no a don Quijote, cuya imaginación y optimismo él envidia. El villano extrapola: "Él sí tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios...y esperara salir de esta oscuridad y estrechez a algún florido prado. Pero yo, sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra, que acabe a tragarme" (II, 55, 447). Frustrado y preocupado,

Sancho empieza a dar voces pidiendo socorro. Afortunadamente, don Quijote oye sus peticiones.

Frente a las réplicas del caballero, el villano se identifica, reconoce a su señor e indica que, contrario a la imaginación de éste, él no está muerto sino atrapado. Don Quijote se convence de la identidad y la condición de su escudero cuando los rebuznos del asno las corroboran. Luego, el hidalgo vuelve con más ayuda y juntos logran librar a los dos atrapados. Al ver al ex gobernador emerger de la cavidad, un espectador comenta que, al final de su carrera, cada uno de los que desempeñan mal ese oficio deberían estar: "...muerto de hambre, descolorido, y sin blanca..." (II, 55, 443). Todavía sensible a las posibles opiniones públicas de él, Sancho arguye que no le corresponde mala fama ni tan miserable condición. Al contrario, él se defiende, indicando: "...no me vi hartado de pan siquiera un hora...me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los güesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos..." (II, 55, 443). Después de responder a esa crítica, Sancho pone el jumento en el establo y se presenta ante los duques para rendirles cuentas de su experiencia gubernamental.

En resumen, el ex gobernador se somete a la opinión de los insulanos, reitera su falta de ganancia económica, se queja de tanto la escasez de comida como la conducta del doctor, alude a su papel central en los juicios y menciona el supuesto triunfo de sus fuerzas contra la rebelión. Asimismo, indica que, en tanto el sentido físico como financiero, persiste la integridad de la isla. Y, consistente con sus previas afirmaciones, Sancho insinúa haber abdicado el oficio porque las responsabilidades y los sacrificios del gobierno requieren más que su voluntad tolera. En cambio, expresa que desea servir a don Quijote otra vez. Él aclara que la comida al lado de su amo, si bien es más humilde,

suele ser más abundosa. El capítulo acaba con su anfitrión prometiéndole un mejor puesto y con la esposa de éste ordenando a sus sirvientes tratar al escudero.

### Capítulo 56

El próximo episodio trata la planeada justa entre don Quijote y otro caballero. Supuestamente, si el hidalgo es victorioso, el vencido estará obligado a contraer matrimonio con la hija burlada de doña Rodríguez. Sin embargo, el contrario de don Quijote abandona la justa y se compromete a casarse con aquella joven deshonrada. Compartiendo su juicio de la situación, el escudero aprueba de la decisión del adversario ya que a través de esa aquiescencia éste se salva de un conflicto innecesario. Después, doña Rodríguez y su hija descubren que el hombre que se rinde no es el amante de ésta sino un lacayo del duque. En reacción, don Quijote arguye: "...no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís es lacayo del duque" (II, 56, 449). Luego, los ejemplos que Sancho cita con el propósito hacer eco de las afirmaciones de don Quijote ilustran su astucia. El villano declara: "...ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas, de unas en otras, que tocan a mi amo. Un caballero venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco...y a mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en rústica labradora, y así, imagino que este lacayo ha de morir o vivir lacayo todos los días de mi vida" (II, 56, 449). Al contrario de lo que finge Sancho, él sabe que el segundo hechizo es una fabricación suya. Asimismo, su declaración de que el lacayo persistirá en su presente forma el resto de su vida demuestra que él aprecia que la identidad de ese caballero no es obra de

encantamiento. Notablemente, su yuxtaposición de la justa de Carrasco con esas dos situaciones que él claramente aprecia como falsas corrobora que él llega a reconocer que el bachiller realmente es el Caballero de los Espejos. No obstante, el villano continúa disimulando su credulidad con respecto a todos esos casos. Esto es lógico cuando se considera que don Quijote afirma la autenticidad de los tres encantamientos y que la duquesa y el duque sostienen la autenticidad de los de Dulcinea y Tosilos.

### Capítulo 57

En el capítulo quincuagésimo séptimo Sancho recibe algunas epístolas de su mujer. Aunque una carta que ella dirige a su marido se trata en mayor detalle cinco capítulos antes, nos limitaremos a interpretar los aspectos de la correspondencia que parecen evocar una reacción del escudero en este episodio posterior. En el contexto de su reciente pérdida del gobierno, Sancho se queja al aprender, mediante la correspondencia, que su cónyuge expresa las mismas ambiciones socio-económicas que él tiene antes de asumir el poder. Él pregunta: “¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer...engendraron las nuevas de mi gobierno habían de parar en volverme yo agora a las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha?” (II, 57, 451). Aunque el ex gobernador sigue sintiendo alivio ante la abdicación, su comentario recuerda el persistente desengaño que experimenta a causa de los sueños fracasados. Luego, el escudero expresa su contento con el hecho de que, en un gesto de gratitud, su esposa envía humildes regalos a la duquesa. Si bien es manifiesto que Sancho teme desilusionar a su esposa con la pérdida de ese oficio, él opina haberles agradecido adecuadamente a los duques por lo recibido y cree haber hecho lo mejor posible en el

puesto. El orgullo del ex gobernador sobre estos últimos puntos es patente cuando él reitera otra vez no haber participado en cohecho ni recibido o distribuido sobornos. A su juicio, su gobierno, aunque breve, no debe ser causa de vergüenza. Además, su asociación con los duques tampoco debe considerarse como una pérdida de tiempo.

Indudablemente, el mayor consuelo sustancioso del villano es que se siente:

“...contentísimo, porque el mayordomo del duque...le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote” (II, 57, 452). Es digno de notar que esa cantidad es el doble de la que Sancho halla durante su previa salida. En consecuencia, es lógico sospechar que el villano considera el capital que el mayordomo le entrega como una estimable recompensa con que retomar el camino. Asimismo, es curioso que tal dinero sustituye exactamente la paga que Sancho rehusa al no ayudar con la recuperación del tesoro de Ricote. La recompensa que el mayordomo le entrega al escudero le demuestra a Sancho que su persistente cooperación con don Quijote es, al menos, tan beneficiosa como sería aquella colaboración rechazada. Además, el escudero puede reconocer que, mediante su continuada colaboración con el hidalgo, puede obtener aun más dinero mientras que con Ricote no podría esperar lo mismo. Por lo tanto, reenfuerza para Sancho que, dadas las dos opciones, su decisión de seguir con el caballero es la acertada.

Una tal Altisidora interrumpe la partida del amo y del escudero, maldiciendo a ambos y sus futuras experiencias caballerescas. Asimismo, acusa al caballero de llevar consigo ligas y tocadores robados. Respondiendo a la acusación, el hidalgo le interroga a su compañero si él los tiene. Éste replica: “—Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda” (II, 57, 454). En reacción, el duque demanda la restitución

de los objetos que menciona ella. Además, critica el aparente robo y amenaza a don Quijote con una contienda letal si no satisface su petición. El caballero replica que no será necesario tal conflicto puesto que Sancho devolverá los tocadores. Con esto resuelto, la duquesa aprueba la salida de sus huéspedes. Sin embargo, Altisidora demora el viaje una vez más, afirmando tener las ligas y disculpándose por haber acusado falsamente al caballero. En reacción, Sancho agrega: “-¿No lo dije yo?...¡Bonico soy yo para encubrir hurtos! Pues, a quererlos hacer, de paleta me había venido la ocasión en mi gobierno” (II, 57, 454). Debido a que el texto no proporciona más detalles acerca de cómo Sancho adquiere los tocadores, es imposible declarar con certeza si él realmente los roba. Sin embargo, lo innegable es que la reacción del escudero al descubrimiento de las ligas ilustra que él todavía se preocupa por su fama. Asimismo, demuestra que él intenta valerse de su buena conducta durante el gobierno para defender su honradez. En todo caso, ambos compañeros retoman el camino después de acabar esa conversación con Altisidora y los duques.

## Capítulo 58

De nuevo viajando con su escudero, don Quijote alaba la independencia del individuo y critica que el deseo de conseguir acceso a la riqueza ajena oprime el ejercicio del libre albedrío. Si bien Sancho aprecia la libertad que evoca su amo, él reconoce también que es necesario que las personas aseguren fondos en los momentos de abundancia a fin de prevenir carestía:

-Con todo esto...que vuesa merced ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro que en una bolsa me

dio el mayordomo del duque, que como pítima y confortativo la llevo puesta sobre el corazón, para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. (II, 58, 456-8)

Es decir, Sancho revela su posesión de ese capital, advierte que mitigará asperezas futuras e insinúa que palia su abandono del puesto de gobernador. Notablemente, el escudero innecesariamente opta por descubrir el secreto de los escudos a su compañero en vez de disfrutar de ese dinero sin su conocimiento. Por consiguiente, es manifiesto que Sancho incluso está dispuesto a compartirlo con su amigo.

Luego, los compañeros se encuentran con unos hombres transportando las imágenes para un retablo. El hidalgo interpreta a cada relieve y caracteriza a los mitos de las personas que figuran en ellos. Con respecto a la representación de San Martín, don Quijote insinúa que el frío le obliga al santo a no dar toda su capa a un menesteroso. En cambio, Sancho ofrece otra posible explicación de la conducta del beatificado: “–No debió de ser eso...sino que se debió de atener al refrán...que para dar y tener, seso es menester” (II, 58, 459). De esta manera, el villano recuerda que aun los canonizados viven según las necesidades humanas y cumplen imperfectamente con los ideales.

Después de ver todas las imágenes, don Quijote expresa que la experiencia es un presagio favorable de sus propias aventuras venideras. Asimismo, él cuestiona el éxito que tiene previamente y conjetura: “...si mi Dulcinea del Toboso saliese de los [trabajos] que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo” (II, 58, 459). A esto, Sancho replica: “–Dios lo oiga y el pecado sea sordo” (II, 58, 450). Sin duda, consistente con su

afirmación, el escudero desea que ambos encuentren aventuras de aun más provecho. No obstante, lo que el villano no expresa es que, a diferencia de don Quijote, él no procura desencantar a Dulcinea facilitar la gran ambición de su amigo. Mientras que la versión labriega de la amada desilusiona al hidalgo, su persistencia en esa forma continúa sirviendo los designios de Sancho que desea participar en aventuras de más provecho. Es decir, si bien los compañeros están viajando juntos, después de un intervalo de once capítulos separados, es cada vez más manifiesto que los rumbos que pretenden son distintos.

Después del intercambio sobre los retratos de los santos, el narrador observa cuanto el villano estima los conocimientos de su señor: “Quedó Sancho de nuevo como si no hubiera conocido jamás a su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria...” (II, 58, 460). Asimismo, el escudero agradece la aventura, observando: “...ella ha sido de las más suaves y dulces...della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano a las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos” (II, 58, 460). El caballero responde, recalando que la fortuna es inconsistente e impredecible. También, concuerda con su compañero que la experiencia con las imágenes es agradable.

Luego, Sancho cambia el tema de conversación a la conducta de Altisidora en casa de los duques. En particular, el villano resalta su sorpresa ante la expresión de ella de su amor por don Quijote. Éste explica que la pasión puede superar la modestia. En cambio a su amo, el escudero exclama que él sería incapaz de permanecer desinteresado si una mujer dirigiera una tal expresión de sentimiento a él. Además, Sancho comunica su

incomprensión del afecto que muestra Altisidora hacia don Quijote, observando que la belleza suele ser el motivo inicial y más importante del amor y que su amo no es un buen ejemplar de la hermosura. Si bien el hidalgo reconoce su relativa fealdad, él recalca que no provoca extrema repulsión. Asimismo, el caballero le avisa que la belleza puede ser meramente corporal o puede abarcar otras características como el intelecto y la conducta. Notablemente, a pesar de todos los cambios en la relación entre el amo y el escudero, el primero sigue instruyendo al segundo sobre diversos temas como los santos y el amor.

Después, el caballero tropieza con unas mallas. Dos adolescentes se presentan y aclaran que las redes sirven para atrapar pájaros para la sociedad pastoril que están creando según algunos modelos literarios. Asimismo, ellas les convidan a pasar tiempo en esa comunidad. Predeciblemente, don Quijote responde con ofrecerles su servicio. Una de las adolescentes reconoce a sus huéspedes, aludiendo a los dones de Sancho y citando la valentía, devoción a Dulcinea y prudencia del caballero.

Luego, los dos compañeros participan en un banquete con ellas y los demás miembros de su comunidad. Durante la comida, el hidalgo expone su opinión de que los favorecidos han de recompensar a los generosos o al menos darles las gracias. A cambio de la cálida acogida de sus dos anfitrionas, el caballero ofrece defender públicamente, durante dos días de su viaje a Zaragoza, que esas jóvenes son de las más bellas y atentas. Frente a las palabras de su amo, el escudero exclama: “—¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que este mi señor es loco?...¿hay cura de aldea...que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?” (II, 58, 466). Ya que Sancho reconoce en varios casos previos los entremezclados disparates y razones de su señor, es patente que este

elogio del escudero con respecto a los comentarios de su amo es algo hiperbólico. Sin embargo, expresa su auténtico aprecio de los estimables conocimientos y las habilidades discursivas del hidalgo.

En reacción, el caballero denuncia que su escudero analice su estado mental. Además, don Quijote abandona el banquete y se mete en el camino real a fin de satisfacer su promesa hacia las jóvenes. Desafortunadamente para él, no hace caso de las advertencia de peligro que proporciona un jinete acompañando una manada de toros por la ruta. Al contrario, el hidalgo permanece allí, demandando que los recién llegados reconozcan la declarada hermosura de las doncellas. Por consiguiente, el ganado maltrata tanto al amo como al escudero, además de Rocinante y el asno. Después de esta paliza, los cuatro retoman el viaje. Curiosamente, más allá de indicar la vergüenza que siente el escudero, el narrador no ofrece más detalles sobre la reacción del villano. En este momento tardío de su colaboración, ya no parece resultar sorprendente para Sancho la poca consideración del caballero hacia el riesgo ni tampoco las consecuencias que puede desencadenar.

## Capítulo 59

Más tarde, el amo y el escudero descansan en una floresta. Ya que el hidalgo no muestra ningún interés por degustar las provisiones, el villano abandona su intención de aguantar hasta que su amo empiece a hacerlo. Don Quijote le anima a hartarse de comida, agregando, hiperbólicamente, que él elige perecer en contemplación de su reciente sufrimiento taurino. En reacción a estos comentarios de su amo, Sancho expone: "...como el zapatero, que tira el cuero con los dientes...yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue

al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor que no hay mayor locura que la que toca desesperarse como vuestra merced...” (II, 59, 470). De este modo, el escudero procura levantar la moral de su amo a la vez que defiende su propia actitud.

Efectivamente, el villano logra convencerle de comer y descansar. En vano, el caballero intenta convertir la preocupación que Sancho expresa por él en la flagelación que está prescrita para restaurar a la supuestamente hechizada Dulcinea. Lógicamente, como autor del falso encantamiento, el villano demora el maltrato propuesto por su amo, citando su hambre y cansancio, pero prometiendo que la penitencia se cumplirá.

Después de reposar, los compañeros viajan hasta una posada en la que el escudero acomoda el asno y Rocinante. Luego, el villano le interroga al ventero qué comida está disponible para él y su amo. Mediante un gracioso intercambio con muchos rodeos, Sancho logra obligar al posadero a confesar que no está tan bien proveído como él inicialmente indica. No obstante, el propietario promete lo restante a los recién llegados, observando que los demás huéspedes tienen sus propios abastecimientos. Sin embargo, antes de que el hidalgo deguste el plato venteril, él se da cuenta de que los ocupantes de la habitación contigua están discutiendo el *Quijote* de Avellaneda. Mientras que uno de los interlocutores indica que no desea leer el texto, el otro comenta que pretende hacerlo, a pesar de que presenta al caballero carente del afecto por la doncella que tanto define la primera parte de la obra cervantina. Predeciblemente, el hidalgo rebata la afirmación de que él está desenamorado y amenaza pelear con quienquiera que le contradiga.

Uno de los huéspedes de la otra habitación reconoce a don Quijote y acepta sus declaraciones. Asimismo, el hombre entrega una versión del texto al hidalgo y éste critica su prólogo, el estilo y el hecho de que se refiere a la esposa de Sancho con el nombre de

Mari Gutiérrez. En réplica a este último detalle, el escudero pregunta acerca de su propia caracterización. El prestador del libro responde que: “...no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho...en la primera parte de la historia...” (II, 59, 474). En respuesta, el escudero articula su deseo de que ese escritor lo deje en paz y él observa que: “...el Sancho y el don Quijote de esa historia deben de ser otros que los...en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho” (II, 59, 475). Curiosamente, Sancho desmiente las acusaciones de su inmoderación pero no reivindica su intelecto. Dicho en otras palabras, el escudero rechaza la fama de goloso y alcohólico pero acepta la desdeñosa valoración de su ingenio. Quizá esto se deba al hecho de que el villano no quiere desenmascarar del todo su disimulada astucia que le permite sacar tanto provecho de sus aventuras. Aparentemente, Sancho desea defenderse contra la mala fama y los defectos morales que se asocian con la destemplanza. Al final de aquella conversación, el amo y el escudero ofrecen su servicio a los vecinos de la otra habitación y al día siguiente retoman el camino.

## Capítulo 60

Luego, los compañeros toman un descanso pero don Quijote decide interrumpir el sueño de Sancho a fin de progresar tanto la penitencia de éste como el desencantamiento de Dulcinea. En reacción a una pregunta del escudero acerca de las intenciones de su amo, éste indica que Sancho demora demasiado en cumplir con su promesa y que él pretende acelerar el proceso. Conforme con las estipulaciones de su juramento, el villano protesta:

“Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme. Basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere” (II, 60, 478). Asimismo, Sancho le avisa que sería una mala idea que el caballero lo atacase. No obstante, esto no disuade al hidalgo. En reacción a su violencia, Sancho: “...se puso en pie, y arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una [zancadilla], dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar” (II, 60, 478). Predeciblemente, don Quijote protesta la conducta de su escudero y le acusa de ser desleal. Defendiendo su conducta, el villano explica: “—Ni quito rey, ni pongo rey...sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado...” (II, 60, 478-9). Además, citando a un romance, el escudero dirige una amenaza aparentemente hiperbólica a su amo si él no acepta tales condiciones: “...aquí morirás, traidor, enemigo de doña Sancha” (II, 60, 479). Reconociendo la superioridad física y posicional del escudero, don Quijote promete abandonar su intento de imponerle los látigos contra su voluntad.

Este intercambio es destacable porque demuestra la supremacía corporal de Sancho y que él supera su anterior miedo de ser maltratado por su amo. Notablemente, en episodios previos, ese temor es un elemento considerable que contribuye a su excesiva sumisión. Por lo tanto, es manifiesto que la dinámica de poder ahora favorece más a él que en cualquier momento previo. Asimismo, según las reglas que establece el falso Merlín, solamente el escudero puede desencantar a Dulcinea. Y, de acuerdo con su reciente pelea, ambos compañeros reconocen que el hidalgo ya no puede emplear su

fuerza para obligar al villano a actuar contra su voluntad. Con respecto a este episodio, Edwin Williamson comenta:

...we see Sancho withdrawing his consent to be governed by the authority of Don Quixote: the pact between lord and vassal...has been broken, and the reason for this is surely that by threatening his servant with physical harm for no reason other than to pursue his own personal interest in disenchanting Dulcinea, Don Quixote has abused his power and is acting as a tyrant rather than a 'señor natural', to express it in contemporary political terms. (854)

Además, después de la abdicación del ex gobernador, el caballero ya no puede contar con obtener la aquiescencia del escudero con la promesa de ínsulas. Al contrario, lo que principalmente motiva al escudero a seguir con él es una variedad de factores menos ambiciosos en términos socio-económicos: su gusto por la libertad y la exploración, el compañerismo, los placeres gastronómicos y la oportunidad de soñar con futura recompensa. En resumen, para asegurar la persistente colaboración del villano, don Quijote tendrá que tratar mejor a su amigo mientras comparten más conversaciones y aventuras.

Si bien en esa contienda Sancho demuestra su superioridad física frente a su amo, él pronto recurre a la ayuda de su señor al encontrarse inesperadamente con unos cadáveres colgando de árboles. El hidalgo explica que los difuntos probablemente son criminales condenados a muerte. La llegada de unos salteadores corrobora esa teoría. El narrador describe que luego: “Acudieron los bandoleros a espulgar al rucio, y a no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía, y avínole bien a Sancho que en una ventrera que tenía ceñida venían los escudos del duque y los que habían sacado de su

tierra...” (II, 60, 479). Este detalle subraya nuevamente la astucia del villano que, habiendo sufrido el robo de sus alforjas previamente, esconde el dinero en su persona.

Después, una tal Claudia llega y se presenta a los ya reunidos, explicando que su novio la engaña. La adolescente agrega que, en reacción, ella lo hiere severamente con tres armas de fuego. Por lo tanto, pide el amparo del jefe de los bandoleros, Roque Guinart. Burlándose de las hazañas de su amo, Sancho indica que su señor podrá ayudarla. Contextualizando las habilidades de don Quijote, el escudero evoca la justa mediante la cual él fracasa en su intento de asegurar el casamiento de la hija de doña Rodríguez y su amante: “...mi señor tiene muy buena mano para casamentero...pues no ha muchos días que hizo casar a otro que también negaba a otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, ésta fuera la hora en que tal doncella no lo fuera” (II, 60, 483). Puesto que su amo ahora aprecia que él es más fuerte, Sancho puede desatar su lengua sin temer la violencia del caballero. Sin embargo, el narrador observa que el jefe de los bandoleros no hace caso ni de los comentarios del villano, ni tampoco de la oferta de ayuda que propone don Quijote. Luego, Roque ordena a sus seguidores devolverle a Sancho los bienes robados.

Luego, cuando el líder de los salteadores vuelve después de ver al mortalmente herido novio de Claudia, él le interroga a Sancho si sus seguidores le devuelven las posesiones despojadas. Sancho indica que lo único que no le entregan son “...tres tocadores, que valían tres ciudades” (II, 60, 485). Ingeniosamente, esta hipérbole del escudero le inspira a un ladrón a protestar el declarado valor de lo robado, así revelando su identidad como el autor del crimen. Una vez descubierto el responsable, Roque logra restituir los tocadores. Más tarde, el líder reúne el botín de los delincuentes y lo

distribuye según las normas de la cofradía. Asimismo, él le explica al hidalgo que tal manera de repartir los bienes es necesaria para el buen funcionamiento del conjunto. En reacción a lo visto y lo dicho, el ex gobernador alaba: “–Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria entre los mismos ladrones” (II, 60, 485).

Desafortunadamente para Sancho, su evocación de la ironía de la práctica no agrada a uno de los criminales. Al contrario, uno de los delincuentes intenta responder a su comentario con un arcabuzazo que Roque impide. No obstante, el narrador observa que la pretendida violencia del criminal le convence a Sancho a limitar su habla durante su estancia con la cofradía. Por ende, no es sorprendente que el narrador no relate ningún comentario adicional del escudero durante la repartición de bienes, el subsiguiente atraco de unos viajeros y el asesinato por Roque de un colega que cuestiona la relativa templanza de sus métodos al asaltarlos.

## Capítulo 61

Antes de abandonar a Roque y los suyos, Sancho acepta una porción de los despojos del último asalto. El líder se la regala con el propósito explícito de que recuerde y divulgue favorablemente la experiencia con los bandoleros. Sin embargo, la entrega de ese dinero no parece impresionar tanto al escudero como el hecho de llegar a Barcelona. Dado que Sancho recalca tanto en episodios anteriores su gusto por la aventura, citaremos extensamente la escena en la costa:

Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces dellos no visto; parecióles espaciocísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera...vieron las galeras que estaban en la playa...Dentro sonaban

clarines, trompetas y chirimías...Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, a quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad...No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. (II, 61, 491)

Como observa el narrador, es la primera vez que Sancho presencia la inmensidad de una costa marítima y él ni siquiera llega a comprender el método de propulsión de los navíos. Peter Dunn resume: “At the port of Barcelona, Quijote and Sancho are overwhelmed by their first sight of the sea...It dwarfs them in a way that the landscape of La Mancha never could. In the city, they are engulfed in the crowds, overwhelmed by the world of commerce and by the engines of war that surround them” (512). En el contexto de toda esta experiencia, llega a caballo un cuantioso grupo de amigos de Roque con el propósito de acoger al amo y escudero y acompañarlos hasta la casa de un tal Antonio Moreno. No obstante, unos jóvenes traviesos interrumpen el viaje al colocar una planta espinosa entre los traseros y las colas de Rocinante y el asno. En consecuencia, las bestias sacuden al amo y al escudero. El capítulo cierra con los dos compañeros eliminando las aliagas y retomando sus sillas y el camino.

## Capítulo 62

El narrador observa que la lujosa acogida que Antonio Moreno y sus colaboradores ofrecen al amo y al escudero coincide con una celebración generalizada en la ciudad. Predeciblemente, Sancho “...estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda y otro castillo como el del duque” (II, 62, 493). Sin embargo, cuando

el anfitrión insinúa que el escudero es excesivamente aficionado del comer, éste se defiende: “...tengo más de limpio que de goloso, y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, o de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro la soguilla; quiero decir, que como lo que me dan...” (II, 62, 494). En reacción a las alabanzas que su amo hace de los buenos modales que aprende como gobernador de la ínsula, el escudero ofrece otros detalles de aquella experiencia: “Diez días la goberné a pedir de boca; en ellos perdí el sosiego, y aprendí a despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro” (II, 62, 494). Si bien el narrador no explicita el resto de los detalles de aquella conversación entre los dos compañeros y sus interlocutores, estos comentarios del escudero recalcan varios aspectos de su experiencia administrativa. Si bien Sancho recuerda que el cargo conlleva autoridad y poder, él reitera su juicio de que éstas ventajas son insuficientes para recompensar los deberes e inconvenientes del oficio.

Más tarde, algunas de las mujeres ridiculizan a don Quijote al bailar con él hasta fatigarlo. En reacción, Sancho critica a su amo, alegando que tal actividad es impropia para un caballero y que sería más decente para él acometer a enemigos descomunales. De esta manera, el escudero aprovecha la oportunidad para burlarse del hidalgo y evocar la risa de los presentes. Por otro lado, el villano también expresa sincera preocupación por la salud de su señor; el narrador describe que el escudero: “...dio con su amo en la cama, arrojándole para que sudase la frialdad de su baile” (II, 62, 499). El contraste entre la ridiculización y el cuidado que Sancho muestra hacia su amo recuerda la complejidad de la relación entre los compañeros. A la vez, el escudero se empeña en distanciarse

públicamente de las tonterías de su amo pero sin abdicar su obligación, como compañero, de cuidar por su salud.

Luego, Antonio Moreno reúne a los dos compañeros y a cinco personas adicionales para presentarles un busto supuestamente encantado que responderá a sus preguntas con tal de que no requieran la adivinanza de los pensamientos. Ya que el narrador no relata la reacción de Sancho a las preguntas que los demás hacen en su presencia, pasemos a las de él. El villano le interroga: “—¿Por ventura, cabeza, tendré yo otro gobierno? ¿Saldré de la estrechez de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos?” (II, 62, 501). No es sorprendente que estas interrogaciones reflejan que, al igual que al final de la primera salida, el escudero echa de menos a su familia. Además, en el contexto de los recientes cambios en su relación con don Quijote, tampoco resultan inesperadas sus preguntas sobre los futuros resultados de su colaboración.

Luego, la voz procedente del busto responde que Sancho abandonará su puesto escuderial, reinará en su hogar y, si regresa a su casa, estará con su familia nuevamente. En reacción, el villano critica la imprecisión de las especulaciones, indicando que no requieren clarividencia. La manifiesta incredulidad del escudero ante la declarada magia de la cabeza contrasta con la confusa afirmación del narrador de que: “...en la opinión de don Quijote y Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, más a satisfacción de don Quijote que de Sancho” (II, 62, 502). A pesar de lo que insinúa el narrador, ni entonces, ni tampoco durante su subsiguiente visita a la imprenta, expresa el villano una creencia en la autenticidad del supuesto encantamiento del busto. Si bien la ventrilocua que emplea el coconspirador de Antonio Moreno es más sutil, Sancho

previamente experimenta algo parecido a la cabeza adivinadora con los simulacros del retablo y del mono de maese Pedro.

### Capítulo 63

Antes de describir la gran acogida que los marineros de las galeras ofrecen a los dos colegas, el narrador evoca, al igual que insinúa una pregunta del escudero hacia el busto, que el fracasado gobierno de Sancho no extingue del todo su deseo de reinar. Sin detenerse sobre ese punto, el narrador pasa a observar que el villano se sorprende ante toda la actividad en la nave. Asimismo, relata que las personas en las galeras elevan al escudero, transfiriéndolo por encima de la muchedumbre y dando tantas vueltas con él que pierde su conocimiento. Él acaba "...molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fue lo que sucedido le había" (II, 63, 507). Luego, el ruido de la caída de la antena también abruma a Sancho. Además, el villano se asombra ante el tratamiento que reciben los remeros del nave, reflexionando en voz alta: "—Éstas son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que así los azotan, y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar a tanta gente? Ahora digo yo que éste es infierno, o, por lo menos, el purgatorio" (II, 63, 508). El juicio del villano acerca de la dinámica de poder en la galera es notable. Él señala la sorprendente verdad que tantos acepten la violencia de un solo hombre armado. Por ende, el escudero insinúa que sería comprensible que la multitud sufridora se rebelara contra los abusos de un tirano. Esta idea se contrasta fuertemente con la previa ambición de Sancho de vender sus súbditos negros si obtiene el gobierno de un territorio africano. Sin embargo, no es evidente si la cruel propuesta del escudero tantos capítulos

antes refleja su anterior incomprensión del carácter de la esclavitud o si, debido al color de la piel, no aprecia la humanidad de sus víctimas potenciales.

El narrador no ofrece ningún otro dato acerca del comportamiento de Sancho hasta después de que la galera capture a una embarcación mora y vuelva a la playa. Respondiendo a las interrogaciones del recién llegado virrey, una joven detenida revela su identidad como una cristiana de ascendencia morisca. Ella explica que huye de los tíos que, contra su voluntad, la alejan de España. Luego, un hombre que sube a la galera desde la costa expresa que él es el padre de aquella joven. Entre otros detalles, Ricote explica:

Yo salí de mi patria a buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndole hallado en Alemania, volví...a buscar mi hija y a desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas...Si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mías, por la integridad de vuestra justicia, pueden abrir puertas de la misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados. (II, 63, 513)

En reacción, Sancho agrega: “—Bien conozco a Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto a ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena o mala intención, no me entremeto” (II, 63, 513). Si bien el escudero confirma la identidad de su antiguo vecino, la segunda parte de su afirmación demuestra los límites de su colaboración. A pesar de su amistad, el cristiano viejo no está dispuesto a corroborar las acciones y los designios del morisco. Sancho claramente teme que confesar una asociación más que casual entre los dos provocaría para él mala fama y quizá un conflicto

con las autoridades. En el contexto de la todavía vigente Santa Inquisición, el egoísmo pragmático y la poca lealtad de Sancho hacia su amigo ilustra su complicidad con el sistema discriminatorio. Es decir, en vez de abiertamente defender la bondad y la sinceridad de las intenciones de su antiguo vecino, él se empeña en mostrarse fiel a su gobierno y a su religión, aun si esto perjudica a su supuesto amigo. Notablemente, esta actitud de aceptación se yuxtapone con su reciente insinuación de que los galeros desconocidos deberían sublevarse contra sus abusadores.

#### Capítulo 64

Luego, el escudero se entremete cuando su amo propone socorrer a Gregorio Gaspar, el amado de Ana Félix. La hija de Ricote explica que el joven la sigue hasta Argel pero no logra acompañarla de nuevo a España. Por ende, Sancho critica la oferta de su amo, observando que, si bien los marineros pueden transportarlos hasta allí en barco, el agua que separa Berbería de la península ibérica no permitiría a él y a su amo regresar por tierra. En respuesta, el caballero asegura que de vuelta, a pesar de las fuerzas contrarias, los dos podrían subir a la nave. Sin embargo, Sancho recalca que nada garantiza una huida exitosa. Además, declara que sería mejor permitir que Ana Félix y el renegado que se ofrece para acompañarla se encarguen de rescatar al enamorado mediante un plan más furtivo. Antonio Moreno concuerda con la opinión del villano, agregando que, si la hija de Ricote y sus aliados fracasan, don Quijote podrá tomar a cargo el proyecto.

Más tarde, un tal Caballero de la Blanca Luna se presenta y propone una justa con el hidalgo. En caso de que venza a don Quijote, el recién llegado prescribe que su

contrario abandone su profesión y vuelva a su hogar por un año y que confiese que otra mujer es más bella que Dulcinea. Si el hidalgo pierde y no cumple con estas condiciones, el caballero de la Blanca Luna promete acabar con su vida. A pesar de haber delineado esas condiciones, el enemigo derriba a don Quijote pero permite que su contrario sostenga la superioridad de Dulcinea. El vencedor se limita a requerir que el hidalgo renuncie la caballería por el plazo que precisa. Esta derrota provoca una fuerte reacción por parte del escudero:

Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse: parecía que todo aquel suceso pasaba en sueños y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace humo con el viento. Temía si quedaría o no contrahecho Rocinante, o deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. (II, 64, 518)

Predeciblemente, el villano se preocupa por la salud de su amigo y su caballo. De más interés es la percepción que Sancho tiene del evento y de sus consecuencias. El aspecto onírico que advierte el escudero recalca la inmediatez con que, después de tantas peripecias anteriores, una justa inesperada pone fin al proyecto del hidalgo. El villano claramente intuye que la prohibición impuesta por el Caballero de la Blanca Luna tendrá más efecto que meramente demorar la próxima salida de los compañeros. Él no solamente imagina que su renombre decaerá sino que su esperanza de futura recompensa se disipa de modo irremediable. Lógicamente, podemos deducir que él también lamenta

la inminente pérdida de la libertad, la aventura y el compañerismo que previamente expresa disfrutar en su profesión.

### Capítulo 65

Por su parte, don Quijote también siente fuertemente los efectos de la derrota. En reacción, Sancho intenta reanimar a su amo. Primero, él recalca el hecho de que el caballero no está gravemente herido. A pesar de su propio interés, el villano le aconseja abandonar la caballería:

...volvámonos a nuestra casa y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuestra merced el más mal parado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería, y así, vienen a volverse en humo mis esperanza. (II, 65, 523)

Sin embargo, don Quijote conjetura que la restricción sobre su ejercicio de la caballería durará aproximadamente un año y que después Sancho tendrá más oportunidades para reinar. El escudero expresa su deseo de que su amo tenga razón y agrega: "...siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión" (II, 65, 523). La segunda parte de su comentario resume la actitud que inicialmente inspira la improbable colaboración del villano con el hidalgo. Raymond Willis observa que antes de la primera salida de cada uno: "...both men lack some transcendent ideal, or dream, to which they can pin their faith, something that will galvanize them from mere existing into actual living. For faith, belief, in almost anything, will dissolve the inertia begotten of the quiet

desperation of a disillusioned man” (216). Claramente, la participación del escudero en el proyecto caballeresco manifiesta su deseo de trocar una vida cotidiana relativamente predecible por otra que es más insegura pero que es definida por la esperanza de aventuras y provecho socioeconómico.

Es decir, en vez de ejercer prudencia, el villano arriesga su forma de vida relativamente estable –y la de su familia– al poner su fe en un señor que ofrece grandes promesas sin ninguna evidencia de si son factibles. Si bien en momentos previos podemos discernir otros elementos que impulsan y sostienen esa colaboración, Sancho claramente expresa en esa cita el ímpetus que desencadena su primera salida. Ser escudero le permite soñar con una existencia más sublime. Al igual que analizamos previamente, el villano sostiene su fidelidad a su decisión –consciente o inconscientemente– al considerar y al descartar otros aspectos de la colaboración con el caballero. Además de reprimir motivos por dudar de su amo, el escudero incorpora detalles que refuerzan su confianza en él. De esta manera, lucha contra la disonancia cognitiva. Asimismo, toma en cuenta otros aspectos favorables de su experiencia caballeresca a fin de dar un barniz de lógica a su decisión irracional de poner su fe en don Quijote. En la última sección de nuestro análisis retomaremos todos estos puntos en su debido momento.

A pesar de la reciente conversación entre el escudero y el amo, es manifiesto que el segundo continúa sintiendo los efectos de la restricción que impone el Caballero de la Blanca Luna. Si bien en su anterior intercambio don Quijote intenta convencer a Sancho y a sí mismo de que no han de desesperarse por su inhabilidad de emprender nuevas aventuras, él se frustra al aprender que el renegado rescata a Gregorio Gaspar sin su

ayuda. En respuesta, Sancho intenta reavivar la moral de su amo, observando: “...en estas cosas de encuentros y porrazos no hay que tomarles tiento alguno, pues el que hoy cae puede levantarse mañana, si no es que se quiere estar en la cama, quero decir que se deje desmayar, sin cobrar nuevos bríos para nuevas pependencias” (II, 65, 523). Aunque el villano intuye previamente que no habrá más aventuras caballerescas para los dos, él intenta alimentar la ilusoria posibilidad para el beneficio de su amo. Mientras que el hidalgo inicia la colaboración del villano mediante la promesa de una ínsula, en este momento posterior, Sancho intenta levantar el ánimo del caballero al emplear el espejismo de futuras andanzas. Claramente, el villano aprecia que la prohibición sobre el proyecto de don Quijote contribuye a su melancolía.

## Capítulo 66

Algunos temas de conversación entre Sancho y don Quijote al final del capítulo anterior se repiten al comienzo del siguiente. En particular, el caballero atribuye su derrota a su mala fortuna y no a su voluntad. Además, se queja de que no podrá restaurar ni la gloria de sus logros ni su suerte. El escudero comenta que es normal que el hidalgo se sienta así y él señala que su mala ventura en esa justa es aleatoria. En vez de aceptar la excusa que Sancho le ofrece por la derrota, don Quijote responde que todo es producto de una voluntad divina y que su fracaso es una consecuencia de su soberbia al no reconocer la debilidad de su animal frente a la fuerza del de su contrario. Asimismo, el caballero expresa su propósito de volver a su profesión después de cumplir el período de penitencia que impone su vencedor. A corto plazo, el intento del escudero de animar a su amo con la posibilidad de otra salida tiene su deseado efecto.

A fin de acelerar su vuelta a casa y de evitar la necesidad de caminar junto a sus bestias cargadas de las renunciadas armas de don Quijote, Sancho intenta convencer a su amo de tender sus accesorios guerreros en algún lugar por el camino. Si bien el hidalgo inicialmente aprueba la propuesta, el villano cambia la opinión de su señor al comentar que su necesidad del caballo no permite que ahorquen a éste también. En reacción, don Quijote cambia de opinión, explicando que es impropio desprestigiar la buena ayuda, bien sea de un animal o de las armas. El escudero concuerda, cediendo a la voluntad de su amigo de guardar las herramientas de su profesión que requeriría de nuevo si emprendiese otra salida.

Varios días después, Sancho y su amo llegan a una posada donde los presentes discuten una carrera entre dos hombres que desean competir con el mismo peso. Con el objetivo de ofrecer su opinión de las condiciones del concurso, don Quijote escucha la propuesta de que el ligero acepte una carga para igualar el peso de los corredores. Sin embargo, el caballero se resigna a no ofrecer su juicio sobre el caso. Al contrario, solicita el de su escudero, notando que no se siente competente para opinar. Este es uno de tantos ejemplos de la creciente voz de Sancho frente a la de su amo. Alan Trueblood señala: “Si la Segunda parte representa una ascensión de Sancho y un ocaso de don Quijote, como dice Madariaga, era inevitable que el arrojo y la arrogancia de Sancho aumentaran, mientras que don Quijote, como ya se notó, ahora se va quedando callado más a menudo” (“El silencio” 174). Efectivamente, citando su experiencia y habilidad para juzgar pleitos, el ex gobernador razona que el ligero no debe entorpecerse sino que el contrario debe perder peso. Esta recomendación es lógica ya que sería injusto imponer sobre el menos pesado lo que su competidor está acostumbrado a llevar y para lo cual ya tiene músculos

desarrollados. Don Quijote no les permite a sus interlocutores recompensar a él y a Sancho pero es patente que reconocen el buen razonamiento de éste. A causa de ello, deciden cancelar la carrera ya que el más pesado no aceptaría las condiciones. El episodio sirve para recalcar no solamente la astucia del villano sino que además contrasta su creciente poder con la progresiva pasividad de su compañero.

Más tarde, el caballero y el escudero topan con Tosilos. En vez de recordar aquella aventura como un triunfo, el hidalgo indica que el aparente cambio de identidad de su contrario le niega una victoria que aumente su fama. El lacayo contradice la versión del hidalgo, afirmando que no interviene magia en el conflicto y que su identidad no cambia. Asimismo, él agrega que el duque lo involucra en aquella justa y que lo castiga después por no cumplirla. Además, él indica que no logra casarse. Por su parte, Sancho expresa su deseo de evitar una conversación sobre el carácter de la justa e intenta acelerar la degustación que ofrece Tosilos. Aparte del hambre y la sed que parcialmente motiva su conducta en esta situación, es evidente que el escudero sabe que dilatar aquella conversación perjudicaría la ya baja moral de su señor. Mientras que el caballero sigue por el camino, dejando al lacayo y a Sancho, éstos discuten la salud mental del hidalgo. Cuando Tosilos conjetura que don Quijote ha de estar loco, el escudero responde: “—¿Cómo debe?...No debe nada a nadie; que todo lo paga, y más, cuando la moneda es locura. Bien lo veo yo, bien se lo digo a él; pero ¿qué aprovecha? Y más agora, que va rematado...” (II, 66, 530). Además de confirmar que Sancho reconoce la futilidad de convencer al caballero del carácter de sus fantasías, esto revela que el escudero tiene una buena opinión de la voluntad de don Quijote de cumplir sus promesas. Por no demorar

más a su amo, Sancho retoma su viaje sin relatar más detalles de la reciente derrota de su señor.

### Capítulo 67

Después de juntarse nuevamente con don Quijote, el escudero comenta la generosidad de Tosilos. Esto le provoca al hidalgo a criticar su interpretación realista de la identidad del lacayo. Luego, él pide noticias acerca de Altisidora y si persiste su afecto por él. Sin refutar la insistencia del caballero en el encantamiento, Sancho responde que la conversación durante la merienda con Tosilos no abarca a ella. Además, el villano reprocha: “¿está vuestra merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos?” (II, 67, 531). En reacción, el hidalgo caracteriza su interés como un agradecimiento obligatorio y no un amor ilícito. Asimismo, el caballero aprovecha la oportunidad para criticar que su escudero no se azota para socorrer a su amada. Antes de prometer nuevamente que él se vapuleará, Sancho responde que no cree que maltratar a su cuerpo desencante a Dulcinea. Él explica que pensar lo contrario sería como aplicar medicina a una parte del cuerpo cuando otra padece de dolor. Además, el escudero expone que su amo probablemente no conoce ninguna historia caballeresca en que los latigazos sean un método de desencantamiento. Si bien es manifiesto que Sancho no desea perjudicar a su amo al atacar sus ilusiones, es también patente que no está dispuesto a maltratarse en vano.

Luego, al pasar cerca del lugar de la nueva Arcadia, don Quijote propone que, mientras no puedan ejercer la caballería, él y su compañero sigan el ejemplo de aquellos jóvenes. Perspicazmente, Sancho reconoce que su seguimiento de aquella forma de vida

arrastraría también al cura, al barbero y al bachiller. Concordando con el juicio de su escudero acerca del comportamiento de los demás, el hidalgo considera el posible nombre pastoril que cada uno podría adoptar. Por su parte, el villano indica que su cónyuge se llamará: “...*Teresona*, que le vendrá bien con su gordura...celebrándola yo en mis versos, vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas” (II, 67, 533). Después, Sancho advierte que tal profesión le proporcionará nuevas oportunidades para degustar comida y para ver a su hija. Además de demostrar que el villano ya empieza a adaptarse a la idea de trocar una vida caballeresca por una pastoril, sus comentarios ilustran otro intento suyo de apoyar un designio que podría dar sentido a la vida del hidalgo. También, sus afirmaciones recuerdan su gusto por la gastronomía, su deleite de nuevas experiencias y su afecto por su esposa.

### Capítulo 68

Después de la conversación sobre una vida pastoril, don Quijote interrumpe el sueño de su compañero para contrastar su sosiego con su propia turbación. El caballero lo reprocha por no compadecerle y pide que cumpla con los azotes prometidos. Asimismo, él reconoce que, dado el resultado de su pelea con Sancho, su colaboración tendría que ser voluntaria. Además, él propone que los dos hagan música acerca de sus amores. El escudero replica que resultaría difícil cantar después de maltratarse y que si don Quijote insiste demasiado en darle prisa, él no cumplirá con su palabra.

También, Sancho comenta, con un evidente tono jocoso, que no lo hará a esas horas porque: “...no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y

me dicipline...” (II, 68, 537). Es decir, empleando la amenaza de no desencantar a Dulcinea, el villano reivindica su deseo de dormir sin que su amo lo despierte a deshoras. En respuesta a la reiterada frustración del caballero, Sancho expone su gusto por el reposo:

...en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templar el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño...pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia. (II, 68, 537)

Por un lado, Sancho ensalza la actividad porque permite a una persona suspender su sufrimiento y sus preocupaciones. Asimismo, reprime las diferencias socio-económicas y otras entre los individuos. Curiosamente, el villano también valora que mientras duerme prescinde de esperanza y gloria. Aunque es comprensible que uno guste de sentirse libre de los aspectos desagradables de su existencia, el villano no quiere sencillamente soñar con algo durante esos períodos sino que desea estar inconsciente de la realidad. En cambio, durante su colaboración con don Quijote, él intenta dar rienda suelta a sus esperanzas y disfrutar plenamente de las aventuras. Es decir, dadas sus desmesuradas ambiciones, Sancho casi sueña estando despierto. En reacción, don Quijote alaba ese discurso de su escudero, opinando que su calidad es insólita en boca de él. Asimismo, el hidalgo atribuye su carácter a su propia influencia sobre el compañero. Reconociendo que

aquel cumplido encierra una crítica, el villano responde con otra, observando que si bien su colega reprocha el empleo de proverbios, él los utiliza con frecuencia.

El narrador relata que un sonido fuerte y desconocido interrumpe la conversación, poniendo a don Quijote en alerta y asustando a Sancho. Después, una manada de cerdos huella a los dos, inspirando al escudero a pedir la espada de su señor para acometer a los pastores y los puercos. El hidalgo se la niega, indicando que su maltrato por los cerdos es una merecida punición divina a causa del resultado de la última justa. Sin embargo, en vez de corroborar o no hacer caso de esta disparatada lógica, Sancho indica que él la rechaza: “...Si los escudero fuéramos hijos de los caballeros a quienes servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas...pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes?” (II, 68, 538).

Evidentemente, el villano está demasiado cansado para tolerar el desatino de su amo. Por consiguiente, el escudero propone que ambos duerman. El caballero le concede permiso para hacerlo pero afirma que él no seguirá su ejemplo sino que dedicará ese tiempo a la poesía. El capítulo concluye con unos quince hombres armados asustando a don Quijote y Sancho durante la mañana siguiente y forzándolos, sin decirles el destino, a ir hasta la residencia del duque.

## Capítulo 69

Luego, los secuestradores llevan a los dos compañeros hasta el fingido velorio de Altisidora que supervisan los duques. Uno de los colaboradores de éstos viste el torso del escudero con ropa luciendo las imágenes de un incendio y cubre su cabeza con un cono ostentando las de demonios. Asimismo, requieren su silencio y lo amenazan con matarlo

si no cumple con ello. Sin embargo, Sancho reconoce la farsa y aprecia que es inocua: “...veíase ardiendo en llamas, pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coraza, viola pintada de diablos...diciendo entre sí: –Aún bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan” (II, 69, 542). Igualmente, al escuchar a sus enemigos decir que su maltrato restaurará la vida de Altisidora, el escudero declara su escepticismo:

–¡Voto a tal, así me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro!...¿Qué tiene que ver...con la resurrección desta doncella?...Encantan a Dulcinea, y azótanme para que se desencante; muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hanla de resucitar hacerme a mí veinte y cuatro mamonas y acribarme el cuerpo... (II, 69, 543-4)

Es manifiesto que el villano percibe el paralelo entre el método de desencantamiento de Dulcinea y el de la restauración de Altisidora. Lógicamente, él aprecia también que su comportamiento no tendrá ningún efecto sobre la fingida condición de las dos mujeres. Cuando el escudero presencia la llegada de varias dueñas, él nuevamente expresa su aversión hacia ellas. Él indica que tolerará mucho maltrato pero no contacto físico con ellas. Sancho no aclara la causa de su reiterada antipatía hacia las dueñas pero él evidentemente logra superarla lo suficiente para aceptar todo menos los alfilerazos. El narrador cuenta: “...así, se levantó de la silla, al parecer, mohíno, y asiendo de una hacha encendida que junto a él estaba...–¡Afuera, ministros infernales; que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martirios!” (II, 69, 544-5). En vez de prolongar la espera para la aparente resurrección, Altisidora se mueve indicando que el sufrimiento de Sancho es provechoso. En reacción, don Quijote intenta animar a su escudero a acelerar el desencantamiento de Dulcinea. Sin embargo, Sancho no se somete a más maltrato sin

beneficio. Además, agrega que si su amo persiste insistiendo en que se dé prisa, él se negará a vapularse en el futuro. Mientras que Altisidora finge que el caballero es culpable por la muerte de ella, la dueña agradece la cooperación del escudero y le ofrece ropa en recompensa. Además, Sancho consigue que los duques le regalen la coraza y la vestidura de llamas como recuerdos de la farsa. El deseo de Sancho de guardar algo de tan poco valor sugiere que el escudero, que tanto se empeña anteriormente en olvidar sus desventuras, espera mantener un lazo material con la experiencia caballerescas que pronto terminará.

### Capítulo 70

El capítulo comienza con el narrador proporcionando una descripción de la preferencia del escudero por descansar modestamente y en soledad en vez de lujosamente y con otras personas. Esto recuerda una conversación anterior en que Sancho aprecia comer humildemente pero a solas y no ricamente y delante de otros. Es notable que, como señalamos previamente, tanto mientras saborea comida como cuando duerme, el villano se olvida de sus preocupaciones. La presencia de otros individuos claramente estorba ese propósito. Al igual que el villano no quiere adherir a los buenos modales en el comer sino hacerlo libremente, tampoco quiere sacrificar horas de sueño a fin de saciar el gusto de su amo por hablar. Predeciblemente, contra la voluntad del escudero, don Quijote lo despierta para platicar. En la subsiguiente conversación, el hidalgo se muestra orgulloso del supuesto efecto mortal que tiene su rechazo de Altisidora. En cambio, Sancho se empeña en dissociarse a sí mismo de la condición de ella: “Yo no sé ni puedo pensar cómo sea que la salud de Altisidora...tenga que ver...con los martirios de Sancho

Panza” (II, 70, 547). Luego, el escudero lamenta ser perseguido por hechiceros y amenaza defenestrarse si su amo no le permite descansar. Sin embargo, no hay ninguna razón convincente para creer que Sancho realmente sospecha la intromisión de encantadores con respecto a Altisidora. Al igual que en momentos previos, él aparentemente lo dice para manipular a su compañero. Luego, con la licencia de su señor, Sancho descansa con el propósito de recuperarse del maltrato.

Más tarde, Altisidora se introduce en la habitación donde descansan los compañeros y ella expresa su alegría ante el hecho de que Sancho haya tenido la habilidad de resucitarla. Naturalmente, el escudero se queja a causa del maltrato que recibe en nombre de ella y aprovecha la oportunidad para poner a prueba su historia. Él le interroga: “¿qué es lo que vio en el otro mundo? ¿Qué hay en el infierno? Porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero” (II, 70, 550). La dueña confiesa no llegar hasta ese lugar pero confecciona una historia. Sin embargo, en reacción a otro rechazo amoroso por parte de don Quijote, Altisidora revela que ella finge el fallecimiento, la resurrección y el afecto por el caballero. Esto confirma la validez de la incredulidad que Sancho muestra durante su anterior conversación con ella. Asimismo, el escudero indica que es imposible que un amor no correspondido provoque una muerte.

Después, don Quijote recomienda que Altisidora se ocupe en actividades que la distraigan de cualquier interés que tenga en el caballero. Sancho concuerda, explicando: “Por mí lo digo...mientras estoy cavando no me acuerdo...de mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos” (II, 70, 553). De este modo, el villano declara un auténtico amor por su cónyuge a la vez que explica cómo tolera alejarse de ella durante el tiempo que duran las aventuras con don Quijote. Curiosamente, sus trabajos

temporalmente le liberan de pensar en su esposa. Esta revelación matiza la decisión de él de colaborar con el caballero ya que ese proyecto no solamente conlleva aventura y posibles ventajas socio-económicas sino también prolongadas ausencias tanto físicas como mentales de su hogar, que él confiesa reconocer como tales. Es imposible averiguar con seguridad si esa interrupción de su relación amorosa —y de sus cotidianas responsabilidades como paterfamilias— es un motivo por su decisión de cooperar con el caballero o simplemente un necesario sacrificio que implica. Quizá la primera posibilidad sea más probable debido a su confesión previa de su gusto por el carácter impredecible de sus experiencias caballerescas que se contrastan implícitamente con una rutina doméstica. Más tarde, el capítulo acaba con Sancho y don Quijote retomando el camino.

### Capítulo 71

La narración continúa con Sancho lamentando la incumplida promesa de Altisidora de recompensarle con ropa. Además, el villano contrasta su experiencia sirviendo a ella con la de algunos practicantes de la medicina que obtienen su paga cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos para los pacientes. Si bien el caballero concuerda con su escudero con respecto al error de Altisidora en romper su palabra, don Quijote reconoce que el escarmiento del villano tendrá que servir de única paga.

En cambio, el hidalgo le ofrece a Sancho administrarse dinero a cambio de los azotes prescritos para desencantar a Dulcinea, aun si éstos podrían ser invalidados por ser recompensados. Predeciblemente, Sancho le interroga acerca del salario y aclara: “—Agora bien, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuestra merced de lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre

interesado” (II, 71, 555). Además, después de calcular el dinero que cobrará, el villano opina que con ello regresará a “...casa rico y contento, aunque bien azotado” (II, 71, 555). A fin de acelerar la penitencia, el hidalgo le ofrece más dinero y el escudero acepta empezar a ganarlo esa misma noche. Junto con su vulgarización de Dulcinea y su victoria en la pelea contra su amo, este acuerdo sobre una recompensa es uno de los tres hitos más importantes con respecto a los cambios en la dinámica de poder entre don Quijote y Sancho. Recordemos que, en el primer caso, Sancho ejerce su influencia sobre la caracterización de Dulcinea al identificarla como una de las tres labradoras con las que él y don Quijote topan cerca del Toboso. En cambio, en el segundo caso, el villano demuestra su superioridad física frente al hidalgo que ya no puede dominarlo mediante la violencia. Por lo tanto, el tercer hito es la culminación de la hegemonía del villano ya que el pacto entre él y su amo refleja el reconocimiento del segundo de que cualquier intento de rescatar a su amada ficticia habrá que lograrse mediante la compra de la voluntad de Sancho. Por su parte, éste finalmente consigue, más allá de lo ya recibido, una recompensa calculable por sus trabajos en vez de unas nebulosas promesas.

No es hasta justo antes de que el escudero reinicie sus azotes que el caballero se preocupa por la excesiva rigurosidad de las vapulaciones. Defendiendo su propio interés, don Quijote le advierte que Sancho debe cuidar de su salud, al menos hasta acabar la labor. El narrador detalla que después de una media docena de latigazos el villano renegocia una mayor recompensa. Sin embargo, Sancho pronto abandona el abuso a favor de golpear el bosque y fingir su sufrimiento mediante exclamaciones. Mientras tanto, el caballero presta atención al número de golpes que oye, empleando un método que confunde otra vez la frontera entre su religión y su profesión. Roberto Véguez observa:

“El rosario se convierte ahora en un instrumento de comercio, de contabilidad, que don Quijote utiliza para llevar la cuenta de los azotes que se da Sancho, y éste, a su vez, aprovecha para llevar la cuenta del dinero que va ganando” (102). Después de un rato, don Quijote intenta convencerle de no apurarse demasiado. Dado el entusiasmo del villano por continuar, el hidalgo le permite seguir. No obstante, el caballero pronto le obliga a suspender su violencia, comentando que su deseo de que el escudero desencante a Dulcinea no es tan importante como la necesidad de Sancho de cuidar de su salud para poder mantener a su familia a largo plazo. Luego, el amo y el escudero llegan a una posada. Allí, entre otros asuntos, los compañeros nuevamente discuten el vapuleo del segundo y éste reitera su voluntad de cumplir los demás azotes en el bosque, en vez de en un edificio. Asimismo, indica que tiene la intención de acabarlos pronto. Claramente, Sancho reconoce que la oportunidad para ganancia posiblemente terminará con esta salida.

## Capítulo 72

En el próximo capítulo aparece Álvaro Tarfe, cuyo nombre el caballero cree haber visto en el Quijote apócrifo. Respondiendo a las interrogaciones de ambos compañeros, el recién llegado indica conocer personalmente a los protagonistas de aquel texto. En reacción, Sancho contrasta su propia graciosidad con la poca de su tocayo. Asimismo, el villano caracteriza al auténtico don Quijote. Él finalmente resume: “Todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño” (II, 72, 563). Álvaro concuerda con el escudero en que éste y su amo son más dinámicos que los otros dos que él conoce previamente. Además, el granadino conjetura que unos encantadores

pueden haber provocado su confusión acerca de quiénes son los verdaderos y quiénes son los imitadores. Con el aparente propósito de burlarse de la creencia de Álvaro de que eso es el producto de encantamiento, el escudero bromea que, si le fuera posible desencantar al granadino mediante azotes adicionales, lo haría sin recompensa. No obstante, para satisfacer al hidalgo, Álvaro jura delante de un alcalde que aparece en el mesón que sus presentes interlocutores no son los mismos del texto de Avellaneda. Después de escuchar varias historias de Sancho y don Quijote, él se despide de los dos compañeros por el camino. La interacción con el granadino no solamente demuestra el orgullo del escudero ante su identidad sino también su deseo de obtener fama por sus obras.

Aprovechando nuevamente la oscuridad que le brinda la noche en el bosque, el escudero alcanza 3029 vapulaciones y antes del final de la noche siguiente acaba las últimas 271. De este modo, él cumple con la cifra prescrita para desencantar a Dulcinea. El episodio cierra con Sancho exclamando:

–Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. (II, 72, 566)

Estos comentarios de Sancho tienen diversas funciones. En parte, el escudero reconoce el provecho económico que saca de su experiencia caballeresca. Además, expresa su sincera felicidad al estar de nuevo en su aldea. Aunque Sancho apenas se vapula, su referencia a estar azotado evoca su verdadero maltrato físico durante las aventuras. Quizá ese pensamiento atenúe la culpabilidad o la vergüenza que siente por su engaño de don

Quijote. Por último, su caracterización de la condición de su amo tiene el aparente propósito de mitigar la desilusión del caballero acerca de su derrota en la justa.

### Capítulo 73

Notablemente, Sancho no reconoce hasta qué punto don Quijote está desilusionado con la improbabilidad de ver a su amada desencantada. Al escuchar parte de un diálogo entre dos jóvenes con quienes topan por el camino, el hidalgo indica que uno de los mozos dice algo que podría indicar que el caballero no verá a Dulcinea de nuevo. Antes de que Sancho pueda responder a la interpretación que ofrece su amo, una liebre interrumpe su conversación. El animal se refugia debajo del escudero a fin de evitar sus perseguidores. Sancho pasa la liebre a don Quijote y éste lo describe como otro mal agüero. Sin embargo, el villano aprovecha la oportunidad para rebatir la arbitraria interpretación pesimista de su amo:

...presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora, ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced...¿qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar aquí? (II, 73, 568)

Igualmente, Sancho refuta el otro supuesto presagio. El escudero le pregunta a uno de los jóvenes a qué se refiere cuando declara en su conversación con su compañero “no la verás más en toda tu vida”. Cuando el mozo responde que habla de una jaula de grillos que roba de su amigo, Sancho la compra y se la regala a don Quijote. El escudero explica: “—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen más que ver con nuestros sucesos, según que yo imagino, que con las nubes de antaño...y no es de

personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías...” (II, 73, 568). Sin embargo no hay suficientes datos para averiguar claramente si el razonamiento de Sancho acerca de la jaula y la liebre convence al caballero que los presagios son ilusorios. El narrador solamente describe que don Quijote entrega la liebre a los cazadores y sigue por el camino. Lo que sí es manifiesto es que Sancho reconoce que las ocurrencias aleatorias de su entorno no predicen el futuro. Esta es la última conversación entre los compañeros antes de que lleguen al hogar del caballero. En el intercambio, Sancho no solamente ofrece una interpretación prosaica de las circunstancias que su amo no desmiente sino también que el villano pone fin a la conversación con una autoridad antes reservada para don Quijote.

Cuando la cónyuge del escudero aparece con su hija en casa del hidalgo, Sancho tiene una nueva oportunidad para caracterizar su experiencia durante su segunda salida. En reacción al asombro que su esposa siente al ver a él carente de los adornos asociados con un gobernador, el villano replica: “—Calla, Teresa...vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie” (II, 73, 569). Esta respuesta de Sancho evoca el trecho entre lo aparente y lo invisible, recalando que gran parte de la transformación de él es difícil o incluso imposible de discernir con la mirada. Además, el escudero expresa el deseo de compartir los relatos y los despojos en familia, y no en público. Sin ofrecer detalles, Sancho alude a su astuta manipulación de otras personas pero sostiene que sus propios logros financieros no los perjudican. Al menos abiertamente, el escudero todavía no reconoce que al participar en la desilusión del hidalgo él contribuye a su inminente muerte. Su declaración también expone la tensión ética entre un anhelo de mejorar la situación de su

familia y la indecencia de causar el sufrimiento de otros individuos para lograrlo. A pesar de esta afirmada, pero no acertada, caracterización que ofrece Sancho, su esposa le asegura que es válido cualquier método que aproveche para enriquecerse. A pesar de lo que comenta Sancho, con respecto a su salario, existe una relación directa entre el aumento del caudal del villano por su fingido esfuerzo de desencantar a Dulcinea y el empeoramiento de la hacienda y la salud del hidalgo. Es decir, él se enriquece a costa, tanto emocional como pecuniaria, del caballero. La doble bancarrota a la cual contribuye Sancho pone a don Quijote en una situación de la que no saldrá el segundo por falta de dinero y ánimo.

#### Capítulo 74

La próxima vez que el escudero se reúne con el caballero, éste es ya moribundo y pasa seis días de fiebre en la cama. Sancho permanece a su lado durante ese tiempo e intenta animarle a superar la melancolía que acelera su muerte. Luego, el hidalgo descansa a solas por seis horas. Después de despertarse, él renuncia su anterior oficio, abniega los libros que inspiraron sus salidas y se prepara para su fallecimiento. Además, pide la compañía de sus más allegados durante sus últimas horas. Al dictar su testamento, Alonso Quijano lega todo su dinero a Sancho, reconociendo que eso aun podría ser insuficiente para recompensar al compañero a quien convence compartir sus desventuras y locuras. Asimismo, el hidalgo le pide disculpas por hacerle creer en la autenticidad de la caballería andante.

En vez de apoyar la resignación de su compañero a la muerte, el villano intenta animarle a emprender aventuras pastoriles. De hecho, ese enunciado del villano es su último del texto y merece que lo citemos en su integridad:

—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá detrás de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. (II, 74, 575)

Si bien Sancho reconoce que su camarada se muere debido a la melancolía, es patente también que él no sabe cuál es la principal causa de su desconsuelo mortal. No obstante, el villano sospecha los dos fracasos más notables de la experiencia caballeresca de su amo. En reacción a esos factores, Sancho propone dos resoluciones. Con respecto a la derrota de don Quijote en la última justa, el escudero le proporciona una excusa que podría disculpar a su amo. Asimismo, él le recuerda que la suerte de una persona es variable y puede mejorar. Además, el villano le indica que el supuesto encantamiento de Dulcinea es superable y que él y el hidalgo podrían topar con ella durante un episodio pastoril. No obstante, Sancho no confiesa que él falsamente identifica a la amada durante

su viaje al Toboso. Eduardo Urbina resume la consecuencia de ese encantamiento así: “Sancho impide que don Quijote se realice llevando a cabo su proyectada imitación del más perfecto de los caballeros. Obrando según su propia motivación y necesidad logra triunfar...La hazaña que graciosamente efectúa Sancho contribuye a la melancolía y debilidad de don Quijote...” (101). Paradójicamente, el villano no puede revelar el mecanismo del falso hechizo de Dulcinea, y así anularlo, sin destruir la integridad de la fantasía que sustenta a don Quijote durante las aventuras. Asimismo, mediante su evocación de la posibilidad de verla restaurada durante un episodio pastoril, el escudero revela su creencia de que ella no solamente motiva las aventuras de don Quijote sino que además sustenta la misma voluntad de existir que sería necesaria para sacar al hidalgo de su lecho de muerte. Además, advertimos que Sancho está dispuesto a arriesgar el dinero que está a punto de heredar a fin de subvencionar con ello nuevas aventuras que restituyan la salud y la ilusión del caballero. Es manifiesto que su lealtad hacia su amigo desengañado es más importante para él que el salario dictado en el testamento. A pesar de las súplicas del villano, el hidalgo se niega a comenzar una vida pastoril y, en contraste, sucumbe a la melancolía y la muerte tres días después.

Dado ese comportamiento de Sancho poco antes del fallecimiento de su compañero, es innegable que él aprecia la amistad y las aventuras que comparten. Maxime Chevalier resume que Sancho admira: “...la generosidad, la sabiduría y la humanidad de Alonso Quijano, una generosidad que sabe apreciar al escudero, una sabiduría que puede entender al campesino, una humanidad que ha de recordar al gobernador de Barataria” (845). Además, el villano sabe que sin esa colaboración no habría disfrutado de una experiencia tan extraordinaria.

Sin embargo, la descripción del comportamiento de Sancho durante los últimos días de la vida del hidalgo contrasta fuertemente con la escena de la dictación del testamento que los anticipa y durante la cual él muestra tanta preocupación por su amo. Mientras que él se desespera previamente para resucitar la moral del hidalgo, el narrador describe que cuando la muerte de don Quijote está por llegar: “Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto” (II, 74, 576). El villano ya no lamenta la pérdida de su colega sino que festeja el legado que recibe. Si bien pronto volverá a su forma de vida previa como labrador y paterfamilias, él hereda más que dinero para atenuar el final de su ejercicio de la profesión escuderil. Mediante el compañerismo y el tiempo que pasa con don Quijote, Sancho es un beneficiario de sus experiencias y memorias comunes. Lo más probable es que vuelva a ser labrador y pase el resto de su vida contando a sus más allegados esas aventuras y recordando a su antiguo compañero.

## CAPÍTULO 4. CONCLUSIONES

–Calla, Teresa –respondió Sancho–...vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas.

Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

Miguel de Cervantes, *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*

Antes de presentar nuestras conclusiones sobre la novela, es provechoso contextualizarlas brevemente con tres comentarios de críticos familiarizados con el amplio panorama hermenéutico del *Quijote*. Randolph Pope explica que: “The Third Part of *Don Quixote*, fortunately lacking yet the last word, is made up by an intricate web or quilt of interpretations that shows the traces of diverse times of origin. The temporality of interpretations can be contrasted with the apparent immobility of the text itself” (93). Mediante nuestra aproximación en el presente trabajo, hemos intentado analizar la caracterización de Sancho a través de un método que refleja no una estricta moda teórica, con un extenso aparato crítico, sino unas premisas que creemos reflejar algunas innatas aptitudes cognitivas de los seres humanos. Sostenemos que, por naturaleza, los individuos tienen la capacidad de interpretar la conducta y los motivos de otras personas y que también poseen la habilidad de resolver o reprimir la coexistencia en su mente de pensamientos discordantes. Para complementar este proyecto, en algunos casos,

señalamos ciertos detalles históricos para dar más contexto al contenido de la novela que remite a puntos de referencia del mundo real.

En nuestra indagación también confrontamos que, a pesar de la tremenda cantidad y diversidad de monografías y libros críticos inspirados en el *Quijote*, hay una escasez de textos de considerable extensión que se dediquen al estudio de Sancho a lo largo de los dos tomos. Francisco Márquez Villanueva también advierte que el interés crítico en los coprotagonistas es desigual: “La entidad literaria de Sancho Panza ha suscitado una corriente de atención crítica paralela, aunque de caudal inferior, a la que ocurre en torno del alucinante Don Quijote...” (123). Además, constatamos que muchas de las caracterizaciones del escudero que ofrece la crítica utilizan selecciones de sus pensamientos y de su conducta sin confrontar —o bien por descuido o bien adrede— detalles textuales que complicarían o incluso refutarían esas generalizaciones sobre su personalidad. Con respecto a las investigaciones sobre Sancho, Antonio Barbagallo recalca la dificultad que presenta la exégesis del *Quijote*:

Al tratar de un personaje tan estudiado y analizado por su complejidad, es difícil no caer en la tentación de citar a otros críticos con los que se puede o no estar de acuerdo. La mayoría de ellos trata de analizar Sancho refiriéndose a lo que considera características de su personalidad, obteniendo a veces resultados opuestos y contradictorios. La presencia casi constante de Sancho en la novela, sus acciones y su intervención verbal en una historia tan larga, dificultan la tarea de un análisis completo y exhaustivo... (51)

Al igual que advierte aquél crítico, la evolución matizada de un personaje a lo largo de un texto tan extenso como los dos tomos del *Quijote* complica la labor de caracterizarla a la vez a grandes rasgos y con esmero.

En la mayor medida posible, dentro de nuestros límites de espacio y tiempo, ambicionamos en esta disertación poner de relieve a Sancho, su conducta y sus motivos, incluso cuando este proyecto implica confrontar ambigüedades y/o conflictos textuales. Asimismo, intentamos no desviarnos del estudio de la novela a fin de desmentir las interpretaciones de otras personas que son contrarias a las que exponemos aquí. En cambio, sí evocamos opiniones de críticos que apoyan las nuestras o que señalan aspectos del texto que no vislumbramos hasta leer sus contribuciones a esa red hermenéutica que construyen los quijotistas y que señala Pope. Ya que hemos confrontado estos ineludibles aspectos del estudio de la obra, pasemos a las conclusiones del presente análisis.

No obstante las dificultades que presenta el *Quijote*, afirmamos que el crítico puede esbozar fielmente la experiencia insólita por la que pasa el escudero. Las aventuras que experimenta el villano afectan sus conocimientos, sus motivos y su conducta en medidas notables que definen y revelan su identidad. La primera acción de Sancho en la novela, y la más importante, es su aceptación de servir al caballero. Curiosamente, el narrador no nos proporciona los pensamientos y las palabras del villano durante esa conversación. De hecho, él ofrece escasa información sobre el intercambio excepto que don Quijote le promete al escudero una ínsula y que la aquiescencia de éste requiere mucha persuasión. Sin embargo, el contexto socio-económico y algunos datos adicionales, esparcidos por la novela, arrojan luz sobre la decisión de Sancho.

En un momento tardío, durante su segunda salida juntos, ambos coprotagonistas evocan el refrán que, mejor que cualquier otro comentario que aparece en el texto, captura el impulso que posibilita la colaboración de los dos vecinos: “más vale buena esperanza que ruin posesión”. Efectivamente, cada uno de ellos deserta su hogar a fin de perseguir ambiciones que rompen con la monotonía de sus respectivas vidas. Sin embargo, a diferencia del hidalgo, quien sabe desde el principio que su amada es ilusoria, el villano inicialmente no tiene ese dato ni tampoco reconoce que la gran promesa que le ofrece don Quijote es apenas posible de llevar a cabo.

Notablemente, el escudero no sabe que muchos de los elementos literarios que forman la base para el proyecto del hidalgo no son fieles a la realidad. La credulidad de Sancho con respecto a esos detalles fantásticos, como la existencia de gigantes, se radica en que él no distingue entre textos de ficción que son ostensibles inventos de autores y las historias religiosas que su Iglesia sostiene como auténticas. Su amo evoca esa misma confusión de los géneros literarios en una conversación con el cura: “—En esto de gigantes —respondió don Quijote— hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo...” (II, 2, 37). La confusión del escudero y del caballero —y de otros personajes de la novela también— acerca de la veracidad de diferentes tipos de literatura no es el mero producto de la torpeza mental de los dos compañeros manchegos: un supuesto necio y un aparente loco.

La dificultad que Sancho experimenta con respecto a discernir entre los artículos de la fe de su Iglesia y los elementos de la caballería andante es un problema que, históricamente, las autoridades eclesiásticas y reales prevén como una amenaza a la

religión. Al revés del escudero, que se vale de su fe religiosa para creer en la caballería andante, la Corona española imagina que los indígenas en el Nuevo Mundo cuestionarán la autenticidad de las historias de la Sagrada Escritura debido a las ficciones caballerescas.

Carlos Moreno Hernández, en *En torno a Castilla: ensayos de historia literaria*, contextualiza que:

En 1531 un real decreto prohíbe la importación de libros de caballerías en las colonias americanas, en parte porque se temía que los indios pudieran poner en duda la verdad de la Biblia al comprobar la falta de veracidad de esas obras...No sería exagerado pensar que esta idea está en la mente de Cervantes al proyectar el *Quijote*, pues es tema fundamental de la obra...sobre todo en el debate entre don Quijote y el canónigo...El episodio no hace sino problematizar, más o menos explícitamente, las fronteras entre mito, historia y literatura... (105-6)

Por lo tanto, dentro del marco histórico en que escribe Cervantes, no debemos caer en el error de tachar las extrapolaciones del escudero como un producto de su estupidez. Al contrario, son los resultados de la combinación de varios factores: su imperfecta comprensión de la historia, de la literatura y del credo católico, además de su poca familiaridad con el mundo fuera de su aldea. Esta ignorancia de Sancho, junto con la corroboración de sus suposiciones (erróneas) por parte una figura de autoridad como el hidalgo, le convence de que su adoptada profesión complementa su religión y que es un método válido de satisfacer sus ambiciones. Significativamente, su colaboración con don Quijote es una prueba de la voluntad humana de optar por esperanza. En vez de resignarse a una vida de mediocridad, el villano aspira a más. En consecuencia, el

escudero empieza a vivir una experiencia que muchas de las personas con quienes se encuentra durante las aventuras solamente creen posible mediante la lectura.

Sin embargo, en la mente del villano, surgen dudas acerca de su colaboración con el hidalgo. A pesar de la superioridad del estatus de éste, tanto en el sentido socioeconómico como con respecto a su erudición, la interpretación imaginativa que el caballero avanza de la realidad le inspira a Sancho a cuestionar la legitimidad de su proyecto y la viabilidad de conseguir recompensa mediante ello. Mientras que muchos otros personajes de la novela tardan menos tiempo en sospechar que don Quijote está loco, Sancho es mucho más susceptible de creer las afirmaciones de una figura de autoridad, incluso si ellas carecen de evidencia incontrovertible que él pueda percibir con sus cinco sentidos.

Con respecto a la materia de los libros, el escudero, quien evoca su sincera fe religiosa como el aspecto que más define su identidad y que justifica su conducta, confunde la autoridad de su amo con la de un clérigo. Si, desde la perspectiva del analfabeto Sancho, intentamos comparar a don Quijote con el cura de su aldea, hay similitudes notables. Ambos pertenecen a un rango superior de la sociedad y gozan de una amplia cultura literaria a la cual el villano no tiene acceso sino a través de las interpretaciones de ellos.

Asimismo, don Quijote intenta aprovechar la fe de Sancho para fortalecer su confianza en la caballería andante. Cabe recordar que el hidalgo afirma no solamente una conexión entre su profesión y la religión sino que la promueve como un método de lograr la salvación del alma: "...no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería; caballeros santos hay en la

gloria.” (II, 8, 87). En detrimento del razonamiento del villano, el cura y el barbero implícitamente corroboran aquellas aserciones del hidalgo al indicar que la profesión escuderil tiene tanto una vía caballeresca como otra clerical. Vale la pena citar de nuevo que el narrador resume que:

No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que, pues no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y a ellos les sería de más gusto oír sus necesidades. Y así, le dijeron que rogase a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir, con el discurso del tiempo, a ser emperador, como él decía, o, por lo menos, arzobispo, o otra dignidad equivalente. (I, 26, 324)

Más tarde, en la venta, el villano entreoye una conversación en que los interlocutores cuestionan la legitimidad de la caballería andante. En reacción, él considera abandonar su participación si no consigue recompensa.

Mientras tanto, el cura y el barbero encuentran a colaboradores en la venta que les ayudan a corroborar su afirmación de que Dorotea es una princesa menesterosa. Con respecto a la farsa de Micomicón, John Weiger describe: “Like Don Quijote, the curate will draw upon the books of chivalry for his plot; like Don Quijote, he will be an actor in his own improvisations. The curate is enacting the role of the learned enchanter whose purpose is to foil Don Quijote’s illusions” (98). Asimismo, el escudero presencia el secuestro de don Quijote que planifica el cura. Recordemos, en detalle, que:

...todos por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que a don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo

silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse a él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y, asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que, cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse...no se podía menear ni defender: todo a punto como había pensado que sucedería el cura, trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio...no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo... (I, 46, 252-3)

Si bien el escudero reconoce que el cura no logra capturar a don Quijote mediante magia, es patente que la conducta del sacerdote le provoca a Sancho a considerarlo como un enemigo de los designios caballerescos de los dos compañeros.

Asimismo, Sancho le culpa de haber impedido su obtención de una merced por ayudar a la declarada princesa. Aunque no considera al cura como un mago malvado, sí lo considera como un encantador travieso, cuya conducta atribuye a una rivalidad que el sacerdote experimenta hacia el hidalgo. Reiteremos que el escudero le advierte:

—¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensaré que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad...si por su reverencia no fuera, ésta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde...Todo esto he dicho, señor cura, no es más de por encarecer a su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que a mi

señor se le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso” (I, 47, 550).

Por un lado, es verdad que Sancho frecuentemente discrepa con la interpretación de su amo de la realidad e incluso pone en tela de juicio la probabilidad de adquirir una ínsula. Sin embargo, después del encantamiento que confecciona el cura, no hay ningún indicio de que el escudero vuelva a cuestionar la autenticidad de la caballería andante.

Con respecto a este aprendizaje del escudero, Manuel Durán observa que:

“...Sancho se qui jotiza sanchescamente...aferrado a su propia esperanza, y dispuesto incluso a hacer trampas poco caballerescas y a forzar su propia fe con tal de conseguir su objetivo” (147). Al igual que el villano no rechaza la autenticidad de la caballería a causa de la injustificable conducta de su amo, tampoco desacredita todo cuanto dice el sacerdote después de su maltrato de don Quijote. Al contrario, Sancho simplemente atribuye su comportamiento a la envidia del clérigo hacia el caballero. Aunque el escudero no explicita qué codicia el sacerdote, lo manifiesto es que la autoridad de éste compite con la del hidalgo.

Durante su segunda salida, el villano sigue confiando en la afirmación de cura de que existen caballeros clericales. En su conversación con el sirviente del Caballero del Bosque sobre la esperanza de obtener un canonicato, el villano diferencia entre la vía de su amo y la de su contrario:

–Debe de ser –dijo Sancho– su amo de vuesa merced caballero a lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes a sus buenos escuderos, pero el mío es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando le querían aconsejar personas discretas pero,

aunque, a mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venía en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber a vuesa merced que, aunque hombre, soy una bestia para ser de la Iglesia. (II, 13, 116)

Sin lugar a dudas, gracias a la corroboración que el cura ofrece en la primera parte de la novela, Sancho continúa creyendo en la legitimidad del proyecto en que participa con don Quijote.

A pesar de la importancia del vínculo que el cura y don Quijote establecen entre la religión de Sancho y la caballería andante, el escudero no solamente persiste al lado del hidalgo a causa de su fe en obtener una ínsula. Como hemos podido constatar a través de nuestro estudio de cada capítulo en que él figura, Sancho desarrolla un aprecio de muchos aspectos de la vida caballeresca más allá del poder de dirigir un gobierno.

En el presente estudio intentamos trazar, a lo largo de ambos tomos de la novela, los motivos y la conducta de Sancho que algunos críticos vislumbran pero que no analizan capítulo por capítulo con este enfoque. Aunque muchos expertos logran caracterizar fielmente algunos –o incluso muchos aspectos– de la conducta de Sancho, opinamos que una descripción que ofrece Howard Mancing captura particularmente bien las contradicciones del villano que muchos otros no ven o no quieren ver. Ese crítico resume que durante la novela, y sobre todo en la segunda parte:

...Sancho parle intelligemment, défend son maître, il est le personnage le plus perspicace et le plus critique, il perce à jour les astuces et les mensonges des autres personnages, il met fin à son ambition politique par son seul renoncement à

son gouvernement, il gagne en assurance et en indépendance, il rentre à la maison en triomphe...Pour ne pas créer d'équivoque, je ne veux en aucune façon laisser entendre que Sancho soit une espèce de saint...il est parfois incrédule, dupe et moqué par les autres, inattentif, grossier, imprudent, indifférent, et même cruel.  
 ("Sancho Panza et la norme éthique" 86-7)

Notablemente, no solamente se desarrollan las habilidades cognitivas del escudero sino que sus motivos por la colaboración cambian también durante sus aventuras.

La facilidad con que Sancho supera su desilusión después de abandonar el tan deseado gobierno de Barataria ilustra la poca importancia que él da al fracaso de la ambición que posibilita su primera salida. El escudero sencillamente lamenta la pérdida y afirma que si bien él no entiende por qué cosecha tanto maltrato por parte de los súbditos, él sigue confiando en la providencia. Por el camino, el escudero descubre un gusto por la libertad, por la conversación y por la compañía del hidalgo. En cambio, cuando es posible, disfruta del alcohol y de la gastronomía, refugiándose en su consumación, y en los actos de hablar y dormir, para así tolerar mejor las peripecias de su profesión. Igualmente, descubre el alivio de desahogar sus penas en pláticas tan variadas como permiten los amplios conocimientos de su amo.

A veces, la reacción del escudero hacia las situaciones en que se encuentra ilustran la persistente mezquindad de aspectos de su espíritu, de su fe, y de su época, al expresar enemistad hacia los negros, los judíos y tanto moros como moriscos. En cambio, en otras circunstancias el villano luce y afina sus dones intelectuales y discursivos, poniendo a prueba tanto su razonamiento como su imaginación. Tampoco debemos olvidar que acumula riquezas de diversa índole: centenares de escudos, algunos pollinos,

una parte del botín de los bandoleros y otros despojos de diverso tipo. Aunque el villano nunca pierde totalmente de vista la necesidad de obtener remuneración, ante todo lo demás, él disfruta del carácter impredecible de las aventuras y de la oportunidad de soñar con mejorar su situación y la de su familia. Esa recompensa permite que Sancho experimente tantas novedades, y eso importa, pero lo que dará de qué hablar a Sancho durante el resto de su vida son las aventuras: “—Calla, Teresa —respondió Sancho—...vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas” (II, 73, 569).

## OBRAS CITADAS

## OBRAS CITADAS

- Alonso, Amado. "Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 2.1 (1948): 1-20. Print.
- Aubrun, Charles V. "Une paysannerie littéraire: l'aventure de Sancho Panza." *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien* 27.1 (1976): 31-41. Print.
- . "Sancho Panza, paysan pour rire, paysan pour de vrai." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 1.1 (1976): 16-29. Print.
- Avalle-Arce, Juan Bautista de. "El monólogo de Sancho." *Bulletin of Spanish Studies* LXIII.4-5 (2004): 489-94. Print.
- Baena, Julio. "Sintaxis de la ética del texto: Ricote, en el *Quijote II*, la lengua de las mariposas." *Bulletin of Spanish Studies* 83.4 (2006): 505-22. Print.
- Bakhtin, M. M. *Toward a Philosophy of the Act*. Ed. Michael Holquist and Vadim Liapunov. Trans. and notes Vadim Liapunov. Austin: U of Texas P, 1999. Print.
- Baquero Escudero, Ana L. "Narración y personaje en Cervantes." *Anales Cervantinos* 37 (2005): 107-25. Print.
- Baquero Goyanes, Mariano. "El cuento sin desenlace." *Homenaje al prof. Muñoz Cortés Vol. I*. Ed. Francisco Sabater García. Murcia: Universidad de Murcia, 1977. 55-69. Print.

- Barbagallo, Antonio. "Sancho no es, se hace." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 15.1 (1995): 46-59. Print.
- Boruchoff, David A. "On the Place of Madness, Deviance, and Eccentricity in *Don Quijote*." *Hispanic Review* 70.1 (2002): 1-23. Print.
- Botello, Jesús. "Don Quijote, Felipe II y la tecnología de la escritura." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 29.1 (2009): 197-207. Print.
- Cervantes, Miguel de. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. John J. Allen. Madrid: Cátedra, 1994. Print.
- . *Segunda Parte del Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha*. Ed. John J. Allen. Madrid: Cátedra, 1994. Print.
- Chevalier, Maxime. "Cinco proposiciones sobre Cervantes." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38.2 (1990): 837-48. Print.
- Chiong Rivero, Horacio. "Ínsula de buen gobierno: el palimpsesto guevariano en 'Las Constituciones del gran gobernador Sancho Panza'." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 28.1 (2008): 135-65. Print.
- Close, Anthony. "Sancho Panza: Wise Fool." *The Modern Language Review* 68.2 (1973): 344-57. Print.
- Corteguera, Luis. "Sancho Panza Wants an Island: Cervantes and the Politics of Peasant Rulers." *Romance Quarterly* 52.4 (2005): 261-70. Print.
- Dowling, John C. "A Title of Distinction." *Hispania* 41.4 (1958): 449-56. Print.
- Dunn, Peter N. "Contested Discourses in *Don Quijote*, Part Two." *Bulletin of Spanish Studies* 81.4 (2004): 501-14. Print.

- Durán, Manuel. "Perspectivismo en un capítulo del *Quijote*." *Hispania* 39.2 (1956): 145-8. Print.
- El Saffar, Ruth Snodgrass. "The Function of the Fictional Narrator in *Don Quijote*." *Modern Language Notes* 83.2 (1968): 164-77. Print.
- Fajardo, Salvador J. "Narrative and Agency: The Ricote Episode (*Don Quijote II*)." *Bulletin of Hispanic Studies* 78.3 (2001): 311-22. Print.
- Festinger, Leon. *A Theory of Cognitive Dissonance*. Stanford: Stanford UP, 1962. Print.
- Flores, R.M. "Sancho's Fabrications: A Mirror of the Development of His Imagination." *Hispanic Review* 38.2 (1970): 174-182. Print.
- Fra-Molinero, Baltasar. "Sancho Panza y la esclavización de los negros." *Afro-Hispanic Review* 13.2 (1994): 25-31. Print.
- Hachoun, Augusto. "Los mecanismos del humor en el habla de Sancho Panza." *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*. Ed. Alan M. Gordon and Evelyn Rugg. Toronto: University of Toronto, 1980. 365-7. Print.
- Hammer, Michael. "De los osos seas comido: Sancho Panza as Intruder in the Discourse of the Hunt" *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 28.1 (2008): 119-34. Print.
- Harmon-Jones, Eddie and Judson Mills. "An Introduction to Cognitive Dissonance Theory and an Overview of Current Perspectives on the Theory." *Cognitive Dissonance: Progress on a Pivotal Theory in Social Psychology*. Ed. Eddie Harmon-Jones and Judson Mills. Washington D.C.: American Psychological Association, 1999. Print.

- Hart, Thomas R. “¿Cervantes perspectivista?” *Nueva Revista de Filología Hispánica* 40.1 (1992): 293-303. Print.
- Johnson, Carroll B. “A Second Look at Dulcinea’s Ass: *Don Quijote*, II.10.” *Hispanic Review* 43.2 (1975): 191-8. Print.
- Jones, Joseph R. “The Liar Paradox in *Don Quixote* II, 51.” *Hispanic Review* 54.2 (1986): 54.2 183-93. Print.
- Mancing, Howard. *The Cervantes Encyclopedia Vol. 2. L-Z*. Westport: Greenwood Press, 2004. Print.
- . *The Chivalric World of Don Quijote: Style, Structure, and Narrative Technique*. Columbia: U of Missouri P, 1982. Print.
- . “Sancho Panza et la norme éthique dans *Don Quichotte*.” *Europe: revue littéraire mensuelle* 88.979-80 (2010): 76-87. Print.
- . “Sancho Panza’s Theory of Mind.” *Theory of Mind and Literature*. Ed. Paula Leverage, Howard Mancing, Jennifer Marston William and Richard Schweickert. West Lafayette: Purdue UP, 2010. 123-32. Print.
- Mandel, Oscar. “The Function of the Norm in *Don Quijote*.” *Modern Philology* 55.3 (1958): 154-63. Print.
- Márquez Villanueva, Francisco. “Sobre la génesis literaria de Sancho Panza.” *Anales Cervantinos* 12 (1958): 123-55. Print.
- Martín Morán, José Manuel. “El salario de Sancho Panza: Trasfondo político-literario de una reivindicación sindical.” *Modelos de la vida en la España del Siglo de Oro*. Ed. Ignacio Arellano. Madrid: Iberoamericana, 2004. 367-394. Print.

- Molho, Maurice. “¿Olvidos, incoherencias? O ¿Descuidos calculados? (Para una lectura literal de *Don Quijote*).” *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Ed. Antonio Vilanova. Barcelona: PPU, 1992. 653-60. Print.
- Moore, John A. “The Idealism of Sancho Panza.” *Hispania* 41.1 (1958): 73-76. Print.
- Moreno Hernández, Carlos. *En torno a Castilla: ensayos de historia literaria*. Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, 2001. Print.
- Oelschäger, Victor R. B. “Sancho’s Zest for the Quest.” *Hispania* 35.1 (1952): 18-24. Print.
- Parker, Alexander A. “El concepto de la verdad en el *Quijote*.” *Revista de Filología Española* 32 (1948): 287-305. Print.
- Parker Aronson, Stacey L. “‘Quizá volverán...’: Four Incidents of Rape (or Threatened Rape) in *Don Quijote de la Mancha*.” *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 34.1 (2014): 121-140. Print.
- Pérez de León, Vicente. “El efecto de la verosimilitud mágica y la articulación del mal en el *Quijote*.” *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures* 60.1 (2006): 41-60. Print.
- Phipps Houck, Helen. “Substantive Address Used between Don Quijote and Sancho Panza.” *Hispanic Review* 5.1 (1937): 60-72. Print.
- Pope, Randolph. “Metamorphosis and Don Quijote”. *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* Special Issue (1988): 93-101. Print.
- Riley, E. C. “Who’s Who in *Don Quixote*? Or an Approach to the Problem of Identity.” *Modern Language Notes* 81.2 (1966): 113-30. Print.

- Rivers, Elias L. "Sancho y la duquesa: Una nota socioliteraria." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 11.2 (1991): 35-42. Print.
- Sainz, Fernando. "Don Quijote Educador de Sancho." *Hispania* 34.4 (1951): 363-365. Print.
- Salazar Rincón, Javier. "El personaje de Sancho Panza y los lectores del siglo XVII." *Anales Cervantinos* 36 (2004): 197-246. Print.
- Scholberg, Kenneth R. "La verdad adelgaza y no quiebra." *Hispania* 41.1 (1958): 71-72. Print.
- Selig, Karl-Ludwig. "The Ricote Episode in *Don Quixote*: Observations on Literary Refractions." *Revista Hispánica Moderna* 38.3 (1974): 73-7. Print.
- Sirias, Silvio. "A Squire's Apprenticeship: How Sancho Panza Learns His Trade in Part I of *Don Quijote de la Mancha*." *Utah Foreign Language Review* (1992-3): 30-59. Print.
- Tharpe, Dorothy. "The 'Education' of Sancho as Seen in His Personal References." *The Modern Language Journal* 45.6 (1961) 244-8. Print.
- Triplette, Stacey. "Chivalry and Empire: The Colonial Argument of the Princess Micomicona Episode in *Don Quijote* Part I." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 30.1 (2010): 163-86. Print.
- Trueblood, Alan S. "La risa en el *Quijote* y la risa de don Quijote." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 4.1 (1984): 3-23. Print.
- . "El silencio en el *Quijote*." *Nueva Revista de Filología Hispánica* 12.2 (1958): 160-80. Print.

- Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1976. Print.
- Urbina, Eduardo. "Sancho Panza a nueva luz: ¿Tipo folklórico o personaje literario?" *Anales Cervantinos* 20 (1982): 93-101. Print.
- Valdés, Mario. "Don Quijote de la Mancha y la verdad de Dulcinea del Toboso." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 25.1 (2000): 29-42. Print.
- Véquez, Roberto. "'Un millón de avemarías': El rosario en *Don Quijote*." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 21.2 (2001): 87-109. Print.
- Vivar, Francisco. "Las bodas de Camacho y la sociedad del espectáculo." *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 22.1 (2002): 83-109. Print.
- Weiger, John G. "Cervantes's Curious Curate." *Kentucky Romance Quarterly* 30.1 (1983): 87-106. Print.
- . "On the 'Autores' of *Don Quijote*." *Bulletin of Hispanic Studies* 73.3 (1996): 263-9. Print.
- Williamson, Edwin. "The Power Struggle between Don Quixote and Sancho: Four Crises in the Development of the Narrative." *Bulletin of Spanish Studies* 84.7 (2007): 837-58. Print.
- Willis, Raymond S. "Sancho Panza: Prototype for the Modern Novel." *Hispanic Review* 37.1 (1969): 207-27. Print.
- Worden, William. "Sancho Panza, Illiterate Literary Critic, and the Unmasking of Generic Conventions in *Don Quijote*." *Comparative Literature Studies* 43.4 (2006): 498-514. Print.

Zafra, Enriqueta. "La prostituta y la prostitución en *Don Quijote*: modelos de 'mujeres libres.'" *Bulletin of Hispanic Studies* 86.5 (2009): 625-40. Print.

Zardoya, Concha. "Los 'Silencios' de *Don Quijote de La Mancha*." *Hispania* 43.3 (1960): 314-9. Print.

Zunshine, Lisa. *Why We Read Fiction: Theory of Mind and the Novel*. Columbus: Ohio State UP, 2006. Print.

VITA

VITA  
**WILSON JUDD MELÓN**

EDUCATION

Ph.D., Spanish Literature, Purdue University (2015)

Dissertation: “Sancho Panza: su conducta y sus motivos”

M.A., Hispanic Literature and Culture, Boston College (2009)

B.A., Middlebury College, *Summa Cum Laude* (2007)

Spanish and French Double Major

Honors Thesis: “La censura en tres dramas de Antonio Buero Vallejo”

STUDY ABROAD AND SUMMER STUDY

Middlebury College School in Madrid, Spain (Fall, 2005)

Middlebury College French Language School (Summer, 2005)

TEACHING EXPERIENCE

2014-2015 Spanish Teacher

King Philip Regional High School, Wrentham, MA

2013 FALL Spanish Teacher of the International Baccalaureate

Sturgis Charter Public School, Hyannis, MA

2009-2013 Teaching Assistant of Spanish

School of Languages and Cultures, Purdue University

- 2010-2012 Assistant to the Coordinator / Mentor to New Instructors (Level 201)  
School of Languages and Cultures, Purdue University
- 2007-2009 Teaching Fellow of Spanish  
Department of Romance Languages, Boston College
- 2005-2007 Official Spanish Tutor  
Department of Spanish, Middlebury College
- 2005 English Teaching Assistant (Fall)  
Escuela Oficial de Idiomas, Alcorcón, Spain
- 2004 Spanish Level II Instructor, Summer School  
Acton-Boxborough Regional High School, Acton MA

PROFESSIONAL AND ADMINISTRATIVE EXPERIENCE

- 2012- Undergraduate Applicant Interviewer  
Alumni Admissions Program, Middlebury College
- 2009-2013 Official Spanish/English Translator  
School of Languages and Cultures, Purdue University
- 2010-2011 Board of Directors  
North Pointe Bay Homeowners Association, Indianapolis, IN 46268
- 2008-2009 Editor, *Romance Review* Journal of Literary Criticism &  
Director, XVII Annual RLGSA Conference of Romance Studies  
Department of Romance Languages, Boston College
- 2007-2008 Editorial Committee, *Romance Review* Journal of Literary  
Criticism & Planning Committee, XVI Annual RLGSA Conference  
of Romance Studies Department of Romance Languages, Boston College

2006-2008 Bilingual Assistant

Spanish Language School, Middlebury College

PRIMARY LITERARY RESEARCH INTERESTS

*Don Quijote*, Golden Age Philosophy and Culture.

TEACHING AWARDS

2013 Teaching Award, C.E.T.A. & Office of the Provost, Purdue University

2012 Outstanding Teaching Award, School of Languages and Cultures, Purdue University

2009 Donald J. White Teaching Excellence Award, College of Arts & Sciences, Boston  
College

GRANTS

2012 Graduate School Summer Research Grant, Purdue University

2010 Travel Grant, School of Languages and Cultures, Purdue University

2008 Travel Grant, Graduate School of Arts & Sciences, Boston College

PROFESSIONAL AND ACADEMIC AFFILIATIONS

2014- American Association of Teachers of Spanish and Portuguese

2009- Member, Cervantes Society of America

2007 Phi Beta Kappa Academic Honor Society, Middlebury College

2006 Sigma Delta Pi National Collegiate Hispanic Honor Society, Middlebury College

UNDERGRADUATE COURSES TAUGHT

SPAN241: Introduction to the Study of Hispanic Literature, Purdue University

SPAN301: Advanced Spanish - Level V, Purdue University

SPAN202: Intermediate Spanish - Level IV, Purdue University

SPAN201: Intermediate Spanish - Level III, Purdue University

SPAN102: Elementary Spanish - Level II, Boston College

SPAN101: Elementary Spanish - Level I, Boston College

HIGH SCHOOL COURSES TAUGHT

SPANISH II: King Philip Regional High School

SPANISH II: Sturgis Charter Public School

International Baccalaureate Spanish: Higher Level, Sturgis Charter Public School

SPANISH II: Acton-Boxborough Regional High School

LANGUAGES

English - Native

Spanish – Near-Native Fluency

French - Fluent

Italian – Reading Knowledge

Portuguese – Reading Knowledge

CONFERENCE PRESENTATIONS

2010 “Don Quijote y la crisis de fe.” 18th Annual Conference on Romance Studies,  
Boston College, March 19-20th.

2008 “Negociando identidades en *Historia de la Monja Alférez*.” 4th Annual  
Colloquium on Latin American and Iberian Languages, Literatures and Cultures,  
U.C. Davis, October 25th.

2008 “Hacia una política posfranquista en *Asesinato en el Comité Central* de Manuel  
Vásquez Montalbán.” 11th Annual Ohio State University Symposium on Hispanic  
and Luso-Brazilian Literatures, Cultures and Linguistics, April 19th.